

El italiano or El confesionario de los Penitentes Negros, de traductor anónimo

NIEVES JIMÉNEZ CARRA

UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA

1. Introducción

El original de *El italiano o El confesionario de los penitentes negros* (*The Italian, or The Confessional of the Black Penitents*) fue escrito por Ann Radcliffe, la autora más representativa del género gótico inglés, y publicado en 1797. Surgió auspiciado por el éxito del que había gozado la novela anterior de la autora, *The Mysteries of Udolpho*, aunque el nuevo volumen era más complejo que sus predecesores, debido, sobre todo, a la evolución como novelista de Radcliffe, lo que había supuesto un mejor tratamiento de las escenas y los personajes por parte de la autora. Ella siempre fue, sin embargo, y en palabras de Castle (1998, xxii), “a rationalist of a sort”, en lo que se refería a su tratamiento de los elementos más propios del género (el suspense o la aparición de espectros o la presencia de castillos encantados se mantenían siempre dentro de los límites de la racionalidad).

El reconocimiento que obtuvo Radcliffe no estuvo directamente relacionado, sin embargo, con una carrera literaria prolija. La autora solo publicó de 1789 a 1797, intervalo de tiempo en el que produjo varios poemas, un diario de viaje y seis novelas (*The Castles of Athlin and Dunbayne* -1789-, *A Sicilian Romance* -1790-, *The Romance of the Forest* -1791-, *The Mysteries of Udolpho* -1794-, *The Italian* -1797- y *Gaston de Blondville* -publicada de forma póstuma, 1826-).

Como ocurre en otras obras góticas, entre ellas la iniciadora del género, *The Castle of Otranto*, de Horace Walpole, *El italiano* comienza con el descubrimiento de un manuscrito que cuenta una historia (en la que se desarrolla el verdadero argumento de la obra). En este caso, se trata de un libro que encuentran y leen unos viajeros ingleses de visita en Nápoles.

A pesar de la importancia que tuvo el género gótico inglés y de su influencia en novelistas posteriores, su repercusión en España no fue excesivamente alta. Así, las versiones al español de *El italiano* son escasas. Algunas de ellas son indirectas (como la publicada en Madrid en 1821, realizada por Morellet en francés y por D.T.H. y D.M.S.

en español, y republicada en Barcelona en 1989, aunque en esta última edición no se hace referencia al texto francés intermedio); otras son anónimas (como la que aquí se presenta o la publicada en Barcelona en 1981); por último, encontramos algunas versiones en las que ya sí se da cuenta del nombre del traductor, como la de Carlos-José Cosas (Barcelona, 1984) y la de Francisco Torres, aparecida por primera vez en 1999 en Madrid y reeditada en Barcelona en el año 2002.

Al margen de lo cuestionable de las republicaciones de traducciones más de un siglo después de su primera aparición (como la indirecta de 1821, reeditada a finales del siglo XX), cabe destacar el reducido número de versiones al español que atesora la Biblioteca Nacional de España de esta novela. Esto sin duda es significativo de la escasa repercusión del género en nuestro país, como se apuntaba en el párrafo anterior, que tuvo su muestra no solo en el tibio recibimiento de las obras provenientes de las islas británicas, sino también en la reducida creación nacional.

2. La traducción

La traducción española que se presenta en este documento fue publicada en Málaga, por la imprenta de Andrea Martínez. De autor y año anónimos, su fecha de aparición fue probablemente la segunda mitad del siglo XIX, dado que esta imprenta solo publicó libros aproximadamente en el intervalo de tiempo entre las décadas de 1850 y 1860.

El texto español se caracteriza por una serie de rasgos comunes a las traducciones realizadas en el siglo XIX. Así, es frecuente encontrar amplificaciones, reestructuraciones del texto, omisiones o añadidos. Estos procedimientos de traducción buscan la naturalización del texto, en lugar de la extranjerización, siguiendo los conceptos de Venuti (1995); se trata, de hecho, de una estrategia propia de las traducciones realizadas en esa época en España (Zaro, 2010).

La amplificación (también denominada explicación, explicitación, ampulosidad...) ¹ es la estrategia más destacable tanto en los textos traducidos en ese periodo como en el que presentamos aquí. Suele aparecer junto con los añadidos, con frecuencia se usan sin motivo aparente y en ocasiones modifican el significado del texto

¹ Autores como Vinay y Darbelnet (1958), Newmark (1999 (1987)), Malone (1988), Hurtado Albir (2000) o Berman (2000) han mencionado esta estrategia en sus estudios, usando para ella distintas denominaciones.

original, de modo que la implicación en la historia del traductor lo lleva a incluir elementos históricos, morales o de índole religiosa no presentes en el inglés.

En cuanto a las omisiones, aunque estas se encuentran con menor frecuencia, suelen llevar a reestructuraciones de contenido en la traducción, generalmente para crear un texto homogéneo en el que no se aprecie la eliminación de contenido. Las que se han detectado en la presente traducción no siguen un patrón determinado, produciéndose más bien en frases sin dificultad para la traducción y que no tienen aparente carga semántica específica.

Un tipo distinto de omisiones es el de los epígrafes o citas que Radcliffe incorpora al comienzo de cada capítulo del original, así como de un poema original suyo con el que se abre el libro, y que, sin embargo, desaparecen en esta traducción. Lo característico de este rasgo en la narrativa de la autora convierte estas omisiones en más notables y detectables. Esta desaparición también se aprecia en otras versiones de la obra (como la indirecta de 1821 o la anónima de 1821); no así en las traducciones más modernas.

3. Conclusiones

Las estrategias usadas en las traducciones publicadas en el siglo XIX, entre las que destaca la amplificación, muestran una implicación del traductor en su labor que se observa con mucha menor frecuencia en la actualidad. Su anonimato no era tampoco infrecuente en textos traducidos en el siglo XIX, aunque ha ido desapareciendo paulatinamente de las publicaciones editadas en España y, cuando lo encontramos hoy día, la posibilidad de que el texto se trate de una republicación suele ser elevada.

La presencia de reediciones de traducciones antiguas supone una importante desconexión con la realidad. Toda lengua sufre una evolución natural y constante, y expresiones que hace décadas eran comunes, hoy suenan antiguas y a veces no son comprendidas en su totalidad por el lector. Además, los posibles errores (o amplificaciones, omisiones y demás prácticas) que haya en la traducción original se mantendrán si no se realiza una labor de revisión. Entendemos que los motivos de esta práctica, aun afortunadamente cada vez menos común, pueden deberse a la voluntad de reducir los costes y el tiempo que suponen la intervención de un revisor o un nuevo traductor. La calidad de la traducción no parece ser el objetivo principal de estas ediciones.

La traducción anónima publicada por Andrea Martínez en Málaga es muestra de la tendencia a la naturalización propia del siglo XIX. En ella, el traductor incluye información no presente en el original y elimina otra que sí lo está. Además, en su texto desaparecen elementos característicos de la narrativa de la autora, como son los epígrafes y citas previas a cada capítulo, así como el poema original de Radcliffe con el que se inicia la novela.

La escasa recepción que la novela gótica tuvo en nuestro país queda sin duda reflejada en el reducido número de traducciones que de esta obra –una de las más importantes de la autora– se han realizado al español, a lo que se suma el hecho de que, de todas ellas, haya algunas que, como ya se ha apuntado, no son sino republicaciones.

Es conveniente, por tanto, que las posibles nuevas traducciones (o retraducciones) que se realicen tengan en cuenta estas características tan definidas de las versiones anteriores y que, aunque recurran a ellas, lo hagan desde una perspectiva crítica, de modo que se puedan mejorar los textos y corregir sus errores.

4. Bibliografía

4.1. Fuentes primarias

RADCLIFFE, A. (1797): *The Italian or The Confessional of the Black Penitents. A Romance*. Londres: T. Cadell Jun y W. Davies.

— *El Italiano, o el confesionario de los penitentes negros*. Málaga: Andrea Martínez.

4.2. Fuentes secundarias

BERMAN, A. (2000): «Translation and the Trials of the Foreign», Lawrence Venuti (trad.), en L. VENUTI (ed.): *The Translation Studies Reader*. Londres y Nueva York: Routledge, 284-297.

CASTLE, T. (1998): «Introduction», en B. DOBRÉE (ed.): *The mysteries of Udolpho* (A. Radcliffe). Oxford: Oxford University Press.

HURTADO ALBIR, A. (2001): *Traducción y Traductología. Introducción a la Traductología*. Madrid: Cátedra.

MALONE, J. L. (1988): *The Science of Linguistics in the Art of Translation. Some Tools from Linguistics for the Analysis and Practice of Translation*. Nueva York: State University of New York Press.

- NEWMARK, P. (1999): *Manual de traducción*. Versión española de Virgilio Moya. Madrid: Cátedra [(1987). *A Textbook of Translation*. Londres: Prentice Hall International].
- RADCLIFFE, A. (1821): *El confesonario de los penitentes negros* (traducido en francés por Morellet y en castellano por D. T.H. y D. M.S). Madrid: Brugada.
- (1981): *El italiano o el confesonario de los penitentes negros* (traducción del inglés). Barcelona: Icaria Icaria Literaria.
- (1984): *El italiano o el confesonario de los penitentes negros*. C.J. Costas (trad.). Barcelona: Forum.
- (1989): *El italiano o El confesonario de los penitentes negros*. D.H.T. y D.M.S (trads.). Barcelona: Orbis.
- (1999): *El italiano o El confesonario de los penitentes negros*. F. Torres Oliver (trad.). Madrid: Valdemar (Colección gótica ; n. 34)
- (2002): *El italiano, o El confesonario de los penitentes negros* F. Torres Oliver (trad.). Barcelona: RBA Coleccionables.
- VENUTI, L. (1995): *The Translator's Invisibility. A History of Translation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- VINAY, J.P. y DARBELNET, J. (1958): *Comparative Linguistics of French and English. A Methodology for Translation*, Juan C. Sager y M.-J. Hamel (trads. y eds.). Amsterdam y Filadelfia: John Benjamins Publishing Company.
- ZARO, J.J. (2010): «La traducción como actividad editorial en la Andalucía del siglo XIX», en E. CALVO ENCINAS *et al.* (eds.): *Actas del I Congreso Internacional de Innovación Investigadora en Traducción e Interpretación. Sevilla, 26 y 27 de noviembre de 2009*. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

EL CONFESORARIO
DE LOS PENITENTES NEGROS.



R 160127

EL ITALIANO,



EL CONFESIONARIO

DE LOS PENITENTES NEGROS,

POR ANA RADCLIFFE.

AUTORA DE LOS MISTERIOS DE UDOLFO, ADELINA,
LOS SUBTERRÁNEOS DE MAZZINI, ETC.

Con Láminas.

TOMO PRIMERO.

MALAGA:
Imprenta y Librería de D.^a Andrea Mar-
tinez, Calle de Granada núm. 77.



ADVERTENCIA.



Viajando algunos Ingleses por Italia el año de 1764, y en una correria hecha en los contornos de Nápoles, se detuvieron delante de la iglesia de Santa Maria del Pianto, perteniente á un antiquísimo convento de la orden de los Penitentes negros. Estimulada la admiracion de nuestros viajeros con la magnificencia del pórtico, aunque deteriorado por la inclemencia de los tiempos, se mostraron curiosos de recorrer el edificio entero, y subieron las gradas de mármol que á él conducian.

En la parte interior del pórtico, un sugeto con los brazos cruzados y la vista clavada en tierra, le recorria en su longitud por detras de los pilares, tan engolfado en sus pensamientos, que no echaba de ver la proximidad de los extranjeros. Al ruido de las pisadas de estos, sin embargo, volvióse repentinamente y sin pararse,

VI.

se entró por una puerta que comunicaba con la iglesia, y desapareció.

Tenia la figura de este hombre algo de extraordinario, y sus movimientos una singularidad que atrajeron la atención de nuestros forasteros. Era de alta y cenceña estatura; tenía arqueados los hombros, biliosa la tez, duras las facciones y fiera la mirada.

Habiendo entrado los viajeros en la iglesia, buscaron con los ojos al sujeto á quien habian visto por delante de sí; y á ninguno vieron en la oscuridad de las naves colaterales más que á un religioso de un vecino convento, que á veces mostraba á los viajeros los objetos que en aquel templo eran dignos de alguna atención, y que venia á ofrecérseles.

Lo interior de aquel edificio no presentaba los adornos y lucimiento que distinguen las iglesias de Italia y mas especialmente las de Nápoles; pero era notable por una sencillez y nobleza que cautivan mas el ánimo al hombre de buen gusto, y por una cierta proporcion de claro y obscuro que tiene algo de solemne, y de mas propio para despertar y alimentar los fervores de la devocion.

Habiendo reconocido nuestros viajantes las capillas y cuanto les habia parecido digno de sus observaciones, se volvian al pórtico, cuando alcanzaron á ver al sujeto á quien habian visto en el principio, y que entraba en un confesionario hácia su izquierda. Preguntó uno de ellos

VII.

al religioso quien era aquel hombre.

El fraile estuvo vacilante en responder; pero habiéndosele dirigido de nuevo la pregunta, inclinó la cabeza en señal de obediencia, y dijo, sin manifestar conmocion ninguna: Es un asesino.

A lo que uno de los Ingleses exclamó: ¡Un asesino! ¡y permanece en libertad!

Un Italiano de la compañía se sonrió de esta grande estrañeza de su amigo.

—Halló él aqui un asilo, dijo, en el que no puede ser preso.

—¿Protegen pues las aras á los asesinos? repuso el Ingles.

—No hallaria seguridad, dijo el religioso, en ningun otro lugar.

—Es cosa muy estraña, repuso el Ingles. ¿Qué autoridad les queda pues á las leyes, si los mayores delincuentes poseen medios defensivos contra ellas? Pero, ¿como puede vivir en este sitio? A lo menos está en peligro de morir de hambre.

—No, Señor, dijo el religioso. Hay siempre personas dispuestas á socorrer á los que no pueden socorrerse por sí mismo; y como el delincuente no puede salir de este recinto para remediar sus necesidades, le traen su alimento.

—¿Es posible? dijo el Inglés, dirigiéndose al Italiano amigo suyo.

A lo cual repuso este:—¡Pues que! ¿querria V. que dejaran morir de hambre al desdichado? ¿No ha visto V. acaso nada de semejan-

te despues de su llegada á Italia? No es raro el caso sin embargo.

— Nunca, respondió el Ingles, y creo con trabajo lo que estoy viendo.

— Amigo, le dijo el Italiano, sin la práctica de los asilos para los infelices reos de asesinato, este delito es tan frecuente entre nosotros, que muy en breve quedarían medio despobladas nuestras ciudades. A cuya observacion se contentó el Ingles con bajar la cabeza.

— Repare V, prosiguió el Italiano, el confesonario de allá abajo de la otra parte de los pilares, hácia la izquierda, y por debajo de las vidrieras pintadas: los vidrios de color que despiden una ópaca claridad sobre á quella parte, le impiden quizas á V. el distinguir los objetos.

Avivando el Ingles su atencion, notó un confesonario de roble y de una madera denegrida por el tiempo, y reconoció aquel en que acababa de entrar el asesino. Era de tres divisiones; la parte superior estaba cubierta de una tela negra; el del medio servia de asiento al confesor, elevado sobre dos ó tres escalones. Por encima del enlosado, á su derecha é izquierda, habia dos retretillos abiertos por delante, separados de la parte media con una rejilla, al traves de la cual el penitente arrodillado podia hacer en el oido del confesor la declaracion de los delitos que le remordian la conciencia.

— Es dijo el Ingles, el confesonario al que el asesino acaba de retirarse y pienso que es uno

de los mas tristes lugares que he visto en mi vida. Esta sola vista puede ser suficiente para poner en la desesperacion á un criminal.

— ¡Ah! dijo el Italiano sonriéndose, no caemos tan fácilmente en la desesperacion.

El Ingles repuso: Pues bien ¿qué me queria V. decir con motivo de ese confesonario en que ha entrado el asesino?

— Quería, dijo el Italiano, hacérsele notar á V. porque se hizo en ese mismo confesonario algunos años ha, una confesion que va enlazada con una historia, cuyo recuerdo me han despertado la vista del asesino y el asombro de V. al verle permanecer libre. Luego que se vuelva V. á su posada, se la comunicaré; porque la tengo por escrito de un estudiante jóven de Padua, que se hallaba en Nápoles poco tiempo despues de haberse hecho pública esta horrenda confesion allí.

— Me deja V. sumamente pasmado, interrumpió el Ingles; creia yo que los sacerdotes guardaban la confesion con un inviolable sigilo.

— Es justa la observacion de V. dijo el Italiano. No se quebranta nunca el sigilo de la confesion mas que por mandado de una superior autoridad, y en circunstancias que justifican este quebrantamiento: pero luego que V. lea la relacion, cesará su pasmo. Le decia á V. pues, que se escribió esta historia por un estudiante de Padua, quien, hallandose aqui al tiempo de divulgarse el suceso, quedó tan asombrado de el,

X.

que parte para ejercitarse en escribir, y parte para corresponder á algunos leves favores que yo le tenia hechos, la puso por escrito, y me la dió. Podrá reconocer V. en la obra misma que el escritor era jóven, y estaba poco versado en el arte de la composicion; pero lo que V. busca es la exactitud de los hechos, y hallará este mérito en ella: es tiempo que salgamos de la Iglesia.

—Si, dijo el Ingles, despues que yo haya echado una nueva ojeada sobre este magestuoso edificio, y sobre el confesonario hácia el que V. ha llamado tan fuertemente mi atencion.

Mientras que el Ingles dirigia sus miradas hácia aquellas elevadas bóvedas y al interior de aquel vasto edificio, habiendo salido del confesonario el asesino, atravesó el coro: y experimentando el Ingles un impulso de horror con esta vista, volvió á otra parte los ojos, y se salió apresurado de la Iglesia.

Se separáron los amigos; y el Ingles, de vuelta á su posada, recibió en ella el volumen que se le habia prometido, y en el cual leyó lo que va á verse.



EL ITALIANO,



EL CONFESONARIO

DE LOS PENITENTES NEGROS.



CAPÍTULO PRIMERO.

En la iglesia de San Lorenzo de Nápoles y año de 1758, vió Vicente Vivaldi por la primera vez á Elena Rosalba. La dulzura y embeleso de su voz, acompañando los cánticos de la iglesia, atrajeron toda la atencion de Vivaldi: la doncella tenia cubierto con un velo el rostro; pero toda su persona

daba anuncios de un distinguido exterior, de la gracia y delicadeza. El hechicero sonido de su voz infundia á Vivaldi la viva curiosidad de ver unas facciones, que él discurría debían espresar cuanta sensibilidad se daba á conocer en sus acentos. En estos había notado una maravillosa espresion, y no había podido apartar sus ojos de Elena durante el curso de todo el oficio, cuando salió esta de la iglesia con una muger de edad, á lo que ella daba el brazo, y que tenía visos de ser madre suya.

Tras ambas, fuè Vivaldi, esperando ver á Elena sin velo, y reconocer la casa en que ella vivía; iban andando una y otra con harta prontitud sin mirar al rededor de sí; estuvo á pique el mancebo de perderlas de vista á la vuelta de la calle de Toledo; pero apretando el paso, y no contentándose ya con la distancia que había tenido la cautela de guardar hasta allí, las alcanzó en Terrazze Nuovo, que coronan la bahía de Nápoles hasta el paseo público. Tomóles allí la delantera de algunos pasos; pero la hermosa desconocida per-

manecía siempre cubierta con el velo, y Vivaldi no veía medio ninguno de satisfacer su curiosidad. Contentale una respetuosa timidez con la que se mezclaba su admiracion, é imponía silencio á pesar de todo su deseo de hablar.

Un dichoso contratiempo vino en socorro suyo. Dió la dama anciana un tropezon al bajar los últimos escalones del terraplen; y al tiempo de apresurarse Vivaldi á sostenerla, el viento levantó el velo de Elena, y descubrió á los ojos del mancebo una figura mas atractiva y hermosa que él se hubiera atrevido á imaginar. Eran sus facciones de una peregrina belleza, y espresaban la paz de una alma pura, al mismo tiempo que sobresalian en sus negros ojos la vivacidad y agudeza. Estaba la doncella tan ocupada en socorrer á su compañera, que no echó de ver la admiracion que ella misma infundia; pero no bien se hubieron encontrado sus ojos con los de Vivaldi, cuando descubrió la impresion que causaba, y volvió á echarse prontamente el velo.

No se había lastimado la dama anciana en su caída; pero como andaba con alguna dificultad, aprovechóse Vivaldi de la ocasión que se le presentaba y la instó para que aceptara su brazo. Le reuso ella al principio dándole espresivas gracias; pero renovó Vivaldi con tanto empeño y respeto sus ofrecimientos, que al cabo los aceptó la anciana dama, y con esto le dió licencia para conducirla hasta su casa.

Vivaldi; durante el camino, trató muchas veces de entablar conversacion con Elena, la cual le respondia siempre con medias palabras; y habian llegado ya á la puerta de la casa, cuando él estaba pensando todavía lo que podría decirle que fuera capaz de hacer cesar aquella severa circunspeccion. El aspecto de la casa le indujo á creer que ambas damas eran de una decente clase. aunque de escasos haberes. Su habitacion era pequeña, pero parecia ser cómoda y haberse construido con buen gusto. Hallábase situada en un alto, rodeada de un jardin y viñedos, y dominando sobre la bahia de Nápoles, aquella

pintura incesantemente movible. Estaba dominada de un espeso bosque de pinos y palmas; un pequeño pórtico y una columnata de mármol comun formaban su fachada, cuyo estilo era elegante. Allí se hallaba un resguardo contra los ardores de sol, y se respiraba el ambiente fresco del mar á la vista de sus hechiceras playas.

Detúvose Vivaldi en la péqueña barrera que daba entrada al jardin, en donde la dama anciana le dió de nuevo gracias; y tan turbado como abatido él mismo, al ver frustradas sus esperanzas, permaneciò por algun tiempo con los ojos clavados en Elena, sin poder resolverse á despedirse ni saber que decir para alargar la conferencia, hasta que la anciana dama le repitió su despedida. Cobró entonces suficiente ánimo para pedirle licencia de enviar á saber de su salud; y despues de haberla conseguido, espresaron sus miradas una tierna despedida á Elena, que se aventuró á darle gracias por el cuidado que habia tenido de su tia. El sonido de esta voz y las espresiones de gratitud de la doncella, le ha-

cian mas dificultosa una reparacion en adelante: -pero se apartó por último de aquel sitio.

Entonces apoderándose de su imaginacion las divinas facciones de Elena, y agitando los acentos deliciosos de su voz las fibras todas de su corazon, descendió á la playa, contento con permanecer cerca del lugar en que Elena habitaba, aun que no le era ya posible verla; esperando sin embargo todavía que Elena podria mostrarsele en su balcon en que una cortinilla de seda parecia convidar y recoger la brisa que se elevaba del mar. De este modo pasó muchas horas tendido bajo los pinos, cuyas copas se bambolean sobre aquella playa, ó sin detenerse por el calor, recorriendo los ribazos que la coronan, recordando en su imaginacion la hechicera sonrisa de Elena y creyendo oír todavía los deliciosos acentos de su voz.

Habiendo llegado la noche, se volvió al palacio de su padre en Nápoles. Pensativo, pero satisfecho; inquieto, aunque dichoso, fijando su pensamiento, y fundando una deli-

ciosa esperanza sobre la memoria de las gracias que le habia dado Elena; pero no atreviéndose á formar todavía plan ninguno de conducta para lo venidero. Se habia vuelto á su casa bastante temprano para ir en compañía de su madre al paseo público. En cada noche que pasaba, se lisonjeaba Vivaldi de ver el objeto que traia ocupados todos sus pensamientos. ¡Vanas esperanzas! Su madre la marquesa de Vivaldi, notó su turbacion, y un silencio que no era ordinario en él. La marquesa le hizo algunas preguntas, por las que esperaba poder conducirla á lograr una explicacion de la mudanza que advertia en su hijo pero las respuestas no hicieron mas que irritar la curiosidad de la madre; y al cesar de apurarle con preguntas, es probable que ella preparó algunos medios mas hábiles para lograr su fin.

Vicente Vivaldi era hijo único del marques de este nombre, de una de las mas antiguas familias del reino de Nápoles; privado del rey, y gozando de un gran valimiento en

la corte era mas elevado todavía en poder que en dignidades. Muy envanecido con su nacimiento, unia á esta idea el orgullo escusable de un alma elevada y justa; máxima que gobernaba su conducta moral, asi como el zeloso cuidado que él tenia de conservar y estender las prerogativas de su nacimiento, y clase, lo que daba mas realce tanto á su porte como á sus pretensiones. Su orgullo era en él un vicio y una virtud juntamente, una fuerza y una debilidad.

La madre de Vivaldi descendia de una familia tan antigua como la del marques, y daba á su nobleza tanto valor como su marido: pero su orgullo se ceñia á su nacimiento y clase, sin elevar su moral. Era violenta en sus pasiones, altiva, vengativa, y al mismo tiempo artificiosa y falsa, paciente en la ejecucion de sus proyectos, é infatigable en proseguir su venganza contra la criatura que llegaba á ser objeto de su encono. Amaba á su hijo menos con el cariño de una madre, que como al último vástago de dos esclarecidos linages, destinado á perpetuar los honores y timbres de

uno y otro.

El genio de Vicente se parecia mucho al de su padre y muy poco al de su madre; tenia el generoso y noble orgullo del marques y algo de la violencia de las pasiones de la marquesa, sin tener nada de su artificio, de su doblez y espíritu de venganza. Franco en sus impulsos, ingenuo en sus ideas, ofendiéndose fácilmente, pero aplacándose del mismo modo; irritado con la mas leve falta de miramiento, pero movido de las menores atenciones; un delicado afecto de honor le hacia facil de ofenderse, pero una bondadosa generosidad le tenia dispuesto siempre á la indulgencia, y remoto siempre de agraviar.

Al siguiente dia de aquel en que habia visto á Elena, volvió á Vila Altieri, en virtud de la licencia que el habia conseguido de ir á informarse sobre la salud de la señora Bianchi. El pensamiento de que iba á ver á Elena, le traia agitado con una impaciente alegría y una tímida esperanza: y tomando estos afectos mas vehemencia á proporcion que el se acercaba, se vió precisado á pararse por

algun tiempo á la puerta del jardín, para tomar aliento y componer su exterior.

Después de haber dicho él mismo su nombre á una criada vieja que vino á abrirle la barrera, fué introducido en un portalejo en que halló á la señora Bianchi devanando seda, pero una silla junto á la que habia un bastidor, le movió á juzgar que Elena acababa de salir del cuarto. La señora Bianchi le recibió con una circunspecta urbanidad, particularmente en sus respuestas á las preguntas que le hizo él sobre su sobrina, á la que esperaba ver presentarse á cada momento. Alargó su visita hasta que careció de todo pretexto para permanecer por mas tiempo. Después de haber agotado todos los lugares comunes de la conversacion, y luego que el silencio de la señora Bianchi pareció darle á entender que esperaba su partida, se despidió finalmente de ella; desesperado de no haber podido ver á Elena, y después de haber logrado con algun trabajo, el permiso de volver dentro de algunos dias, á informarse sobre la salud de la anciana dama.

Al atravesar el jardín se paró muchas ve-

ces, volviéndose para echar una ojeada sobre la casa, con la esperanza de vislumbrar á Elena al través de las celosias, ó lisonjeándose de hallarla sentada bajo los hermosos plátanos que daban sombra á aquella parte del jardín; pero fueron en balde sus solicitudes. y tuvo precision de abandonar el sitio con un lento y pesado paso que testificaba su abatimiento.

Consumió todo el siguiente dia en proporcionarse algunas luces sobre la familia de Elena; y fueron poco satisfactorias las que él se agenció. Supo que Elena era huérfana, y que vivia con su tia, la señora Bianchi; que su familia era de una nobleza poco realzada, cuyo caudal se hallaba decaido; y que la doncella tenia por único recurso á su tia. En esto no le instruyeron puntualmente, porque por el contrario era verdad que Elena hacia subsistir, con su labor á su anciana tia, cuya sola posesion era la reducida morada en que ambas vivian, y que ella empleaba los dias enteros en labores de bordado, que algunas religiosas de un convento inmediato, vendian á subido pre-

cio á las damas de Nápoles que iban á visitarlas. Se hallaba Vivaldi muy remoto de pensar que una bellissima bata de su madre era obra de las manos de Elena, igualmente que muchas copias de antigüedades que adornaban un gabinete del palacio Vivaldi. Estas circunstancias, si le hubieran sido conocidas, no hubieran servido mas que para enardecer su pasión, que era ya mas prudente no alimentar, desde que la reconocida desigualdad de condicion y caudal, ponía un poderoso obstáculo á la union de ambas casas.

Elena podía sobrellevar la pobreza, pero no el menosprecio; y para alejar de sí este afecto de las viles preocupaciones en las personas que podían conocerla, ocultaba cuidadosamente el uso que ella hacia de sus habilidades, aunque él no podía menos de honrar sus buenas prendas. No se avergonzaba la doncella de su pobreza ni de las tareas con que luchaba contra ella, pero su valor flaqueaba á la injuriosa sonrisa que la opulencia acuerda algunas veces á la indigencia. Su talento no se hallaba harto fortificado todavía,

ni sus ideas harto estensas, para hacerla superior á los desdenes del vicio insensato, y aun hacerle hallar alguna gloria en la magestad de la virtud que se basta á sí misma. Elena era el único sustentáculo de la vejez de su tia. Paciente en asistirle en sus achaques y consolarla en sus penas, pagaba ella el afecto de una madre, con la ternura de una hija. No habia conocido nunca á su verdadera madre, á la que habia perdido siendo niña; y la señora Bianchi le habia hecho las veces de tal.

Así es como Elena Rosalba vivía inocente y dichosa en el retiro, desempeñando sus piadosas obligaciones, cuando vio por la primera vez á Vicente Vivaldi. Habían hecho impresion á Elena la viveza de su fisonomía, la magestad de su exterior, la franqueza y nobleza de su talle, y un conjunto que daba en él indicios de un alma vigorosa; pero desechaba ella en sí todo afecto mas tierno que la admiracion, y se esforzaba á desterrar de su ánimo la imagen de Vivaldi, entregándose á sus ordinarias ocupaciones, para recuperar su tranquilidad, algo turbada desde que él habia visto.

Desconsolado sin embargo Vivaldi de no haber podido lograr ver otra vez á Elena, y despues de haber consumido todo el dia en indagaciones, cuyo resultado no habia hecho mas que llenarle de dudas y temores, se determinó á volver á Vila Altieri luego que la venida de la noche ocultára sus pasos, con la esperanza de hallar algun consuelo al acercarse al sitio en que vivia el objeto de todos sus pensamientos, y lisonjeandose de que alguna dichosa casualidad le proporcionaria todavia otra vez la satisfaccion de ver á Elena; aunque no fuera mas que á hurtadillas.

La marquesa de Vivaldi tenia en su casa aquella noche misma una grande concurrencia. Algunas sospechas, dimanadas de la impaciencia que Vivaldi manifestaba, movieron á la marquesa á retener á su hijo hasta muy entrada la noche, induciéndole á elegir alguna música para su orquesta, y dirigir la ejecucion de una nueva ópera, á cuyo autor ella protegia. Sus tertulias eran de las mas lucidas y numerosas de Nápoles; y la nobleza que á ellas concurría, estaba dividida en dos

bandos opuestos sobre el mèrito de dos compositores. El concierto de aquella noche debia decidir la victoria... Era un suceso de suma importancia para la marquesa, tan zelosa en la reputacion de su protegido como en la suya propia; y este interes sobrepujaba mucho al que ella podia tener en el gusto y satisfaccion de su hijo.

En el momento en que este creyó poder salir sin ser notado, dejó la concurrencia; y embozándose con su capa, dirigió sus pasos á gran priesa hácia Vila Altieri, que no estaba mas que á una corta distancia al poniente de la ciudad. Llegó allá sin ser observado: y respirando apenas de impaciencia, pasó el valla-do que cerraba el jardin; libre de toda sujecion, é inmediato al objeto de su amor esperó durante los primeros momentos una satisfaccion casi tan viva como la que la vista de Elena le hubiera causado. Pero pasadas las primeras impresiones, se minoró este gusto, y se halló en breve Vivaldi tan solo como si se hubiera separado para siempre de Elena, en aquel mismo sitio en que creia un instante antes tenerla casi presente á sus ojos.

Se adelantaba la noche, y no dejándose ver luz ninguna en la casa infirióse ello el mancebo que las damas se habian recogido para acostarse, y que era preciso renunciar a toda esperanza de ver a Elena. Tenia sin embargo por tan delicioso el estar cerca de ella, que procuró todavía aproximarse mas, internandose en la parte del jardin que rodeaba de mas cerca la casa, y tentó arrimarse á una ventana del cuarto en que era posible que ella se hallara. Un vallado, formado de arbustos y chaparros bastante espesos, no podia detenerle, y se halló otra vez bajo el pórtico de la casa.

Era media noche, y se temblaba mas bien que turbaba la calma de la naturaleza, con el golpeo de las olas en la bahía, y con el sordo susurro del Vesuvio, que por intervalos despedia una repentina llama, la que, despues de haber iluminado por un instante el horizonte, le volvia a su obscuridad. Este magestuoso espectáculo concordaba con el estado del animo de Vivaldi. Aguardaba este, inmóvil y silencioso, la vuelta de aquel bramido del volcan, que llegaba á sus oidos como el zumbido del trueno que sale del seno de

las nubes á una grande distancia. Los intervalos de silencio entre cada bramido del monte, y la espectuacion del que iba á seguir, imprimian en el animo de Vivaldi una especie de terror que tenia su embeleso. Engolfado en sus pensamientos, seguia con la vista los hermosos circuitos de la playa, y trataba de distinguir las aguas del mar del cielo obscuro, pero raso, con el que ellas parecian reunirse. Surcaban el mar muchos bajeles que seguian su derrotero con silencio, guiados por la reluciente estrella del polo. El aire era suave y traia una embalsamada frescura de la bahía, no daba mas que un ligero bamboleo á los elevados pinos que coronaban los inmediatos ribazos, ni se oia otro ruido que el de las olas blandamente agitadas y los sordos bramidos del Vesuvio.

Oye de repente Vivaldi á lo lejos el canto grave de una multitud de voces. El solemne caracter de este canto le llama la atencion, reconoce que es un *Requiem*, y se esfuerza á descubrir de que parte vienen las voces. El ruido se adelantaba, aunque á bastante distancia, y parecia desvanecerse en el aire. Esta circuns-

tancia le dejó absorto. No ignoraba que se estilaba en Italia cantar así al lado de la cama de los moribundos; habia oido estos canticos en otra ocasion, y no podia engañarse en ello. En el momento de estar escuchando todavía, llegaron algunos afectuosos sonidos á herirle el oido, y le trajeron á la memoria los que Elena le habia hecho oir en la iglesia de San Lorenzo. Haciendo impresion esta conformidad, se adelanta por el jardin, y llega a otro lado de la casa, en que oye luego la voz de Elena misma, que cantaba un himno á la Virgen acompañándose con un laúd que ella tocaba con la mas delicada y tierna expresion. Quedose estatico por algun tiempo y sin atreverse á respirar, temiendo perder un sonido de aquel cantico tan dulce y religioso, que parecia inspirado por una devocion angelical. Tratando luego de descubrir el objeto de su admiracion, una abertura al traves de una mazorca de clematidas le dejó ver distintamente a Elena en un cuarto, cuya celosía estaba abierta para dar entrada al aire fresco. Se levantaba ella de un reclinatorio en el que acababa de orar; el fervor de la devocion se manifestaba en su semblante, y

sus miradas fijas, elevadas todavía hácia el cielo, tenia empuñado todavía su laúd; pero no le tañia ya, ocupada en sus pensamientos, y distraida de todos los abjetos que le rodeaban; estaba recogido con desaliño su hermoso cabello en una recilla de seda; únicamente algunas trenzas sueltas jugueteaban sobre su cuello; y acompañaban á su hermosa cara, una parte de la cual no se ocultaba de las miradas por un zeloso velo. El ligero ropage de su vestido, su estatura y actitud eran tales, que cualquiera la hubiera tomado por modelo para pintar una ninfa griega.

Agitado Vivaldi, y vacilando entre el deseo de aprovecharse de una ocasion, que él no recuperaria quizas nunca, de declarar su pasion, y el temor de ofender á Elena presentándose á ella en semejante hora, y turbando su morada en medio de la noche, titubeaba, cuando oyó á Elena dar un suspiro, y proferir el nombre de Vivaldi con el acento de una notable dulzura. En la incertidumbre con que él aguardaba lo que podria seguirse á esta mencion que acaba de hacerse de su nombre, apartó las ramas de la clematide que se hallaban entre la ventana y él, y volvió ella mis-

ma los ojos hacia la ventana; pero Vivaldi estaba oculto bajo el ramage todavía. Acercóse Elena para cerrar la celosía, é incapaz Vivaldi de dominarse por mas tiempo á sí mismo, se dejó ver. Quedose inmovil ella por un instante, y perdió el color del rostro: cerró apresurada y trémula sin embargo la celosía, y se salio de su cuarto, dejando á Vivaldi desesperado de ver desvanecerse así sus esperanzas todas.

Despues de haber andado errante por algun tiempo en el jardin, sin descubrir luz ninguna en la casa, ni oir el menor ruido, volvió á tomar tristemente el camino de Nápoles. Comenzó haciendose a si mismo una pregunta, que el hubiera debido hacerse mas pronto: ¿porqué habia ido en busca del peligroso gusto de ver otra vez á Elena, despues de haber sabido que la desigualdad de su condicion impediria siempre que sus padres consintieran en su enlace con el objeto á que él queria unirse?

Estaba embebido en este pensamiento, unas veces casi resuelto á no ver ya á Elena, y otras desechando una idea que le ponía en la desesperacion, cuando despues de haber pasado por de-

bajo de una bóveda, parte de un edificio grande, cuyas ruinas se estendian hasta el camino; se le atravesó en este una persona con habito religioso, cuyo rostro encubrian tanto una capilla como la obscuridad de la noche. Nombrandole este sujeto por su nombre, le dijo; *Vicente Vivaldi, se observan tus pasos, guárdate de volver á Vila A'tieri.* Habiendo pronunciado estas palabras, se desapareció ántes que Vivaldi hubiera podido echar mano á la espada, y solicitar una esplicacion sobre lo que se le acababa de decir. Llamó al desconocido en alta voz y por repetidas veces, rogándole con encarecimiento que volviera á presentarse, y esperó por mucho tiempo el efecto de sus instancias; pero no se renovó mas la vision.

Se volvió Vivaldi á su casa con el ánimo impresionado de este incidente y martirizado por un afecto zeloso que fué resulta suya; porque despues de habersé agotado en conjeturas, se fijó en el pensamiento de que era de un rival el aviso que se le habia dado, y que el peligro con que le amenazaba era el puñal de los celos. Esta persuasion le descubrió la vehemencia de su amor, y juntamente la imprudencia con que se habia en-

tregado á él. Sin embargo estas reflexiones, tan léjos de darle algun dominio sobre si mismo, no hicieron mas que ocasionarle un martirio que el no habia conocido todavía; y resolvió á todo riesgo declarar su amor, y solicitar la mano de Elena. Ignoraba el desgraciado jóven á cuantas desdichas debia precipitarle semejante resolucion.

A su llegada al palacio Vivaldi, supo que su madre habia echado de ver su ausencia; que habia preguntado varias veces si habia vuelto su hijo, y que habia dado órden para que la avisarán luego que el entrara. Estaba sin embargo acostada; pero el marques, que habia acompañado al rey en un viaje á una casa de campo situada en la bahía, habia vuelto pocos momentos despues de su hijo, y le echó al verle, unas severas miradas que no le eran habituales; pero abstuvose de decir cosa ninguna que pudiera indicar la causa de su descontento, y se separaron despues de una corta conversacion.

Encerrado Vivaldi en su cuarto se puso á deliberar, si puede llamarse deliberacion un combate de pasiones diversas en que el juicio no tiene parte alguna. Se paseaba á paso largo, alterna-

tivamente atormentado con la memoria de Elena, enardecido de zelos, y sobresaltado de las resultas del inconsiderado paso que estaba próximo á practicar. Conocia bastante el modo de pensar de su padre y el genio de su madre, para estar persuadido de que ellos no permitirian ni perdonarian nunca el casamiento que él meditaba. No obstante esto, al considerar que era hijo único, estaba inclinado á creer que le seria posible aplacarlos. Estas reflexiones se interrumpian por el temor de que Elena hubiese dispuesto ya de su voluntad en favor de un rival imaginario; otras veces se aquietaba acordándose del suspiro que ella habia dado, y de la ternura con que habia pronunciado su nombre. Por otra parte, suponiendo que la doncella aprobára su pretension ¿como sé atreveria Vivaldi á pedir su mano, ni que confianza podria infundirle á ella, luego que el declarará á Elena que no podian casarse mas que en secreto? No podia persuadirse de que ella quisiera entrar en una familia que se desdeñaria de recibirla; y este pensamiento le ponía de nuevo en la desesperacion.

La vuelta del dia le halló tan turbado como

lo habia estado toda la noche. Fué tomada sin embargo su resolucio*n*, que era la de sacrificar lo que el miraba entonces como una preocupacion el orgullo del nacimiento, á una eleccion que debia afianzar la felicidad de su vida. Pero antes de declararse á Elena, parecióle necesario el asegurarse de sí él era el objeto de algun interes para ella, ó si tenia un rival, y quien era este.

Era mas facil de desear esta averiguacion que de obtenerla; porque el respeto de Vivaldi á Elena, su temor de ofenderla, y el peligro de que los marqueses descubriesen su pasion á ntes que el mismo supiera si la doncella correspondia á ella; oponian sumas dificultades á estas informaciones.

En cuya perplejidad, descubrió su pecho á un amigo que poseia, mucho tiempo hácia, todo su confianza, y cual pidio consejo con mas sinceridad que la que comunmente se usa en semejantes ocasiones. No queria lograr de él una aprobacion de resoluciones ya tomadas, sino un juicio imparcial.

Bonarmo, aunque poco idóneo para desempeñar el oficio de conductor y el de consejero, no

formó escrúpulo en dar su dictámen. Propuso como un buen medio de conocer las disposiciones de Elena, el darle una serenata, segun el estilo del pais. Sostuvo que si ella no miraba con timidez á Vivaldi, daria alguna señal de su beneplácito al galanteo que se le hacia; y que si era de otro modo, permanecería silenciosa é invisible. Alzó Vivaldi el grito contra este modo basto, comun é insuficiente de esperar un amor tan fino como el suyo. Tenia formado muy buen concepto de la alteza de ánimo y delicadeza de Elena, para creer que el fútil obsequio de una serenata pudiera lisonjearla ni cautivarla en favor suyo: y aun cuando así fuera, no pensaba que ella quisiera dar á conocer su modo de pensar con señal ninguna de aprobacion.

Tuvo por ridículos Bonarmo estos escrúpulos, dictados, dijo, por un miramiento caballeresco, que únicamente la ignorancia en que Vivaldi se hallaba todavía del trato de gentes podia hacer excusable. Atajó sus chanzas Vivaldi y le declaró que él no toleraria que se hablase por aquel estilo de Elena, ni de sus ideas relativas á ella.

Insistió sin embargo Bonarmo en la serenata, como un medio de descubrir las disposiciones en que se estaba con respecto á Vivaldi, y mas bien vencido este mismo de las dificultades que hallaba en usar de otros espendientes, que persuadido por las razones de su amigo, consintió en aventurar su serenata á la próxima noche, no porque de ello esperara éxito bueno ninguno, porque creía siempre que Elena no daría la menor señal que pudiera dar á conocer su modo de pensar; sino para poner un fin á sus incertidumbres y sosegar su agitacion.

Tomaron los instrumentos bajo sus capas; y cubriéndose cuidadosamente las caras, se encaminaron silenciosos hácia Vila Altieri. Habian pasado ya la bóveda en que Vivaldi se habia visto detenido por el desconocido en la noche anterior, cuando oyeron cerca de sí algun ruido... Alzando Vivaldi los ojos, descubrió la misma figura que habia visto en la víspera. No habia tenido todavía lugar para esclamar, cuando le dijo con magistruosa voz el desconocido: *No vayas á Vila de Altieri, porque encontrarás la suerte que debes temer.*

—¿Qué suerte? dijo Vivaldi retrocediendo

de horror. Hable V. ruegoselo con encarecimiento.

Pero el fraile se habia desaparecido, y la obscuridad de la noche no permitia reconocer por donde.

—Dios nos asista! exclamó Bonarmo: esto escede á toda creencia. Volvamos á Nápoles; es menester obedecer á este segundo aviso.

—¡Ah! dijo Vivaldi, este golpe me deja trastornado ¿Por donde se ha ido?

—Ha pasado al lado de mi como una saeta dijo Bonarmo, y se ha desaparecido ántes que yo pudiera alcanzarle,

—Quiero arriesgarlo todo, dijo Vivaldi. Si tengo un rival, vale mas que yo arrostre con él al punto. Vamos.

Bonarmo le hizo presente el peligro á que se esponia á una tan arriesgada empresa. Es evidente, le dijo, que tienes un rival; pero, ¿que puede tu valor, contra unos espadachines pagados? Vivaldi replicó: Si temes el peligro, iré solo.

Ofendido Bonarmo de este zaherimiento, acompañó silencioso á su amigo hasta Vila Al-

tieri; y al pasar Vivaldi por el sitio que él había reconocido la precedente noche, llegó sin trabajo al jardín.

—¿En donde están, dijo Vivaldi á su amigo, aquellos valientes á quienes has querido hacerme temer?

—Habla bajo, repuso el amigo; pues nos hallamos quizar á dos pasos de ellos.

—Pues bien, se hallarán á otros dos de nosotros, dijo Vivaldi.

Llegaron por último ambos aventureros al invernadero que estaba inmediato á la casa; y fatigados allí del camino, descansaron para cobrar aliento y preparar sus instrumentos.

La noche estaba serena. Oyeron entonces las confusas voces de una multitud; y en breve iluminado el cielo por un fuego artificial hecho con motivo del nacimiento de un príncipe de la casa real. De la orilla occidental de la bahía se elevaba un infinito número de cohetes á una inmensa altura; y disipando su resplandor de repente la obscuridad de la noche, alumbraba los rostros de un innumerable gentío, las aguas de la bahía, las numerosas barcas que volaban sobre

su superficie, toda la magnificiencia de sus orillas la rica ciudad de Nápoles, sus azoteas cubiertas de espectadores, y el paseo público lleno de coches y reluciente con millares de luces.

Mientras que Bonarmo estaba ocupado en este hermoso espectáculo, tenía Vivaldi clavados los ojos sobre la mansion de Elena, con la esperanza de que el ruido del fuego artificial la movería á asomarse al balcon; pero no se dejó ver, si ninguna luz en la casa indicó que ella pudiera salir.

Mientras que estaban sentados sobre el césped del invernadero, oyeron un ruido de ramos como el que hace una persona que aparta algunos arbustos para abrirse paso. ¿Quién va allá? preguntó Vivaldi. Respuesta ninguna, y un largo silencio.

—Nos observan, dijo Bonarmo, y tenemos quizá sobre nosotros, en este momento, el puñal de los asesinos. Alejémonos de este sitio.

—¡Ah! ojala, dijo Vivaldi, que mi corazón estuviera tan guarnecido contra los tiros del amor que conspira contra mi descanso como lo está el tuyo contra los golpes de esos valientes á quienes

temes! Amigo, no te ocupa aquí ningun interes bien vivo, supuesto que tu alma da una tan facil entrada á esos temores.

—Mi temor es el de la prudencia pero no el de la debilidad, repuso con viveza Bonarmo. Esperimentarás quizas que no le conozco, en el momento en que desearias que yo no estuviera exento de él.

—Te entiendo, dijo Vivaldi. Terminemos el negocio que me trae aquí; y si crees que te he injuriado, estaré pronto á darte una satisfaccion.

—¿Crees pues que repararias la injuria hecha á la amistad, derramando la sangre de tu amigo?

—¡Ah! nunca, nunca, exclamó Vivaldi, arrojándose al cuello de Bonarmo. Disimula mi inconsiderada violencia á la turbacion de mi ánimo.

Volviéndole Bonarmo sus abrazos, le dijo: No hablemos mas de ello. Aprieto todavía á mi amigo contra mi corazon.

Al tener esta conversacion se habian apartado del invernadero; y se acercaron á la casa, en donde se establecieron debajo del balcon que

encima de la ventana del cuarto en que Vivaldi habia visto á Elena la precedente noche. Afinaron allí sus instrumentos, y dieron principio á la serenata con un duo.

La voz de Vivaldi era un bello tenor; y la misma sensibilidad que le apasionaba por la música, le inspiraba varias formas de canto de una estrema delicadeza, y comunicaba á su voz la expresion mas sencilla y patética juntamente. Se mostraba su alma en sus acentos tiernos afectuosos y enérgicos. Una especie de entusiasmo le inspiró en aquel momento la mas elevada elocuencia; á que la música es quizas capaz de llegar; pero no tuvo medio ninguno de juzgar los efectos que él habia producido sobre Elena; porque ella no se dejó ver en el balcon ni en su celosía, ni dió señal ninguna de su aplauso y aprobacion. Ningun otro sonido mas que el de su voz habia turbado el silencio de la noche, y ninguna luz disipaba la obscuridad: únicamente en un intervalo de silencio discurrió Bonarmo oír cerca de sí á algunas gentes que hablaban con grande precaucion, pero, habiendo escuchado atentamente, no pudo asegurarse en un todo de

la verdad. Sostenía Vivaldi que aquel ruido no era mas que el confuso murmullo del gentio esparcido sobre los muelles de la ciudad; pero no podia lograr el persuadirse lo á Bonarmo.

Habiéndoseles desgraciado á los músicos su primera tentativa dirigida á atraer la atencion, pasaron á la parte opuesta de la casa, y se colocaron en frente del pórtico; pero con tan poco acierto, que despues de haber ostentado de nuevo todos los recursos de la armonía y todos los de la paciencia por espacio de cosa de una hora, renunciaron á hacer nuevos esfuerzos para triunfar de la insensible Elena. Vivaldi, aunque habia venido con escasas esperanzas de verla, experimentó un tan vivo dolor de su poco acierto, que temiendo Bonarmo las resultas de su desesperacion, se ocupó entonces en persuadirle que no tenia rival ninguno, con tanto calor como habia puesto en sostenerle que tenia uno.

Salieron al cabo del jardin, Vivaldi jurando que él no tomara descanso ninguno hasta que hubiera descubierto al desconocido que se habia formado el cruel gusto de destruir su felicidad, y que le hubiese precisado á esplicarle sus oscuros

avisos; Bonarmo representó siempre la imprudencia y dificultad de esta investigacion, haciéndole reparar que semejante conducta haria infaliblemente pública una inclinacion que él temia en tanto extremo dejar conocer.

Se resistia Vivaldi á todas estas representaciones, y dijo: Verémos si ese demonio, con hábito de fraile, me perseguirá de nuevo en mi camino. Si se presenta, no se me escapará; si no se deja ver, esperaré su vuelta con la misma constancia que él ha esperado la mia: me ocultaré entre esas ruinas, aunque debiera perecer en ellas.

La vehemencia con que profirió estas postreras palabras, dejó sumamente absorto á Bonarmo; pero no se opuso mas á su designio: le suplicó únicamente que contemplara que no estaba muy bien armado, y añadió: necesitarás de armas aquí, aunque has podido pasarte sin ellas en Vila Altieri; y trae á tu memoria que el desconocido te dijo que todos tus pasos son observados.

—Tengo mi espada, repuso Vivaldi, y la daga que suelo traer conmigo. Pero, ¿qué arma tienes tu?

—Silencio, dijo Bonarmo á la vuelta del pie de una roca pendiente sobre el camino, pues nos acercamos al sitio: he allí la bóveda. Se mostraba ella efectivamente en la obscuridad, como en perspectiva, entrè dos montañas cortadas perpendicularmente. en una de las cuales se veían todavía las ruinas de un antiguo fuerte del tiempo de los Romanos, y en la otra diversos pinos y espesuras de robles que cubren la peña desde la base hasta su cima.

Iban marchando silenciosos y con acelerado paso, echando con frecuencia al rededor de sí algunas inquietas miradas, esperando á cada instante que el fraile saliera de entre los riscos: pero llegaron sin obstáculo á la bóveda. Estamos aquí antes que él, dijo Vivaldi. Habla bajo, amigo, dijo Bonarmo, que puede haber mas gentes que nosotros en esta obscuridad; y no me gusta este parage.

—¿Qué otros hombres mas que nosotros podrían escoger un tan triste asilo, escepto algunos foragidos? dijo Vivaldi. Un sitio tan silvestre puede convenir en efecto á su humor, y conviene tambien grandemente al mio en este momento.

—Sí, dijo Bonarmo, puede convenir á su humor y designios. Por lo tanto alejémonos de esta obscuridad, y lleguemos al camino descubierto en que podremos ver mejor lo que pase al rededor de nosotros.

Le objetó Vivaldi que ellos mismos, en el camino serian mas fácilmente observados, y añadió: si el desconocido que me persigue nos descubre el primero, esta frustrado nuestro designio; porque le será posible llegarse de repente sobre nosotros, ó no presentarse absolutamente, si teme que nos hallemos en estado de echarle la mano.

Al decir Vivaldi estas palabras tomó su puesto junto a la muralla y en medio de la bóveda, cerca de una escalera cortada en la roca, que conducia al fuerte. A su lado se colocó su amigo. Despues de un silencio, durante el que Bonarmo vacilaba, y Vivaldi observaba al rededor de sí con impaciencia, dijo aquel: ¿Crees realmente que podamos conseguir echarle la mano? Ha pasado á mi lado con una estraña rapidez. Hay en este hombre algo de mas que humano.

—¿Qué entiendes por eso? dijo Vivaldi.

—Entiendo que se me pega aquí la superstición; este sitio es contagioso, inficiona con sus tinieblas mi ánimo, y me tengo en este momento por capaz de temerlo y creerlo todo.

—Confesarás, prosiguió Bonarmo, que su aparición fué acompañada de muy extraordinarias circunstancias. ¿Como supo tu nombre que él profirió cuando se te apareció la primera vez? ¿Como supo de donde venias y á donde íbas? ¿Por medio de que mágia pudo estar instruido sobre tus proyectos?

—Por lo mismo, dijo Vivaldi, no estoy cierto de que le sean conocidos; pero si se halla enterado de ellos, no es necesario por esto que haya sonido medios sobrenaturales.

—Lo que acaba de sucedernos en Vila Altieri debe convencerte, dijo Bonarmo, de que le son conocidos tus proyectos; por que ¿crees posible que Elena se hubiera manifestado insensible á tus atenciones, si su voluntad no estuviera obligada en otra parte; y que ella no se hubiera mostrado en la celosía?

—No conoces á Elena, dijo Vivaldi, y por esta razon te disimulo la pregunta. Es verdad

sin embargo que si hubiera estado dispuesta á escucharme. alguna señal de aprobacion..... Paróse aquí sin decir mas.

—El desconocido, repuso Bonarmo, te advirtio que no fueras á Vila Altieri; parecia instruido del recibimiento que allí te aguardaba, y del peligro que dichosamente has evitado hasta ahora.

—¡ Ah! sí; sabia él muy bien la acogida que hallaria yo allí, exclamó Vivaldi con vehemencia; y él mismo es el rival quien debo temer. Han tomado este disfraz para burlar mi credulidad, y para disuadirme de seguir mis proyectos relativos á Elena; estoy reducido á ocultarme vergonzosamente para esperarle, y á espiar á este rival como un asesino.

—Por Dios, dijo Bonarmo, modera esos enajenamientos; contempla en que parage nos hallamos y tu sospecha no tiene asomos de verosimilitud. A lo cual añadió diversas razones de su opinion que convencieron á Vivaldi, y le determinaron a permanecer mas sossegado.

Habian estado así un tiempo considerable en su emboscada, cuando Bonarmo descubrió á un

hombre junto à la entrada de la bóveda, de la parte de Vila Altieri. No oyó andar; sino que vió colocarse una especie de sombra en la boca de la bóveda en que penetraba la luz del crepúsculo, à aquel hermoso clima. Teniendo vueltos Vivaldi los ojos hàcia Nápoles, no alcanzaba à ver el objeto que le traía ocupado; pero adelantándose en el mismo instante la figura por lo interior de la bóveda se desapareció en la obscuridad, pero no antes que Vivaldi hubiese comprendido el motivo del ademán de su amigo y de su espresivo silencio. No oyeron sin embargo el ruido de paso ninguno; y convencidos de que el desconocido no habia salido de la bóveda, guardaron sus puestos con el mas profundo silencio. Pero bien pronto oyeron cerca de sí el ruido de un hàbito talar, é incapaz Vivaldi de contenerse por mas tiempo, salio de su escondijo, y con los brazos estendidos para ocupar el paso, preguntó, quien va alla?

Habiendo cesado el ruido, y no respondiendo ninguno, desenvaino Bonarmo su espada, protestando que iba a vibrarla al rededor de sí, hasta que encontrara a la persona que buscaba; pero que si ella se descubria, no le seria hecho mal ninguno.

Confirmó Vivaldi esta promesa; pero no se le dió respuesta alguna. Continuaron aplicando el oido, y creyeron oír pasar à alguno cerca de sí. El paso en efecto no era bastante argosto para poder cerrarle todo entero. Vivaldi se adelantó hacia el ruido; pero no vió salir à ninguno de la bóveda por el lado de Nápoles, en que el crepúsculo mas fuerte le hubiera hecho descubrir mas facilmente.

=Alguien dijo Bonarmo, ha pasado ciertamente por aquí, y me parece haber oido pisadas en la escalera que conduce al fuerte.

=Sigámosle, dijo Vivaldi; y empezó à subir.

=Deténte, dijo Bonarmo, por amor del cielo; considera lo que emprendes; no te aventuras en estas ruinas con semejante obscuridad, ni persigas al asesino en su caverna.

=Es el fraile mismo, Dijo Vivaldi, subiendo siempre; y no se me escapará.

Paróse Bonarmo un instante al pie de la escalera. Su amigo se alejaba siempre; vaciló sobre la resolucion que abrazaria, hasta que corrido de abandonar à Vivaldi solo en el peligro, se determinó à arrostrar el mis-

mo con este y subió, no sin trabajo los gastados escalones de la bóveda.

Después de haber llegado á la cima de la roca, se halló en un terrado que cubria la parte superior de la bóveda y que dominando sobre ámbos lados del camino, guardaba el desfiladero. Algunas reliquias de murallas y almenas daban indicios del antiguo destino suyo; conducia á una torre encubierta casi por un espeso pinar que coronaba la montaña. El terreno parecia haber servido no solamente para dominar sobre el camino, sino tambien para unir entre sí las dos partes opuestas del desfiladero, y formar una comunicacion entre el fuerte y los otros puestos.

Buscó en balde Bonarmo con la vista á su amigo; pues únicamente los ecos de los riscos respondieron á su voz. Después de haber dudado por algun tiempo sobre si entraria en el recinto del principal edificio ó en la torre, abrazó el primer partido, y entró en un espacio cubierto de ruinas, y cerrado con muros que seguian los declives de

la montaña. La ciudadela era una torre redonda, inmensa, elevada y fuerte. Esta torre y algunas bóvedas arruinadas, eran las únicas reliquias de aquella importante fortaleza, si se exceptúan las ruinas de otro antiguo edificio sobre la cima de la montaña, cuya antigua forma y destino eran difíciles de reconocer.

Habiendo entrado Bonarmo en el recinto de la torre grande, no se atravió á ir mas adelante detenido por la obscuridad que allí reinaba; se contentó con llamar á grandes gritos á Vivaldí, y se volvió al terrado.

En el momento de acercarse á una mole de ruinas; creyó reconocer los sonidos debilitados de una voz humana, y mientras que escuchaba con una inquieta atencion, vió salir de aquellas ruinas á un hombre con espada en mano: era Vivaldi.

Bonarmo voló hácia el: estaba pálido, y respiraba con trabajo. Se pasaron algunos minutos antes que él pudiera hablar, ni oír las repetidas preguntas que le hacía su amigo.

—Dejemos este sitio, dijo Vivaldi.

—Con mismo gusto, respondió Bonarmo. Pe—

ro, ¿de donde sales y que has visto para estar turbado de este modo?

—No me hagas pregunta ninguna: salgamos de aquí.

Bajaron la peña; y luego que se hallaron debajo de la bóveda, le preguntó Bonarmo si iba á ponerse otra vez de centinela. No, dijo Vivaldi en un tono que atemorizó á Bonarmo. Volvieron á ponerse en camino para Nápoles: este último renovando sus preguntas, tan asombrado de la reserva de que usaba su amigo para responder á ellas, como curioso é inquieto de saber lo que su amigo había visto.

—¿Era pues el fraile? dijo. ¿Le has echado al cabo la mano!

—No se que pensar de ello, dijo Vivaldi; y estoy en una perplejidad mayor que nunca.

—¿Se te ha escapado?

—De ello hablaremos otra vez: pero sea lo que quiera de esto, el negocio no puede permanecer aquí. Volveré á este sitio mañana con un hachon. ¿Tendras valor para acompa-

ñarme?

—No sé si debo hacerlo, hasta que conozca cual es tu intento.

—No te insto pero te es ya conocido mi plan.

—¿Has reconocido á ese hombre?

¿Tienes alguna duda todavía?

—Tengo algunas dudas que la próximo noche desvanecerá.

—Eso es cosa estraña, dijo Bonarmo. No hace mas que un momento que he sido testigo del horror con que has dejado la fortaleza de Paluzzi, y hablas ya de volver á ella; y ¿porqué de noche? Porqué no de dia, en que es menor el peligro?

—Ese peligro me mueve poco; pero te harè notar que el dia no entra nunca en el sitio en que he penetrado; á cualquiera hora que se vaya á el se necesitan hachones para guiar el paso.

—¿Como has hallado pues el camino habiendo una total obscuridad?

—Me he internado en el camino sin saber á donde iba, y me veia como conducido por

una mano invisible.

—Debemos ir siempre allá, dijo Bonarmo, de día, aunque necesitamos de otra luz para penetrar en ese sitio, al que te acompañaré; pero sería una cosa estravagante el volver una segunda vez à un parage infestado probablemente de ladrones, y à la hora que les es mas favorable.

—Quiero acechar de nuevo debajo de la bóveda, dijo Vivaldi, antes de hacer uso de mis últimos recursos, y esto no puede ser mas que de noche; por otra parte, no me es posible ir alla mas que à la hora en que puedo esperar el hallar el fraile.

—¿Se te ha escapado pues, é ignoras todavía quien es? dijo Bonarmo.

No respondió Vivaldi mas que preguntando à su amigo si estaba determinado à acompañarle, pues sino buscaria à otro segundo.

Dijole Bonarme que pensarian en ello, y que le diria con tiempo su resolucion.

Al acabarse esta conversacion, se hallaron de vuelta en Nápoles à la reja del Palacio Vivaldi, en donde se separaron.

CAPITULO II.



HABIENDOLE desgraciados á Vivaldi el proyecto de hacerse explicar las amenazas de su fratre, resolvió desembarazarse del martirio de la incertidumbre, declarando sus pretensiones á Elena, que no podría eximirse de darle á conocer su rival, si el tenia uno. Desde por la mañana pasó á Vila Altieri, en donde, habiendo preguntado por la señora Bianchi, le dijeron que no recibia visitas. Consiguió con sumo trabajo de una anciana criada, que le hiciera el favor de insistir en alcanzarle una momentánea conferencia. Le fué acordado el permiso, y le recibieron en el mismo cuarto en que él habia visto á Elena. No halló allí á ninguno, y se le dijo que la señora Bianchi iba á venir.

Durante este intermedio, estaba agitado unas veces de una viva impaciencia y otras de un delicioso entusiasmo, echando la vista sobre el reclinatorio del que habia visto le-

vantarse á Elena, y en que su imaginacion se la mostraba todavia; cada objeto sobre que se habian detenido los ojos de Elena y cuantos eran de uso suyo tomaban prestado de ella, en la imaginacion del jóven, algo del divino genio que veia en Elena misma, y hacian sobre él en algun modo la misma impresion que su presencia hubiera hecho. Estaban tremulas sus manos al tomar el laud que ella habia tañido; y al sacar algunos débiles sonidos de este instrumento, creia estar oyendo la voz de Elena. Notó un dibujo, únicamente bosquejado, de una ninfa que danzaba copiado de las pinturas de Herculano, y que espresaba ya el espíritu é ingenio del original; parecia que ella se movia, y toda la figura ostentaba la gracia y ligereza: Vivaldi reconoció que aquella figura pertenecia á una serie de piezas de la misma especie que adornaban el gabinete de su padre, el que, segun habia oido decir, habia obtenido él solo la licencia del rey para hacerlos copiar.

Cuantos objetos se le presentaban á la vista anunciaban asi en su imaginacion la pre-

senencia de Elena, y hasta las flores que engalanaban y embalsamaban su cuarto, servian de pábulo á estas ilusiones. Habia tomado su turbacion tanto incremento antes de la llegada de la señora Bianchi, que temiendo no poder ocultarla á sus ojos, tuvo mas de una vez tentaciones de salirse de la casa. Presentóse por último la dama. Se hubiera sonreido un observador al ver el empacho del mancebo, el vacilante suyo y sus timidas miradas, cuando adelantándose hácia la señora Bianchi, besó su desecada mano, y presto un atento oido á su trémula voz. Le recibió ella con muy notables trazas de circunspeccion, y se pasaron algunos instantes primero que el pudiera esponer el objeto de su visita. Oyó la dama secamente, y casi con severo semblante, las protestas que le hizo Vivaldi de su inclinacion á Elena, y luego que la hubo instado á interceder en favor suyo al lado de su sobrina; le respondió de este modo:—No se me puede ocultar la repugnancia que su familia de V. debe tener á enlazarse con la mia; me consta quanto valor dan los mar-

queses de Vivaldi á la preeminencia del nacimiento; su proyecto de V. debe desagradarles sumamente á no ser que le ignoren; pero debo declarar á V., caballero, que, aunque les sea inferior en clase mi sóbrina, no posee en menor grado que ellos la idea de su dignidad.

Vivaldi era incapaz de disfrázár la verdad; pero no se atrevia á confesar muy facilmente las disposiciones de su familia. La ingenuidad sin embargo con que habló de ella, y la energia de una pasion muy viva para carecer de elocuencia, y muy elocuente para no arrastrar la conviccion, templaron por grados á la señora Bianchi. Otras consideraciones influyeron en esta mudanza, Veia ella que á causa de su edad y achaques, y segun 'el ordinario curso de la naturaleza, debia dejar en breve á Elena huérfana, jóven, sin parientes ni amigos. Su sobrina, con una superior hermosura y escaso conocimiento del mundo, iba á correr grandes peligros, que se presentaban bajo un aspecto terrible al afecto de la señora Bianchi. Estas circunstancias hacian perdonable en la tia el desentenderse de las conside

raciones que hubieran debido respetarse en otra situacion; ella no debia negarse á asegurar á su sobrina el patrocinio de un sujeto de honor, dándosele por marido. Si para ello alojaba en la delicadeza que se oponia á enlazar á Elena con una familia sin saberlo los padres de su novio, la ternura suya para con la sobrina podia temblar la censura á que se esponia.

Pero la señora Bianchi, ántes de resolverse sobre este particular, debia asegurarse de que Vivaldi era digno de la confianza que ella ponía en él. Para probarlo, no alentó mas que debilmente sus esperanzas; y se negó absolutamente á dejarle ver á Elena, hasta que él hubiese reflexionado maduramente sobre sus propios proyectos. A cuantas preguntas le hizo él para instruirse sobre si tenia un rival, y si Elena se hallaba con disposiciones favorables para él, no dió ella mas que respuestas evasivas, no queriendo darle esperanzas que podria verse precisada á hacerle perder en lo sucesivo.

Despidióse finalmente Vivaldi de ella algo consolado, pero no teniendo todavía mas que dé-

biles esperanzas, ignorando si tenia un rival, y aun dudando todavía si Elena le miraba con alguna buena voluntad y estimacion.

Habia logrado de su tia el permiso de volver á verla en el siguiente dia. Entre tanto parecia que el tiempo no corria para él; y como tenia por cosa imposible el soportar semejante plazo, se ocuparon todos sus pensamientos en indagar algunos medios de abreviarle, hasta que hubo llegado á la fatal bóveda en que buscó con los ojos, aunque sin esperanza de descubrir en aquella ora á su misterioso enemigo. El desconocido no se dejó ver efectivamente, y Vivaldi prosiguió su camino, resuelto á no ver á la bóveda en la misma noche, como tambien á Vila Altieri, en donde esperaba que una segunda visita sosegaria algo sus zozóbras.

A su llegada al palacio le dijeron que su padre el marques habia mandado decirle que le esperara, pero acabó de pasarse el dia sin que el padre volviera. Habiéndole visto la marquesa, le preguntó, con una muy espresiva mirada, porque habia vuelto tan tarde la víspera; y desconcertó todos sus planes para la noche, man-

dándole que le acompañara á Portici. Este contratiempo le impidió ser instruido de la determinacion de Bonarino sobre el proyecto de volver por la noche á las ruinas de Paluzzi, é ir á Vila Altieri.

Pasó en Portici tambien la siguiente noche; y á su vuelta á Nápoles, hallándose ausente todavía el marques continuó ignorando lo que su padre tenia que decirle. Una esquela de Bonarino le participo la negativa suya de acompañarle en adelante á las ruinas, disuadiéndole de seguir una tan arriesgada empresa.

Careciendo de un compañero para ejecutar su proyecto de visitar de nuevo las ruinas de Paluzzi, remitió su ejecucion al siguiente dia, pero ninguna consideracion le sirvió de estorbo para ir á Vila Altieri; y desdeñándose de instar al amigo del que tenia experimentada ya una negativa, tomó su laud, y llegó al jardin mas pronto que en los anteriores dias.

Se habia puesto el sol hácia ya cosa de una hora; pero el horizonte conservaba todavía relucientes visos amarillos, y la bóveda cerúlea tenia todavía aquella transparencia que no se conoce

mas que bajo aquel encantador clima, y que parece espaciar la suave luz del crepúsculo sobre el mundo en reposo. Al sudeste se dibujaba el Vesuvio en el horizonte; pero guardaba silencio el volcan.

Oia Vivaldi únicamente los gritos de algunos lazaronis, que jugaban y reian á alguna distancia de la playa. Descubrió una luz al través de las celosias de un pequeño pabellon del tuvernadero, y no fue ya dueño de negarse á la esperanza de ver á Elena. En balde titubeó sobre el paso que iba á practicar; en balde se dijo á sí mismo que eran indecoroso el perseguirla de esta manera hasta en su morada, y espiar sus ocultos pensamientos; porque la tentacion era muy fuerte para rendirse á estas consideraciones. No le detuvieron ellas mas que un momento; y habiandose adelantado hacia el pabellon, se colocó en frente de una celosia abierta, de modo que le tuviera oculto las ramas y hojas de un naranjo. Elena estaba sola, sentada y en una postura pensativa. En la mano tenia su laud sin tocarle, y parecia distraida de cuantos objetos la

circundaban. La espresion de su fisonomia y tiernas miradas decian que le ocupaban afectos interesantes al ánimo. Trayendo Vivaldi entonces á su memoria que él, en una situacion enteramente semejante, habia oido á Elena proferir su nombre, cobró confianza, é iba á descubrirse á ella y echarse á sus plantas cuando la doncella pronunció las siguientes palabras que le detuvieron.

¡Cuan insensato es, dijo ella, aquel orgullo del nacimiento, preocupacion, quimera, enemigos de nuestra felicidad! No, no, me resolveré jamas á entrar en una familia que se desdenaria de recibirme. Sabran á lo menos que tengo de mis padres la nobleza del alma y modo de pensar. Sin embargo, ¡Vivaldi! esta adversa preocupacion...

Al oir Vivaldi estas palabras, permanecia inmóvil y estaba como hechizado. El sonido del laud y de la voz de Elena le hizo volver en sí. Se puso á cantar en la primera estancia de la misma música con que el habia dado principio á su serenata, y que la doncella cantó con todo el buen gusto y espresion que el como

positor habia podido poner en ella al producirla.

Se paró Elena despues de la primera estancia; y dejandose llevar Vivaldi de la tentacion de una tan propicia ocasion para dar á conocer su amor, cantó la segunda estancia acompañandose de su laud. Impidiendo el temblor que le tenia poseido la dilatacion de su voz, hacia mas patético su canto.

Elena le reconoció muy en breve; púsosele pálida y encarnada la tez alternativamente, y antes de finalizarse la estancia estaba próxima á desmayarse. Vivaldi sin embargo se adelantaba hácia ella. Al acercársele, recobró Elena sus potencias, mandó á Vivaldi que se retirara, y antes que este pudiera llegar hasta la doncella, hubiera dejado ella el sitio, si el amante no la hubiera detenido implorando un instante de atención.

—Eso es imposible? dijo Elena.

—Oiga yo solamente de que no me aborreces, y que el atrevimiento que he tenido de ponerme en tu presencia no me ha hecho perder los afectos con que acabo de oir que me honras.

¡Ah! olvida, dijo Elena, lo que has oido; no he sabido lo que decia.

—¡Hermosa Elena! ¿crees que me sea posible olvidarlo jamas? Sera esta memoria en todos tiempos él consolador de mi soledad, y la esperanza que me sostendrá....

—No puedo detenerme por mas tiempo. No me perdonaria yo a mi misma nunca el haberme dejado llevar de semejante conversacion; pero se le soltaron à Elena, al proferir estas últimas palabras, una mirada y sonrisa que la desmentian. Vivaldi creyó mas bien en estas señales que en las palabras; pero en el momento de tratar de espresarle toda su satisfacion, habia dejado ya ella aquel sitio. Qui-so seguirla en el jardin; pero se ocultó la don-cella, y se metió adentro antes que él pudiera alcanzarla.

Pareció, desde aquel instante, que Vivaldi tomaba una nueva existencia. Fué en su concepto el mundo entero la mansion de la felicidad, y la sonrisa de Elena le dejó una sempiterna impresion en la mente. En los ena-genamientos de su júbilo tuvo por cosa impo-

sible que le hicieran jamas desgraciado, y aun se las apostaba a los caprichos de la fortuna. Volvióse mas bien volando que andando a Napoles, sin pensar mas en el rígido admonitor cuyos avisos habia recibido ya.

No estando los marqueses en casa, tubo el mancebo suficiente lugar para abandonarse con delicia à sus gratos recuerdos, que recogia enteros y que llevaba con impaciencia que vinieran a turbar. Estubo paseandose toda la noche por su cuarto con una agitacion igual; pero no parecida a la que la incertidumbre de los afectos de Elena le habia causado unos dias antes. Escribió y desgarró muchas cartas unas veces temiendo haber dicho mucho, y otras sintiendo el no haber dicho mas, acordandose de los rasgos de que hubiera debido hacer uso, y reconviniendose de la debilidad de sus espresiones para una pasion que le parecia que lengua ninguna podia representar.

Por la mañana sin embargo habia logrado escribir una carta de la que estaba algo mas contento, y la dió a un criado de confianza para que la llevara a Vila Altieri; pero ape-

nas hubo partido el portador, cuando Vivaldi trajo a la memoria muchas cosas que hubiera debido decir, muchas espresiones que hubieran pintado mejor su pensamiento ó afectos, y hubiera querido recuperar a cualquiera costa su carta.

En este estado de agitacion, le avisaron que preguntaba por él su padre. Vivaldi no estuvo dudoso por mucho tiempo sobre lo que tenían que decirle.

—He querido hablarte, le dijo altivo y severamente el marques, sobre un asunto de la mayor importancia para tu honor y felicidad y tambien he querido presentarte una ocasion de desmentir una noticia que me hubiera ocasionado sumo sentimiento si me hubiera sido posible darle crédito. Felizmente tengo formado muy buen concepto de mi hijo para dar alguna fé á lo que de tí se me ha dicho. Aun he asegurado que conocias muy bien lo que debes á tu familia y á ti mismo, para dejarte llevar de un paso del honroso para ella y para tí. Se dirige pues únicamente mi objeto en esta conversacion á proporcionarte un momento

para refutar la calumnia con que te han denigrado, y á verme autorizado por ti mismo para desimpresionar á los sugetos que me han hablado en estos terminos de tu parte.

Vivaldi que habia esperado impacientemente el fin de este exordio, rogó á su padre que le instruyera sobre el objeto de la relacion que se le habia hecho.

—Se me ha dicho, repuso el marques, que hay una doncella llamada Elena Rosalba. ¿Conoces á una persona de este nombre?

—¡Si, la conozco! exclamó el hijo. Pero disimúle V., señor, y sirvase continuar.

Hizo el marques una momentánea pausa, mirando con severidad á su hijo; pero sin estrañeza.

—Dicen que una doncella de este nombre ha logrado seducirte.

—Es mucha verdad, señor, repuso el hijo, que la señora Elena Rosalba me ha infundido un tierno afecto, pero sin hacer uso de ningun artificio ni solitud para ello.

—No quiero ser interrumpido, dijo al marques interrumpido, á su vez al hijo. Dicen que ayudada de una parienta, á cuyo lado

vive, se ha conducido con tanto arte, que te ha traído á envilecerte hasta el grado de ser adorador suyo.

—La señora Rosalba me ha elevado al honor de hacerle mi corte, replicó Vivaldi, no pudiendo reprimirse mas; é iba á continuar, cuando le dijo su padre; confiesas pues tu locura.

—Me honro de mi eleccion, Señor.

—Jóven, como no veo en tí mas que el entusiasmo caballeresco de un niño, tengo a bien perdonarte por esta vez, y únicamente en el instante mismo de tu nueva favorita.

—Señor...

—Repítotelo, repuso el Marques con el mayor énfasis, apártate de ella; y para probarte que soy mas indulgente todavia que justo, consiento bajo esta condicion en acordarle una rentecilla, que será una especie de reparacion del agravio que le hayas hecho concurriendo á corromperla.

—¡Ah! Señor, dijo Vivaldi como desatinado, corromperla! ¿Quién ha podido desdorar su reputacion llevando una tan infame falsedad á los

oidos de V.? Nóbremele V., se lo suplico encarecidamente, nóbremele para que yo le dé su merecido.

¡Corromperla! una renta, premio de su corrupcion! Elena! Elena! En el momento de proferir estas palabras, varias lágrimas de ternura corrian de sus ojos, animados al mismo tiempo con la mas viva indignacion.

—Jóven, dijo el marques que habia observado con inquietud y disgusto la vehemente conmocion de su hijo, no creo ligeramente una relacion, y no puedo sufrir que se ponga en duda lo que estoy sentando. Te han engañado, y tu vanidad perpetuaria la ilusion, si yo no interpusiera mi autoridad para rasgar el velo que tiene cubiertos tus ojos. Abandónala en el instante mismo, y te daré pruebas de su mala conducta, que desquiciaran la confianza que tienes en ella, por mas entusiasmas que sea.

—¡Yo abandonarla! repuso Vivaldi con mas serenidad pero con un tono firme y enérgico que su padre no le habia visto tomar jamas. Señor, nunca ha puesto V. en duda mi veracidad; pue bien, á fe de hombre de honor, Elena está ino-

cente. ¡Cielos! como puede haberse hecho necesario el justificarla! ¡Como especialmente sucede que esta justificacion haya llegado á eu una necesidad para mí!

—Téngome compasion en efecto, le dijo el padre friamente. Empeñas en favor de ella tu palabra honrada; puedes estar de buena fé. Creo pues que te han engañado; la tienes por virtuosa no obstanté tus noturnas visitas a su casa, y spongamos que ella lo sea ¿como la resarciras del borron con que está manchada su fama en lo futuro?

—Proclamando al mundo entero que es digna de ser muger mia, repuso Vivaldi, con ardientes ójos que daban á conocer el valor y la resolucion.

—¡Tu muger! dijo el marques con uca mirada que espresaba el mas profundo desden, y despues una inquieta ira; si creyera yo que pudieras olvidar hasta ese grado el honor de tu familia, renunciaria de mi hijo para siempre.

—¡Y bien! ¿Como pues olvidaria yo, esclamá Vivaldi, lo que es debido á un padre, no haciendo mas que defender los derechos de la

inocencia que carece de todo otro defensor? ¿Porque no me seria lícito el conciliar juntamente el desempeño de dos tan conformes obligaciones? Pero, suceda lo que sucediere, tomaré á mi cargo la defensa de la debilidad é inocencia oprimidas, y me gloriaré de dar oidos al grito de la virtud, que me enseña que no hago en esto mas que obedecer al de la humanidad. Si señor, si este es mi destino, hállome dispuesto á sacrificar esas supuestas obligacioncillas á la escelencia de una máxima que ennoblece las almas, y las mueve á las mas admirables acciones; y de está manera sostendré mejor el honor de mi prosápia.

—¿Con arreglo á que máxima de moral, dijo el marques, desobedeces á un padre? ¿Cual es pues la virtud que te enseña á envilecer tu familia?

—No hay envilecimiento mas que en el vicio, señor, y hay circunstancias en corto número en que la desobediencia es una virtud.

—Esa paradoja y lenguaje caballeresco me dan á conocer suficientemente, repuso el marques, el genio de tus asociados, y la supuesta

nocencia de la que defiendes con un tono y semblante tan pijotesco. ¿Ignoras por ventura que perteneces á tu familia y no tu familia á tí? que te toca guardar el depósito de su honor, y que no puedes disponer de ti mismo? Te advierto que se me ha acabado la paciencia.

Vivaldi no pudo oír agraviar de nuevo la virtud de Elena sin abrazar su defensa, pero fue con cuantos miramientos son debidos á un padre, aunque con la independencia y magestad de un hombre. Por desgracia el padre é hijo opinaban diferentemente sobre los límites de estas obligaciones; el primero ampliándolas hasta una obediencia pasiva, el último no entendiéndolas mas que hasta el punto en que la felicidad del individuo pueda comprometerse por entero, como en el matrimonio. Se apartaron muy acalorados uno y otro: Vivaldi habiendo hecho varios esfuerzos para saber de su padre el nombre del calumniador de Elena, igualmente que para convencerle de la inocencia de esta preciosa doncella, y el marques no habiendo podido arrancarle á su hijo la promesa de no verla mas.

Esta era la situación del mancebo, que, pocas horas antes, habia experimentado un afecto de felicidad harto grande para hacerle olvidar todas las penas pasadas, y disuadirle de todo temor para lo venidero.

El combate de sus pasiones entre sí no podia tener fin ninguno. Quería á su padre y le hubiera pesado mas el sentimiento que él le daba, sin el enojo que experimentaba del menosprecio con que el marques habia mentado á Elena; y conociendo que le era imposible abandonarla, estaba indignado de la calumnia de que ella era objeto, é impaciente de vengarla en la persona de su difamador.

Aunque Vivaldi habia previsto el descontento de su padre, la reyerta que con él acababa de tener, le habia sido mas penosa que lo que se habia imaginado de antemano; pero la injuria hecha á Elena era para él tan inesperada como intolerable. Aun parecia que esta circunstancia le autorizaba mas para continuar tributándole sus obsequios: porque si hubiera sido posible que el la abandonara, estaba obligado en adelante por la idea del

honor en defenderla y protegerla, y supuesto que él había sido causa, aunque inocente, de la ofensa hecha a su reputacion era un deber suyo el borrar esta impresion enteramente. Siéndole agradables las lecciones de esta tan plausible moral, se determinó á seguir las; pero dirigió sus primeras solicitudes á descubrir al autor de los informes hechos á su padre y acordándose con sorpresa de que el marques le había hablado de sus nocturnas visitas á Vila Altieri, creyó reconocer á su delator en el fraile que le había dado algunos avisos en el camino, y que aquel hombre era al mismo tiempo el espía de sus pasos y el difamador de Elena, aunque no le era posible conciliar esta conducta con la aparente benevolencia del que le daba semejantes avisos.

Entretanto el corazón de Elena no gozaba de paz por hallarse dividido entre amor y el orgullo. Pero si hubiera estado instruida de lo que había pasado entre el marques y su hijo no hubiera durado por mucho tiempo el combate y una justa idea de su propia dignidad le hubiera determinado luego á ahogar su nuevo amor.

La señora Bianchi había instruido á su sobrina sobre el objeto de la última visita de Vivaldi; pero había disimulado algo en su narracion las circunstancias que podian causar algun pesar á Elena. Asi se había ceñido á decirle que no era dable esperar que la familia del marques aprobara una union con una persona de tan inferior clase. Sobresaltada la doncella con esta insinuacion, había replicado que supuesto que era así, había obrado ella bien en desechar á Vivaldi; pero un suspiro de que fueron acompañadas estas palabras, no se le escapó á la tia, que se aventuró á añadir que ella no se había negado absolutamente á su solicitud.

Por medio de esta conversacion y de algunas otras vió Elena con gusto justificada su oculta inclinacion á Vivaldi con la autoridad de su tia; desde cuyo tiempo se esfertzó á creer que la circunstancia que había sobresaltado su orgullo no era tan humillante como ella se lo había imaginado en el principio. La señora Bianchi, por su parte, ocultó cuidadosamente á su sobrina las consideraciones

que la habian movido á dar oídos á Vivaldi, bien segura de que contados por algo diversos motivos de interes en una tan sagrada obligacion como el matrimonio, indignarian el ánimo noble y generoso de Elena: sin embargo la señora Bianchi, á continuacion de algunas reflexiones ulteriores sobre los beneficios que semejante enlace traeria á su sobrina, se determinó á fomentar el proyecto suyo al lado de Elena misma, que estaba ya tan inclinada á él; pero halló á su sobrina menos docil sobre este punto que lo que ella habia esperado. Le ofendia á Elena la idea de enlazarse clandestinamente con la familia de Vivaldi, pero su tia, cuyas resoluciones se hacian ejecutivas por los achaques, permaneció tan convencida de las utilidades de semejante enlace que se resolvió á hacer cuanto estuviera en su mano para vencer la resistencia de su sobrina; aunque veia bien que algunos medios menos atropellados podrian tener mas seguro efecto. El empacho y turbacion que Elena habia manifestado la noche en que Vivaldi la habia sorprendido espresando sus ideas relativas á él, y

la relacion que ella habia hecho de esta conferencia á su tia, habian dado á conocer suficientemente la situacion de su alma; y luego que en la mañana del siguiente dia hubo llegado la carta de Vivaldi en que él pintaba con sencillez y energia todos sus afectos, no omitió la tia el unir á ello las observaciones que le constaba muy bien deber hacer su impresion, con arreglo al conocimiento que ella tenia del genio y disposiciones de la doncella.

Habiendo pasado Vivaldi el resto del dia, despues de la conferencia con su padre, en indagar los medios de descubrir á la persona, que le habia delatado, volvió en la noche misma á Vila Altieri, no con misterio para dar una serenata debajo del balcon de su querida, sino declaradamente para conversar con la tia, que le recibió mas urbanamente que lo habia hecho en su primera visita. Al ver la señora Bianchi alguna angustia en el rostro de Vivaldi, la atribuyó á la incertalambre en que él permanecia todavia sobre las disposiciones de Elena para consigo mismo, y no quedó pasmada ni ofendida de esto; se aventuró á des-

vanecer semejaante incertidumbre, y reanimar las esperanzas del amante. Temia Vivaldi por su parte que ella le hiciera algunas preguntas sobre las disposiciones de los marqueses: pero ella tubo miramiento con su propia delicadeza y con la de Vivaldí, guardando silencio sobre este punto; y el mancebo, despues de una conversacion harto larga, dejó Vila Altieri, consolado algo su corazon con la aprobacion de la señora Bianchí, y reanimado con un rayo de esperaza, aunque no habia podido conseguir el ver à Elena. En quanto à esta, el pensamiento de la declaracion que en la vispera habia hecho de sus afectos, y el conocimiento que habia adquirido de la oposicion de la familia de Vivaldi, le causaron tanta turbacion que no se atrevió aventurarse à una nueva conferencia.

Apenas hubo estado él de vuelta en su casa cuando la marquesa, que no solia éstar en ella, ni sola à aquella hora, envió à llamarle, y tuvo con Vivaldi una reyerta enteramente parecida à la que este habia tenido con su padre à escepcion de que la madre le examinó

con mas destreza, y le observò con mas sagacidad. No perdió Vivaldi por un momento el respeto debido à una madre. Teniendo la marquesa miramiento con la pasion de su hijo, tan lejos de irritarla disimulandole su enojo, se mostró menos violenta que el marques en sus amonestaciones y amenazas; moderacion que le era quizas mas facil de guardar, porque ella habia preparado ya los medios de impedir la ejecucion de los proyectos de su hijo.

Apartose de ella Vivaldí sin haber quedado convencido de sus argumentos ni atemorizado con sus profecias, y bien resuelto à proseguir sus designios. No se sobresaltó muchó, à causa de que él no conocia suficientemente el genio de su madre para saber cuan formidables eran las disposiciones que ella podia tomar, Desesperando la madre, por su parte, de superar a viva fuerza la resistencia de su hijo tomó por auxiliar a un sujeto dotado de la especie de talentos que le erá necesaria, y cuyo ingenio é indole le hacian perfectamente acomodado para servirla; ayudada en esta eleccion mucho mas por su maldad que por la pene-

tracion de su talento; pero conociendo bien al hombre de quien ella queria valerse, y resuelta à ponerle en accion para auxiliar sus miras.

Había à la sazón en los dominicanos del convento del Espíritu Santo de Nápoles un religioso llamado el Padre Schedoni, Italiano, como su nombre lo indica, pero cuya familia era desconocida, y mostrando él mismo en todas las ocasiones sumo cuidado de echar un impenetrable velo sobre su origen. Cualesquiera que fueran sus razones, no le oían hacer mención nunca de ningun pariente suyo ni del lugar de su nacimiento. Eludia con sumo arte cuantas preguntas relativas à este particular se le hacian à veces por sus hermanos los frailes. Diversas circunstancias sin embargo movian à pensar que él era de un linage algo esclarecido, y que habia poseido algunos bienes. Mostrandose à veces su genio al través del traje de su estado, tenia visos de altivo; pero era mas bien el tétrico orgullo de la presuncion desconcertada, que la arrogancia de una generosa alma. Aquellos hermanos suyos à quienes él habia infundido algun interés, creían que la singularidad de sus moda-

les, su severa reserva, tenaz silencio y frecuentes penitencias eran efecto de las adversidades que habia experimentado y cuya memoria martirizaba todavía un animo altanero y desordenado; mientras que los otros conjeturaban que su modo de vivir era la consecuencia de algun delito mayor que llenaba de remordimientos una consecuencia turbada.

Permanecia à veces apartado de toda sociedad por espacio de muchos dias consecutivos, ò cuando en la misma disposicion estaba precisado à volver à ella, parecia que ignoraba en donde se hallaba, y se mantenía sumergido en la meditacion y guardando silencio. No se sabia siempre à donde se retiraba, aunque se le observaban à menudo los pasos. No le oían quejarse jamás. Los religiosos mas antiguos decian que tenia talento pero sin acordarle ciencia ninguna. Celebraban la sutileza que manifestaba à veces; pero notaba que rara vez abrazaba la verdad sencilla, y que capaz de seguirla en los laberintos de la metafisica la desconocia cuando ella se presentaba à su vista sin embozo. Y en efecto, no tenia amor ninguno à lo verdadero; no lo buscaba por las anchas

sendas de un raciocinio franco y vigoroso, ni era amigo mas que de ejercitar su artificioso talento en un oceano de sofismas. Al cabo, un dilatado hàbito de este abuso intelectual habia viciado en tanto extremo su talento, que no le era posible admitir ya como verdadero nada de lo que era sencillo y se comprendia fácilmente.

Entre sus hermanos ningunole queria; muchos la habian cogido aversion, y casi todos miedo. Su figura hacia impresion, pero no de un modo favorable. Era de alta y cenceña estatura, con las piernas y brazos de un descomunal tamaño. Cuando andaba arropado con el hàbito negro de su òrden, tenia en su exterior algo de terrible y sobre humano. Echando su capilla una sombra sobre la càrdena palidez de su rostro, aumentaba la severidad de su fisonomía, y daba à sus ojazos un aspecto de melancolía, cuyo efecto se aproximaba al horror. No era la melancolía de un corazon sensible y agraviado, sino la de un alma tétrica y feroz. Habia en su fisonomia algo de muy singular, y que no podia definirse con facilidad. En ellas se veian los vestigios de muchas pasiones que parecian haber formado y fijandolas

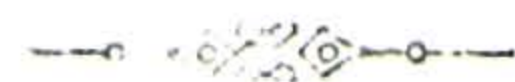
facciones que ellas no animaban ya. Dominaban en ella la tristeza y severidad. Eran tan perspicaces sus ojos, que parecia que penetraban con una sola mirada en los arcanos del corazon humano, y que allí leian los mas ocultos pensamientos. Pocas personas pòdian soportar su ojeada; y despues que no habia sido objeto de ella, evitaba el encontrarla de nuevo. Sin embargo y no obstante su inclinacion al retiro y su austeridad habia descubierto en algunas ocaciones prendas que no se le hubieran sospechado; y acomodándose con una maravillosa facilidad al humor y pasiones de las personas a quienes queria conciliarse, habia sabido avasallarlas enteramente.

Pues; bien, este religioso, este Schedoni era el confesor y consejero de la marquesa de Vivaldi. Habiale consultado ella en los primeros impulso de su orgullo agrabiado y de su indignacion a la noticia de los proyectos de su hijo, y habia reconocido luego que sus talentos la servirian grandemente. Uno y otro eran perfectamente acomodados para auxiliarse mutuamente en la ejecucion de un mismo plan. Schedoni estaba dotado de una grande destreza, y animado de una ma-

yor ambicion para emplearla toda entera; y la marquesa resuelta a sacrificarlo todo para defender su inexorable orgullo contra la ofensa que ella temia, y teniendo un gran valimiento en la corte: el uno esperando alcanzar por sus servicios un rico premio, y la otra dispuesta a derramar su dadivas sobre el que la ayudara a sostener la dignidad de su casa, Estimulados con estas pasiones y motivos, concertaron de secreto y sin saberlo el marques mismo, los medios de conseguir su fin.

Al entrar Vivaldi en el gabinete de su madre se habia encontrado con Schedoni que salia de él. Aquel no ignoraba que este último era el confesor de su madre: pero se pasmó de verle en su habitacion a la hora que era entonces. Le hizo Schedoni una inclinacion de cabeza con trazas de una afectada dulzura; pero absorto Vivaldi de su penetrante mirada, retrocedió por efecto de un impulso involuntario, especie de interior anuncio de las acechanzas y persecuciones que el religioso le preparaba.

CAPITULO III.



VIVALDI desde su última visita a Vila Altieri iba frecuentemente a ver a la señora Bianchi; y Elena se habia dejado llevar por último hasta el grado de unirse á ellos en una conversacion que tenia con mas frecuencia por objeto materias indiferentes. Conociendo la tia las ideas y genio de su sobrina, juzgaba que Vivaldi triunfaria mas seguramente al lado de esta con la circunspeccion y silencio, que declarando mas abiertamente sus afectos. Elena, hasta que su corazon se hallara absolutamente avasallado, podia sobresaltarse de semejante declaracion, cuyo peligro iba disminuyéndose cada dia a proporcion que el amante la veia mas.

La señora Bianchi habia dado a conocer a Vivaldi que él no tenia que temer a rival ninguno; que Elena habia desechado en su retiro y que su actual reserva procedia del temor que tenia de la oposicion ninguna a él mismo. Desde, cuyo tiempo se abstuvo de apurar mas a Elena,

hasta que hubiera infundido mas confianza a esta: dió fomento a sus esperanzas la señora Bianchi, que patrocinaba todos los dias su causa con el mayor acierto.

Pasaronse muchas semanas en esta forma, hasta que cediendo Elena a las instancias de su tia y á la inclinacion de su pecho propio, aceptó por su declarado novio a Vivaldi. Se olvidó la oposicion de la familia, ó si se hizo memoria de ella, fué con la esperanza.

Los enamorados, con la Señora Bianchi y un lejano pariente de esta última, llamado el señor Giotto, se paseaban frecuentemente por las deliciosas inmediaciones de Napoles. Vivaldi no se tomaba ya la molestia de ocultar su inclinacion, y queria por el contrario desmentir los injuriosos rumores propalados contra Elena, por medio de la publicidad de las atenciones suyas con ella. La memoria de lo que la doncella habia padecido en su fama con motivo de Vivaldi, igualmente que su inocente confianza y la dulzura de sus modales para con él mezclaban á su amor un afecto de respetuosa compasion, que desterraba en adelante de su pensamiento toda vanidad de familia, y le

unia para siempre con ella.

Aquellos paseos los conducian unas veces á Puzolo, otras á Bayas, ó bien á las arboledas ladera del Pausilipo, y á su vuelta en una barca sobre la bahia, gozaban de los pasmosos espectaculos que les presentaba la playa, animada con los cánticos de los viñadores y con las vivas músicas de las danzas de los pescadores. Los remeros suspendian sus movimientos, mientras que la pequeña sociedad prestaba atento oído á unas voces, á que el afecto inspiraba modulaciones de una elocuencia mas patetica que cuando el arte solo puede ostentar. Admiraban la ligereza y natural gracia que distinguen la danza de los marineros y aldeanas de Napoles. Doblando á menudo un promontorio formado de rocas que se adelantan en el mar y pendientes sobre su cima, veian descubrirse a sus ojos unos primores que ningun pincel puede representar, reflejándose cada parte del pais en las aguas: los riscos cortados perpendicularmente de formas diferentes y estrañas, cubiertos de árboles de su pie hasta sus cimas; una ruina, sobre una punta mostrándose por medio de los árboles; diversas

cabañas a la orilla de un precipicio; los corrillos bailando en la playa; estos objetos, ya alumbrados por la luz argentada del astro nocturno, ya solamente medio encubiertos en sus dulces sombras: los rayos de la luna echando sobre la superficie del mar un largo rastro de luz tremula, haciendo distinguir a lo léjos diversos bajeles bogando en todas direcciones: todos estos objetos presentaban un espectáculo, cuya magnificencia correspondia con la hermosura del lugar que los reunia.

En una de estas noches, sentado Vivaldi con Elena y la señora Bianchi en aquel mismo pabellon donde habia oido el corto é interesante soliloquio porque el que habia conocido la inclinacion que Elena le tenia, apuraba con mas instancia para su union. La señora Bianchi no oponia ninguna objecion à ello. Hacia ya mucho tiempo que ella no lo pasaba bien: y viendo que iba decayendo su salud, estaba impaciente de ver afianzada la suerte de su sobrina: no veia mas que con languidos ojos el espectáculo que descubria al ponerse el sol. El mar inflamado con sus rayos, la infinidad de barcas que velvian de Santa Lucia al puerto de Nápoles, la hermosa terre romana

que termina el muelle, y los pescadores fumando al pie y à la sombra de sus murallas, ó permaneciendo en la orilla del mar para recibir a sus compañeros a la llegada de sus barcos, estas embelesadas pinturas parecian no hacer mas que una triste impresion en la anciana dama. = ¡Ay de mí! dijo ella rompiendo un largo silencio, ese hermoso sol que colorea estas playas, y que alumbra à lo lejos aquellas magestuosas montañas, no brillara ya luego para mí; y mis ojos se cerraran en breve para no ver mas este grandioso espectáculo.

Habiendo censurado Elena tiernamente esta melancólica idea a su tia, no respondió la última mas que espresando un ardiente deseo de verla segura de una proteccion despues de su muerte, a lo que añadió que, si se diferia esta felicidad, no viviria ella bastante para verla. Conmovida vivamente Elena con este vaticinio y con esta mencion directa de su situacion en presencia de Vivaldi, prorumpió en lágrimas, mientras que apoyándose él mismo en los deseos de la señora Bianchi, apuró de nuevo con mayor viveza para su union.

=No es posible ya, dijo la señora Bianchi,

dejarse detener por vanos escrúpulos, cuando ha llegado el tiempo de decir la verdad. No debo, hija, ocultarte ya cosa ninguna. Los médicos dicen que me quedan escasos dias de vida. Ríndete á la única solicitud con que tengo que molestarte, y moriré contenta.

Tomando tras un momento de silencio la mano de su sobrina, y volviéndose hácia Vivaldi: esta será sin duda, dijo, una cruel separacion para ambas, porque mi sobrina me tuvo siempre el afecto de una hija, y me lisonjeo de haber cumplido con ella las obligaciones de una madre. Juzgue V. pues de su dolor luego que yo no viva ya, pero á V. le tocará el mitigarle.

Echóle Vivaldi una tierna mirada á Elena, é iba á hablar, cuando la tia repuso: Serian mas vivos mis pesares si yo no creyera que la confio á un afecto que no puede debilitarse, y si no la dejara resuelta á aceptar la proteccion que solo un marido puede dar.

—Le lego á V. mi sobrina, caballero; cuide de ella y defiéndala, si es posible, contra las adversidades de la vida, con la solicitud y vigilancia de que he usado para preservarla de ellas. Ten-

dria que decir yo muchas cosas todavía, pero se hallan estenuadas mis fuerzas.

Acordándose, Vivaldi al recibir este sagrado depósito de las manos de la señora Bianchi, de la injuria hecha á Elena por el marques, se vió poseido de una generosa indignacion cuya causa le costó mucho trabajo ocultar, y que fué seguida luego de un impulso de ternura que le humedeció con lágrimas los ojos. En aquel momento mismo hizo interiormente el voto de defender la reputacion de Elena, y asegurar su felicidad á costa de toda especie de sacrificios, y no obstante cualquiera otra consideracion.

Al terminar la señora Bianchi su discurso, dió la mano de Elena á Vivaldi, que la recibió con una conmocion que sola su fisonomia podia pintar. —Juro, dijo con solemne tono levantando al cielo unos ojos animados, que no faltare nunca á la confianza de que se me ha creido digno; que dedicaré mi vida entera, á asegurar la felicidad de Elena, que será en lo sucesivo la mia; que desde este momento me considero como unido irrevocablemente a ella con unos vínculos tan sagrados como los que la religion forma; y que la protegere

como á esposa mia, mientras que me quede un aliento de vida; y en el momento de estar profiriendo estas palabras, mostraban la verdad de sus afectos el aire y tono que acompañaban á sus nerviosas espresiones.

Elena llorosa siempre y agitada con pensamientos diversos, no chistó una palabra; pero apartándose el pañuelo de los ojos, le echó una tan tierna mirada, y le dejó ver una sonrisa tan dulce y tímida y tan llena de confianza sin embargo, que ella espresó todas las conmociones de su corazón mas distinta y elocuentemente que hubiera podido hacerlo el mas sublime lenguaje.

Vivaldi, antes de apartarse de Vila Altieri, tuvo todavía una conversación con la tia, en que se acordó que se celebraría el casamiento en la semana siguiente, si se podia hacer consentir en ello a Elena, y que él volvería al otro dia para saber la determinacion de la doncella.

Se volvió Vivaldi a Napoles, enagenado con una alegría que se turbó algo por la orden que recibió de su padre para ir a hablarle; y sabiendo el hijo con que motivo, obedeció de mala gana.

Estaba engolfado el marques en una tan pro-

funda cavilacion, que no echó de ver al hijo en el principio. Habiendo levantado los ojos en los que se manifestaban el descontento y alguna perplejidad los clavó en Vivaldi, y dijo: me consta que persistes en los indignos proyectos que he querido hacerte abandonar, te he dejado á tí mismo hasta ahora, para proporcionarte lugar y el mérito de retractar de motu proprio tuyo la declaracion que te atreviste a hacerme de tus máximas é intentos; hállome instruido de que tus visitas á esa desgraciada moza no han sido menos frecuentes que ántes, y que estás tan fuertemente prendado de ella como siempre.

—Si V. habla, señor, de Elena Rosalba, deme su licencia para decirle que no es desgraciada. No temo confesar á V. que estoy unido a ella por la vida. ¡Ah! ¿porque persistiria V. padre mio, añadió, en oponerse a la dicha de su hijo? Y mas especialmente ¿porqué continua V. juzgando con injusticia á una persona tan digna de su estimacion, como lo es de todo mi amor?

—Como no estoy enamorado de ella, repuso el marques, y la edad de una crédula ju-

ventud pasó ya para mí, no me resuelvo en mis opiniones mas que a continuacion de un maduro examen, ni cedo mas que á las pruebas y conviccion.

=¿Que prueba pues le ha convencido tan facilmente a V.? dijo Vivaldi, ¿Cual es el que persiste en abusar de la confianza de V. y conjurarse contra mi felicidad?

El marques pareció sumamente ofendido de estas dudas y preguntas del hijo. Se siguió una larga conversacion en que no se hizo reconciliacion ninguna; renovando el padre la acusacion y amenazas, defendiendo Vivaldi a Elena, y protestando que su inclinacion a ella y sus resoluciones eran inalterables,

Todas las instancias de Vivaldi no pudieron obtener de su padre las pruebas del mal concepto que manifestaba haber formado de Elena, ni el nombre de su detractor, como ni las amenazas del marques arrancar al hijo la promesa de renunciar a su amor. Habia olvidado el marques, en esta ocasion, su ordinaria política; porque su violencia habia indignado a Vivaldi, en quien despertando la dulzura y mezuradas

amonestaciones el afecto filial, hubieran suscitado á lo menos algunos escrúpulos y una lucha entre sus obligaciones y pasion; pero no podia estar ya vacilante. Miró en adelante a su padre como un opresor que intentaba privarle de sus mas sagrados derechos, y como á un hombre injusto que no hacia escrúpulo ninguno de manchar la fama de una criatura inocente é indefensa por la sospechosa relacion de un vil delator; ningun remordimiento entibió desde entonces á Vivaldi la resolucion suya de defender su libertad, y se apresuró masque nunca a concluir un casamiento que aseguraria el honor de Elena y su propia felicidad.

Volvió en el siguiente dia a Vila Altieri, con una mas viva impaciencia de saber el resultado de la conversacion que la señora Bianchi debia haber tenido con su sobrina, y el dia en que podria hacerce el casamiento. Durante su camino, dirigiéndose sus pensamientos todos hácia Elena, iba andando sin tender la vista alrededor de si ni reparar en donde estaba, hasta que habiendo llegado a la bóveda

que se hallaba en su tránsito, se dejó oír una voz: No vayas a Vila Altieri, porque allí está la muerte. Y era la misma voz que el tenía oída ya y la misma figura del fraile que pasó rápidamente por delante de él.

Antes que Vivaldi hubiera vuelto del espanto que esta repentina aparición le causó, se había desaparecido el desconocido. Parecióle que se sa había vuelto a meter en una parte oscura de la que había salido repentinamente; porque no le vió salir por ninguna de las aver-turas de la bóveda. Le siguió Vivaldi con la voz, conjurándole que se mostrara, y le dijera quien había muerto en Vila Altieri. Ninguno respondió.

Persuadido Vivaldi de que el desconocido no podía habersele escapado saliendo de debajo de la bóveda, sin ser visto de otro modo que por la escalera que conducía a la fortaleza, había empezado a subirla, cuando consideró que el mejor medio de entender el sentido del horrendo aviso que acabava de recibir era ir, inmediatamente a Vila, Altieri; abandonó su empresa, y marchó a paso largo hácia la morada de Elena.

Instruido una persona indiferente, como lo estaba Vivaldi, del estado achacoso en que se hallaba la señora Bianchi, hubiera pensado al punto que el fraile había hablado de ella; pero se presentó desde luego Elena moribunda en la atemorizada imaginación del amante. Este temor, natural en una pasión ardiente, estuvo acompañado en él de un interior anuncio tan extraño como espantoso. Creyó ver a Elena asesinada y bañada en su sangre, cubierto el rostro con la palidez de la muerte volviendo hácia él unos ojos apagados, é implorando su auxilio contra la suerte que la precipitaba en el sepulcro. Cuya horrenda imagen le había conmovido en tanto grado, en que luego que hubo llegado a la puerta del jardín, estaba agitado con un tan gran temblor, que se quedó enteramente parado allí por no poder ir mas adelante, temeroso de ver la verdad. Cobró ánimo al cabo; y abriendo una puertecilla, cuya llave se le había confiado unos dias antes, llegó por un camino mas breve a la casa. Reinaban el silencio y la soledad en todo el circuito de ella y muchas celosias es-

taban cerradas. Como se esforzaba a formar conjeturas de las menores circunstancias, se aumentaba su abatimiento a proporción que iba adelantándose, hasta que habiendo llegado a algunos pasos del peristilo, se confirmaron todos sus temores. Oyó en la parte interior ahogados ayes, y algunos sonidos de aquel canto lúgubre usado en algunos países de la Italia para las oraciones que se hacen al lado de los moribundos. Estos sonidos eran tan débiles, y parecía venir de tan lejos, que iban, como si dejáramos, a espirar en sus oídos; pero sin detenerse mas, llamó con fuerza a la puerta.

Salió por último, despues de muchos golpes la criada anciana Beatriz. No guardó esta las preguntas de Vivaldi ¡Ay de mí señor, ¿quien lo hubiera creído? La vió V. anoche todavía: estaba tan buena como yo. ¿Quien podia pensar que ella no viviria ya hoy mismo?

— ¡Ha muerto! dice V. exclamó Vivaldi ha muerto! y faltandole el animo, se apoyó en un pilar para sortenerse. Acudiendo Beatriz a su socorro, le hizo seña para que se parára. ¿Cuan-

do ha muerto? preguntó respirando con sumo embarazo. ¿Como? y en donde está?

— ¡Triste de mí! dijo Beatriz sollozando: ¿quien me hubiera dicho que yo viviria bastante para ver este infeliz día! Esperaba yo morir antes que ella.

— ¿Como ha muerto, y cuando? repuso Vivaldi. ¿Cuándo?

— Hacia las dos de la noche, señor, ¡Cuan desgraciada soy!

— Me hallo mejor, dijo Vivaldi alentándose a sí mismo. Conduzcame V. a su habitacion: es menester que yo la vea: lléveme V.

— ¡Ay de mí señor, es un triste espectáculo ¿A que fin quiere V. verla? Créame V. señor, no vaya alla.

— Conduzcame V. inmediatamente, dijo Vivaldi; ó hallaré yo mismo el camino.

Espantada Beatriz de sus miradas y movimientos, no se opuso mas a su deseo. Unicamente le suplicó que aguardara que ella hubiese informado de su llegada a su ama, y la siguió el por una serie de cuartos, cuyas celosias todas estaban cerradas. Habian cesado los

cantos, y ninguna cosa turbaba el silencio de aquellas desiertas viviendas. A la puerta de la última que se vió precisado pararse, fué tanta su agitacion, que temiendo Beatriz a cada instante que se dejara caer, se ofreció a sostenerle; pero Vivaldi desechó sus ofrecimientos, y tendiendo la vista por el alrededor del cuarto en que se hallaba, vió a una persona llorosa sentada junto a una cama, y reconoció a Elena. Puede imaginarse su sorpresa y enagenamientos! Se guardó bien de explicar la causa de ellos, por poder ofenderse Elena de ver que el mismo suceso que la desconsolaba, podía, por el singular concurso de las circunstancias, causar alegría al hombre a quien ella amaba.

Vivaldi no quiso distraerla por mucho tiempo de la piadosa solicitud con que ella desahogaba y aliviaba su dolor, y empleó cuantos momentos pasó al lado de ella en contener su propia conmocion y sosegar lá de Elena.

Al apartarse de esta, conversó de nuevo con Beatriz, y supo de ella que la señora Bianchi se habia recogido la noche anterior en su ordinario estado de salud. A cosa de la una de

la mañana, dijo sacóme de mi primer sueño un ruido que venia del cuarto de su merced. Es cruel cosa para mí, señor, el verme despertar de esta manera perdonemele Dios me enojó esto y no queriendo incomodarme, hize dormirme otra vez, pero en breve volvió a oírse el ruido. Díjeme a mi misma: alguien ha entrado en la casa. Oigo luego la voz de mi ama jóven: Beatriz, Beatriz! Ah! la cuitada Señora era tanto su espanto..... Habiendo venido ella á mi puerta me levanté, y le encontré pálida como la muerte y enteramente trémula. Se muere mi tia, me dijo, venga V. pronto, y se fué sin esperar mi respuesta. Virgen Santísima, creí que yo iba a desmayarme.

—Despues, dijo Vivaldi fatigado de esta larga relacion, su ama de V.....

—¡Ah! la pobre señora dijo. Creí que no me seria posible nunca tirar hasta su cuarto; y cuando hube llegado allá, me hallaba casi tan mala como ella. Estaba en su cama. !Que triste espectáculo! Ví que iba muriéndose; no le era posible hablar, aunque hacia esfuerzos para ello. Pero conservaba toda su razon; pues miraba à la señora

Elena con tanta ternura esforzándose en balde á hablarla, que era cosa de partirse el corazón el verla en esta forma. Parecía que le pesaba algo en el alma, y hacía por aliviarse de ello; apretaba la mano de Elena, y clavaba en ella la vista con una tal impresion, que á no tener un pecho de piedra, cualquiera se hubiera enternecido por fuerza con ello. La cuitada de mi ama jóven estaba abismada en el dolor, y parecía partirse el corazón. ¡Pobre señorita! ella ha perdido en efecto á una buena amiga; y de las que no vuelven á hallarse nunca.

—Sí, dijo con valor Vivaldi, pero hallará á un amigo constante y cariñoso.

—Quieralo Dios, dijo Beatriz espresando alguna especie de duda. Se han probado, prosiguió ella, todos los remedios: y no pudo tragar mi ama la purga que el doctor había recetado. Su debilidad se aumentó rápidamente. Apretándome ella al cabo frecuentemente la mano, tendió la vista sobre Elena: pero su mirada se volvió empañada y fija luego y parecía que ella no distinguía ya los objetos. Ví por cierto que ella se iba. gu mano no apretaba ya la mía, y la cogió el frío

de la muerte. Se le puso en breves minutos e rostro como V. le ha visto: y murió sin haber tenido lugar de confesarse, á cosa de las dos de la tarde.

Habiendo cesado por último Beatriz de hablar, echose á llorar, y se enterneció con ella Vivaldi. Se pasaron algunos instantes primero que este pudiera ser bastante dueño de sí mismo para preguntar cuales habían sido los síntomas de la enfermedad de la señora Bianchi, y si ella había experimentado anteriormente algo de semejante.

—Nunca, señor, dijo la vieja criada, aunque ha vivido achacosa por espacio de muchos años, y como si dijéramos menguando todos los días: y le confieso á V...

—¿Qué quiere V. decir con eso? dijo Vivaldi.

—Realmente, señor, no se que pensar de esta muerte. De ella no puede decirse cosa ninguna cierta: se burlarian de mi, y ninguno me daría crédito, si yo dijera cuanto se me ocurre sobre ello.

—Hable V. claramente, dijo Vivaldi, no tema por mi parte.

—No temo nada de V. dijo Beatriz, sino que mi dicho puede correr, y si se supiera que le he

tenido la primera.

—No lo sabrán jamás de mi boca con impaciencia Vivaldi: confieme V. sin temor todas sus conjeturas.

—Ahora bien pues, señor, le confesare á V. que no me gusta esta muerte repentina, la especie de mal que se la ha llevado, ni el aspecto de su cara despues de su muerte.

—Explíquese V. claramente sobre eso, dijo Vivaldi.

—Hay gentes, señor, que no quieren entender lo que se dice con la mayor claridad. Explícame creo, hartó bien, si me fuera posible decir cuanto pienso.....Finalmente, no creo que ella haya muerto naturalmente.

—¿Como, y por que razones? dijo Vivaldi.

—Se las he dicho á V. al manifestarle el asombro mio de su pronta muerte, y del color de su rostro inmediatamente despues.

—¡Omnipotente Dios! dijo Vivaldi, V. sospecha algun veneno.

—No digo eso, repuso ella, sino que me parece que mi ama no ha muerto naturalmente.

—¿Quien ha venido aqui en estos últimos

tiempos? dijo con tremula voz Vivaldi.

—¡Ay de mi! ninguno vivia tan retirada.

—¿Qué! ¿no ha recibido ella visita ninguna estos dias pasados?

—No señor, hacia ya mucho tiempo, á ninguno mas que V. y al señor Giotto. La unica persona que ha entrado aqui, muchas semanas hace, en cuanto me acuerdo de ello, es una mandadera del convento inmediato que venia en busca de los bordados de mi ama jóven.

—¡Bordados! y ¿cual es ese convento?

—Santa Maria de la piedad, que V. verá desde aqui, si se arrima á la ventana, allá abajo entre los árboles de aquella ladera, cabalmente por encima de los jardines que están á lo largo de la bahía. Hay un plantío de olivos mas allá y notará V. señor, una cadena de ricos rojizos mas elevados todavia que el bosque, y que parece ir á caer sobre el campanario. ¿Le ve V.?

—¿Hace mucho tiempo que esa mandadera vino aqui? preguntó Vivaldi.

—Unas tres semanas, señor.

—Está V. segura de que no ha venido aqui ninguna otra persona?

—Si señor, ninguna, escepto el pescador, jardinero y el mercader; porque están tan lejos de aquí Nápoles, y me queda tan escaso lugar.

—Dice V. que tres semanas. Hablarémos de ello otra vez, hágame V. ver el rostro de la difunta, sin que Elena lo sepa absolutamente, y le recomiendo à V. mucho, Beatriz, que guarde un absoluto silencio con ella sobre sus conjeturas relativas a la muerte de su tia. ¿Cree V. que Elena haya concebido algunas sospechas semejantes?

Le aseguró la criada que no, y le dió palabra del mas profundo sigilo.

Vivaldi se apartó de Vila Altieri, meditando sobre las circunstancias de que acababa de ser instruido, ya sobre la especie de profesia del fraile, que el no podia menos de ver como teniendo alguna conexion con la muerte repentina de la señora Bianchi. Ocurrióle entonces en el pensamiento por la primera vez, que aquel fraile, aquel desconocido era Schedoni mismo, al que veia, mucho tiempo había, hacer mas frecuentes visitas à la marquesa. Esta ocurrencia le condujo à otra sospecha, que él desechó de sí al principio, pero que se le representó luego

con mas fuerza en el ánimo. Se esforzó à traer à su memoria la voz y figura del desconocido, para compararlas con las del confesor; una y otra le parecian diferir en ambos individuos: pero esta diferencia no impedia que el desconocido pudiera ser un agente de Schedoni, un espia pegado à sus pasos por el confesor y difamador de Elena, y ámbos, si habia dos sujetos en accion, empleados por sus padres. Enardecido de furor contra los indignos artificios puestos en uso para embarazar su amor, y consumido con la impaciencia de conocer al delator de Elena, se determinó à probarlo todo para descubrir la verdad, ya precisando à Schedoni à confesarla, ya persiguiendo, en las ruinas de Paluzzi, al desconocido que podia ser el agente del confesor.

El convento que Beatriz le había mostrado fué tambien objeto de su meditacion y sozobras. Era sin embargo cosa difícil el suponer allí algunos enemigos de Elena; porque estaba ella, muchos años hacia, en correspondencia con las religiosas. Los bordados que Beatriz le habia mentado esplicaban suficientemente la naturaleza de su conexion; y esta circunstancia que le daba a co-

nocer mas seguramente el escaso caudal de Elena, y la vida laboriosa con que esto remediaba sus necesidades y las de su tia, aumentaba la tierna admiracion que Vivaldi habia concebido por ella.

Las sospechas de veneno que Beatriz le habia comunicado, se le presentaba tambien de continuo en el animo; pero era cosa contraria a toda verosimilitud que alguno tuviera un interés bastante grande en la muerte de aquella pobre muger para haverla envenenado. Sin embargo una muerte tan repentina, y la singularidad de algunas circunstancia anteriores y subsiguientes, conducian a Vivaldi a algunas dudas sobre las causas de este suceso. Pensó que volviendo a ver el cadaver se desvanecerian sus dudas. Beatriz habia prometido mostrarsele, si el podia volver por la noche, luego que Elena estuviera recogida en su cuarto. Miraba Vivaldi con alguna repugnancia este paso. Se convenian a sí mismo de introducirme con este secreto en casa de Elena, y en las delicadas circunstancia en que se hallaba ella. Era necesario sin embargo que él fuera alla con un médico, que pudiera reconocer las verdaderas causas de la muerte; cu-

ya necesidad, y la esperanza que Vivaldi tenía de adquirir pronto el derecho de guarecer la honra y fama de Elena contra toda censura, desvaneciéron los escrúpulos que habia formado sobre esta diligencia. Debia pasar alla a la hora convenida con Beatriz; por lo que se vió en la precision de remitir para otro momento su proyecto de ir en busca del desconocido.



CAPITULO IV.



VIVALDI, de vuelta a Nápoles, entró en la habitación de su madre, con el proyecto de hacerle algunas preguntas relativas a Schedoni. No contaba él con que la marquesa respondiera claramente a ellas; pero sus respuestas, cualesquiera que fuesen podían conducirle a descubrir alguna parte de la verdad.

La marquesa estaba en su gabinete con el confesor. -Este hombre me persigue como mi sombra, dijo interiormente Vivaldi, pero antes que él salga del gabinete, sabre si son fundadas mis sospechas.

Estaba Schedoni tan empeñado en la conversacion, que no echó de ver la llegada de Vivaldi en los principios; y el último se aprovechó de este momento para examinar su fisionomia. Al hablar el religioso, tenia bajos los ojos; y sus in-

móviles facciones espresaban el artificio y severidad. Le escuchaba la marquesa con una profunda atención: cabizbaja por su parte, como para coger las más débiles articulaciones de su voz, y pintando su rostro la inquietud de su ánimo: era evidentemente una conferencia y no una confesión.

Al adelantarse Vivaldi; alzó el religioso los ojos, pero encontrándose con los de Vivaldi no mudó de fisonomía. Se levantó después, pero sin irse, y devolvió a Vivaldi la salutación ligera y algo altanera de este con una inclinación de cabeza, en que se manifestaba un desenvuelto orgullo y una confianza próxima al menosprecio.

Al echar de ver la marquesa á su hijo, pareció sobrecogida; y sus cejas, ligeramente fruncidas mientras que ella prestaba oído al religioso, tomaron toda la expresión de la severidad. Este impulso no era voluntario sin embargo; porque se esforzó á disimularlo ella con una sonrisa, que todavía disgustó más al hijo que la severidad de su primera mirada.

Volviose a sentar Schedoni sosegadamente y se puso á hablar, con la desenvoltura de un

hombre de mundo sobre un objeto común de conversación. Calló Vivaldi. No sabía como suscitar un discurso que pudiera conducirle á un fin, y la marquesa no le ayudaba á vencer esta dificultad. No pudo valerse más que del socorro de sus ojos y oídos para llegar al conocimiento que él solisitaba. Al oír los tonos graves de la voz de Schedoni, permaneció casi seguro de que este fraile no era el de las ruinas de Paluzzi, aunque no se le ocultaba que no era difícil el disfrazar su voz. La diferencia de estatura le conducían también más seguramente al mismo resultado; porque la talla de Schedoni parecía más alta que la del desconocido; y aunque hubiera alguna semejanza en el interior, lo que Vivaldi no había reparado todavía, consideraba que el hábito de la misma orden, traído por ambos religiosos, podía aumentar fácilmente la dificultad de distinguirlos. En cuanto al rostro y fisonomía no podía compararlos por tener el desconocido encubierta siempre la cara con su capilla, de modo que no le dejaba ver ninguna de sus facciones. Estando la capucha de Schedoni echada entonces sobre la espalda, no podía Vivaldi comparar las dos cabezas en unas

mismas circunstancias; pero se acordaba de haber visto unos de los días anteriores al religioso entrando en la habitación de su madre con la capilla echada; y había notado al mismo tiempo aquella misma profunda severidad que le había hecho impresión en el fraile de las ruinas de Paluzzi, y había creído ver la misma figura, cuyo, horrendo retrato no se le había borrado de la imaginación. No podía fijar su opinión. Una circunstancia sin embargo parecía poder sugerirle alguna luz. El desconocido de Paluzzi estaba en hábito de fraile; y si Vivaldi no se había engañado, el hábito era el mismo que el que llevaba Schedoni. Sin embargo si aquel hombre era Schedoni mismo ó su agente, no era verosímil que él se hubiera presentado en un traje que pudiera contribuir á hacerle descubrir; y supuesto que él ponía tanto cuidado en no ser reconocido, sin duda el hábito de fraile no era para él mas que un disfraz propio para estraviar las conjeturas. En medio de semejantes incertidumbres, se determinó Vivaldi á hacer algunas preguntas al confesor observando su fisonomía. Tomó por materia de conversacion algunos dibu-

jos de ruinas que adornaban el gabinete de la marquesa, diciendo que las de la fortaleza de Paluzzi eran dignas de entrar en aquella colección. Quizas las ha visto V, recientemente, reverend^o Padre, añadió Vivaldi con una penetrante mirada.

—Es un bello resto de antigüedades, respondió el confesor.

—Aquella bóveda, continuó Vivaldi con la vista siempre clavada en Schedoni, pendiente entre dos roscas una de las cuales está coronada de la torre y la otra bajo la sombra de aquellos altos pinos y hermosos robles, hace grande impresión; pero la pintura necesita de figuras; y creía yo que una cuadrilla de ladrones ocultándose en aquellas ruinas como para echarse de improviso sobre los pasajeros, ó un religioso envuelto en su ropa negra, saliendo repentinamente de la parte obscura, y presentándose en la entrada de la bóveda como para hacer saber algun siniestro suceso, serian unos accidentes muy pintorescos.

Durante este discurso, la fisonomía de Schedoni no experimentó la menor alteración.— La pintura de V. está perfectamente ordenada dijo

el religioso; y no puedo menos de admirarme de la facilidad con que V. ha reunido juntamente á los religiosos y foragidos.

Disimule V. reverendo Padre mi ligereza no he intentado colocar á unos y otros en la misma clase.

—!Ah! caballero, no me agraviode eso, dijo el religioso con una casi horrenda sonrisa.

Durante este coloquio, habia salido la marquesa de su cuarto, tras un criado que acababa de traerle una carta; y como el confesor parecia impaciente de verla volver, apuró Vivaldi sus preguntas.—Me parece sin embargo que si aquellas ruinas no estan frecuentadas por ladrones lo están á menudo por algunos religiosos, porque rara vez he pasado por allí sin haber encontrado á alguno de estos últimos, y á uno particularmente, que se me ha presentado y de saparecido de mi vista tan repentinamente, que me han dado tentaciones de creer que es á la letra un ser espiritual.

—No dista mucho de allí, dijo Schedoni, el convento de los *Penitentes Negros*.

—¿Se parece su hábito al de V., reverendo Padre? dijo Vivaldi. He creido ver que el religioso

de quien hablo estaba vestido como V. con corta diferencia, y aun me ha parecido ser de la misma talla y muy parecido á V.

—Eso puede ser muy bien, replicó el confesor siempre sereno; pero los Penitentes negros van cubiertos con una especie de saco; y la calavera que ellos traen en su hábito, no se hubiera ocultado á la observacion de V. no puede V. pues haber visto á un religioso de este convento.

—No Tengo efectivamente razon fuerte ninguno para creerlo; dijo Vivaldi, pero, sea lo que quiera de ello, espero conocerle mejor bien pronto, y hablarle un lenguaje que él no podra aparentar que no entiende.

—Hará V. bien, dijo Schedoni, si tiene motivo de quejarse de él.

—En efecto, repuso Vivaldi, yo mismo tengo razon de quejarme.—No está obligado uno á decir la verdad mas que cuando se halla interesado personalmente en decirla, ni debemos ser sinceros mas que cuando nosotros mismo somos insultados. Vivaldi creyó haber reconocido entonces á su enemigo en Schedoni, quien le pareció haberse descubierto á si mismo, dando á

entender que él tenía algún conocimiento de los motivos de queja que Vivaldi podía tener contra el sujeto de que se hacía mención.

—Notará V., reverendo padre, añadió él, que no he dicho que yo haya sido insultado. Si V. está instruido de que he recibido en efecto algún insulto, no puede ser más que por otros medios diferentes de mis propias palabras; porque yo mismo no he expresado encono ninguno.

—No por las palabras de V., replicó secamente Schedoni, sino que su voz y miradas lo han expresado claramente. La vehemencia y desorden del discurso nos autorizan para suponer, en el hombre que los deja ver, una causa de descontento real ó imaginaria. Como ignoro los hechos á que V. hace ilusión, no puedo decidir á cual de estas dos clase pertenece el motivo que le anima V.

—Nunca he tenido duda ninguna sobre este particular, repuso Vivaldi con entereza: y si la tuviera, permitame V. decirle, reverendo padre, que no le consultaría para decidirme. Mis injurias, no hay duda que son muy reales, y creo estar conociendo ahora seguramente á quien pue-

do atribuir las. Aquel oculto admonitor que se introduce en el seno de una familia para turbar su paz, el delator, el vil calumniador de la inocencia son una sola y misma persona presente a mis ojos.

Profirió Vivaldi estas palabras con magestad, y con una energía mezclada de moderación, encaminándolas tan directamente hacia Schedoni, que tenía traza de querer atravesarle con ellas el corazón; pero era cosa difícil el conocer en la fisonomía del confesor si las palabras de Vivaldi habían despertado los remordimientos de su conciencia, ó únicamente ofendido su soberbia. Vivaldi se inclinó al primero de estos pensamientos. Se animaron todas las acciones del confesor con una lúgubre malignidad; y el jóven, en aquel instante, creyó ver a un malvado al que las pasiones podían mover a cometer las más horrenda atrocidades. Se apartó casi involuntariamente de él, como el que acaba de descubrir una serpiente bajo sus pies: y continuó observándole el rostro tan atentamente, que apenas advertía lo que él hacía.

No tardó en recobrase Schedoni de la conmoción que había experimentado. Aflojaron sus

facciones en la espresion á que ellas acababan de llegar, y se desvaneció la horrenda melancolia de que estaba cubierto su semblante. Pero, con una mirada todavía dura y altiva, dijo a Vivaldi:—Caballero, aunque no sé nada del descontento de V., no puedo desentenderme de que su enojo se dirige mas ó menos fuertemente contra mí, como autor de las injurias de que se queja. No supongo, dijo alzando con espresion la voz, no supongo que V. haya querido denigrarme con los injuriosos términos de que se ha servido; pero....

—Los he aplicado, dijo Vivaldi, á los autores de las persecuciones que experimento, y puede V. decirme mejor que ninguno si pueden serle dirigidos.

—En este caso no tengo pues que quejarme de ello, repuso Schedoni con una gracia y serenidad que dejaron pasmado á Vivaldi. Si V. no dirige sus quejas mas que contra los autores de lo que están padeciendo cualesquiera que ellos puedan ser, no me toca decir nada.

Las sosegadas trazas con que el confesor dijo estas palabras renovaron todas las dudas de Vival-

di, que miró como imposible que un hombre culpable pudiera conservar, en el momento mismo de hacerle cargo de su delito, la paz y magestad que mostraba Schedoni. Empezó culpándose á sí propio de haberle acusado con tanta pasión, y arrepintiéndose de haber ajado á un sugeto de una edad y estado respetables. Las espresiones de la fisonomía de Schedoni que le habian ofendido tanto, le parecieron efecto de la zelosa idea de un honor sensible; y olvidó el carácter de malibidad que las acompañaba, para reparar la ofensa con que él las habia promovido. Asi, no menos precipitado en su arrepentimiento que en su ira, y dejándose enagenar por la pasión del momento, se apresuró á confesar su falta, como se habia apresurado á cometerla. La franqueza con que él confesó su culpa, hubiera conseguido el perdón de un pecho generoso: pero Schedoni le oyó con una aparente complacencia y un oculto desprecio. Miró a Vivaldi como a un jóven insensato, que se dejaba llevar de sus pasiones. Unicamente se resintió de los defectos geniales de Vivaldi, sin hacer justicia ninguna a sus buenas prendas.

No le movieron lacineridad, generosidad, y amor de la justicia que compensaban las debilidades del mancebo; pero Schedoni no veía en la naturaleza humana mas que lo malo.

Si el corazón de Vivaldi hubiera sido menos caballeroso, hubiera desconfiado del satisfecho semblante que el confesor acababa de tomar, y hubiera reconocido el desprecio y malignidad que no podían ocultarse bien perfectamente bajo su afectada sonrisa. Schedoni por su parte quedó asegurado de su futuro predominio, y se descubrió todo entero á sus ojos el genio de Vivaldi. Computo, por decirlo así, el flaco y fuerte suyo, vió que le era posible dirigir todas las virtudes de este jóven contra él mismo; y en el momento propio de estar sonriéndole todavía, triunfaba al pensar en la venganza que iba á sacar del ultraje que había recibido, mientras que Vivaldi se afligía ingenuamente por haberle agraviado.

Estas eran sus recíprocas disposiciones, cuando volviendo la marquesa echó de ver en el aspecto de Vivaldi algunos indicios de la agitación que acababa de experimentar. Tenía en-

cendido el rostro, y estaba algo ceñudo.

La fisonomía de Schedoni anunciaba la satisfacción, excepto que de cuando en cuando miraba á Vivaldi de lado y con ojos medio abiertos indicios de traición, ó á lo menos del arte con que el encubría el efecto de un ofendido orgullo.

La marquesa preguntó mal humerada á su hijo de que dimanaba aquella agitación; pero Vivaldi, al que le pesaba siempre su porte con el religioso, no pudo resolverse á hacer él mismo su confesión á la madre, ni á quedarse en su presencia durante semejante explicación; y habiendo dicho que se refería á la discreción y justicia del reverendo padre para disculpar su falta, se salió atropelladamente.

Luego que él hubo partido, hizo Schedoni, con una fingida repugnancia, la relación que la marquesa solicitaba; pero se guardó bien de hablar favorablemente de la conducta de Vivaldi, que pintó por el contrario como todavía mas insultante de lo que había sido. Al agravar todas las faltas del hijo, suprimió toda mención de su arrepentimiento. Usó de bastante artifi-

cie sin embargo en su narrativa para parecer atenuar la falta de Vivaldi, atribuyéndola á su violencia genial, é implorando la indulgencia de la irritada madre. Es muy jóven, dijo luego que hubo visto bien exasperada á la marquesa, es muy jóven; y la juventud se deja llevar fácilmente de sus pasiones y se precipita en sus juicios. Por otra parte, añadió, puede estar envidioso de la amistad con que V. me distingue, y este afecto es muy natural en un hijo que tiene á semejante madre.

—Me honra V. mucho, Padre, repuso la marquesa cuyo enojo contra su hijo iba aumentando á proporcion que Schedoni aparentaba defenderle, con aquella falaz dulzura y artificiosa candidez.

Es mucha verdad, prosiguió el confesor, que reconozco en esto uno de los numerosos inconvenientes á que me esponen mi apego y obligaciones para con la respetable familia de V. pero me resigno gustoso á ello, si mis consejos pueden indicar á V. algunos medios de preservar el honor de su casa, y salvar á este inconciderado jóven de la desgracia á que corre

y de un inútil arrepentimiento.

Schedoni y la marquesa, en el calor de la simpatía de su resentimiento, olvidaban igualmente los motivos con que cada uno de ellos sabia que el otro era incitado, al propio tiempo que el desprecio que unas criaturas asociadas para el mal dejan de tener rara vez una para otra. La marquesa, elogiando el apego de Schedoni, no pensaba ya en las interesadas miras del religioso á quien habia prometido un rico beneficio; mientras que Schedoni imputaba la inquieta actividad de la marquesa á un verdadero interes en favor de su hijo y no á un zeloso orgullo de su dignidad. Despues de haberse devuelto cumplidos uno á otro, entraron en una larga consulta sobre los medios que podria tomarse para salvar, decian, al joven de si mismo, supuesto que las amonestaciones no produccian ya fruto ninguno.

CAPITULO V.



VOLVIENDO Vivaldi despues de aquellos primeros impulsos de sensibilidad y remordimientos sobre el modo con que habia tratado a un sugeto anciano y de una respetable profesion, volviendo Vivaldi, repito, con mas reflexion sobre algunas circunstancias de la conducta de Schedoni, se dejó llevar otra vez de sus primeras sospechas; pero se reconvino de ellas á si mismo luego como de una debilidad, y la desechó como injustas.

Habiendo llegado la noche, se apresuró á pasar á Vila altieri, con un médico, a quien él habia dado cita fuera de la ciudad, y de cuyo honor y capacidad podia fiarse. Habia olvidado volver á entregar á Elena la llave de la puertecilla; y se sirvió de ella aunque con algun escrúpulo sobre esta visita nocturna y secreta, en las circunstancias en que se hallaba aquella: pero no podia introducir de otra

manera al facultativo, cuya decision le era necesaria, y cuya visita sin embargo era indispensable ocultar á Elena sin ariesgar hacerla muy desgraciada.

Habiendo velado Beatriz para aguardarle, los introdujo en el cuarto en que estaba el cadáver, y Vivaldi, aunque muy dolorosamente conmovido al entrar, cobró bastante ánimo para permanecer á un lado de la cama, mientras que el médico estaba en el otro. No queriendo tener á la criada por testigo de sus observaciones, y deseando explicarse á solas con él médico, tomó la luz de las manos de Beatriz, y la despidió. Vivaldi, al aspecto de aquel rostro cardeno, tuvo necesidad de toda su razon para persuadirse de que estaba allí el mismo rostro que en la víspera se hallaba animado como el suyo y los mismos ojos que le habian mirado con tanto afecto poniendo bajo su custodia á Elena. Estos recuerdos movieron vivamente su corazon. Conoció de nuevo el valor de aquel sagrado depósito; é inclinándose sobre el yerto cadáver de la desventurada Bianchi, renovó su solemne voto de cumplir con respecto á Elena todas las intenciones de aque-

lla de cuyas manos él la tenía.

Antes que Vivaldi tuviera valor para preguntar al médico su dictámen, la vista de aquel rostro, cuya tez se habia puesto negra igualmente que algunos indicios, le inclinaban á creer que la tia habia muerto envenenada.

Temia romper un silencio que le dejaba todavía alguna esperanza, por mas débil que ella era; pero temiendo el médico mismo alguna triste consecuencia de una declaracion entera y franca de la verdad, no decia sus conjeturas. Estoy leyendo la opinion de V. en sus miradas, le dijo Vivaldi, y es la misma que la mia.

—Sospecho ciertamente, dijo el médico, cual es su opinion de V. Hay apariencias que la favorecen, no tomaria yo sin embargo á mi cargo el concluir como V.: los mismos sintomas vuelven á hallarse en otras circunstancias. Añadió otras razones que parecieron plausibles á Vivaldi; y mandó llamar á Beatriz, porque queria; dijo, saber de ella cual habia sido el estado de la difunta pocas horas antes de su muerte.

El médico; despues de una larga conversa-

cion con la criada, se atuvo á su primer aserto y decidió que á causa de muchas circunstancias que luchaban entre sí, no podía declarar que ella hubiese muerto envenenada ó naturalmente. Sea que él temiese dar una decisión que pudiera suscitar una acusación de homicidio contra alguno, sea que quiera ahorrar á Vivaldi la molestia que este descubrimiento le hubiera causado, logró tranquilizar al jóven, y persuadirle que la muerte de Bianchi había sido natural.

Se arrancó Vivaldi por último de aquel triste espectáculo, y dejó la casa sin haber sido observado de nadie, a lo menos según creyó. Comenzaba a amanecer: en la playa se veían únicamente algunos pescadores todavía ociosos, ó que echaban sus barquichuelos al mar. No era ya tiempo de entregarse a la investigación que se había propuesto hacer en las ruinas de Paluzzi. Se volvió pues a Nápoles, algo sosegado con el paso que acababa de dar. Atravesó las ruinas sin ningún inconveniente, y habiéndose separado del médico, fué recibido en casa de su padre por un criado de confianza.

CAPITULO VI.

HABIENDO perdido así Elena, con la inesperada muerte de su tía, a su única parienta y amiga, se quedaba como sola en el mundo, pero este pensamiento no fué el primero que se le presentó en su aflicción. Su dolor y pesadumbre por la pérdida que ella acababa de experimentar fueron su única ocupación.

Bianchi fué enterrada en el convento de la Piedad, y concluido el cadáver, según costumbre del país, con el rostro descubierto, acompañado de sacerdotes y hachas fúnebres: pero Elena, a quien el estilo no dejaba libertad para incorporarse con el acompañamiento, había ido desde luego al convento para asistir allí al oficio que debía celebrarse. Su pesar no le permitió unir su voz a las religiosas, pero esta

pia solemnidad le alivió algo, y las copiosas lágrimas que derramó, restituyeron algun sociego a su corazón.

Después del oficio pidió licencia para hablar a la abadesa, que mezcló a sus consuelos muchas instancias para que Elena fuera a buscar un asilo en su comunidad. Era esta en efecto la intención de la doncella, que creía hallar allí un asilo conveniente a su situación y disposiciones de ánimo; creyó poder adquirir allí, mejor que en ninguna otra parte, la resignación y recuperar la tranquilidad que le era necesaria; y antes de despedirse de la abadesa, dejó acordado que ella se establecería en el convento como pensionista, y no volvió a Villa Altieri más que para tener lugar de instruir de esta resolución a Vivaldi. Habiéndose formado y aumentado por grados su inclinación y estima a él, habían tomado entonces bastante fuerza para persuadirle que ella hallaría en este enlace la felicidad de su vida. La aprobación dada a su elección por la tía y la memoria del solemne modo con que la dama había legado Elena á Vivaldi como a un cus-

todio y protector y el único que le quedaba, sancionaban este empeño. Al llorar Elena la muerte de su parienta, se volvía más tierna para Vivaldi, y su amor al uno se fortificaba con los pesares que ella tenía por la otra.

A su vuelta a casa, halló en ella a Vivaldi.

Este no estrañó su resolución, ni se opuso a ella. Comprendió él mismo que aquel retiro era conveniente y dictado por la decencia en los primeros momentos de su sentimiento, y que Elena no podía quedarse en una casa en que no tenía la compañía de muger alguna en lo sucesivo. Únicamente solicitó que se le dejara la libertad de ir a verla en el locutorio, y de reclamar, luego que el decoro no se opusiera a ello, la mano que Bianchi le había prometido solememente.

Se colige que Vivaldi no consintió sin trabajo en este arreglo; pero, asegurado por Elena de que la abadesa, a cuyo lado se retiraba ella, era una persona estimable, ahogó los ocultos murmullos de su pecho con la ayuda de los consejos de su razón.

Entre tanto la profunda impresión que la ha-

hian hecho los avisos del fraile perseguidor suyo, especialmente los relativos a la muerte de Bianchi, pesaba siempre sobre su alma, y resolvió hacer de nuevo los mayores esfuerzos para descubrir quien era aquel extraño admonitor, y que interes podia tener en perseguirle de esta manera y turbar su sociogo. Las circunstancias que habian acompañado las apariciones del fraile, si lo era efectivamente, le infundian algun terror. La prontitud con que el se aparecia y desaparecia, el cumplimiento de sus profesías de la última especialmente, hacian sumo eco en su imaginacion, y le disponian a ver en aquella aventura algo de sobrenatural y extraordinario. Vivaldi tenia bastante instruccion y talento para desechar de si los errores de la supersticion, tan general en su pais; y en una ordinaria y sosegada disposicion de ánimo, no hubiera dado abrigo ninguno a semejantes ideas. Pero sus pasiones estaban en ejercicio y su imaginacion acalorada quizás dejándose conducir por la natural propension del hombre a lo fabuloso, tendria algun trabajo para desender de la escelsa y te-

rrible region de los espíritus, a la tierra que estaba hollando todos los dias, y a una sencilla y natural esplicacion.

Resolvió pues visitar de nuevo hácia media noche la fortaleza de Faluzzi, y no aguardar la aparicion del desconocido sino llevar hachones, y recorrer todas las ruinas para asegurarse por quien estaban habitadas. La principal dificultad consistia en hallar a alguno en quien él pudiera confiarse, y que quisiera acompañarle; porque su última aventura le advertia que no era cosa prudente el ir allá solo. Bonarmó persistia en su primera negativa, y como Vivaldi no tenia ninguno al que quisiera esponer los motivos de su empresa, se determinó últimamente á tomar consigo a Paplo, su propio criado.

En la noche que precedia al dia en que Elena debia entrar en el convento de la Piedad, fué Vivaldi á Vila Altieri para hacer su despedida. Esperimentó durante toda la conferencia un extraño abatimiento de ánimo; y aunque sabia que aquel retiro no era mas que por un corto tiempo, y que tenia en el afecto de Elena

cuanta confianza el amor puede infundir, parecia verla por la postrera vez. Llegaron á asaltarle mil temores vagos y terribles, que nunca se le habian presentado en el ánimo. Teniale conmovido mas particularmente la idea de que la religiosas podrian tratar de atraer para siempre á Elena á su claustro, robándola al mundo y á el mismo, y conseguirlo. En el estado de pesar en que ella se hallaba este peligro podia tener alguna realidad; y todas las protestas de Elena, que en aquellos momentos de su separacion le habló con mas abandono de lo que habia hecho hasta entonces, no pudieron aquietale.

—Querida Elena, le dijo, pareceme, en mi timida prevision, que me separo de tí para siempre. Siento en mi pecho un peso que no puedo quitar de él. Me consta que no te retiras á esa comunidad mas que temporalmente, y convengo en que la decencia te dicta este paso. Debo creer que me será devuelta bien presto, y que iré á sacarte de aquellas elevadas paredes, y llevarte como á esposa mia para no dejarte mas, ni interrumpir aquellos inmediatos testimonio de mis afecto. Sé y debo creer todo esto; y

sin embargo son tales mis temores, que no puedo tranquilizarme con las mayores verosimilitudes, y que me recelo de cuanto es posible. Puede ser que te pierda, y es solamente verosímil que seas mia para siempre. ¿Como, en semejantes circunstancias, puedo consentir en separarme de tí? ¿Porque no me he dado prisa á unirnos los dos al punto con aquellos indisoluble vinculo que los hombres no pueden romper jamás? ¿Porqué he dejado espuesto á un peligro solamente posible, mi suerte y felicidad que ha estado en mi mano asegurar? pero, ¿que digo, estado; no lo está todavia el asegurar mi dicha? ¡Ah! Elena! que la severidad del uso no nos detenga, y si vas á Santa Maria de la Piedad, sea solamente conmigo para unirnos al pie de los altares.

Vivaldi habia hablado con tanta rapidez, que Elena no habia podido decir cosa ninguna. Luego que el amante hubo acabado, la afeó ella con dulzura sus inquietudes sobre su inclinacion á él, y se esforzó á desvanecer sus temores relativos á lo verdadero; pero no quiso rendirse á su última solicitud. Le representó que el estado de su ánimo y el respeto debido á la memoria de su

tia, le hacian necesario aquel retiro; y añadió con magestad que, si él hubiera podido dudar sobre la constancia de su afecto hasta que le estuviera unida con los santos vínculos del matrimonio, habria hecho una eleccion imprudente al tomarla por compañera de su vida.

Le pidió Vivaldi perdon de su debilidad, y se esforzó á sosegar unos temores que su pasion sola podia sugerirle, y que la razon desechaba; pero no pudo recobrar en efecto paz ni confianza ninguna, ni Elena misma, aunque sostenida y alentada con la rectitud de su intento, repararse de una especie de abatimiento que ella experimentó durante toda esta conferencia. Se apartaron derramando muchas lágrimas. Habiendo salido Vivaldi de Vila Altieri, y viendo que era muy temprano para hacer su indagacion en las ruinas de Paluzzi, se volvió á Nápoles.

Habiendose quedado sola Elena, se esforzó á distraer su dolor haciendo los preparativos de su partida para el siguiente dia, lo cual la ocupó hasta muy avanzada la noche. La vista de aquella casa que ella iba á dejar despues de haber vivido allí desde su niñez, le infundia melancó-

licos pensamientos. Al dejar aquel sitio en que creia ver erar la sombra de su tia, se alejaba de una mansion en que habia gozado de la felicidad y en que dejaba cuantos objetos le recordaban sus primeros años, y podrian consolarla todavia algo. Veiase á si misma entrando en un mundo nuevo y desconocido; y el afecto de Elena á su morada tomaba nuevo incremento á proporcion que se aproximaba el momento de dejarla.

Elena se habia quedado por mucho tiempo en el cuarto en que habia pasado la velada que precedió al dia de la muerte de su tia, y se entregaba allí á unos tristes y cordiales recuerdos que ella hubiera alargado todavia, si de ellos no la hubiera distraido un repentino ruido que oyó cerca de su ventana, por delante de la cual vió pasar con suma prontitud á muchas personas. Las celosias estaban abiertas para dar paso al aire fresco del mar; y se levantó para cerrarlas. Pero apenas habia tenido Elena esta precaucion cuando oyó llamar fuertemente á la puerta principal, y varios gritos penetrantes de Beatriz en el mismo instante.

Sobresaltada Elena con respeto á si misma,

tuvo valor sin embargo para ir al socorro de la criada, pero al entrar en un pasillo que conducia á la sala; de que partian los gritos, descubrió á tres, hombres enmascarados, y envueltos en sus capas que se adelantaban por el opuesta extremo. Huyó Elena y la persiguieron hasta la pieza de que ella acababa de salir. Sus fuerzas y valor la abandonaron. Preguntóle sin embargo cual era su proyecto, sin responderle, le echaron un velo sobre la cara; y cogiéndola, la condujeron casi sin resistencia y rendida hacia el pórtico.

Al pasar Elena por la sala, echó de ver á Beatriz atada a un pilar y a uno de los picaros tambien enmascarados que velaba sobre ella, y la amenazaba con gestos. Los gritos de Elena llamaron la atencion de Beatriz, que se puso a suplicar por su ama mas que por sí misma; pero fueron en balde sus ruegos, y Elena se vió arrastrada fuera de la casa al jardin. Perdió entonces el sentido del todo; y al recobrarle se halló en un coche llevado con suma rapidez, y ocupado por unos sugetos en quienes ella creyó reconocer a los que le habian echado la mano en Vila

Altierri. La oscuridad no lo permitia distinguir sus facciones; y a todas sus preguntas y súplicas guardaron un profundo silencio.

El coche fue marchando toda la noche, y parandose únicamente para mudar de caballos. Elena se esforzaba entonces, sin fruto ninguno, a mover en favor suyo la compasion de las gentes de la posta; porque estando echadas cuidadosamente las cortinillas, sus conductores abusaban sin duda de la credulidad de los que podian socorrerla; pues ninguno acudió a su socorro, y se le malogró tambien este único medio de salud.

Durante las primeras horas, la turbacion, el terror y asombro le habian ocupado enteramente el ánimo; pero luego que hubo recobrado sus cabales potencias, quedó poseida del dolor y desesperacion su alma toda. Se vió separada de Vivaldi para siempre; porque persuadida de que era la familia de su amante quien cometia aquella violencia con ella, quedó convencida de que no la dejarian salir de sus manos, que despues de haber puesto insuperables obstáculos contra su union. Esta idea desesperante, de que ella no le veria mas, se le representaban á veces

con tanta fuerza, que Elena de sechaba entonces de su ánimo cualquier otro pensamiento, y estaba indiferente sobre el lugar de su destino y sobre su propia seguridad.

Aumentándose el calor por la mañana se bajaron algo los tableros que habían cerrado hasta entonces el coche, para dar aire á los viajeros; y Elena reconoció que se hallaba con dos hombres de los que había sacado de Vila Altieri, los cuales estaban todavía enmascarados y embozados en sus capas. No tenía ella arbitrio ninguno para reconocer en donde estaba porque la pequeña abertura, formada por el descenso del tablero, no le dejaba ver mas que la cima de las montañas ó los riscos y espesuras de árboles pendientes sobre el camino.

Hácia el medio dia, en cuanto le fue posible juzgarlo por el excesivo calor, se paró el coche en una casa de posta para darle un vaso de agua de nieve; y como para esto bajó enteramente el tablero, echó de ver Elena que se hallaba en un paraje silvestre, solitario y cercado todo de montañas y bosques. Las gentes que vió á la puerta de aquella casa, le parecieron in-

capaces de toda compasion para con los otros, no esperándola ellas mismas de ninguno. Una tez amarilla y horrorosa flaqueza testificaban su miseria; y parecía que una pena habitual había abierto antes de tiempo las arrugas de su rostro. Miraban con alguna curiosidad á Elena; y el dolor que se manifestaba en toda la fisonomia de esta última, parecía interesar debilmente á unas gentes ocupadas en sus propios trabajos. Tampoco los hombres enmascarado llamaron mucho por su parte la atencion de aquellas gentes.

Elena aceptó el refrigerio que se le ofreció el primero que ella había tomado en el camino. Sus compañeros, despues de haber bebido tambien, alzaron los tableros que cerraban el coche y á pesar del estremado calor prosiguieron su camino. Abrumada Elena, rogóles encarecidamente que le dieran algun aire; y habiendo bajado sus raptore, tanto por si mismos como por ella, los tablero otra vez, gozó de la vista de una cadena de montañas elevadísimas por medio de las cuales iba adelantándose; veia encumbrados picos y precipicios formados por

peñas de mármol de diversos colores, de cuyas hendiduras salían algunos pinos y robles tuertos y huecos que esparcían opacos visos sobre los inmediatos riscos; avistaba otras veces en un profundo valle grandes bosques que echaban moles de sombra y que parecía brindaban á atravesar su obscuridad para descubrir otro espectáculo mas allá. Por encima de las mayores alturas se estendía el pálido verdor de los olivares; mas abajo todavía los riscos inmediatos á la llanura sostenían terrenos plantados de viñas, y aquel suelo, formado de mano del hombre, estaba cubierto de espesuras de retamas, oleandros y granados.

Elena, despues de haber estado por mucho tiempo en las tinieblas y parando únicamente su pensamiento en su dolorosa situacion, halló algun alivio, aunque débil y pasajero, en el espectáculo de la naturaleza que le daban libertad de contemplar todavía. Se reanimaron gradualmente sus espíritus; y renaciendo su valor al aspecto de los grandes objetos de que estaba rodeada, se dijo á si misma: Si estoy condenada á vivir desgraciada en adelante, sosten-

dré mi adversidad con mas valor en estos admirables sitios que no lo haria en otro yermo y silvestre. El espectáculo de los primores de la naturaleza ensalza y corrobora el ánimo. Podemos resistir á la desdicha conservando, por decirlo así, con la Divinidad que se muestra en sus mas admirables obras.

Representándose luego despues con fuerza la memoria de Vivaldi, se echaba á llorar Elena; pero esta fragilidad era pasajera solamente, y no flaqueó su valor durante el resto del viage.

Iban declinando el calor y el dia cuando entró el coche en una garganta formada por una cordillera de riscos, á cuyo extremo se veía como por un telescopio una vasta llanura terminada por algunas montañas que el poniente coloreaba con sus dorados rayos. Por debajo del camino abierto en un lado de la garganta, un torrente que bajaba de lo alto y caía con impetuosidad, arrojando espuma al principio entre las rocas, y corriendo sosegadamente despues hasta la orilla de otro precipicio, del que caía con horrendo estrépito, dejando tras sí en los aires una nube de espuma. Su lecho ocupaba el fondo de

esta garganta, que algun terremoto parecia haber formado en aquel parage. No dejando la montaña ya espacio ninguno al camino que seguia hasta allí las orillas del lecho del torrente habia sido preciso conducir el transito por unas peñas resalidas y pendientes sobre el abismo. La obscuridad y profundidad del precipicio que no veia debajo de sí, la violencia y ruido de las aguas que caian como catarata, daban á este paso un aspecto mas horrendo de lo que es posible representar con el pincel, ni espresar en idioma ninguno. Elena experimentó alguna comocion, y una especie de gusto en aquel tremendo espectáculo; pero se substisuyeron estos afectos á un pavor real, luego que hubo visto que el camino conducia à un puentecillo echado desde una cordillera de montañas à otra por encima de aquel abismo en cuyo fondo corria el torrente. Tenia el puente por único pretil algunos endebles maderos; y estaba tan elevado, que le veia uno diseñarse en el cielo. Unas tan fuertes impresiones le hicieron olvidar à Elena sus pesares por un momento. El camino, despues de haber llegado à la otra parte de la gar-

ganta, iba bajando siempre à la orilla del torrente como cosa de una milla, y salia á un pais descubierto y estenso, y à la vista de las montañas que se habian descubierto al atravesar el desfiladero. Se creia pasar de la muerte à la vida; pero dejó de ocuparse luego Elena en este espectáculo y cotejos, cuando distinguió, en una de las mas altas montañas que veia por delante de sí, los campanarios de un monasterio que ella se discurrió deber ser el término de su viage.

Volviéndose el camino mas rápido y angosto por un coche, sus conductores bajaron y la obligaron á hacer otro tanto; siguiólos sin resistencia, como un cordero que llevan al sacrificio, por una senda que daba vuelta à la montaña, y à la sombra de mirtos, almendros, higueras, jazmines, acacia mimosa, y una infinidad de otros arbustos olorosos. Aquellos sotillos dejaban ver à trechos una feraz llanura por debajo, confinante con las montañas del Abruzo. Cada paso en este camino hubiera presentado una recreacion a un animo sosegado. Los mármoles de fiderentes colores, diversas flores lucidas que

salian de los peñascos poblados de musgo, algunas plantas espinosas dispuesta en mazoreas muy vistosas, y las ramas de la magetuosa palma banboleadas con gracia en los aires; todos estos objetos perdian su embeleso à los ojos de Elena, cuyo corazon estaba anegado en el dolor, como à los de sus compañeros inaccesibles à los dulces afectos. Acercarse, se vislumbraban de cuando en cuando algunas partes de aquel basto edificio, las torres y campanarios de la iglesia, los tejado del claustro que se elevaban en ángulos agudos, las paredes de las azoteas que separaban el jardin de los precipicios circunvecinos, y la antigua portada que daba entrada al patio principal. Dejándose ver cada uno de estos objetos por intervalos en el obscuro interior de un bosque de cedros y cipreses, parecia vaticinar à Elena los martirios que estaban aguardándola. Sus compañeros, despues de haber pasado por delante de muchas capillas y estatuas de santos medios encubierta en grutas y por malezas, se pasaron en un oratorio situado à algunos pasos de la senda, en donde, con grande asombro suyo, despues de haber

examinado algunos papeles, se apartaron algo para consultar entre sí. Hablaron tan bajo, que Elena, no pudo oír una palabra de lo que decian; y aun cuando hubiera cogido alguna, no hubiera podido saber verosímilmente con esto quienes eran ellos, aunque el profundo silencio que habian guardado hasta entonces aumentaba su curiosidad, luego que hubieron llegado à hablar por último.

Uno de los dos se salió luego del oratorio para adelantarse solo hacia el monasterio, dejando bajo la custodia de su compañero à Elena. Ella hizo una última é inútil tentativa para interesar en su favor à este. No respondió él à sus instancias mas que con un gesto de negativa y desviándose. Resolvióse pues Elena à sufrir con paciencia una desgracia de la que no podia eximirse. El parage en que se hallaba, era propio para despertar en ella aquella especie de melancolia, que toma prestadas alguna nobleza y alteza de ánimo de la excelencia de los objetos que la infunden. Veia Elena desde allí toda la astencion de la llanura que le habia presentado una parte de los espec-

táculos que acaban de describirse, y á alguna distancia la cordillera de montañas que ceñía el rico país que se descubría á sus ojos. Llevando sus extravagantes cimas las puntas hasta las nubes, parecían confundirse con ellas; y mas descomunales á proporcion que las líneas que trazan el circuito de cada una se hacían menos sencibles con la declinacion del día, y que llegando á prevalecer los dudosos y luego oscuros visos, les comunicaban un aspecto mas magestuoso todavía. El silencio de toda la naturaleza al rededor de Elena, comunicaba á estas impresiones toda su fuerza sobre ella, y la tenía engolfada en una profunda cavilacion, cuando la sacaron de esta los cantos de los religiosos que celebraban el oficio de la noche. No llegando estos cánticos mas que debilitados con la distancia tenían uniformidad con sus afectos unos graves y solemnes sonidos, despues de haber formado una melodia llena y fuerte, acababan no siendo ya mas que una especie de murmullo, cuyos mas débiles acentos se percibían por la atencion á medida que ellos se desvanecerían en los aire. Elena conocía todo

el dominio de aquella santa música, y distinguiendo por intervalos las voces de las religiosas que se mezclaban á ella, se lisonjeó con la esperanza de que entre estas hallaría algunas que no fueran insencibles á sus males y que recibiría algun consuelo de aquellas, cuyos acentos parecían anunciarle ser de almas sencibles.

Se había quedado sentada como cosa de media hora en un césped poblado de musgo por delante del oratorio, cuando descubrió en la obscuridad á dos religiosos que se encaminaban hácia el sitio en que estaba. Luego que hubieron estado inmediatos á Elena distinguió ella su ropa parda, capilla y cabeza rasurada, á escepcion de un cerquillo de canas. Llamaron aparte á aquel conductor de Elena, que se había quedado con ella. Oyó por la primera vez, el metal de su voz, y le notó con suma atencion. No volvió á presentarse el otro; pero le pareció cosa patente que por aviso suyo habían bajado los dos religiosos; y observando á veces al mas alto de ambos, creyó reconocer al que se había apartado de ella. Era grandísima la semejanza; era la misma rusticidad bajo un diferente trage;

su fisonomía, su mirada falsa, penetrante y fija siempre sobre su presa, daban el indicio no equivocos de un malvado. Su compañero no tenía distintivo característico ninguno en sus modales y fisonomía.

Los dos religiosos, después de su conversación, dijeron a Elena que era preciso que los siguiera; y habiéndola puesto su conductor en poder de ellos, los dejó y bajó la montaña.

Elena y sus nuevos conductores no chistaron una palabra en todo el camino. Llegaron a una reja, que les fué abierta por un lego; y entraron en un espacioso patio, cuyos tres lados estaban formados por elevados edificios de bajo de los cuales había un claustro. El cuarto lado daba entrada a un jardín, en el que una calle de cipreses conducía a una iglesia, cuyas vidrieras pintadas y la portada cargada de antiguos adornos, se presentaban en perspectiva. Otros grandes edificios, separados unos de otros coronaban el jardín hacia la izquierda, y hacia la derecha un vasto terreno, plantados de viñas y olivos, se extendía hasta unos riscos que formaban una barrera circular de todas las pa-

sesiones del convento.

El lego que conducía a Elena, después de haber atravesado el patio y llegado al lienzo derecho, tocó una campanilla. Abrió una religiosa, en cuyo poder fué entregada Elena. Se echaron el lego y la religiosa una mirada, con cuya señal parecieron entenderse sin haber hablado. Guardando la religiosa siempre silencio, condujo a Elena por largos y solitarios corredores, en que no se oían los pasos de ninguna otra criatura humana, y cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas que anunciaban la superstición de los habitantes de aquel triste lugar, y eran muy propias para infundir pavor. Elena perdió las esperanzas de hallar alguna conmiseración en unas almas endurecidas con la habitual vista de aquellos horrendos símbolos, y se confirmó en este doloroso pensamiento, al observar la fisonomía y modales de la religiosa que iba conduciéndola, en que se mostraba una profunda malignidad, dispuesta a hacer participar a los otros de su desdichada situación. Al ir andando esta religiosa por aquellos largos claustros; sin dejar oír casi el ruido de sus pisadas,

vestida con su hábito talar y blanco, alumbrando con la bugía que ella tenia en su mano, un rostro pálido y severo sobre el que se delineaban diversas ráfagas de luz y sombra, que descubrian el distintivo natural de sus facciones; se asemejaba mas bien á una vision que sale de los sepulcros que á una criatura viviente.

Habiendo llegado al locutorio de la abadesa, dijo la religiosa á Elena: es la hora de vísperas, aguarda V. aqui hasta que la Señora vuelva de la iglesia; pues tiene que hablar á V.

—¿Bajo que advocacion, hermana, le preguntó Elena, se intitula este convento, y quien es su abadesa?

La religiosa no le dió respuesta alguna; y despues de haber echado sobre la abandonada forastera una mirada curiosa y maligna juntamente, se salió de la sala. La desdichada Elena no permaneció entregada por mucho tiempo en sus reflexiones; pues luego se dejó ver la abadesa. Tenia esta un magestuoso exterior, y parecia poseida de la opinion de su propio merito, y preparada á recibir á la forastera con una desdeñosa altives y mucho rigor, Perte-

nciendo ella misma á una familia de distincion, discurria que de todos los delitos, ecepto el sacrilegio, los menos perdonables eran las ofensas hechas á personas de alta clase. No es pues de estrañar que suponiendo la abadesa que Elena, jóven de baja esfera, habia tirado á seducir y tomar por marido al heredero de una esclarecida familia, experimentara contra ella no solamente menosprecio sino indignacion tambien, y que consintiera en castigar á la culpable, y suministrar los medios de salvar la dignidad de una ilustre casa.

-- Tu eres segun tengo entendido dijo á Elena que se habia levantado totalmente trémula y á la que la abadesa dejó en pie; la doncella recien llegada de Nápoles.

—Mi nombre es Elena Rosalva, dijo esta recobrando ánimo.

—Ese nombre no me es conocido, dijo la superiora, y únicamente se que te envian aquí para que aprendas á concertarte á ti misma, y te instruyas en tus obligaciones.

Hasta que las intenciones de los que me han confiado tu cuidado queden cumplidas, se-

guiré escrupulosamente el plan que mi celo el honor de una familia noble, me ha hecho abrazar.

Estas palabras dieron á conocer a Elena los autores de la violencia que sufría y juntamente los motivos que los habian movido a ella. Permaneció por algun tiempo silenciosa é inmovil, abrumada con los horrendos pensamientos que se suscitaban a montones en su mente. La agitaban alternativamente el miedo, vergüenza é indignacion: agraviada en su honra con la sospecha y acusacion de haber turbado la paz, y solicitado el enlace de una familia que despreciaba, lastimó el mas vivo dolor su corazón, hasta que habiendose reanimado su valor y fortificado su paciencia con el justo orgullo de una conciencia pura y preguntó por orden de quien habia sido tan vilmente rodada de su casa, y con que autoridad era retenida presa en aquel convento.

Poco habituada la prelada a experimentar resistencia y a oirse interrogar permaneció muy ndignada por un momento para poder responder; y Elena observó sin temor alguno la

catástrofe que iba a descargar sobre ella.

Yo sola, se dijo a si misma, experimento la injuria; y el culpable opresor triunfaria mientras que la perseguida inocencia se dejara abatir por una vergüenza que es la herencia del delincuente. No, no tendré esta despreciable flaqueza; la conciencia me sostendrá el valor, y haciendome apreciar las prendas de mis perseguidores por medio de sus acciones, me dará fuerzas para arrostrar contra su poder.

—Debo advertirte, dijo al cabo la abadesa, que tus preguntas no corresponden con tu situacion, y que únicamente el arrepentimiento y humildad pueden aligerar tus faltas: ya puedes retirarte.

—Creo, señora, dijo Elena haciendo una reverencia llena de magestad, que puedo dejar esos afectos a mis opresores pero no se extendió a ulteriores representaciones, por haber echado de ver muy bien que ellas serian no solamente inútiles sino humillantes tambien para si; y obedeció las órdenes de la prelada, resuelta ya que era menester sufrir, a sufrir con valor y no dejarse deprimir.

Fue conducida por la religiosa que la habia recibido a su entrada, por medio del refectorio en que estaban reunidas las religiosas al salir de vísperas. Allí fue Elena objeto de las miradas curiosas, malignas sonrisas, dichos al oído é injuriosas sospechas; y comprendió que no tenia que esperar nada de aquellos corazones que simpatizaban tan poco con el suyo y en que los cotidianos ejercicios de su devoción no habian corregido aquella envidiosa malignidad que es causa que tratemos de elevarnos a nosotros mismos abatiendo a los demas.

El cuarto a que fue conducida Elena, y en que la dejaron sola con suma satisfaccion suya, era una celda de religiosa que no tenia mas que una ventanilla. Un colchon, una silla, una mesa, un crucifijo y un libro de oraciones formaban todos sus muebles. Al tender Elena la vista sobre aquella triste habitacion contuvo sus suspiros; pero no pudo desechar de si las ideas que le traian a la memoria la estraña mudanza ocurrida en su situacion, ni pensar en Vivaldi, apartado quizas de ella para

siempre y muy verosivilmente ignorante del paradero suyo, sin derramar muy amargas lagrimas. Por una parte, cuando se le representaba la idea de la marquesa en el ánimo, se secaba su llanto para hacer lugar a otros afectos. La reducia esta muger al estado en que se hallaba. Parecia claramente que la familia de Vivaldi no solamente desaprobaba los proyectos del hijo, sino que se oponia tambien declaradamente a ellos, y que la señora Bianchi habia incurrido en un error craso al imaginar que podria superarse la resistencias de los marqueses en algun dia. El descubrimiento de la declarada oposicion de aquella orgullosa familia despertó toda la elevacion de ánimo que su inclinacion á Vivaldi y la autoridad de su tia habian tenido como amortiguada; y quedó poseida del mas acerbo arrepentimiento al reconvenirse a si misma de haber consentido en aquel clandestino enlace. El honor imaginario que Elena habia creído sacar de este, se desvanecia a la idea de las condiciones con que ella le habia conseguido. Abandonada a si mis-

ma, la solidez de su juicio le mostraba la laboriosa industria que hasta entonces la habia conservado en la independencia como un motivo de una justísima magnanimidad, y como infinitamente preferible á unas distinciones que ella no conseguiria mas que forzosamente por decirlo así. La idea de su inocencia, que hasta allí la habia sostenido en presencia de la abadesa, empezó a flaquear. Son justas en parte sus reconvenciones dijo Elena; y merezco lo que estoy padeciendo, supuesto que he podido sujetarme, aun por un momento, a la humillacion de desear un enlace que se desdibujan de formar: pero es para mí todavía tiempo de volver a poseer mi propia estimacion recobrando mi independencia y renunciando á Vivaldi ¡Abandonar al que me ama! ¡Abandonarle a su desgracia! a él en quien no me es posible pensar sin llorar, que ha recibido mi promesa, que tiene derecho para reclamar la mano que mi infortunada tia le dió! a él, al que pertenece ya mi corazón! ¡Cruel alternativa la de no poder dar oídos al grito de la razón y honor nis renunciar a la felicidad de mi vida toda!

Pero, ¡qué! ¿me ordenan la razón y honor abandonar al que queria abandonarlo todo por mí y abandonarle a un dolor inconsolable para satisfacer a las vanas preocupaciones de su orgullosa familia?

La cuitada Elena reconocia entonces que ella no podia escuchar el grito de un justo orgullo, sin experimentar una resistencia de su corazón que no habia conocido todavía. Su afecto estaba muy fuertemente empeñado para permitirle un acto de entereza que la hubieran condenado a dilatadas penas. No podia fijarse su ánimo en la idea de renunciar para siempre á Vivaldi, aunque al pensar en el desden que experimentaba por parte de aquella orgullosa familia, no podia avenirse a entrar nunca en ella. Sin la cordial memoria que conservaba de su tia, se hubiera quejado amargamente del funesto error que la habia estraviado hasta fomentar el proyecto de esta union. No le quedaba ya mas que sujetarse a unos males que no podia desterrar de sí; porque el abandonar a Vivaldi para recuperar su libertad, si la libertad le era ofrecida con semejante con-

dicion, ó recibir su mano padeciendo la humillacion de ser oculta muger suya si podia sacarla de su prision él mismo, eran dos partidos que le parecian igualmente imposibles de tomar. Pero cuando Elena llegaba a pensar que Vivaldi no podria verosivilmente descubrir nunca el lugar de su morada el dolor que la asaltaba le mostraba muy claramente que temia mucho mas el perderle que el serle devuelta bajo cualquiera condicion que fuese, y que su amor hácia el era la mas poderosa de todas sus pasiones.



CAPITULO VII.



IGNORÁNDO Vivaldi lo que habia ocurrido en Vila Altieri, habia ido al fuerte de Paluzzi, acompañado de su criado Pablo. Era ya de noche cuando salieron de Nápoles. A su llegada se quedaron por algun tiempo debajo de la bóveda antes de encender su bacion, teniendo por cosa mas prudente el aguardar que el desconocido se mostrara antes de empezar su indagacion en el fuerte.

Pablo era un verdadero napolitano, fino curioso, diestro, que poseia el espíritu de maña y mucha originalidad, que ostentaba menos en palabras que su fisonomia y modales, en la alegría de su humor, en su ojo cubierto y perspicaz y en la expresion que su gesto daba a cuanto él decia. Era el criado favorito de Vivaldi, quien sin tener aquella alegría original a que los ingleses dan el nombre de humor

gustaba sumamente de ella en los otros, dotado como estaba al mismo tiempo de un talento superior y cultivado. Seducido Vivaldi por la alegría y original génio de Pablo, le dejaba usar con él de una libertad y familiaridad poco comunes entre amo y criado; y en el camino habia confiado a Pablo de sus primeras aventuras cuanto era necesario que él supiera para mover su curiosidad, y sostener la vigilancia y zelo de este en la empresa que iban a tentar. Esta relacion produjo todo su afecto. Pablo, naturalmente animoso, tenia asiento de toda supersticion el ánimo, y reconociendo luego que su amo no estaba muy remoto de atribuir a una causa sobrenatural lo que le habia sucedido en las ruinas de Paluzzi, empezó a chancarse a su modo con él; pero Vivaldi no se hallaba dispuesto entonces a tolerer estas bur-las. Su aspecto era grave casi hasta la magestad. Estaba ocupado en armarse contra una especie de terror que le asaltaba por intervalos, como un poderoso hechizo, animandose a la firmeza, y aguardando cuanto pudiera acontecer. Mientras que poseido de estos pensa-

mientos no tomaba precaucion alguna contra los peligros mas reales que podrian amenazarle por parte de los hombres; Pablo dirigia su atencion toda hácia estos, y pensaba en defenderse de ellos. Le hacia sus representaciones a Vivaldi sobre la imprudencia que habia en venir de noche a Paluzzi. Vivaldi le hizo notar que no les era posible llegar a descubrir al fraile mas que de noche. Añadió que pudiendo el hachon que los alumbraba advertir de su presencia al desconocido, no era menester encenderle al principio. Objetaba Pablo que en este intermedio se escaparia el desconocido. Tomaron por último un partido medio, se encendió el hachon, pero le ocultaron en el hueco de una roca que coronaba el camino, y se apostaron los aventureros bajo la bóveda, en la parte en que Vivaldi y Bonarmo habian estado ya al acecho. En aquel instante oyeron dar las doce de la noche en un relox de un convento distante. Trajo aquella campana a la memoria de Vivaldi lo que le habia dicho Schedoni, que el convento de los *Penitentes Negros* estaba en las inmediaciones de Paluzzi, y preguntó a Pa-

blo si aquel reloj era el de su convento. Pablo le respondió afirmativamente, y añadió, que un suceso había grabado en su ánimo la memoria de la Santa del Pianto, de que se contaban raras e interesantes historias. Finalmente dijo, tengo fundamentos para creer que el desconocido de V. es un religioso de ese convento.

—Me crees pues dispuesto, repuso Vivaldi á creer tus pavorosos cuentos. Pero ¿qué has oído decir de extraordinario sobre este convento. Habla bajo para que no seamos descubiertos.

—Señor, dijo Pablo, la historia no es conocida mas que de pocas personas y prometí el secreto.

—¡Ah! si prometiste el secreto, te prohibo decidirme tu cuento, de que me parece por otra parte que tu moñera está preñada y podra menos de parir.

—Es verdad, dijo Pablo, que no prometí absolutamente el secreto, y estoy dispuesto a comunicarselo a V.

—En hora buena, dijo Vivaldi; pero te repito otra vez que hables bajo.

Obedeceré á V., señor. Sabrá V. pues que era

la víspera de la fiesta de San Marcos, hace unos seis años,...

—Silencio, dijo Vivaldi creyendo oír algun ruido; y despues de una breve pausa prosiguió Pablo: Era la víspera de San Marcos, despues de las últimas campanadas de la noche, cuando una persona... A estas palabras se paro, por haber oído un ligero ruido junto a sí.

Habéis venido muy tarde, dijo una voz fuerte y penetrante en la que Vivaldi reconoció inmediatamente la del fraile:

Es media noche; partió ella hace mas de una hora Cuydad de vos.

Vivaldi, aunque pasmado de estas palabras y con tentaciones de pedir la esplicacion suya, se dirigió hacia la parte de que venia la voz, y se esforzó a coger el desconocido. Pablo, en su turbacion, tiró un pistoletazo, y corrió al hachon. Creyéndose Vivaldi seguro de haberse encaminado derecho hácia la voz, contaba con echar la mano a su enemigo; pero la oscuridad dejó burlados sus esfuerzos.

—Conozco á V., gritó Vivaldi, y me verá en la Santa del Pianto. Pablo, el hachon, e^l

hachon.

Pablo se presentó luego, Señor, ha subido por esta escalera, he visto la parte inferior de su ropa al tiempo que él subía.

—Síguime, dijo Vivaldi subiendo,

¡Ah! señor, quédese V. por amor de Dios; y no nombre mas ese infeliz convento de la Santa del Panto si quiere vivir.

Fué siguiendo sin embargo a su amo hasta el terreno de encima de la bóveda, alzando el hachon y buscando con la vista por todas partes. No vieron a ninguno, no mostrandoles la luz del hachon mas que las murallas arruinadas del fuerte, algunas puntas de peñas por debajo y las copas de algunos pinos que salían entre las bendiduras; no alumbrando el hachon por otra parte mas que con una debil y dudosa luz los mas de los escondrijos de aquellas ruinas, y algunos sotillos de arbustos en las inmediaciones del fuerte.

—¿No ves cosa ninguna? dijo Vivaldi tomando el hachon de las manos de Pablo y meneándole en el aire para avivarle.

—Señor, señor, dijo Pablo, debajo de aquellos

arcos a la izquierda de V. mas allá del fuerte creo haber visto pasar a alguno. Es menester que él sea un espíritu en cuanto puedo entender de ello, pero parece que se asemeja mucho a nosotros los mortales en el cuidado que tiene de si mismo, pues posee tan buenas piernas para salir del peligro como ningún Lazaroni.

—No hables tanto y observa, dijo Vivaldi levantando el hachon y dirigiéndole hacia el sitio que Pablo le indicaba. Veámos, y vamos callandito.

—Pero, señor, si sus oídos no les dan á conocer nuestra llegada, sus ojos les advertiran cuando nosotros mismos alumbramos nuestros pasos.

—Silencio, déjate de esos reparos, calla y estamos sobre nosotros.

Obedeció el criado, y se dirigieron hácia una hilera de arcadas que se comunicaban con un edificio, cuya rara estructura habia llamado ya la atencion de Bonarmo, el mismo en que Vivaldi habia entredo en su última visita á las ruinas de Paluzzi, y del que habia salido tan

atropachado y despavorido.

Al acercarse se paró de golpe; y notando Pablo su turbacion, y comenzando á fastidiarse de la prosecucion de la aventura, se esforzó a disuadirle de pasar mas adelante. Ignoramos que gentes habitan en esta triste mansion, dijo, como tambien su número y somos dos únicamente. Por otra parte, señor, por aquella puerta de allá abajo he visto pasar cabalmente á alguno.

—¿Estás cierto de ello? dijo Vivaldi, cuya conecion tomaba nuevo incremento siempre; y puedes describirme su figura?

—No señor; no he podido distinguirla bastante bien en lo obscuro.

Tenia Vivaldi clavados los ojos en el edificio, y parecia estar luchando consigo propio. Bastaron algunos segundos para decidirle. Entraré, dijo, para salir á todo riesgo de este estado de intolerable angustia. Pablo, considera si puedes responder de tu valor, qué va á experimentar una fuerte prueba. Si crees poder seguirme, bajemos esta escalera con silencio y cautela; si no respondes de ti, iré solo.

—Es muy tarde, señor, repuso el criado para dirigirme esa pregunta; y si yo no hubiera tomado anticipadamente la resolucion de no apartarme de V., no hubiera venido hasta aqui. No ha dudado V. hasta ahora nunca de mi brio.

—Ven pues, dijo Vivaldi. Desenvainó entonces su espada, y entraron ámbos por una puertezuela. El hachon, que Pablo llevaba, les mostró un angosto pasadizo entre dos paredes, cuyo fin se ocultaba de su vista.

A proporcion que iban adelantandose se notó Pablo que las paredes estaban manchadas de sangre en muchos parages; pero se obstuvo de comunicar esta observacion á su amo, obedeciendo en esto á la orden de guardar silencio que se le habia dado.

Iba marchando Vivaldi con precaucion, y deteniéndose á menudo para escuchar. Adelantóse despues con mas celeridad, haciendo seña á Pablo para que le siguiera y estuviera atento, por haberse acordado Vivaldi de que al extremo de aquel pasadizo vió él una luz cuando habia ido la última vez á aquel sitio. Haciendole impresion en el animo la memoria de las conmociones que

habia experimentado, flaqueó en su resolucion.

Paróse otra vez, pero, despues de haber echado una mirada à su criado, iba andando por delante, quando este último le cogió del brazo. Deténgase V., señor le dijo en voz baja; ¿no ve V. á un hombre en los obscuro alla abajo? Miró Vivaldi, y alcanzó á ver confusamente alguna cosa parecida á una figura humana, pero inmovil y silenciosa. Esta figura estaba al estremo del pasadizo. Su vestido parecia de color negro, pero no dejando la obscuridad en que se hallaba la libertad de discernir faccion ninguna, no le era posible á Vivaldi el asegurarse de que era el fraile. Tomando el hachon le llevó en balde por delante, pues sus esfuerzos no produjeron ningun fruto; y devolviendole a Pablo se adelantó. Habiendo llegado al parage en que se habia mostrado la figura, no hallaron cosa ninguna ya, á pesar de no haber oido el rumor de pisada ninguna. Pablo hizo notar el sitio en que, á su entender, se habia detenido la figura; era en lo alto de una escalerilla que conducia á algunas bóvedas subterráneas. Vivaldi llamó con fuertes gritos; y la única respuesta á su voz

que le oyó fué el eco de aquellos sótanos. Finalmente, despues de haber estado vacilante por espacio de algun tiempo se detirminó á bajar.

Siguiendole Pablo, habia llegado apenas abajo cuando dirigiendose à su amo: Aquí está, señor, le estoy viendo todavia, y se escapa por la puerta que hay allà abajo por delante de nosotros.

Vivaldi prosiguió su marcha con tanta celeridad, que Pablo tuvo trabajo en seguirle, Se detuvo al cabo para tomar aliento, y se halló en un cuarto en que reconoció aquel á que el habia bajado. Pablo vió mudarsele el rostro; y le dijo ¿V. se ha indispuesto? En nombre de Dios, señor, salgamos de este horrendo sitio, cuyos moradores no pueden ser cosa ninguna buena, ni nosotros ganarla con quedarnos aquí.

—No replicó Vivaldi, el cual respiraba con dificultad, y tenia fijos los ojos en el suelo, cuando se dejó oir bajo las bóvedas y á lo lejos un ruido parecido al de una pesada puerta que se mueve sobre sus quicios. Volviose Pablo hácia el parage de que venia el ruido, y descubrieron ambos una puerta que abrian poco, á poco y cerra-

al punto como temiendo ser descubiertos. Creyeron seria la misma figura que se les habia aparecido en lo alto de la escalera, y que era el fraile mismo. Reanimado Vivaldi con este pensamiento, se adelantó hacia la puerta que no estaba cerrada y que cedió á sus esfuerzos. —No te me escaparás ya, dijo al entrar. Pablo guarda la puerta.

Habiendo llegado á esta segunda pieza no vió á ninguno en ella. Examinó atentamente el sitio y las paredes, sin descubrir salida ninguna por la que un hombre hubiera podido marcharse. No notó allí abertura alguna mas que una especie de ventaaa alta, y cerrada segun parecia con una reja, la unica que pudiera dar alguna entrada al aire y claridad. Se quedó Vivaldi sumamente atónito, y dijo á Pablo: ¿No has visto pasar cosa ninguna?

—Ninguna, replicó Pablo.

—Esto es incomprendible, y hay algo de sobrenatural en ello.

—Pero, señor, dijo el criado, si eso fuera, ¿á qué fin tendria miedo el de nosotros? á que fin se habria ido huyendo?

—Quizàs, dijo el amo, para atraernos hacia una trampa. Trae el achon, quiero examinar esta pared.

Pablo obedeció. Vivaldi reconoció que lo que el habia tenido por la abertura de una puerta no era mas que hendiduras en la pared. ¡Esto es inesplicable! exclamó tras un largo silencio. ¡Que motivo puede tener ningun ente humano para martirizarme en esta forma!

—Ninguno, dijo Pablo; pero ningun ser sobre humano puede tenerle tampoco.

—Me avisan de los peligros que me esperan; cuanto se [me vaticina, me acaece. La criatura que me da estos avisos me sigue de continuo los pasos, se me escapa incesantemente con un diabólico arte de las manos, y se burla de mi perseguiamiento. No me es posible alcanzar por que medios se desaparece de mi vista, y como si dijéramos se desvanece en los aires á mi proximidad. Téngola sin cesar á la mano sin serme posible echársela.

—No puede V echarle la mano, dijo Pablo, pero supuesto que eso es así, no le persiga V. mas. Me parece que estamos aqui cuando menos

en el purgatorio; vámonos, señor.

Pero; ¿que otro mas que un ser espiritual ha podido salir de este cuarto sin ser visto!

Habia acabado apenas de proferir estas palabras, cuando se cerró la puerta con un ruido que hizo resonar la bóveda. Vivaldi y su criado permanecieron inmóviles por un momento, echándose atemorizados la vista uno á otro; y se precipitaron ambos hácia la puerta con ánimo de abandonar aquel sitio. Puede imaginarse su consternacion luego que hubieron reconocido lo vano de sus esfuerzos para abrirla. Era de un sumo espesor, y estaba guarnecida de fajas de hierro como una puerta de cárcel, destino que parecia haber tenido el cuarto en que se hallaban.

—¡Ah! señor, dijo Pablo, si es un ser espiritual el que nos ha traído aquí, ha visto bien que nosotros no lo somos mas que escasamente en dejarnos coger así de su lazo. ¡Porque no podemos mudar como él de naturaleza! porque no sé de que modo, permaneciendo hombres como los somos, podremos salir de sus manos. Debe V. confesar á lo menos que entre la desgracias que el le ha anunciado, no le ha hecho

prever esta, sino es que sea por mi boca; porque he disuadido á V. ciertamente...

—Deja á un lado, le dijo Vivaldi, tus necias reflexiones, y ayudame á buscar arbitrios para salirnos de aquí.

Se pusieron á examinar entonces de nuevo el cuarto en que estaban. En cuya indagacion vió Vivaldi en uno de los ángulos un objeto que pareció pronosticarle su propia suerte, al mismo tiempo que la de un infeliz que antes de él se habia encerrado en aquel sitio. Eran unos vestidos manchados de sangre. Pablo los descubrió en el mismo instante, y diversos pronósticos horrendo de su propio destino le dejaron con la vista clavada en tierra. Vivaldi volvió en sí el primero, y en vez de dejarse llevar de la desesperacion, puso todas sus facultades en ejercicio para buscar algunos medios de salir, pero Pablo parecia dejar sepultadas sus esperanzas bajo aquellos horrendos vestidos, sobre los que sus ojos permanecian fijos. Dijo por ultimo con trémula voz: ¿Quien se atreverá á levantarlos? Cubren quizás un cuerpo mutilados cuya sangre los ensucia. Se remueve algo ahí debajo, exclamó, echandose hacia el otro lado del cuarto.

Resuelto Vivaldi á todo, levantó con la punta de su espada los vestidos, distinguió otras ropas amontonadas. y vió por debajo algunas manchas de sangre en el suelo.

Reconoció Vivaldi que Pablo se habia dejado engañar de su imaginacion: clavó por algun tiempo los ojos en aquel horrible espectáculo, y se convenció de que no habia otra cosa mas que los vestidos del desdichado atraido como él mismo á aquel fatal sitio. Se apartó hácia el opuesto lado del cuarto, y fuè su alma despojo de la mas cruel desesperacion. Se consideró como conducido á aquel lazo por algunos perversos, hasta que trayendo á su memoria las circunstancias y cuanto le habia acontecido bajo la bóveda del camino se disuadió de semejantes idea. No era verosimil de modo ninguno que algunos foragidos se hubiesen tomado la molestia de conducirle hasta allí cuando ellos hubieran podido cogerle luego, vesar todas las ruinas sin detenerle. Los tan reiterados avisos del fraile y sus vaticinios tan puntualmente cumplidos, no tenian conexion manifiesta con ningun proyecto de foragidos. Habia oido todavia su voz bajo la bóveda, igualmente que reconocido su hábito

en la persona que habia subido por la escalerilla que conducia de la bóveda al fuerte; y tenian últimamente, Pablo y él, toda especie de motivos para creer que ellos habian perseguido al mismo hasta el lugar en que se hallaban encerrados. Pero Vivaldi, despues de bien consideradas las circunstancias, volvía a creer que aquella fantasma, que se aparecía con hábito religioso, era una cosa diferente de un ser meramente humano.

—Si no se me ha aparecido mas que una fantasma, decia, pudiera creer que el alma del que fuè asesinado me ha conducido hasta aquí para darme a conocer el delito, y á fin de que yo haga darle sepultura, cristiana; pero esta fantasma en resumidas cuentas ni siquiera le ha mentado; sus avisos, tanto sobre lo venidero como sobre lo pasado, han sido relativos a mí mismo únicamente y este silencio, su aparicion y modo de escaparse de todas mis persecuciones, son sin embargo unas cosas tan extraordinarias, que me dan tentaciones por la primera vez de dar alguna creencia a los cuentos que se hácen de los aparecidos.

En cuya perplejidad volvió Vivaldi a exa-

minar otra vez los ensangrentados vestidos, y en ellos distinguió lo que él no había reparado en el principio, una ropa negra en que reconoció un hábito de religioso. Esta vista le hizo estremecer, como él lo hubiera hecho a la aparición fantástica que le habían dado tan fuertes tentaciones de creer. ¡La ropa talar y escapulario atravesados y teñidos de sangre! Después de haber mirado de hito en hito estas tristes reliquias por algún tiempo, las dejó caer; y Pablo, que estaba observándole, exclamó:

—¡Ah! señor, con ese vestido se ha disfrazado el demonio que nos ha conducido aquí. Es un paño mortuario para nosotros, querido amo mío, ó sirvió para este uso al que estuvo revestido con él en vida,

—No creo uno otro, dijo Vivaldi desviándose de aquel horrendo espectáculo; pero hagamos de nuevo por hallar algún medio de salir de aquí.

La ejecución de semejante proyecto era desgraciadamente superior a sus fuerzas. Embistieron en balde con la puerta. Vivaldi elevó á Pablo hasta la ventana enrejada que él no pudo desquiciar. Gritaron uno y otro con toda su

fuerza, y cansados de sus esfuerzos renunciaron por un tiempo a nuevas tentativas; y tendiéndose en tierra se abandonaron a la desesperación.

Pablo se puso a deplorar otra vez la tenacidad de su amo en internarse en aquel desierto edificio, y el inevitable peligro de morir ambos allí de hambre.

Aun suponiendo, señor, dijo, que no hayamos sido conducidos aquí como á un lazo armado por algunos asesinos para degollarnos y robarnos, ni estemos bajo el poder de los espíritus malignos lo que no me atrevo a mirar como imposible, no podemos evitar el morir de hambre; por más que gitemos, ninguno puede oírnos desde el sepulcro en que nos hemos metido.

—Eres, díjole Vivaldi, un famoso consolador.

—Señor, le respondió Pablo, como V. un famoso conductor.

Vivaldi no hizo réplica ninguna, y prosiguió abandonándose a los más dolorosos pensamientos. Se acordaba de las últimas palabras del fraile; é inclinándose su situación á discurrir lo que de peor había, hallaba que aquel le

anunciaba la muerte de Elena en aquellas palabras, que el miraba como figuradas: *Llega V. muy tarde; partio ella hace ya mas de una hora.* Esta idea desterró de su ánimo casi enteramente todo afecto de temor relativo á sí propio. Levantóse y andando ya acelerada ya pausadamente, no se vió oprimido como jantes con el peso de la desesperacion, sino martirizado con un afecto profundo de horror al pensar en la suerte que creia haber acaecido á Elena. Cuando mas se detenia en este pensamiento, tanto mas verosmil le parecia. El fraile le habia anunciado ya la muerte de la señora Bianchi; y las sospechas que este suceso le habian suscitado en él ánimo, aumentaban sus terrores con respecto a la sobrina. Ultimamente, tomando estos afectos mas vehemencia a proporcion que el luchaba menos con el arma de la reflexion contra ellos, llegó a ser su desconsuelo una especie de francesi.

Olvidoce Pablo por un instante de su propia situacion para tratar de dar algunos consuelos a Vivaldi, presentándole los mas ligeros motivos de esperanza que las circunstancias podian dejarle, y apartando las que parecian qui-

társelos; pero Vivaldi no oia ni entendian cosa ninguna. Unicamente, habiendo mentado Pablo el convento de la Santa del Pianto, este objeto que tenia alguna relacion con el fraile que anunciaba la muerte de Elena a Vivaldi atrajo la atencion del último, y le arrancó por un momento de sus reflexiones para oír una relacion que podia favorecer sus conjeturas, y solicitó de su criado la continuacion de la historia comenzada sobre aquel convento.

Obedeció Pablo no sin alguna repugnancia y despues de haber recorrido con la vista el cuarto subterraneo, como si el temiera que hubiese alguno oculto para oírle y dispuesto á responderle: Nos hallamos, dijo, señor, en un sitio suficientemente apartado para decir en él un secreto sin el menor peligro de ser descubiertos; no obstante esto, para tomar todas nuestras seguridades, si V. tiene a bien el venir á sentarse junto a mí, le diré lo que sé del convento de Nuestra Señora del Pianto.

Habiendose sentado Vivaldi al lado de su criado, y hallando este en voz baja, le dijo. Era pues la víspera de San Marcos, y cabalmente al toque del *Ave Maria* de la noche...

Señor no ha entrado V. quizás nunca en la iglesia de Nuestra Señora de Pianto. Sabrá V. pues, señor, que es una iglesia antigua, la más lóbrega que he visto en toda mi vida.... Pues bien, en unas de las naves colaterales hay un confesonario. En este confesonario, precisamente después de las últimas campanadas de la oración de la noche, un hombre, tan arropado con un vestido largo que no podían verse su figura ni talla, llegó a arrodillarse. Por lo demás, aun cuando hubiera estado vestido tan galanamente como V. no le hubieran echado de ver absolutamente; porque aquella parte de la iglesia no estaba alumbrada más que con una sola lámpara en la otra estremidad, y era casi tan oscura como el cuarto en que ahora nos hallamos; pero semejante obscuridad está dispuesta sin duda con arte, para que los penitentes no se avergüencen de los pecados de que se confiesan: esta providencia puede traer alguna utilidad al cepo de los pobres haciendo echar en él algún dinero, en lo que no se descuidan los frailes.....

—Pierdes, le dijo Vivaldi, el hilo de tu historia, Tiene V. razón, señor repuso Pablo; pe-

ro no sé ya en donde estaba. ¡Ah! sí, al pie del confesonario. Arrodillado pues el desconocido en la rejilla, daba tantos gemidos al oído del confesor, que los oían de uno a otro extremo de la iglesia. Sabrá V. señor, que los religiosos de la Santa del Pianto son de la orden de los Penitentes Negros, y que las gentes que tienen pecados gordos que confesar van allá para consultar al Penitenciario mayor, el Padre Ansaldo, que vive allí. Ahora bien, él mismo escuchaba al penitente, y le reprendió blandamente por el escándalo que daba, esforzándose á consolarle. El desconocido se aplacó algo y volvió á su confesión, ignoro lo que dijo él al Padre Ansaldo; porque sabe V. muy bien que no se quebranta el sigilo de confesión, sino es en algunas extraordinarias circunstancias. Pero era algo de tan extraño y horrendo, que el Penitenciario mayor dejó de repente su confesonario; y antes de haber podido llegar a su cuarto, se halló indispuerto y asaltado de convulsiones. Después de haber recobrado sus potencias, preguntó a las personas que se hallaban a su lado, si estaba todavía en la iglesia un penitente que se había presentado en

tal confesonario, y declaró que era preciso tratar de cogerle. Le pintó tal como él le había visto acercándose al confesonario; á cuyo recuerdo pareció próximo á ponerse otra vez convulsivo. Un religioso, que había atravesado la iglesia para ir al socorro del Padre Ansaldo, hizo memoria que un sageto parecido al que se describía, había pasado a su lado con mucha prontitud; que era alto, que estaba vestido con un hábito blanco, y se encaminaba hacia la puerta de la iglesia que se comunicaba con el patio exterior del convento, El Padre Ansaldo discurrió que era su penitente.

Mandaron llamar al portero, y le preguntaron si había visto pasar a alguno vestido y formado de esta manera. Aseguró él que no; pero añadió además que en toda la tarde no había entrado religioso ninguno vestido de blanco.

—Vestido de blanco? dijo Vivaldi; si él lo hubiera estado de negro, hubiera creído yo era el fraile perseguidor mio.

— Señor dijo Pablo, como se lo he hecho notar ya á V. un hombre puede mudar muy facilmente de vestido, y si esa es la única ra-

zon de V...

—Prosigue, dijo Vivaldi.

—Con arreglo a la relacion dada por el portero, todos los religiosos pensaron unánimemente que era menester que el desconocido estuviera todavia dentro del recinto del convento; pero, despues de haberlo escudriñado todo no hallaron a persona alguna.

—¡Ah! debía ser mi fraile, dijo Vivaldi, á pesar de la diferencia del hábito, porque no hay dos entes en el mundo que puedan ocultarle tan milagrosamente de toda observacion.

Interrumpieron en este lugar su conversacion unos sonidos ahogados, que su turbada imaginacion tuvo por los últimos alientos de una persona moribunda. Quedaron poseidos de una mortal inquietud àmbos.

—¡Ah! dijo Pablo despues de haber escuchado por algun tiempo, es el ruido del aire.

—El Padre Ansaldo, desde la época de esta estraña confesion, repuso Pablo, no se asemejó mas a si mismo.... Su cabeza...

—Seguramente, dijo Vivaldi, la culpa que él había oido en confesion le tocaba por algun lado.

—No señor, dijo Pablo; no he oído decir cosa ninguna semejante; y algunas circunstancias que se siguieron, parecen probar lo contrario. Como cosa de un mes después de este lance, un día en que hacía sumamente calor, en el momento de salir los religiosos del último oficio...

—Silencio dijo Vivaldi.

—Oigo hablar en vos baja, dijo Pablo.

Aplicaron con atención el oído, y reconocieron algunas voces humanas pero no pudieron distinguir si ellas venían de una pieza inmediata ó de debajo de aquella en que estaban encerrados.

Los sonidos volvían por intervalos; y las personas que hablaban parecían contener su voz por el temor de ser oídas. Vivaldi deliberaba si valía más descubrirse llamando que guardar silencio,

—Considere V. señor, le dijo Pablo, que estamos casi seguros de morir de hambre, si no nos descubrimos por nosotros mismos á esas gentes, cualesquiera que ellas sean, y á todo riesgo y peligro.

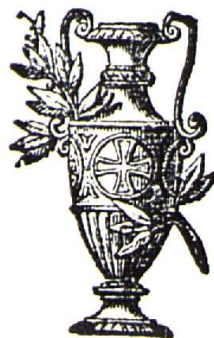
—¡Peligro! ¡ah! qué riesgo me queda que

temer en la situación en que me hallo! ¡Oh! Elena! Elena!

Se pusieron ámbos á gritar con toda su fuerza, pero inútilmente porque no les respondieron; y aun los sonidos que les habían llamado la atención no se dejaron oír más.

Estenuados con sus esfuerzos se tendieron por tierra, renunciando á toda tentativa ulterior hasta la vuelta del día.

Vivaldi careció ya de valor para solicitar de Pablo lo restante de su narración. No teniendo ya casi esperanza ninguna para sí mismo, no podía poner interés en las desgracias ajenas, y había reconocido que la historia de Pablo no tenía relación alguna con Elena; y Pablo mismo, después de haberse enroquecido á puros gritos, se hallaba muy dispuesto á guardar silencio.



CAPITULO VIII.



HABIAN pasado muchos dias despues de la llegada de Elena, sin que se le hubiera permitido salir de su cuarto. En él estaba encerrada con llave y no veia a persona alguna, excepto la religiosa que le traia algun alimento, y que era la misma que la habia recibido a la puerta del convento, y conducida a la presencia de la prelada.

Luego que se hubo creido que su valor se hallaria abatido con la soledad y esperiencia de lo vano de su resistencia, le pasaron aviso para que se presentara en ellocutorio. En este estaba la abadesa sola; y el aspecto de severidad con que fué recibida Elena la preparó a todo.

A continuacion de un exordio en que todos

los esfuerzos se dirigieron a hacerle comprender el horror de su culpa, y la necesidad de salvar la paz y honor de una ilustre familia que su desordenada conducta habia estado para desdorar, le declaró la abadesa que debia determinarse a tomar el velo inmediatamente, ó a casarse con el sugeto que la marquesa de Vivaldi habia tenido la suma bondad de destinarle.

—No podrás jamás, le dijo la abadesa, pagar con harta gratitud la generosidad de la marquesa que te deja la eleccion entre estos dos partidos. Despues de la injuria que no ha estado en tu mano hacer a ella misma y a su familia, no debia apenas contar con tanta indulgencia por su parte; ella debia, segun parece, castigarte con severidad; y te permite entrar en religion entre nosotras, ó si no posees suficiente virtud para renunciar al mundo perverso, te permite volver a el y te da en la persona de un marido un ayuda para soportar tus penas y trabajos, y cuyo estado cuadra mas con tu nacimiento y obscuridad que el del mancebo al que habias osado elevar tus miradas.

Elena se avergonzó de esta ofensa hecha á

su elevacion de ánimo, y no se dignó responder. Quedó poseida de una profunda indignacion al oír dar así á una irritante injusticia y á unos actos de la mas odiosa tiranía los visos de la generosidad. No se turbó mucho sin embargo al saber los proyectos tramados contra ella, porque, desde su llegada a San Estevan, habia contado con todo ello; y se habia dispuesto a sufrir con valor, persuadida de que causaria la malignidad de sus enemigos, y que al cabo saldria triunfante de su mala fortuna. Unicamente al pensar en su separacion de Vivaldi flaqueaba su valor, y le parecian insupportables sus desdichas.

—Tu no respondes, le dijo la prelada despues de un momento de espera.

¿Es posible que seas tan insensible a las bondades y generosidad de la marquesa! Pero no quiero utilizarme de tu insensibilidad en este momento mismo y te dejo todavia una vez la libertad de la eleccion, Puedes retirarte á tu cuarto para pensar en esto y decidirte, pero acuérdate de que vas á quedar ligada irrevocablemente con la resolucion que temes, y que no tienes que escoger mas que entre uno ú otro

de los partidos que se te han propuesto, sino tomas el velo te casarás con el marido que te ha destinado.

—Señora, respondió Elena con una magestosa serenidad, no hay necesidad de que yo me tome tiempo para deliberar y decidir. Mi resolución está tomada, y desecho igualmente uno y otro de los partidos entre los que V. quiere que yo elija. No me condenaré yo misma nunca a ser encerrada en un convento ni á sufrir el envejecimiento con que V. me amenaza por la otra parte. Estoy dispuesta a sobrellevar cuantos malos tratamientos le agrade á V. hacerme; pero no seré nunca desgraciada y oprimida por mi propio consentimiento. La idea de mis derechos, y de la justicia que llena mi corazón, sostendrá mi valor tanto como la conciencia de lo que me debo a mi misma y a la dignidad de mis prendas. Está V. ahora instruida de mis resoluciones que no le mentaré a V. mas.

La abadesa, que no habia podido dejar hablar á Elena con aquel tono y por tanto tiempo mas que a causa de la sorpresa en que tanto atrevimiento la habia tenido, clavó

en ella con severidad los ojos, y le dijo: ¿En donde has aprendido ese bello heroismo, la temeridad con que has osado confesar y divulgar semejantes máximas, y la audacia que te hace capaz de insultar a tu superiora, cuya autoridad está sancionada por la religion y de insultarla hasta en el santuario?

—El santuario está profanado, le dijo Elena con dulzura y magestad, cuando se ha convertido en una prision, y cuando una persona consagrada a Dios se olvida ella misma de las obligaciones que la religion le impone, cesa de ser respetable. Los mismos motivos que nos hacen amar los dulces y benéficos preceptos de la religion, nos infunden aversion a los que los quebrantan, y cuando V. me recuerda el respecto que le debo, me apura V. misma para que pronuncie su condenacion.

—Retírate, le dijo la abadesa levantándose con impaciencia de su sitial; unos consejos tan altivos y convenientes en tu boca no se echaran en olvido.

Elena obedeció; y fué conducida á su celda, en que se puso á repasar su conducta relativa a la abadesa: no pudo arrepentirse de la

franqueza con que habia defendido sus derechos y luchado contra la injusticia de una mujer que intentaba ser respetada de la victima misma de su crueldad y opresion. Celebró el no haberse descomedido ni por un instante, ya dejándose llevar de toda su indignacion, ya dejándose abatir por el temor. El conocimiento que ella acababa de adquirir de las despreciables prendas de la prelada, no le daba ya libertad para humillarse en presencia suya; porque Elena no era sensible mas que a la censura de las personas virtuosas, que hacia las mas profundas impresiones en ella, mientras que miraba con una perfecta indiferencia la reprobacion y concepto de los malos.

Habiendose confirmado así Elena en sus resoluciones, se propuso evitar en adelante todas las reyertas semejantes a la que acababa de tener, y no repeler mas que con el silencio las injurias á que pudiera estar espuesta. Contaba con ellas, y se resolvió sobrellevarlas. De los tres males entre Elena tenía que elegir, la prision con todas las incomodidades y sinsabores de que estaba acompañada, le parecia mucho mas llevadera que el cansamiento con que

la amenazaban, ó la obligacion de hacerse religiosa, pues uno y otro de estos últimos partidos debian condenar los restantes de su vida á la desgraciada en virtud de su propia eleccion. No estuvo pues vacilante. Si Elena podia soportar con calma su cautiverio, el peso suyo se volveria mas ligero; y á esta resignacion trató de disponer su ánimo.

La habian tenido encerrada en su cuarto desde la última conferencia con la abadesa, cuando en la tarde del quinto dia le dieron libertad para asistir a vísperas. Al atravesar Elena el jardin para ir a la iglesia experimentó una voluntuosa sensacion en respirar el ambiente libre y fresco, en gozar del verdor de los árboles y arbustos, estos beneficios de la naturaleza preparados para todos los mortales, y de que la habian privado desde su llegada. Siguió á las religiosas al oficio, y se halló colocada entre las novicias. La solemnidad del oficio, y particularmente los cantos religiosos, conmovieron su corazon, mitigaron sus penas y renunaron su espíritu.

Entre las voces que Elena oia, habia una que llamó la atencion; representaba los afectos de

devocion con una mas cordial espresion, que me parecia inspirada por la dulce melancolia de un corazon que, segun visos, estaba disgustado del mundo hacia ya mucho tiempo. Por aquellos acentos, que tan pronto se elevaban con el órgano como se mesclaban con los tímidos y dulces cantos de las religiosas creyó comprender Elena todos los afectos del corazon que animaba aquella hermosa voz, y trató con empeño de reconocer entre sus compañeras la fisonomia que concordase con la sencibilidad que aquella voz peregrina anunciaba. Algunas religiosas tenian levantados sus velos, y Elena no notó a ninguna que llenara sus esperanzas; pero habiendo examinado con mas atencion, distinguió á una religiosa algo distante de si, por debajo de una lámpara que alumbraba algo su cabeza, y cuya figura y planta le parecieron perfectamente conformes con la idea que ella se habia formado de la persona, cuya voz le habia hecho tan fuerte impresion y le parecia venir del mismo sitio. Estaba cubierto su rostro con un velo, bastante claro sin embargo para dejar ver la hermosura de su tez; las traza de su cabeza y toda su postura indicaban

suficientemente la devocion que su voz espresaba.

Habiéndose concluido el himno, se levantó la desconocida, viéndola Elena luego despues sin velo, y observando su cara alumbrada totalmente por la lámpara se confirmó en sus conjeturas. Se veia en sus facciones y planta toda, una especie de melancolia dulce y resignada. Parecia que los pesares habian derramado en ellas alguna palidez y descaecimiento, que se desvanecian luego que los fervores de la devocion llegaban á hacer su alma superior a las cosas mundanas, y colocarla, por decirlo así, a la altura de las celestiales inteligencia. Elevados, en aquel momento sus negros ojos hacia el cielo espresaban aquel amor tierno y fervoroso aquel divino entusiasmo que se muestra en las bellas cabezas del Guido; y esta vista renovó en Elena todas las embelesadas impresiones que la voz de la desconocida le habia hecho experimentar ya.

Miéntas que Elena miraba á la religiosa con un grado de interés que no le permitia ocuparse en otro ningun objeto, creyó distinguir en su planta y facciones el afecto de la desesperacion mas bien que el de la resignacion; por-

que cuando ella cesaba de orar, sus miradas tomaban una estabilidad muy enérgica y continuada para unas penas comunes ó para un estado del alma tal como el que una entera resignación supone; pero este pensamiento estimulaba más la simpatía de Elena, haciéndole creer en la semejanza de su situación y afectos. Elena se alivió y fortificó en este descubrimiento, especie de egoísmo perdonable en una criatura privada de todo apoyo, y que hallaba en aquel lugar en ser capaz de tener alguna conmiseración hacia ella, y de darle algún consuelo. Elena se esforzó á encontrar las miradas de la religiosa para darle á entender el interés que tomaba en su suerte, y espresarle ella misma su desgracia, pero no pudo lograrlo, por estar embebida en su devoción.

A la salida de la iglesia sin embargo, al pasar la religiosa muy cerca de Elena, le echó esta una tan rendida y espresiva mirada, que la religiosa se detuvo, y miró sucesivamente a la recién venida, no solamente con sorpresa sino también con una mezcla de curiosidad y compasión. Un débil sonroseo coloreó sus mejillas; pareció turbada, y no podía apartar su

vista de Elena; pero como no podía pararse, obligada á seguir la comunidad, sus miradas y una sonrisa que espresaban la más tierna piedad, le hicieron una despedida que las palabras no hubieran podido espresar jamás. Elena, después de haberla seguido con los ojos hasta que ella se desapareció al entrar por la puerta que conducía a la habitación de la abadesa, se halló haber llegado con la conductora a su selda tan ocupada en su nueva conocida, que no pensó más entonces que en preguntar su nombre.

—V. quiere hablar ¿le sor Olivia le dijo su conductora.

—Es de una figura muy agradable repuso Elena.

—Tenemos a muchas religiosas tan bonitas; dijo sor Margarita con trazas de picada.

—Sin duda, repuso Elena; pero esta que estoy mentando tiene una fisonomía, atractiva descubierta, noble y llena de sensibilidad; y hallo en sus ojos una dulce melancolía que no puede dejar de cautivarse el ánimo de cuantos la vean.

Elena estaba tan hechizada de su interesan-

te religiosa, que se olvidó de que hacia su elogio á una persona, cuyo endurecido corazón era insensible a las gracias que ella ensalzaba, y que no admiraba cosa ninguna tanto como el aspecto de altanería de la señora abadesa; porque para sor Margarita una descripción de aquellas prendas que Elena conocía era cosa inteligible.

—No es ya de la primera juventud dijo Elena esforzándose á darse á entender, pero posee aun todas sus gracias, á que agrega una magestad.....

—Si quiere V. decir que es de una mediana edad, dijo ásperamente sor Margarita, esta hablando V. de sor Oliva; porque casi todas somos mas jóvenes que ella.

Dirigiendo Elena casi involuntariamente sus ojos hácia la religiosa que le hablaba en esta forma, vió una cara pálida y flaca, que anunciaba con corta diferencia una muger de cincuenta años, y apenas pudo encubrir su sorpresa al ver vivir todavía una tan infeliz vanidad entre unas pasiones tibias, bajo una repugnante figura y a la sombra de un claustro. Zelosa y descontenta sor Margarita de los elo-

gios dados a sor Oliva, rehusó responder a nuevas preguntas; y despidiéndose bruscamente de Elena, la dejó encerrada para toda la noche.

Al siguiente día tuvo Elena también licencia para asistir á las vísperas, y se sintió animada con la esperanza de ver á su religiosa favorita. Vióla efectivamente de rodillas en el mismo sitio, haciendo su oración en particular antes que diera principio el oficio.

Elena reprimió con trabajo la impaciencia en que estaba de dar á conocer á la religiosa el tierno interés que le había infundido, y de hacerla reparar en sí misma, hasta que se hubiera concluido la oración. Luego que la religiosa se hubo levantado y apartado su velo, clavó sobre Elena los ojos con tanta curiosidad como aquella de que ella había sido objeto. Esta mirada fué seguida de una sonrisa tan expresiva y llena de una tan persuasiva sensibilidad, que olvidando Elena el lugar en que se hallaba, dejó su puesto para acercarse á ella, como si el alma que acababa de mostrarse a sus ojos en aquella sonrisa fuera conocida mucho tiempo antes de la suya. Al ver esto volvió a echarse la religiosa el velo, especie de reconven-

cion que Elena entendió, y que la hizo volver a su asiento: pero su atencion continuó dirigiéndose hacia la religiosa durante todo el tiempo del oficio.

Despues de este, y al salir de la iglesia, habiendo pasado Olivia por delante de Elena sin manifestar hacer atencion ninguna en ella, apenas pudo contener la última sus lágrimas, y se volvió muy abatida a su cuarto. Era para Elena una mirada de Olivia no solamente deliciosa, sino necesaria tambien para su coracon. Fijóse su pensamiento sobre la sonrisa, cuya expresion habia sido tan elocuente, y cuya memoria llegó todavia á consolarla en su prision.

Fué interrumpida su cavilacion con el ruido de los ligero pasos de una persona que se acercaba a su celda. La puerta se abrió y vió Elena en su presencia a Olivia misma. Se levantó conmovida Elena para ir a recibirla, y le alargó la religiosa la mano, que Elena apretó entre las suyas.

—Vos nó estais acostumbrada al retiro ni a nuestra mala comida, le dijo Olivia con un semblante triste y pesaroso, poniendo en la mesa una cesta que contenia algunos refrigerios.

—La entiendo á V. dijo Elena con una mirada que espresaba su reconocimiento. Aunque V. habita en este recinto, tiene sin embargo un corazon que da entrada á la compasion, ha padecido V. mismo; y conoce el delicado gusto de mitigar las penas de los otros con atenciones que les prueban que V. toma parte en sus males. ¡Ah! porque no me es posible espresar a V. cuanto me mueven los afectos que me manifiesta!

Vióse interrumpida por sus propias lágrimas. Le apretó la mano Olivia, miróla con grande atencion, y se puso suavemente agitada; pero, despues de haber recobrado, aparentemente a lo menos, alguna tranquilidad, le dijo con una sonrisa mezclada de alguna serenidad: Vos juzgais bien de mis afectos hija mia. Mí corazon no es insensible, y tomo parte en vuestros pesares: estabais destinada á unos dias mas felices que los que podeis esperar en este claustro.

Se detuvo como si ella hubiera dicho mucho, y añadió: Aquietaos sin embargo: y supuesto que hallais algun consuelo en saber que teneis cerca á una amiga, creed que yo soy

esta amiga, pero guardad este pensamiento para vos sola. Vendré à veros siempre que pueda; pero no hableis de mi; y si mis visitas son cortas, no me insteis para alargarlas.

—¡Que bondad! dijo Elena con voz conmovida; volverá V. à verme! se compadece V. de mis desdichas!

—Silencio, dijo la religiosa, que puedo ser observada. Buenas noches, querida hermana, ¡quiera Dios daros un sosegado sueño!

Movida profundamente Elena, tuvo fuerzas apenas para devolverle los mismos deseos; pero sus ojos humedecidos con lágrimas le dijeron mas. Apretándole la religiosa la mano y apartando su cara, la dejó repentinamente. El corazón de Elena, firme y sereno à los insultos de la abadesa, se ablandó à aquellos testimonios de una compasiva amistad. Las dulces lágrimas que ella derramó restituyeron alguna calma à su agitado ánimo, pensó en Vivaldi con menos turbacion que ella no lo habia hecho todavia desde que habia sido robada de Vila Altieri, y comenzó à revivir alguna esperanza en su alma, aunque la reflexion no presentaba cosa ninguna que pudiera alimen-

tarla.

En el siguiente dia por la mañana echó de ver que no se habia cerrado con llave la puerta de su celda; se vistió con prontitud, y concibiendo alguna esperanza de libertad, salió. Su cuarto que caia a un pasadizo que se comunicaba con el edificio principal, cerrado con una sola puerta, estaba separado de toda celda; pero estando cerrada la puerta del pasadizo se hallaba prisionera Elena como antes. Le pareció únicamente que Olivia no habia cerrado por defuera la puerta de su cuarto, para dejarle algun mayor espacio en que ella pudiera pasearse, y quedó agradecida à semejante atencion. Al pasearse en aquel corredor, reconoció en uno de sus extremos una escalerilla que parecia conducir à otras celdas.

Subióla de priesa, y halló que no conducia mas que à un cuarto alto que no le presentó cosa ninguna notable al principio; pero habiéndose acercado a la ventana, vió desde allí un horizonte inmenso y un pais cuya estencion y hermosura le hicieron la mayor impresion. Reconoció que aquel cuarto estaba en una torrecilla voleada

de un ángulo del edificio, y como pendiente en el aire por encima de las peñas de granito, que formaban la montaña. Algunas de estas peñas se delineaban] mas alla de su próxima caída, y otras que se elevan perpendicularmente, sostenian las paredes del convento. Elena, desde la altura en que se hallaba colocada, veia, con un gusto mezclado de algun terror, aquellos riscos poblados de alerces, cubiertos de sombra y ennegrecidos por inmensos abetos, espesos castaños que ocultaban su basa, y el terreno descendiendo insensiblemente hasta el llano: todo este conjunto presentaba una interesante graduacion desde la cima desnuda y esteril de las peñas hasta la una campiña enriquecida con todas las especies de cultivos. En el circuito de estos hermosos llanos estaban como amontonadas otras montañas de formas diversas que Elena habia admirado ya al llegar à San Estevan; algunas cubiertas de olivos y almendros, pero la mayor parte de ellas abandonada à los ganados que en el estio van à alimentarse allí con sus yerbas aromáticas, y à la proximidad del invierno vuelven a buscar un clima mas suave en las llanuras conocidas con

el nombre de *il Tavogliere di Puglia*.

Elena hacia su izquierda descubria el terrible puente que habia pasado, y oia todavia el ruido del torrente sobre que está echado. El conjunto de toda esta perspectiva le causaba todavia mas impresion y asombro que en el momento de haber visto por la primera vez, y de mas cerca, aquellos admirables objetos.

Para Elena, en quien el espectáculo de los primores de la naturaleza hacia las mas fuertes y dulces impresiones, el descubrimiento de este torreoncillo era de una suma importancia. Podria ir ella allí; y sosegado su ánimo con aquella vista, podrian adquirir las necesarias fuerzas para sobrellevar las penas que la aguardaban. Poseida allí de admiracion à la vista de los grandes objetos que la circundaban, y que la dejaban ver la divinidad como al traves de un velo religioso que templa su resplandor à los ojos de los mortales, conversaba, por decirlo asi, con Dios, presente en sus excelsas obras. ¡Qué valer pueden conservar los negocios humanos y pasajeras penas de este mundo en un alma elevada hasta esta altura! ¡Cuan caduca le parece la dominacion del mas formi-

dable mortal, cuando ella contempla que la caída de una sola de aquellas peñas, desprendida de la montaña, puede destruir á millares de criaturas humanas. á las que nada serviría para su salud el estar puestas en orden de batalla, y armadas con todos los instrumentos de destrucción que la industria humana inventó! Aquel hombre que la tiene en cautiverio no posee ya mas que una dominacion imaginaria, semejante á la de los gigantes de los cuentos de las hadas; no puede sujetar su alma ni hacerse temer de ella, mientras que la sostiene su virtud.

Un ruido hecho en la galería distrajo de este espectáculo la atención de Elena. Oyó que habrían la puerta del pasadizo; y conjeturando que era sor Margarita, la cual podría echar de ver su ausencia y el descubrimiento que habia hecho de la torrecilla, y privarla de este consuelo en adelante, volvió á bajar con suma celeridad. Sor Margarita le preguntó con trazas de estrañeza y severidad juntamente, como habia abierto la puerta de su cuarto, y a donde habia ido.

Le respondió Elena con franqueza que ha-

bia hallado abierta la puerta y que habia subido hasta un torrecillo á que el pasillo conducia; pero no manifestó deseo alguno de volver á él juzgando muy bien que seria para Margarita un motivo de cerrársele. Esta despues de haberla reñido ásperamente por haberse adelantado fuera del pasillo, y habiendo dejado el desayuno que le traia, se salió del cuarto sin olvidarse de cerrarle. Con ello quedó Elena privada del consuelo que habia hallado en la torrecilla.

No vió por espacio de muchos dias mas que á su áspera carcelera, menos á la hora de las visperas, en que fue observada con tanta vigilancia que no se atrevió á decir ni siquiera una palabra á Olivia, y ni aun hablarla con los ojos. Los de Olivia estuvieron clavados á menudo sobre ella con una espresion que Elena, cuando se hubo aventurado á devolverle sus miradas, no pudo entender bien era no solamente alguna compasion, sino tambien una inquieta curiosidad, y algo de semejante al temor. Se ponía sonrosada y pálida sucesivamente, y parecia próxima á indisponerse excepto los momentos en que su devccion rea-

nimaba segun avisos su abatido ànimo, y le restituia las esperanzas y valor.

Elena, despues de haber salido de la iglesia, no vió à Olivia en toda la velada; pero en la mañana del siguiente dia la vió entrar en su cuarto trayéndole el desayuno, la tristeza estaba esparcida en toda su fisonomia.

—¡Ah! cuan dichosa soy en ver à V, dijo Elena, y cuanto he sufrido con una tan larga separacion! Me ha sido preciso traer à mi memoria incesantemente la prohibicion que V. me ha hecho de mentarla.

—Vengo por orden de nuestra abadesa, replicó Olivia con una sonrisa mezclada de tristeza, y sentándose sobre la camilla de Elena.

—¿Viene V. à verme pues contra su voluntad? le dijo tristemente Elena.

—No, ciertamente, sino que.... Y vaciló.

—¡Ah! me trae V. sin duda, dijo Elena malas nuevas, y no quiere contristarme.

—Si, hija querida. Temo que tengais algunas inclinaciones que no os dejen oír sin una suma pena lo que tengo que poner en vuestra noticia. Se me ha dado el encargo de prepararos à tomar el velo entre nosotras, y de

deciros que no os queda otro partido supuesto que desechais al marido que se os ofrece, que no se observaran con vos los plazos acostumbrados y que despues de haber tomado él velo blanco, estareis obligada a tomar al punto el negro.

—Habiendo acabado de hablar Olivia, le dijo Elena, no responderé à V., supuesto que está encargada contra su voluntad de este cruel mensaje, sino a la Señora abadesa solamente. Declaro pues que no quiero tomar velo blanco, ni negro, que pueden, haciendo uso de la fuerza, arrastrarme al altar; pero que mis labios no proferiran nunca unos votos que mi corazon aborrece; y que no me presentaré en él mas que para protestar contra semejante tirania y contra cuantas formas puedan emplearse para afianzar el triunfo suyo.

Olivia, tan lejos de desaprobare esta firme respuesta, dió muestras de oír con suma satisfaccion.

—No tengo valor para celebrar vuestra resolucion, dijo; pero no la condeno. ¿Teneis seguramente en el mundo alguna inclinacion que haria dolorosa vuestra separacion? ¿teneis algu-

nos parientes, amigos de quienes os sería cosa dura apartaros?

—No, señora, no los tengo, dijo Elena con un suspiro.

—¡Como! ¿no teneis parientes ni amigos, y mostrais tanta repugnancia al retiro?

—Tengo solamente à un amigo, repuso Elena; y quieren separarme de él.

—Querida, dijo Olivia, disimulad estas preguntas, indiscretas quizás, y otra nueva que voy á hacer os con peligro de ofenderos todavía.

¿Cual es vuestro nombre?

—Esa pregunta no puede ofenderme. Me llamo Elena Rosalba.

—¡Qué! ¿como? dijo Olivia examinándola atentamente. à Elena...

—¡Elena Rosalba! repitió esta. Pero, deme V. su licencia, añadió, para preguntarle los motivos de su curiosidad y asombro. ¿Conoce V. à alguna persona de este nombre?

—No, señora, replicó tristemente la religiosa sino que vuestras facciones son algo parecidas à las de una amiga que perdí.

Al decir de ella estas palabras, estaba conocidamente agitada, y se levantó para mar-

charse. —No quiero alargar mi visita, dijo à Elena, por temor de que me priven del gusto de veros que. ¿Qué respuesta daré pues a la abadesa? Si estais determinada a la negativa que me habeis participado, os doy el consejo de temblar vuestras espresiones cuanto os sean posible: conozco su genio mejor que vos y no quisiera yo, querida, hija veros condenada à una infeliz vida en esta solitaria celda.

—¡Cuanto reconocimiento debo à V. dijo Elena, por la buena voluntad que me manifestasteis y prudentes consejos que me dais. Someto mi juicio al de V., que puede moderar mi negativa como lo tenga por conveniente; pero no se olvide V. nunca de que es absoluta, y cuide de que la abadesa no pueda tomar mis miramientos con ella por irresolucion.

—Faos de mi solicitud para cuanto os interesa, dijo Olivia. Quedad con dios. Volvere a veros esta noche, si me es posible. La puerta quedará abierta, a fia de que podais poseer mas ambiente y una vista que esa ventana no os proporciona. Esa escalerilla al extremo del pasillo conduce a un cuarto muy agradable.

—He subido à él ya, y tengo que dar gra-

cias á V. por habérmelo facilitado.

Esta distraccion ha aliviado mis pesares, que podrian olvidar yo casi á tener algunos libros y lapiceros en mi posesion.

—Alégrome de saber eso, dijo la religiosa con una sonrisa llena de afecto. A Dios. Haré por veros esta noche.

Si vuelve sor Margarita, no le hagais pregunta ninguna relativa á mí, y mas especialmente no le digais cosa ninguna de los agasajillos que os hago.

Habiéndose retirado la religiosa, subió Elena á su torrecilla en que olvidó por espacio de algun tiempo sus sentimientos al aspecto de los grandes espectáculos de la naturaleza que su ventana le ponía á la vista.

Apartóse Elena de su torreconcillo á cosa del mediodia, avisada por las pisadas de Margarita; esta sin embargo no le hizo reconvencion ninguna de no haberla hallado en su cuarto; y le dijo únicamente que la abadesa se servia darle licencia para comer con las novicias, y que venia para conducirla al refectorio.

No causó esta licencia gusto ninguno á Elena, que hubiera gustado mas de quedarse en

su solitaria torrecilla que de esponerse á las curiosas miradas de sus nuevas compañeras. Fué-se tristemente tras Margarita por los largos y silenciosos pasillos que conducian á la sala en que estaban reunidas. No se quedó menos sorprendida que confusa Elena al notar en los modales de aquellas jóvenes moradoras de un convento una total carencia de aquel decoro que echa una ligera sombra sobre cada una de las gracias que debe adornar el genio de una muger, y que al modo de un transparente velo, comunica alguna magestad á su talle, y alguna dulzura á sus facciones. Desde que se presentó Elena se clavaron todos los ojos en ella; las jóvenes empesaron á cuchichear y sonreirse, y manifestaron de diversos modos que la recién venida era objeto de una conversacion dirigida enteramente hácia la censura. Ninguna se adelantó á recibirla para introducirla y alentarla; ninguna la brindó a sentarse junto á si en la mesa; ninguna últimamente le manifestó lo menor de aquellas atenciones que carecen de nombre, y con que una alma delicada y generosa se recrea en animar la modestia y desgracia.

Elena tomó un asiento; y aunque al principio habia experimentado algun empacho; viéndose objeto de la critica y modales impertinentes de sus compañeras, el juicio exterior de su inocencia fué reanimándola poco à poco, y le restituyó luego aquel magestuoso exterior que le era natural, y que comenzó a mudar con respecto a ella las disposiciones que la habian dominado en su primera acogida.

Elena, despues de la comida, se volvió a su celda con diligencia por la primera vez. No le encerró Margarita en el cuarto, indulgencia que parecia no tener mas que con pesar y por superior orden; pero no echó en olvido el cerrar la puerta de entrada del pasillo. Así que hubo partido, subió Elena a su torrecilla. Despues de haber sufrido con la impolitica de las novicias, conoció mas vivamente las delicadas atenciones de la buena religiosa.

Olivia habia mandado llevar a aquel cuarto una silla, una mesa en que habia colocado algunos libros y un tiesto de flores. Elena derramó algunas lagrimas de gratitud por las generosas solicitudes de Olivia, y se abstuvo por algun tiempo de abrir los libros para mantener-

las dulces emociones que experimentaba.

Entre los libros algunos trataban de materias místicas que ella puso bien presto a un lado; pero halló otros de los mejores poetas italianos y la historia de Guichardi. Se extrañó algo de ver poetas en una libreria de religiosa, pero siéndole gustosa esta rareza no se paró a indagar la causa.

Despues de haber arreglado sus libros y cuarto, sentóse junto a la ventana; y con un volumen del Taso en la mano, se esforzó a dessecar todo recuerdo doloroso de su pensamiento.

Dejóle errar entre los lances inventados por la fecunda y sobresaliente imaginacion de aquel famoso poeta, hasta que la caída del dia la llamó hácia unos espectáculos mas reales. Habíase puesto el sol ya, pero las cimas de las montañas estaban alumbradas con sus rayos todavía. Coloreaban relucientes visos purpureos el poniente todo; el silencio y reposo de la naturaleza convidaban con la dulce melancolía tan familiar a su corazón. Elena estaba pensando en Vivaldi, estaba llorando a Vivaldi al que no podia volver a ver nunca, aunque no le

quedaba duda de que él anduviera en buse suya, y se dedicara todo entero a ella. Se le representaban en la mente todas las particularidades de su última conversacion; se acordaba Elena de los sobresaltos de su amante en el momento de su separacion cuya conveniencia y necesidad no se le ocultaban a él mismo; y cuando pensaba en el dolor que Vivaldi debía haber experimentado al no hallarla ya en Vila Altieri, todo su valor para soportar sus propias penas flaqueaba a la idea de las que él había debido padecer.

Habiendo avisado la campana de la noche para el oficio, bajó Elena de su torrecilla para hallarse en el cuarto a la llegada de su conductora. Presentóse luego Margarita. Después del oficio, convidó Olivia a Elena a pasar al jardín. Paseándose allí en las largas calles formadas por magestuosos cipreses que hacían una densa sombra, entabló Olivia una conversacion general, en que evitó hacer mencion de la abadesa y de la situacion de Elena; impaciente la última de saber el modo con que su denegacion de tomar el velo se había recibido, aventuró algunas preguntas que la reli-

giosa eludió constantemente, al mismo tiempo que se desentendía, cuanto le era posible, de las expresiones del reconocimiento de su joven amiga por los cortos favores que la hacía.

Olivia condujo a Elena otra vez a su celda, y allí no hizo ya escrúpulo de satisfacer su curiosidad y terminar su incertidumbres. Con una mezcla de franqueza y discrecion, la refirió la mayor parte de lo que había pasado entre ella y la abadesa, de que era menester ciertamente que se instruyera Elena, y cuyo resultado era que la prelada tenía tanta obstinacion como su prisionera, firmeza.

—Cualquiera que sea vuestra última resolucion, le dijo Olivia, aconsejos seriamente que manifesteis alguna condescendencia a la abadesa, y le dejéis alguna esperanza de que cedereis algun dia, sin lo cual podría propasarse ella a los últimos extremos con respecto a vos.

—¿A qué extremos pues, dijo Elena mas tremendos que los de la alternativa que me propone? ¿Porqué me bajaría yo a un vil disimulo?

—Para eximiros, le dijo tristemente Olivia, de los injustos y crueles tratamientos que os

esperan,

—¡Ah! dijo Elena, librándome de los que no merezco, sufriria otros de que me habria hecho digna, y perderia para siempre el descanso de mi vida que mis opresores mismos no podrian restituirme. Y al hablar en esta forma, echó a Olivia una mirada que espresaba alguna reconvenccion y sus esperanzas frustradas.

—Celebro vuestras adecuadas ideas replicó Olivia con una cordial compasion. ¡Triste de mí! ¡qué lástima de ver una tan noble alma sujeta á una injusta autoridad auxiliada por depravados agentes!

—¡Sujeta! dijo Elena; no diga V. sujeta, porque me he familiarizado con los tratamientos que se me preparan.

He dado la preferencia á los que serán menos acerbos para mí, los llenaré con valor, pero no me sujetaré nunca á ellos.

—¡Ay de mí! querida hija mía, no sabeis el empeño que contraeis pues no conceis el trato con que os es posible contar.

Y al proferir estas palabras, se le arrasaban de lágrimas los ojos, e iba apartándose de Elena, que pasmada del estremado sentimiento

que su amiga mostraba, la suplicó encarecidamente que se explicara.

—No me seria posible á mí misma el hablar con una entera certeza sobre este particular; y aunque me fuera posible hacerlo, careceria de valor para ello.

—¡Careceria V. de valor! dijo Elena. ¡Qué puede el afecto de V. á mí conocer el temor, cuando el valor es necesario para evitar tan grandes desdichas?

—No me hagais mas preguntas, repuso la religiosa; bastaos saber que las consecuencias de una declarada resistencia serian terribles para vos misma, y que procureis evitarlas.

—Pero ¿como evitarlas, tierna amiga mía, sin esponerme á otras desgracias que me parecen mas lamentables todavia? ¿Como evitarlas sin contraer un aborrecido enlace, ó sin hacer unos votos que me repugnan? Cada uno de estos partidos me parece mas terrible que cuantos tratamientos yo pueda experimentar.

—Os equivocais quizás en eso, dijo la religiosa. No podeis figuraros los horrores del... Pero finalmente, querida, quiero salvaros de

los males que os esperan, ¿qué no haria yo para eximirlos de ellos? pues bien, el único medio que me queda para conseguirlo, es el de determinaros que os manifesteis menos remota de consentir en lo que se os pide.

—Me mueve vivamente la bondad de V., dijo Elena y temo parecerle ingrata al negarme á sus consejos; pero no puedo seguirlos sin embargo. El disimulo de que usaria yo en defensa mia, me haria caer en una trampa armada para mi ruina.

Al hacer Elena este discurso, y con los ojos clavados en la religiosa, le ocurrió en el ánimo una sospecha, cuyos motivos no hubiera podido explicarse ella misma. Tuvo dudas sobre la sinceridad de Olivia, y creyó por un instante que aquella religiosa queria hacerla caer en los lazos de la superiora; desechó sin embargo el horrendo pensamiento de que Olivia, que la habia agasajado tan obsequiosamente, cuyos modales y fisonomia daban anuncios de una bella alma, y á la que habia cogido tanto afecto y estima, fuera capaz de una tan baja perfidia. Era semejante sospecha para su corazon un martirio mas cruel que cuan-

tos ella llevaba padecidos hasta entonces; y últimamente una nueva mirada echada sobre Olivia desvaneció todos estos temores, y la convenció de que la que habia sido su bienhechora hasta alli, no era capaz de esta felonía.

—Si puedo determinarme á engañarla, dijo, Elena tras un largo silencio, ¿qué provecho me resultará de ello? estoy en poder de la abadesa que pondrá luego mi sinceridad a prueba. Reconocido mi disimulo, no hará mas que estimular su venganza, y aun seré castigada por haber empleado este medio de eximirme de su injusticia.

—Si el engaño, dijo Olivia, es escusable algunas veces, es en aquel que lo emplea para la defensa de si mismo.

Hay efectivamente situaciones en que podemos recurrir á él sin vergüenza, y es el caso en que os hallais. No puedo sin embargo ocultaros que vuestra única esperanza está en el plazo que obtengais con la ayuda del medio seguro que os propongo. Si la abadesa puede esperar obtener vuestro consentimiento os concederá algun tiempo para prepararos a recibir el velo; en cuyo intermedio pueden mudar

algunas circunstancias vuestra situacion.

—¡Ah! ojalá que yo pueda creerlo! Pero triste de mí ¿qué potestad puede sacarme de aquí? No me queda ninguno que pueda tentarlo. ¿Sobre funda V. alguna esperanza en favor mio?

—Puede aplacarse la marquesa.

—¡Qué! contaría V., querida amiga, con esa posibilidad? Si así es desespero totalmente. El dejarse llevar de una falsedad por semejante esperanza sería una mala política.

—Hay otros recursos todavía; dijo la religiosa, pero escuchemos. Suena la campana, y se juntan en la celda de la abadesa para recibir la bendición suya de la noche. Se notaría mi ausencia. Buenas noches, querida mía. Reflexionad sobre lo que os he dicho, y contemplad, os lo ruego con encarecimiento, que vuestra resolución debe ser decisiva puede seros fatal.

La religiosa profirió estas palabras con una mirada y enfasis tan extraordinarios, que Elena deseó y temió á un mismo tiempo el hacerla explicar mas; pero antes que ella hubiese vuelto de su sorpresa, se habia marchado del cuarto ya Olivia.

CAPITULO IX.



VIVALDI y su criado, despues de haber pasado en el cuarto subterraneo del fuerte la noche que habia seguido al rapto de Elena, y hecho por repetidas veces esfuerzos inútiles para salir de allí, embistiendo unas veces con la puerta y otras con la ventana enrejada, se rindieron por último á su estenuacion y se abandonaron á todo su terror, que se aumentó todavía cuando consumido el hachon los dejó en una profunda obscuridad.

Se presentaron entonces con mas fuerza las palabras del fraile en el animo de Vivaldi, para atormentarle con el pensamiento de que no vivia ya Elena. No pudiendo hacer Pablo cosa ninguna contra el dolor de su amo permanecia tendido a su lado y no menos abatido. No tenia ya motivos de esperanza que presentare

y no pudo menos de notar que ambos tenían que temer la muerte mas cruel de todas, la que el hambre daba, y de deplorar la obstinacion que habia conducido al amo y criado a una tan acerba suerte.

Se entragaba Pablo a estas tristes declamaciones de las que Vivaldi, sepultado en su dolor, no oia ni siquiera una palabra, cuando se paró repentinamente. ¿Señor, que hay allá abajo? ¿No ve V. nada? Veo alguna claridad es menester saber de donde viene.

Levantóse al punto, y fué suma su alegría luego hubo reconocido que la luz venia por la puerta misma del cuarto que él halló medio abierta.

Creia apenas a sus sentidos por haberse cerrado la puerta tras ellos la noche anterior, y no haber oido ni uno ni otro correr los grandes cerrojos.

Acabó de abrirla; y despues de haber recorrido con la vista el cuarto inmediato en el que no vió cosa ninguna, salió con Vivaldi que se habia abalanzado tras su criado y subiendo la escalera, se volvieron a hallar en el primer patio de la fortaleza en que reinaban la soledad

y silencio, llegaron bajo la gran bóveda antes del amanecer, sin haber visto a ninguno respirando apenas, y no atreviéndose casi a creer que habian recobrado su libertad.

Se pararon un instante para tomar aliento. Vivaldi deliberó si volveria a tomar el camino de Nápoles ó el de Vila Altieri. Era muy de madrugada para que él pudiera esperar que hallaria levantada a Elena. El temor de hallarla muerta se habia desvanecido a proporcion que le habia vuelto el valor, y su resolucion no duró mas que un momento. La inquietud que le quedaba todavia, le determinó a dirigirse hacia Vila Altieri, a pesar de lo intempestivo de la hora, a lo menos para acercarse al sitio en que moraba Elena, y esperar que se levantara alguno de la casa.

—Señor, dijole Pablo mientras que él deliberaba, no nos detergamos mas en este horrendo sitio; acerquémonos al camino real y alguna casa en que podamos comer un bocado; por que mi temor de morir de hambre ha sido tan fuerte, que él me ha apresurado la necesidad de comer.

Echaron por el camino de Vila Altieri, Pa-

blo, aunque enteramente enagenado de gozo como él estaba por haber recuperado su libertad se paraba la investigacion de las causas de su prision y soltura; y Vivaldi no le ayudaba a hallar la explicacion de ellas.

Cuanto este último hallaba de cierto, es que él no había estado en poder de los bandoleros: y no le era posible imaginar que ninguno hubiera tenido el menor interés en retenerle preso por espacio de una noche para soltarle despues.

Al entrar Vivaldi en el jardin, vió con pasmo que estaba abiertas muchas celosias; pero se convirtió su asombro en terror, cuando habiendo llegado al portico oyó gemidos que venian de lo interior y que habiendo llamado frecuentemente reconoció los lastimosos gritos de Beatriz. Estando cerrada la puerta y no pudiendo Beatriz abrirla, Vivaldi seguido de Pablo, entró por una de las ventanas cuya celosias estaban abiertas, y habiendo llegado al sitio de que venian los gritos, halló a la cuitada muger atada á un pilar, y de ella supo que se habian llevado algunos hombres armados a Elena por la noche.

A esta noticia quedó poseido de una especie de estupor, del que volvió para hacer mil preguntas a Beatriz sin darle lugar para responder ni siquiera a una sola. Sin embargo luego que él supo que los raptores eran el número de cuatro; que estaban enmascarados; que dos de ellos habian arrastrado a Elena por el jardin, mientras que los otros, despues de haber atado á Beatriz a un pilar amenazándola con la muerte si ella osaba dar un solo grito, y haberla zelado hasta que sus compañeros hubiesen asegurado su presa, la habian dejado en aquel estado. Es cuanto ella pudo noticiar a Vivaldi en orden á Elena.

Habiendo recuperado aquel alguna serenidad, creyó por último haber descubierto a los autores de todo este atentado, y a los de su prision en el fuerte de Paluzzi. Persuadióse de que era su familia quien habia hecho robar á Elena para esterbar su enlace con ella; y que le habian atraído y detenido en la fortaleza para impedirle poner obstáculo á esta union. Habian mentado él sus aventuras de Paluzzi; y su familia se habia aprovechado sin duda del conocimiento que Vivaldi habia dado

de su proyecto de hacer una investigación en aquellas ruinas, para hacerle caer en el lazo. El éxito de este plan tramado contra él debía ser tanto mas feliz, cuanto Vivaldi no podia ir a Vila Altieri sin pasar por la bóveda, y sin ser observado por los emisários de la marquezía, que, por medio de sus diestras manio-
bras, podian ponerle preso sin usar de violencia.

Habiendo pasado estas circunstancias, quedó persuadido tambien de que Schedoni era el fraile que le habia perseguido con tanta pertinencia que él era el consejero de su madre, y uno de los autores de las gracias, que se le habian pronosticado, y que cumplia él mismo sus siniestros vaticinios. No obstante esto, hallando, mas que verisímiles sus sospechas, permanecia en alguna incertidumbre todavía, cuando trajo a su memoria la conducta del Schedoni en el gabinete de la marquesa, el semblante de magestad ó inocencia con que él habia repelido la acusación, la franqueza aparente a lo menos, que con él propio habia indicado algunas circunstancias relativas al desconocido personaje, que podian hacer concebir sospechas contra sí mismo.

Por otra parte, se decia Vivaldi a sí mismo

¿qué otro mas que Schedoni puede estar tambien enterado de lo que me concierne, ó tener un harto grande interés en atravesarme con tanta perseverancia? ¿Que otro mas que él puede esperar por ello de mi familia una recompensa que pague sus solicitudes? No, el fraile no puede menos de ser Schedoni por mas extraño que pueda ser que él haya querido disfrazarse con el hábito mismo de su orden que le cubre todos los días el cuerpo.

Pero, fuese lo que se quisiese de la complicidad de Schedoni, no era ya cosa dudosa para Vivaldi que habian robado por orden de su familia a Elena. A consecuencia de este pensamiento, volvióse a Napoles con el proyecto de tener de sus padres una esplicación sobre este punto sin muchas esperanzas de conseguirla, pero sí con la persuasión de que él les arrancaria algunas luces este lance, y que si no podia llegar al conocimiento del lugar a que se habia conducido a Elena, iria a Schedoni mismo, le echaria en rostro su perfidia, y si era posible, le precisaria a declararle lo que él deseaba tan ardientemente saber.

Obtuvo desde luego una conferencia de su pa-

dre; y echándose a sus plantas le suplicó que mandará volver a Elena a su casa. Pero el asombro natural y real del padre a estos ruegos puso en la desesperacion al hijo; y tanto las miradas como la planta del marques no dejaban duda ninguna sobre la verocidad de su declaracion. Quedó convencido Vivaldi de que su padre ignoraba enteramente las disposiciones tomadas y ejecutadas contra Elena.

—Por mas ofensiva que tu conducta sea, le dijo el padre, tendria yo por desdorado mi honor si a ella opusiera especie alguna de artificio y falcedad.

He deseado vivamente disuadirte de la union que has proyectado; pero, para lograrlo, despreciaría yo cualquiera otro medio mas que el uso de mi autoridad. Si persistes en tu resolucion, no lucharé contra ella mas que anunciándote las pesadas consecuencias que tu desobediencia te acarreará....

Desde este momento no te reconozco ya por hijo mio.

Al concluir el marques estas palabras se salió, y Vivaldi no manifestó empeño ninguno en detenerle. Su padre acababa de espresarse

mas fuertemente que lo habia hecho hasta entonces, pero semejante amenaza no podia producir, sobre su corazon poseido de su pasion, el efecto con que el marques contaba. El momento en que Vivaldi temia perder para siempre el objeto de sus mas tiernos afectos, no era aquel en que él podia prever unos males todavía remotos, ni estimar los que pesarian sobre él algun dia por ciertas calamidades que le asaltarían en lo venidero. Unicamente el interes mas inmediato le traía ocupado el ánimo, y su único pensamiento era la pérdida de Elena.

Fué totalmente diversa la conferencia que tuvo con su madre. Aguzada por el amor y desesperacion de Vivaldi la aguda saeta de la sospecha penetró hasta lo interior del corazon de la marquesa, a pesar de todo su disumulo; y el hijo distinguió la profunda hipocresia de la madre como él habia reconocido la franqueza del padre; pero no podia hacer nada mas. No tenia medio ninguno de mover su compasion en favor suyo, ni de obtener justicia ninguna. No pudo sacar de la marquesa cosa alguna que pudiera guiarle en la indagacion

de Elena.

Quedaba Schedoni por examinar, Vivaldi no dudaba ya de que él había tramado el lance con la marquesa y que había sido uno de los agentes en el robo de Elena. No estaba tan seguro de que él fuera el fraile de las ruinas de Paluzzi; porque si algunas circunstancias se lo hacían creer, otras desvanecían semejante sospecha.

Habiendo salido Vivaldi de la habitación de su madre se fué al convento del Espíritu Santo, y preguntó por el Padre Schedoni. El hermano que abría la puerta dijo que aquel religioso estaba en su celda; y Vivaldi pidió al portero que le condujera à ella.

—No puedo dejar la puerta, le dijo este; pero atravesando V. el patio, y subiendo la escalera que ve a su derecha, llegará al dormitorio en que la tercera puerta es la suya.

Siguió Vivaldi la instrucción que se le daba; y llegó al dormitorio sin haber encontrado a un alma viviente, ni haber oído nada que turbara la paz de aquel lugar, pero al entrar en aquel dormitorio, oyó una voz lastimera.

Paróse en la tercera puerta a la que llamó

suavemente, y cesó la voz restableciéndose el mismo silencio. Llamó Vivaldi otra vez; y no respondiendo ninguno se aventuró a abrir la puerta. En la celda en que no entraba más que una escasa luz, y que recorrió con la vista: no descubrió a persona ninguna. El cuarto no tenía casi otros muebles más que un colchón una silla, una mesa, un crucifijo, algunos libros devotos, entre los que uno ó dos estaban escritos en desconocidos caracteres, y diversos instrumentos de penitencia. Se estremeció Vivaldi al verlos, aunque no conocía el uso de ellos, y volvió a bajar al patio. Le dijo el portero, que supuesto que el Padre Schedoni no estaba en su cuarto, estaba probablemente en la iglesia ó en el jardín; porque no había salido del convento en toda la mañana.

—¿Le vió V. volver anoche? preguntó vivamente Vivaldi.

—Si Señor, respondió el hermano con alguna sorpresa, volvió para las vísperas.

—¿Está V. seguro de eso, amigo, y cierto de que el Padre ha dormido en el convento la última noche?

—¿Quién es V. para hacerme semejante pre-

guito, y con que derecho? le dijo mal humorado el hermano.

Sin duda ignora V. los estatutos de nuestra comunidad, caballero, por que si le fueran conocidos, veria V. que sus preguntas son a lo menos indiscretas.

Un religioso no puede pasar la noche fuera del convento sin ser castigado severamente, y el Padre Schedoni es mas incapaz que cualquiera otro de quebrantar asi la regla, es uno de nuestros mas fervorosos religiosos.

Pocos hay que puedan seguir sus huellas en las sendas de la penitencia, es un santo. ¡El Padre Schedoni! ¡pasar la noche fuera! Vaya V. caballero, y le hallará quizás en la iglesia.

Vivaldi no se paró a replicar, pero al ir atravesando el patio, decia interiormente: ¡Hipócrita! yo le daré á conocer.

La iglesia estaba tan desamparada como el patio, y reinaba un profundo silencio en todas partes. No sé, se decia a si mismo, si los moradores de esta triste mansion huyen a millagada porque en cuantas partes me presento no oigo mas que el ruido de mis pasos repetido por el eco de estas bóvedas. Es el imperio de

la muerte es quizás la hora de la meditacion, y todos los religiosos están retirados en sus celdas.

En el momento de ir andando á lo largo de una de las naves colaterales, se paró al ruido de una puerta que él oyó cerrarse a alguna distancia, y que resonó en toda la iglesia. Dirigió sus miradas hácia la parte de que venia el ruido; y en la mediana luz que los vidrios pintados dejaban pasar, distinguió a un religioso en pie é inmovil, hacia el cual se adelantó.

El fraile no huyó de él, ni volvió los ojos para observar quién se acercaba, y permaneció en la misma postura que no tenia mas movimiento que una estátua. Su alta estatura y flacas facciones despertaban la memoria de Schedoni; y mirando Vivaldi con atencion su rostro, medio cubierto con la capilla, reconoció la descolorida y áspera fisonomia del confesor.

—Hállole á V. por último, Padre.

Quería decir yo á V. una palabra a parte; y este lugar no es proporcionado para la conversacion que me es necesario tener con V.

Schedoni no respondió nada; y mirándole de nuevo Vivaldi, reparó que sus facciones estaban inmóviles, y sus ojos clavado en el suelo. Parecía que las palabras que Vivaldi acababa de dirigirle no habían llegado hasta su ánimo, ni que aun habían hecho impresion alguna en sus sentidos.

Alsando Vivaldi la voz, repitió lo que acababa de decir, sin echar de ver la mas leve mutacion en la fisonomia de Schedoni. ¿Que significa esa mogiganga? dijo impaciente é indignado el jóven. Ese ruia subterfugio no le salvará á V. que está ya descubierto, como conocidos tambien sus artificios: haga V. traer otra vez a Elena Rosalba a su casa, ó declare el parage á que ha mandado trasportarla.

Guardó Schedoni el mismo silencio é inmovilidad. Unicamente el debido respeto a la edad y estado religioso podia servir de estorbo á Vivaldi para poner la mano en el religioso, a fin de precisarle a responder; y los enagenamientos de su impaciencia é indignacion formaban un notabilisimo contraste con la insensibilidad del fraile que era parecida a la de una estatua. Conozco a V. ahora, prosiguió Vival-

di por mi perseguidor en Paluzzi; me ha anunciado V. de antemano algunas desgracias que V. sabe realizar muy bien: me ha pronosticado V. la muerte de la señora Bianchi.... Frunció aquí Schedoni las cejas. V. me ha noticiado la partida de Elena, y atraído a la prision del fuerte de Paluzzi, V. que es el profeta y autor de todos mis males.

Levantó entonces Schedoni los ojos y le echó á Vivaldi una mirada tremenda y sumamente espresiva, pero siempre sin articular palabra ninguna.

—Si, Padre, continuó Vivaldi con la misma vehemencia, le conozco a V. y le daré a conocer a las gentes. Le arrancaré á V. esa máscara de hipocresia, que V. no deja, daré a conocer a toda su órden los odiosos manejos de que V. ha usado, y los males de que ellos han ido origen. Saldrán los hechos de V. a la mayor claridad.

Mientras que Vivaldi desahogaba de este modo su indignacion, el religioso habia bajado de nuevo sus ojos, y recuperado su fisonomia y y planta acostumbradas.

—¡Malvado! vuèlveme á Elena, exclamó Vi-

valdi cuya desesperacion iba tomando incremento. Dime a lo menos en donde ella está, ó te preciaré ciertamente a ello. ¿A donde la has hecho conducir? ¿A donde?

En el momento de espresarse así elevando la voz y descompasados acentos, atrajo hácia la iglesia á muchos religiosos que pasaban por los claustro el ruido que oían en aquella. Adelantándose uno de ellos al ver el sosiego y singular planta de Schedoni por una parte, y la violencia y frenética agitacion de Vivaldi por otra, y adelantándose y reteniendo a Vivaldi por su casaca, le dijo: ¿Qué hace V? no ve?...

—Veo, dijo Vivaldi desprendiéndose y retrocediendo; veo a un vil hipócrita, el enemigo de mi sosiego, que era una obligacion suya proteger.

—Aquiete V. esa violencia, le dijo el religioso, de modo que ella atraiga sobre la cabeza de V. las venganzas del cielo. ¿No ve V. la santa meditacion en que está sumergido? Salga V. de la iglesia, mientras que puede hacerlo todavia; pues no sabe V. el tratamiento a que se espone.

No me saldré de aquí, dijo Vivaldi dirigién-

dose siempre a Schedoni y no dignándose de mirar al que acababa de amenazarle, sin que V. haya respondido a mis preguntas. Respóndeme solo a V. ¿en donde está Elena Recalde?

Conservando siempre el confesor la misma planta, exclamó el jóven: esto excede a toda creencia y no hay paciencia ninguna que pueda resistirlo.

Habla, respondeme, ó teme que lo descubra yo todo. ¿Conoces el convento de la Santa del Pianto? ¿Conoces el confesionario de los Penitentes Negros?

Aquí Vivaldi creyó ver alguna alteracion en la cara de Schedoni. ¿Te acuerdas de aquella terrible noche en que, a los pies de un confesor, se declaró un delito?...

Levantó Schedoni los ojos; y clavandolos en Vivaldi con una mirada que parecia querer darle la muerte, le dijo con terrible voz, huye de aquí, huye de aquí, sacrilegio jóven; tiembla por las funestas resultas de tu impiedad.

Al decir estas palabras se apartó atropelladamente; y colocándose con la celeridad de una sombra, llegó al claustro en que se le perdió de vista.

Habiendo querido seguirle Vivaldi, le detuvieron los religiosos que le rodeaban. Insensibles a sus males, y exasperados con sus discursos, le amenazaron, si al punto no se salía del convento, con retenerle, encarcelarle, y hacerle sufrir los castigos que merecía por haber turbado é insultado a un religioso en el ejercicio de sus practicas de penitencia.

—Tiene efectivamente necesidad, dijo Vivaldi de hacer penitencia. Pero ¿como me restituirá él la felicidad que me ha malogrado para siempre?

Semejante hombre es un oprobio para su órden de Vds. reverendos Padres.

—Calle V. repuso un religioso. Su piedad es severa para los otros, y es mas duro todavia consigo mismo..... Pero ¡que! estoy hablando un language desconocido a un hombre que no puede comprender nuestros sagrados misterios, ni respetar las santas prácticas de nuestra religion.

—Llévemosle a la presencia del Padre Prior, gritaba otro fraile enfurecido; metamos en la prision.

—Conduzcámosle, conduzcámosle, dijeron to-

dos los demas esforzándose a arrastrar a Vivaldi; pero dándole fuerza su arrogancia é indignacion, se desembarazó de sus manos; y habiendo salido de la iglesia, se arrojó a la calle.

Llegó Vivaldi a su casa en un estado digno de compasion a los ojos de cualquiera persona, cuyo pecho no hubiera estado empedernido con el interes ó pasion. Evitó el encuentro de su padre; pero vió a su madre que, triunfante con el feliz éxito de sus proyectos, se mostró perfectamente insensible a la tristeza de su hijo.

Habiéndose hallado instruida la marquesa de las disposiciones que se hacian para el casamiento, consultó a su confesor sobre los medios de impedirle. Este le comunicó el plan que ella abrazó, y que podia serle tanto mas fácil de ejecutar, cuando ella estaba en conexion con la abadesa de San Estevan, cuyo genio y disposicion le eran bastante conocidos para confiarle sin temor la direccion de este negocio. La respuesta de la abadesa a las primeras instancias dió a conocer, no solamente alguna condescendencia, sino tambien celo en auxiliar las miras de la marquesa. No habia apariencias de

que mevida la marquesa, de las lágrimas y pesares de su hijo, renunciara de un plan tan bien concebido, y cuya ejecucion se habia empezado ya.

Vivaldi se reconvino à si mismo de haberlo esperado por un momento, y se apartó de su madre con un abatimiento próximo a la desesperacion.

Habiendo dado cuenta pablo a su amo de las vanas diligencias que habia hecho para proporcionarse algunas luces sobre Elena, pasó Vivaldi en estrema agitacion lo restante del dia.

Por la noche no dejandole su inquietud libertad para permanecer en un mismo sitio, se salió sin saber hácia donde encaminaria sus pasos, y se fué a las orillas del mar por el camino de Vila Altieri. Algunos pescadores y lazaronis estaban ociosos en la playa, esperando la vuelta de los barcos de Santa Lucia. Vivaldi con los brazos cruzados, y puesto el Sombrero sobre los ojos para no ser observado, seguia los estremos de la bahía, escuchando el susurro de la ola que llegaba a estrellarse a sus pies, y clavados los ojos en su movimiento undoso, sin tener casi conocimiento de estas

dulces sensaciones, perdido como estaba en una melancólica cavilacion dirigida enteramente hácia Elena. Descubria el sitio en que la habia visto por la última vez; y se acordaba cuan a menudo habia gozado con ella del mismo espectáculo que todavia se presentaba a sus ojos pero estas encantadas vistas carecian ya de embesos para él. Los mismos objetos estaban deslucidos para Vivaldi, no le cautivaban él ánimo ya, ni le infundian mas que tristes ideas. La superficie de las aguas alumbrada por el sol poniente el muelle y sus faros dorados con los últimos rayos, algunos pescadores tendidos en la playa, varios barquichuelos que se deslizaban sobre el mar sosegado, y no hacian mas que rozar en su haz con los remos: estas imágenes le recordaban aquella noche en que desde Vila Altieri habia contemplado el mismo espectáculo; y en que sentada en el invernadero Elena con él mismo y Bianchi, la vispera de la muerte de esta, habia sido confiada solemnemente a su cuidado, y habia confirmado ella misma este deseo de Bianchi moribunda. Tomando este recuerdo mas fuerza del contraste con su presente estado, le ponía en

todas las angustias de desesperacion.

Iba andando a pasos largos, y se le soltaban profundos suspiros. Acusábase a si mismo de indiferencia é inaccion por haber estado tanto tiempo sin lograr conocer alguna circunstancia que pudiera dirigirle en sus investigaciones; y aunque el no sabía que camino tomar para llegar a ella, se resolvió a dejar a Nápoles, y no volver mas a casa de sus padres hasta que hubiera sacado a Elena del poder de sus opresores.

Preguntó a unos pescadores que hablaban entre si en la playa, si alguno de ellos queria alquilarle un barco para costear la bahia, pues le parecia cosa probable que Elena, robada de Vila Altieri, habia sido conducida por mar a alguna poblacion ó convento situados sobre la bahia, por ser bastante oculto y facil este modo de transportar, y favorable con ello a los designios de sus raptos.

—No tengo mas que un barco, dijo uno de los pescadores, y está retenido; pero mi compañero tiene lo que V. busca ¡Eh! Carlos, ¿puedes tomar al señor en tu barquillo, pues tienes harto ocupado el barco grande en ot

parte?

Su compañero Carlos no respondia.

Estaba hablando a un corrillo de hombres que le escuchaban con grande atencion. Habíendose adelantado Vivaldi, le dejó parado la vehemencia de su relacion y ademanes. Tenia uno de los circunstantes visos de dudar. Digo-te, repuso el cuentista, que conozeo muy bien la casa: llevaba yo á ella pescado dos ó tres veces cada semana: eran unas bellisimas gentes. Les he debido algunos buenos ducados; pero, como es decia, cuando hube estado a la puerta, y llamado, oí fuertes gemidos, y distinguí la voz de la anciana, muger de gobierno que gritaba y pedia socorro; pero no me era posible hacer nada por estar cerrada la puerta; y mientras que iba a llamar al viejo Bartoli, he-te aqui que llega un jóven bien puesto, y entrando por la ventana, puso a la anciana en libertad. Supe entonces toda la historia.

—¿Qué historia, y de quien habla V.? dijo Vivaldi.

—Va a saberlo V. dijo el pescador, que habiéndole mirado, añadió. ¡Qué! caballero, es V. mismo a quien he visto alli, y quien ha desata-

do a Beatriz.

Vivaldi, que desde la primera entrada habia echado de ver que aquellas gentes hablaban del lance de Vila altieri, les hizo mil preguntas sobre el camino que podian haber tomado los raptos de Elena, sin poder sacar respuesta satisfactoria de ellos.

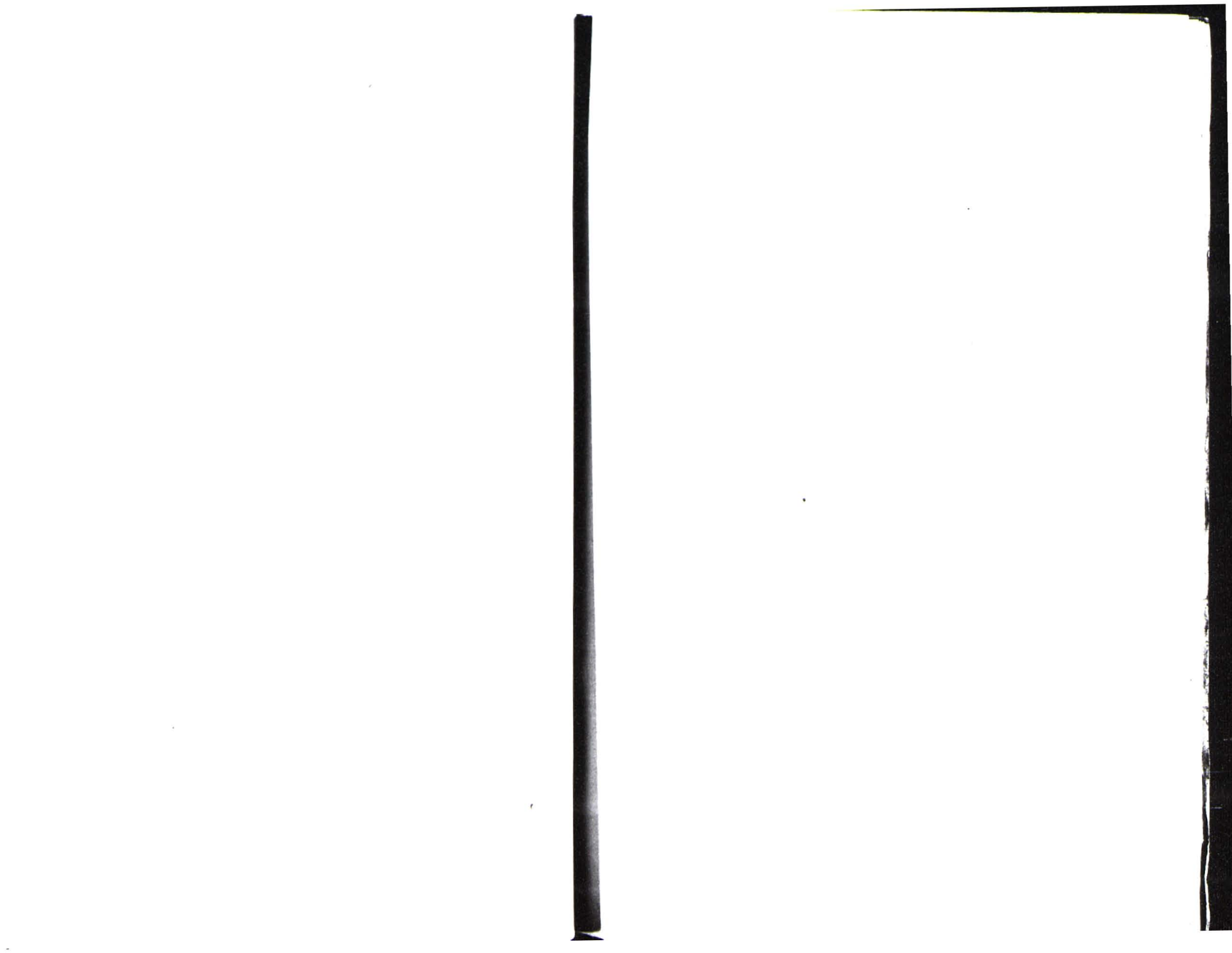
No estrañaria yo, dijo un Lazaroni que habia escuchado con silencio hasta entonces, de que el coche que pasó por Braceli en la misma mañana, y que iba enteramente cerrado a pesar del calor que hacia, fuera aquel mismo en que estaba la doncella que se han llevado.

Esta insinuacion reanimó a Vivaldi, que recogió cuantos informes pudieron dársele por aquellas gentes, y que se limitaron sin embargo a hacerle saber, que un coche que caminaba con suma celeridad, habia pasado por Braceli en la mañana del dia en que se habia desaparecido Elena. Determinóse pues Vivaldi a ir a aquel lugar esperando sacar de las gentes de la posta algunas luces sobre el camino que los raptos habian tomado.

Con este designio, se volvió a casa de sus padres, no para darles parte de su proyecto,

ni hacerles su despedida, sino para esperar el regreso de Pablo, al que queria llevar consigo para que le acompañara en esta indagacion. Reanimado Vivaldi con la esperanza, por mas débiles que fuesen sus motivos de esperar; y creyendo su proyecto bien ignorado de los que podian tener interes en embarazarle, no tomó precaucion alguna contra las disposiciones que podian impedir su salida de Nápoles, ó detenerle en el curso de su viaje y empresa.

FIN DEL TOMO I.



EL CONFESORARIO
DE LOS PENITENTES NEGROS.



EL ITALIANO,



EL CONFESIONARIO

DE LOS PENITENTES NEGROS.

POR ANA RABOLLETTI.

AUTORA DE LOS MISTERIOS DE UDOLFO, ADELINA,
LOS SUBTERRANEOS DE MAZZINI, ETC.

Con Láminas.

TOMO SEGUNDO.

MÁLAGA:

Imprenta y Librería de D.^a Andrea Mar-
tinez, Calle de Granada, núm. 77.



EL ITALIANO,



EL CONFESONARIO

DE LOS PENITENTES NEGROS.



CAPÍTULO X.

SOBRESALTÁDA la marquesa con algunos dichos que en la última conferencia se le habian soltado à Vivaldi, y con algunas otras circunstancias, mandó llamar à su confesor Schedoni. Conmovido este todavia con el insulto que él habia sufrido en la iglesia del Espiritu Santo, obedeciò con una maligna esperanza de hallar algun albitrio para vengarse de Vivaldi.

Aquella denunciacion de su hipocresia, y la ridiculez, hecha del semblante de meditacion y

devota contemplacion que tomaba, estaban profundamente grabadas en su corazon, y poniendo esta memoria en movimiento las odiosas pasiones todas de su alma, meditaba la mas tremenda venganza. Aquel hombre habia experimentado sinsabores de muchas especies en su vida. Se ha visto ya que la ambicion era uno de los mas poderosos móviles de sus acciones, y que especialmente para satisfacerla habia afectado, mucho tiempo hacia, una severa piedad. Muchos de los que le habian embrazado en sus miras, y notado sus faltas, que le odiaban por su orgullo, y le envidiaban por la fama de santidad que él se habia formado se alegraban del desaire que acababa de padecer, y se aprovechaban de ello contra el religioso. No hacian escrúpulo de propalar el triunfo de sí propios, y ofender la reputacion del confesor con insinuaciones poco favorables, y sonrisas amargas ó despreciativas, y Schedoni, aunque muy dignos de estos tratamientos, no era un hombre capaz de sobrellevarlos.

Le tenian sobresaltado mas especialmente algunos tiros de las interpelaciones de Vivaldi relativas á su pasada vida. Esto le habia precisa-

do á dejar atropelladamente en la iglesia, y en virtud del espanto que ello le habia infundido, es verosimil que Schedoni hubiera tratado de sepultar este fatal secreto con Vivaldi en un mismo sepulcro, á no haber temido el resentimiento de la familia. El confesor no habia tenido, desde aquel instante otro descanso de ánimo y ni aun de cuerpo no habia tomado casi alimento ninguno, y habia estado casi perennemente postrado al pie del altar mayor. Se paraban y admiraban su fervor las personas devotas que le veian. Aquellos hermanos suyos que no le querian, se sonreian desdeñosamente, y pasaban adelante. Schedoni, insensible en la apariencia á esta admiracion y desden, parecia olvidar este mundo, y prepararse para otro mejor.

Los martirios de su ánimo y sus austeridades le habian mudado en tanto extremo, que tenia mas visos de un espectro que de un hombre. Su rostro estaba descolorido, todas sus facciones desencajadas, sus ojos hundidos y faltos casi de movimiento. Su exterior y planta sin embargo tenian todavia una extraordinaria energia que parecia depender de algo no humano.

Luego que se hubo visto llamado por la marquesa, hízole temer su conciencia las resulas del descubrimiento de algunos hechos revelados por Vivaldi, y en el principio habia resuelto no ir allá, pero considerando que su denegacion corroboraria las sospechas, se determinó á sufrir esta prueba, de la que esperó salir con su acostumbradas destreza.

Con esta esperanza mezclada de temor, entró en el gabinete de la marquesa. Se estremeció ella al verle, y no podia apartar sus ojos de encima el rostro del religioso, atónita de la alteracion que en él dejaba verse.

Su asombro causó á Schedoni una turbacion que él mismo no pudo encubrir. La paz sea con V. querida hija, le dijo el confesor sin alzar los ojos, y tomó asiento.

—He querido conversar con V., Padre, sobre un negocio importante, y que no le es sin duda desconocido. Se detuvo ella, y Schedoni se ciñó á responder con una cabezada, inquieto de lo que iba á seguirse.

—¿Calla V., Padre? ¿Qué debo pensar de este silencio?

—Que la han informado mal á V., señora

dijo Schedoni, descubriéndose á sí mismo por medio de una anticipada justificacion.

—Se equivoca V., Padre estoy muy bien instruida, y no hubiera mandado yo llamarle á V., si me hubiera quedado alguna duda en el ánimo.

—Desconfiese V., Señora, de lo que le dicen Iguora V. las consecuencias de una precipitada credulidad? dijo imprudentemente Schedoni:

—¡Qué! Padre, ¿me supone V. tan inconsiderada?... Estamos descubiertos.

—¡Descubiertos! dijo el confesor empesando á tranquilizarse. ¿Qué ha sucedido pues?

Informóle la marquesa entonces de la ausencia de Vivaldi: y concluyó de ello que supuesto que él no parecia muchos dias hacia, habia descubierto ciertamente el sitio de la morada de Elena, y á los autores de su rapto.

No fué Schedoni del dictamen de la marquesa, pero hizo saber á esta que no era menester ya esperar sumision ninguna del jóven y que convenia tomar mas severas disposiciones.

—Mas severas, ¡Padre! exclamó la marquesa. ¿No es suficiente el encerrarla para toda su vida?

—Quiero decir Señora, disposiciones mas severas para su hijo de V. Cuando un mancebo ha olvidado todas las máximas de la religion, hasta el grado de insultar á sus ministros aun en el ejercicio de sus pias obligaciones, es tiempo de reprimir su culpable audacia con tesson.

No me hallo mas inclinado que cualquiera otro asemejantes medidas, pero la conducta del caballero hijo de V. las hace indispensables. Es V. deudora de ellas á la opinion pública. Si se tratará de mí mismo únicamente, hubiera llevado yo con paciencias los insultos que se me han hecho como una mortificacion destinada á purificar el alma de los afectos de soberbia a que los mas virtuosos varones dán habitual abrigo sin saberlo, pero el no ver aquí mas que á mí solo, no me es lícito ya. El bien publico exige un ejemplar castigo de la horrenda impiedad de de que su hijo, digolo con pesar carísima hija hijo indigno de semejante madre, se há echo reo.

El estilo solo de esta acusacion mostraba suficientemente que el resentimiento de Schodoni le hacia olvidar y abandonar su ordinaria destreza, y como tambien su rasiouante y profunda política.

—Padre dijo la marquesa pasmada, ¿de qué impiedad se ha hecho pues reo mi hijo? Le ruego á V. que se explique; y le haré ver que soy capaz de olvidar mi calidad de madre para revestirme con la de un severo juez.

—Es hablar, cara hija, con aquella grandeza de afectos que á V. la distinguen. Un ánimo entero concibe que la justicia es la primera entre todas las virtudes morales, y que la misericordia lo es entre las almas pusilánimes.

Al confirmar Schedoni á la marquesa en la resolucion que ella manifestaba, llevaba tambien ulteriores miras. Quería disponerla á abrazar la disposiciones que el intentaba tomar para satisfacer su venganza, y no ignoraba que el mejor medio para conducirla á este fin, era lisonjear su vanidad. Alabòla pues las prendas que en ella podian servir para sus proyectos, la animó á eximirse de las opiniones comunes, y á mirar como digna de un superior ingenio la moral conforme con sus intereses que ella se formaba para la circuns-tancias, dando á la dureza el nombre de jus-

ticia, y llamando fortaleza de ánimo á una rígida insensibilidad.

Refirió Schedoni entonces la conducta de Vivaldi en la iglesia del Espiritu Santo, ponderó las circunstancias mas contrarias al jóven inventó otras, é hizo del total una pintura de monstruosa impiedad é insulto destituido de provocacion.

La marquesa oyo esta relacion con tanta sorpresa como indignacion; y la facilidad con que ella se determinó á seguir los nuevos consejos del confesor, avivó en este la esperanza de conseguir en breve una señalada venganza.

Permanecia el marqués, entre tanto, en una completa ignorancia de cuanto habia pasado en la conferencia de su muger con Schedoni. Habian sondeado su modo de pensar y como le habian hallado enteramente opuesto á las disposiciones artificiosas y juntamente violentas que se proponian tomar, se habian abstenido de consultarle mas. Comenzaba á revivir en ella su pecho el amor paternal; y la dilatada ausencia de su hijo dió origen á unas inquietudes que se repararon. Aunque

zeloso de su nobleza y clase, tenia amor á Vivaldi; y aunque no creia que su hijo contrajera nunca el empeño del casamiento con una persona de un estado inferior al suyo, cual lo era el de Elena, la posibilidad de este suceso le infundia temores y zozobras hartas vivas, que la ausencia de Vivaldi aumentaba mucho. Se recelaba de que si su hijo llegaba á descubrir el parage de la mansion de Elena, en aquel momento en que el temor de perderla para siempre y la opinion que él habia encontrado, habian exasperado sus pasiones, este inconsiderado jóven se determinaria á asegurarse la posesion de la que era objeto de su amor, uniéndose con ella por medio de unos vínculos que no fuera ya posible disolver. Temia tambien por otro lado los efectos de la desesperacion de Vivaldi, si este no volvía á encontrar á Elena; y este combate de sus temores y deseos, experimentaba unas penas y agitacion que casi no les iban en zaga las de su hijo.

Las instrucciones que dió el marqués á los criados suyos que envió en seguimiento de Vivaldi participaron de la turbacion en que se

hallaba el padre, de modo que ninguno entendió bien su comision; y como le habia ocultado su muger cuidadosamente el lugar de la mansion de Elena, no se dirigieron sus criados hacia el camino de San Estevan.

Mientras que el marques estaba desviviéndose en esta forma, y Schedoni y la marquesa ideando nuevos planes andaba errante Vivaldi de aldea en aldea y de ciudad en ciudad, inquirendo las huellas de Elena.

Habiéndole noticiado los dependientes de la posta de Brazeli que un coche parecido al que el les habia descrito, con las cortinillas echadas, habia mudado de caballos tal dia y tal hora, y tomando el camino de Morgagni, se dirigió Vivaldi hacia esta poblacion, pero halló en ella ya vestigio ninguno de Elena. El administrador de la posta no se acordaba de circunstancia alguna que pudiera guiarle; y dividiéndose en aquel parage el camino en diversos ramales, no le quedaba ya á Vivaldi mas que tomar á la aventura uno de ellos; pero como era probable que se habia conducido á Elena á algun convento, se determinó á hacer indagaciones en las inmediaciones de cuantos se le presen-

taran en su camino.

Habia recorrido algunas de las partes mas silvestres de los Apeninos, que parecian abandonadas á los foragidos por los hombres civilizados. Sin embargo, en medio de unos desiertos casi inaccesibles, habia hallado comunidades religiosas esparcidas acá y acullá acompañadas de lugarejos, ocultas por decirlo así de la vista de los hombres por las montañas y bosques que las circundaban, poseyendo muchos goces, lujo de las gentes de mundo, y algo de su gentileza que no se sospecharia poder hallarse en semejantes soledades. Al visitar Vivaldi algunos de estos asilos, con la esperanza de hallar allí á Elena se habia pasmado de la hospitaleria acogida y urbana soltura con que le habian recibido.

Llegaba á la séptima jornada de su viage, cuando se atrevió en el monte de Rugieri. La habian dicho porque camino era preciso echar, cuando el hubiera llegado á una aldea situada á algunas leguas; y habia seguido esta direccion con confianza, hasta un parage en que el camino se dividia en muchos senderos abiertos en el monte. Iba cayendo el dia, y

comenzaba à desanimarse Vivaldi, cuando Pablo, siempre alegre, se echó à en salzar la sombra y gustosa frescura de los bosques, y notó que en resumidas cuentas si perdían el camino y estaban obligados à pasar la noche, podrian trepar sobre un castaño, y hallar entre las ramas, que se elevaban del tronco, una habitacion mas aseada y sana que la que tendrían en un mesón.

Mientras que Pablo estaba ocupado así en sacar el mejor partido posible de su situacion, y que Vivaldi se hallaba engolfado en sus acostumbradas imaginaciones, oyeron el sonido de algunos instrumentos y voces à lo lejos. Sirviéndoles de estorbo la oscuridad que los árboles esparcían para distinguir los objetos algo distantes, y no presentándose al rededor de ellos vestigio alguno de hombres ni de sus obras, no pudieron menos de aplicar un atento oido à los sonidos que oían, para reconocer de donde venían; y al acercase, distinguieron algunos cantos de iglesia y el oficio de la noche.

—Escuchemos, dijo Pablo, cerca de un convento Escuchemos, es el oficio.

—Sí, dijo Vivaldi. Vamos adelante.

—Ahora bien, señor, dijo el criado, si somos tan bien recibidos ahí como en los capuchinos, no echaremos menos nuestras camas entre las ramas de un castaño.

—¿No ves alguna pared ó remate de campanario?

—No, señor. Sin embargo nos acercamos al ruido ¡Ah! ¿no oye V. ese sonido prolongado, como va minorándose por grades, y cuan bien acordados estan esas voces? Esto no es una música de lugar y no cabe duda ninguna de que tenemos inmediato algun convento.

Habiendo ido mas adelante todavía, no vieron paredes ni campanarios; y habiendo cesado la música no oyeron ya cosa ninguna hasta que les atrajeron otros sonidos hácia un claro en que hallaron una cuadrilla de peregrinos tendido sobre la yerba hablando y riendo, mientras que cada uno de ellos sacaba de su morral la cena, y la ponía à la vista por delante de sí. Sentado en medio de la cuadrilla uno de ellos, que parecia el padre director, distribuía las chanzas y festivos cuentos, y recibía de

cada uno en tributo alguna parte de lo que se habia sacado de los morrales. Tenia colocadas por delante de sí muchas calabazas de vino de que bebia en abundancia y no desechaba nada de cuanto le ofrecia.n

Vivaldi cuyos temores se habian desvanecido, se detuvo para observar la cuadrilla á las reliquias de la escasa luz que alumbraba todavia los linderos de los montes; estaba entregada mas bien al espíritu de alegría que caracteriza una funcion de recreo; que á las piadosas disposiciones que se suponen deber acompañar á una santa peregrinacion. El padre director y los peregrinos parecian entenderse perfectamente entre sí. Alojaba el superior en la severidad de su oficio para hacerle tan feliz como era posible, en consideracion á la atencion de los peregrinos en presentarle los mejores bocados; pero su condescendencia tenia alguna magestad, y parecia que sus bufonadas se recibian por ellos con deferencia; y las tenian quizas por buenas, no porque fuesen ingeniosas sino porque eran otros tantos favores para los peregrinos.

Asegurado enteramente Vivaldi, se adelantó

entonces; y dirigiéndose al gefe de aquella cuadrilla le preguntó por donde podria volver a salir al camino. Viendo el capataz despues de haberle examinado por un instante, que estaba vestido aseadamente, y que tenia distinguidas trazas y un criado le convidó á sentarse a su derecha y a cenar con la caravana.

Admitió Vivaldi el convite; y Pablo a continuacion de haber amarrado los caballos en unos árboles, se ocupó seriamente en cenar. Mientras que su amo conversaba con el gefe, atrajo él la atencion de toda la cuadrilla; y los peregrinos convinieron todos en que era uno de los mejores compañeros y mas graciosos que habian visto en su vida. Le manifestaron grandes deseos de llevarle consigo a visitar las capillas de un convento de monjas carmelitas, que era el fin de su peregrinacion. Luego que Vivaldi hubo oido decir que en las inmediaciones habia un convento de religiosas a la distancia de legua y media únicamente, se determinó a ir acompañando allá a los peregrinos porque era tan posible que Elena estuviese encerrada en aquel convento como en cualquiera otro y Vivaldi no dudaba con arreglo al conocimiento que tenia

de su madre, de que ella hubiese empleado este medio para impedir su enlace con Elena. Púsose pues en marcha a pie con los romeros, habiéndole dado su caballo al padre director.

Habia anochecido ya, mucho tiempo antes que ellos hubiesen llegado a la aldea en que debían tomar descanso; pero mitigaron el cansancio del camino con cuentos y cantares, parándose á veces por orden del capataz para rezar alguna oracion ó cantar algun himno. Luego que hubieron llegado á la falda de la montaña se detuvieron para formarse en procesion, y bajando el superior del caballo en medio de su gente, se puso á su cabeza; y habiendo entonado un cantico, fué seguido á coros por toda la cuadrilla.

Avisados los aldeanos con esta bulliciosa música, salieron á recibirlos, y los conducieron á sus cabañas. La aldea estaba llena ya de devotos peregrinos; pero habiéndolos recibidos con muy buena voluntad y respeto los aldeanos, tuvieron el mayor cuidado de ellos; lo cual no impidió a Pablo, cuando se vió tendido sobre la paja, el echar menos su cama de hojas de castaño.

Vivaldi pasó una noche muy agitada, esperando con impaciencia la vuelta del dia que podia restituírle á Elena.

Considerando que un vestido de peregrino podia no solamente ocultarle de las sospechas, sino proporcionarle tambien una facilidad de observar que su traje ordinario no le dejaria, encargó a Pablo que le agenciara uno que se ogró por un solo ducado y desde muy de madrugada se puso en camino.

Unicamente un corto número de peregrinos subia ya la montaña; y Vivaldi se apartaba de ellos, siguiendo algunas sendas apartadas, para hallarse allí solo con sus pensamientos. El aire fresco de la mañana que agitaba el ramage a cuya sombra iba él marchando, y el distante ruido de algunas cascadas, templaban y aumentaban juntamente su melancolia; y las vistas rústicas que le circunian, guardaban armonia con el estado de su ánimo. Lo inútil de las tentativas que el habia hecho hasta entonces habia abatido mucho la vehemencia de sus primeros impulsos, y comunicado alguna gravedad y elevacion a sus ideas: experimentaba una tristeza mezclada de algun embelezo a la vista de los

riscos y precipicios, de las montañas cubiertas de oscuros bosques, y de las vastas soledades; a cuyo seno se hallaba transportado Pareciendo y desapareciendo alternativamente al traves de los árboles la vista del convento mismo, de sus antiguos muros y almenas, le tenia cautivado el ánimo; y decía: ¡Ah! si ella estuviera hay! pero, ¡esperanza vana! No quiero entregarme mas a estas ilusiones, ni esponerme al mortal pesar de verlas desvanecerse de nuevo. No omitiré diligencia alguna en mis indagaciones, pero no esperaré nada de ellas; ¡sin embargo, si estuviera ahí Elena!

Habiendo pasado las primeras rejas del convento llegó al patio en que tomó su conmoción incremento al tender los ojos sobre aquel silencioso y desierto claustro. Habiéndose presentado el portero temió Vivaldi que este hombre reconociera que él no era realmente un peregrino; por lo que echándose su capilla sobre la cara, pasó por delante de él sin decir nada aunque no sabia que camino guiaba á la capilla que atraia a los peregrinos,

Se adelantó hácia la iglesia, edificio magestuoso, ceperado y á alguna distancia de las otras

partes del convento. Su inmensa nave, coronada de una bóveda elevada, alumbrada por una débil claridad, un religioso ó romero que la atravesaban sin ruido y pasaban como sombras; una profunda calma; la escasa luz de los cirios del altar mayor; y de las lamparas que alumbraban las capillas; todas estas circunstancias grababan en el corazón de Vivaldi la impresión de un santo terror.

Siguió a algunos peregrinos que iban por una nave colateral de la iglesia á una especie de patio cubierto en parte por un enorme peñasco bajo el que estaba abierto un subterráneo ó capilla dedicada á Nuestra Señora del Carmen. El recinto del patio estaba formado por la roca y espalda del coro de la iglesia; únicamente habia al sur una aventurilla que dejaba ver el pais situado por debajo, cuyo sobresaliente espectáculo contrastaba con la obscuridad de la gruta, y cuyas diversas partes parecian pintadas en el fondo de las montañas circunvecinas.

Habiendo entrado Vivaldi bajo la gruta; vió allí la imagen de la Virgen encerrada con un enrejado de filigrana de oro, adornada de flo-

res y alumbrada con un sin número de lámparas y cirios. Las gradas del altar estaban cubiertas de peregrino postrados. Imitólos Vivaldi. Oyéronse luego á lo lejos un organos y las vigorosas voces de las coristas que anunciaban que iba á empezar la primera misa, Vivaldi dejó la gruta y volvió á la iglesia se detuvo á alguna distancia para oír aquella armonía llena y fuerte que se estendía á lo largo de las bóvedas, y se suavizaba con la distancia. Era aquella solemne y patética música que en las festividades mayores se oye en las iglesias de Nápoles, y que infunde el mismo entusiasmo de que estuvo poseído el maestro al componerla. No pudiendo sostener ya Vivaldi por mas tiempo las impresiones que recibía, iba á dejar la iglesia, cuando cesó la música y dejó oír una campana que tocaba como por la agonia de un moribundo; pero distinguió inmediatamente una multitud de voces de mugeres, que se mezclaban con los sonidos graves de los religiosos y con los tristes de la campana tocada por intervalos.

Esta armonía dulce y lastimera infundía igualmente melancolía y tristeza á los que la eje-

cutaban y á los que la oían, y parecia que unos y otros lloraban igualmente á un amigo.

Vivaldi se apresuró á acercarse al coro, cuyo piso estaba sembrado de ramos de palmas y flores. Un tapete de terciopelo negro cubria las gradas del altar, en que estaban muchos sacerdotes esperando con silencio. Se veían por todas partes los preparativos de una ceremonia, y en cada asistente el silencio y miradas que acompañan á la espera. Se acercaba entre tanto el ruido de los cánticos, y vió Vivaldi á infinitas religiosas que venían adelantándose procesionalmente.

Distinguió en breve á la abadesa, vestida con su hábito de ceremonia y el báculo en la mano; notó la nobleza de su paso, acorde con los pensados cantos de las religiosas y la orgullosa magestad acompañada sin embargo de cierta gracia que la caracterizaba. Iba seguida de las religiosas segun el orden de su antigüedad; tras las cuales venían las novicias que llevaban cirios y cercadas de otras religiosas vestidas con hábitos diferente.

Habiendo llegado las religiosas á la parte de la iglesia destinada á recibirlas tomaron sus

asientos. Vivaldi, palpitandole el corazon, preguntó a un religioso que se hallaba próximo a él que ceremonia se preparaba. Es, le respondió, una profesion; sabe V. sin duda que las que quieren consagrarse a Dios pronuncian sus votos el dia de Nuestra Señora, patrona de esta comunidad.

—¿Cual es el nombre de la novicia que va a tomar el velo negro? dijo Vivaldi con una voz trémula que descubria su conmocion.

Observandole con curiosidad el religioso, le dijo: ignoro su nombre pero se la enseñaré a V.

Es la que está á la derecha de la Señora abadesa, y que se apoya en el brazo de otra religiosa; tiene un velo blanco, y es mas alta que sus compañeras.

Clababa con timidez Vivaldi los ojos en la novicia, y aunque no reconocia á Elena, sea que su imaginacion que se la hacia siempre presente le hiciera ilusion, sea que hubiese algun fundamento real en sus conjeturas, creyó verla sin embargo. Se informó tambien cuanto tiempo hacia que esta novicia estaba en el convento, igualmente que de algunas otras particularidades sobre las que no quizo ó no

pudo responderle el religioso.

Lleno de temor y zozobra Vivaldi, se esforzó á penetrar al través de los velos de muchas de aquellas religiosas, tratando de reconocer á Elena, á la que él creia condenada por la marquezá á contraer aquel tremendo empeño. Pero, aunque sus velos estaban medio levantados, se hallaban compuestos de modo que no era posible ver sus facciones mas fácilmente que si hubieran permanecido totalmente echados.

Dió principio la ceremonia con una exhortacion patética del Padre Abad. Arrodillada la novicia delante de él, pronunció sus votos. Prestó á estos Vivaldi la mas intensa atencion pero fueron proferidos con una voz baja y trémula, cuya calidad no la fué posible distinguir. Durante lo restante del oficio, creyó reconocer aquella tan insinuante voz que en la iglesia de San Lorenzo habia cautivado por la primera vez su atencion. Escuchó de nuevo, no atreviéndose apenas á respirar, de miedo de malograr un sonido, y se confirmó en la idea de que Elena estaba entre las religiosas. Se esforzó sin embargo á refrenar

su conmoción, y resolvió aguardar pacientemente algún suceso que desvaneciera sus dudas. Pero cuando el Padre abad hubo estado próximo á quitar el velo blanco á la novicia para substituirle con el negro, quedó poseído el jóven de un terrible miedo de que aquella fuera Elena misma; y les costó sumo trabajo el abstenerse de echar el pie adelante y descubrirse.

Habiendose quitado por último el velo blanco, vió Vivaldi una fisonomía muy hermosa pero no era la de Elena. Recobró bastante serenidad para seguir lo restante de la ceremonia; oyó de nuevo la voz que le habia hecho impresion, y quedó convencido de que era la de Elena. Sus acentos eran débiles tristes y trémulos; pero no por ello conoció Vivaldi menos su pronto y maravilloso influjo.

Habiendose acabado aquella ceremonia, empezó otra; y le dijeron que iban á recibir á una novicia. Una doncella sostenida por dos religiosas, se adelantó hácia el altar; y Vivaldi creyó estar viendo de nuevo á Elena. El sacerdote iba á empezar la exhortacion de costumbre, cuando la jóven se alzó el velo;

y dejando ver un rostro en que el dolor estaba mezclado con una dulzura celestial, fijó al cielo sus hermosos ojos negros inundados de lágrimas, é hizo seña con la mano de que queria hablar; era la misma Elena.

El sacerdote iba á hablar cuando alzando ella la voz, dijo con magestuoso tono: *Protesto, en presencia de todos los asistentes, que he sido conducida á la fuerza en este santuario para pronunciar unos votos que mi corazón detesta: protesto....!*

La interrumpió una multitud de voces; y vió en el mismo instante á Vivaldi precipitarse hácia el altar. Clavóle los ojos Elena por un momento; y alargándole las manos compasion, cayó desmayada en los brazos de una de las religiosas que la rodeaban, y que no pudieron impedir que Vivaldi llegará hasta ella. Las angustias que este sintió al verla casi sin vida, el afectuoso y dolorido acento con que la llamó por su nombre, dejaron llenas de compasion á las religiosas mismas, y especialmente á Olivia, que se apresuraba mas que otra algunas á hacer volver en sí á su jóven amiga.

Habiendo Elena recobrado los sentidos, y visto otra vez á Vivaldi, le dió una mirada cuya insinuante espresion significaba que no se habia mudado para el, y que al verle olvidaba casi su cautiverio. Solicitó ella retirarse, y acompañada de Olivia y Vivaldi, iba á salir de la iglesia y retirarse á su celda, cuando la abadesa dió orden para que le enviaran al forastero á su locutorio.

No se hallaba Vivaldi con disposiciones de obedecer a esta orden, pero cedió á los ruegos de Olivia y dulces amonestaciones de Elena, y haciendo á esta una despedida, que él creia no deber separarle por mucho tiempo de ella pasó al locutorio. No se hallaba Vivaldi sin esperanza de despertad en el corazon de la prelada el afecto de la justicia ó el de la compasion; pero la encontró con unas nociones de moral que la hacian inexorable para el. Su orgullo é indignacion por la resistencia de Elena, ahogaban cualquiera otro afecto en su pecho. Dió principio la abadesa á su sermon declarando la amistad que la unia hacia mucho tiempo con la marquesa; espresó su sentimiento de ver al hijo de una persona que ella que-

ría y que era tan estimable, olvidar sus obligaciones y el honor de su casa, hasta el grado de querer enlazarse con una doncella del estado y condicion de Elena Rosalba; y concluyó haciéndole una severa represion por la osadía que habia tenido de turbar la tranquilidad de una comunidad religiosa, é introducir el escándalo hasta el santuario.

Vivaldi tuvo la paciencia de oir estas palabras de moral y religion, que salian de la boca de una persona que en aquel momento violaba, no solamente sin escrúpulo, si que tambien celebrándolo, las mas santas leyes de la justicia y humanidad, que habia concurrido á arrancar á una huérfana de su morada, y á tratar de privarla por lo restante de su vida de la libertad y bienes que la acompañan; pero cuando la abadesa hubo llegado hasta hablar de Elena como una delincuente y del ejemplar castigo que habia merecido negándose públicamente á los votos que se le exigian, no pudo reprimir ya Vivaldi su indignacion; menospreció á la superiora haciéndole un retrato de ella misma, trazado con todos los colores de la propiedad. Pero no se deja

avasallar de la razon aquel à quien la humanidad no persuade y el egoismo le hace igualmente inarcesible à estas dos especies de asalto. No hizo Vivaldi mas que ofender el orgullo de la abadesa, la que respondió a sus reconvenções con amenazas solamente.

Habiéndose apartado Vivaldi de la prelado, creyó hallar otro recurso en el Abad, superior de la comunidad de religiosos inmediata à la de las religiosas. Esperaba que su valimiento sino su autoridad, podria templar la severidad de la abadesa; pero la dulzura y condescendencia eran en el Abad unas prendas menos estimables, y de un menor uso que ellas pueden serlo à veces, y que se cree comunmente que lo son.

Dependian de la debilidad en él; y con ello estas prendas, apacibles en las comunes y ordinarias circunstancias de la vida humana, no podian en las ocasiones àrduas tomar la cantidad de virtudes, ni servir a aquellos, en cuyo favor hubiera sido justo emplearlas.

Así el Abad, con unas disposiciones é índole totalmente opuestas a las de la abadesa, que eran la violencia y severidad, se mostraba igualmente

egoista y casi tan culpable, supuesto que podia atribuirsele el mal que dejaba hacer, con tanta justicia como a los que le habian maquinado. La indolencia y una timidez que resultaban de la falta de consideraciones, privaban de toda energia a su genio. Era prudente, pero no sabio, y temia tanto que se pensara que él habia hecho el mal, que hacia rarísima vez el bien al que no tenia oposicion ninguna sin embargo.

Este hombre oyó con paciencia las medidas representaciones y ejecutivas instancias de Vivaldi para inducirle a emplear su autoridad en la libertad de Elena. El Abad se compadeció de la situacion de la doncella deploró la desgraciada division que se manifestaba entre Vivaldi y sus padres; pero se escusó de mezclarse en un negocio de tanta delicadeza. La señora Rosalba le dijo, se ha confiado al cuidado de la abadesa; sobre la que no tengo autoridad ninguna en las materias que conciernen à su administracion interior. Rogóle entonces Vivaldi, si el no podia hacer uso de su autoridad, que la hiciera à lo menos de su crédito, intercedien-

do en favor suyo, haciendo a la abadesa algunas representaciones sobre un procedimiento tan injusto como el de retener presa a Elena, y aconsejándola que despachára a esta doncella a la casa de que la habian robado.

—Lo que V. me está pidiendo, le dijo el Abad no se encierra dentro de los límites de mi jurisdicción, y me he formado una regla de no usurpar la de ninguno.

¡Pues qué! reverendo Padre, le dijo Vivaldi ¿puede V. ver cometerse a su vista una irritante y patente injusticia, y no hacer todos sus esfuerzos para impedirlo? ¿No dará V. un paso para arrancar a la inocente víctima del golpe que va a herirla?

—Le repito a V. caballero que no embarraso a los otros en el ejercicio de su autoridad: déjolos obrar dentro de su esfera y hacerse obedecer en ella como hago en la mía.

—La potestad es pues en concepto de V., dijo Vivaldi, la única regla de la justicia. ¿Qué moral es pues la que deja cometer el delito que puede impedirse? El mundo entero tiene derecho para exigir un activo valor del sugeto que ocupa un puesto importante como el de V. y no

tiene V. la alternativa de dejar obrar el mal o de precaverle con su resistencia. ¿Querria V. Padre, que fuesen conocidas del mundo las disposiciones y máximas contrarias que acaba de espresar?

—¿Quiere V. replicó el Abad, que el mundo no lleve razon para tener la gloria de volverle a poner en las buenas sendas? ¡Jóven! Se deja V. estraviar por un insensato entusiasmo. No puedo mirarle a V. mas que como a un caballero errante que recorre la tierra, presentando el combate a todo viviente para enderezar tuertos. Es lástima que haya venido V. algo tarde en el mundo.

—El entusiasmo en la causa de la humanidad, dijo Vivaldi.... Pero se detuvo, desesperando de mover un corazon endurecido con la prudencia del egoismo, é indignado de ver una indiferencia tan culpable en sus consecuencias, dejó el Abad sin probar nuevos esfuerzos. Reconoció Vivaldi la necesidad de emplear otros arbitrios, y unos artificios que su elevada alma miraba con horror, pero á los que le era preciso ciertamente recurrir supuesto que no le quedaba otra via para salvar a la inocente víc-

tima del orgullo y preocupaciones de su familia.

Elena se habia retirado a su celda, entregada, como puede pensarse, a muchos afectos diversos y conmociones contrarias, entre los que dominaron la alegría y ternura por mucho tiempo; pero la inquietud, temores, arrogancia y dudas volvieron à martirizar su corazón. Vivaldi habia descubierto por fortuna el sitio de su prision, pero si podia sacarla de ella, debia consentir Elena en ponerse en sus manos al salir, paso que su escrupuloso apego à todas las leyes de una rigurosa decencia no le permitia mirar mas que con espanto, aunque él debia volverle su libertad. Al considerar Elena la orgullosa altivez del marques, el genio vengativo de la marquesa, y la oposicion que hacian uno y otro à su casamiento con el hijo, no podia sostener la idea de introducirse contra la voluntad de ambos en su familia. Su belacion de ánimo, delicado modo de pensar, discrecion, todo la disuadia de una conducta humillante y peligrosa en sus resultas, y la inclinaba a conservar su dignidad é independenciam juntamente; pero por otro lado, la estimacion, amistad y tierno afecto que habia cogido a Vivaldi le ha-

cian ver con un temor que llegaba casi hasta el horror, la perpétua renuncia de un objeto tan digno de su estimacion. El fomento dado a su inclinacion por la moribonda tia debilitaba sus escrúpulos, pero no bastaba resolver a sus ojos las objeciones que se hacia a si misma. Elena hubiera censurado este postrer testimonio del afecto de la señora Bianchi, si hubiera tenido menos respeto a su memoria y menos inclinacion a Vivaldi; pero turbando estos escrúpulos algo el regocijo que le habian causado la presencia de su amante, y la confianza de que estaba próximo a ella, le dejaban todavia muchos delisiosos placeres; recogia con cuidado los recuerdos de cada mirada, de cada dicho que la habian asegurado de los afectos de Vivaldi; y permaneció convencida otra vez de la constancia de una aficion a la que un momento antes deploraba haberse rendido, y tenia por necesario pronunciar.

Esperó con impaciencia la vuelta de Olivia, que estaria seguramente instruida del resultado de la conferencia de Vivaldi con la abadesa y podria noticiarle si estaba él todavia en el convento.

Por la noche fué á verla Olivia, trayéndole tristes noticias; la informó de la denegacion de la abadesa y de la partida de Vivaldi. Se entregó Elena al dolor y desesperacion: conoció por la primera vez toda la vehemencia de su amor y todo el horror de su situacion. La injusticia ejercida con ella por aquella orgullosa familia la dispensaba de todo miramiento en adelante; pero esta conviccion no podia serle de uso alguno en la presente situacion.

Le mostró Olivia el mas tierno interés; y bien que alguna semejanza de sus propias desgracias con las de Elena ó cualquiera otra causa la conmoviesen mas profundamente, se le inundaban de lágrimas los ojos, cuando los dirigía hácia su jóven amiga, y experimentaba tan grande conmocion, que Elena no podia observarlo sin estremecerse. Era muy mirada Elena sin embargo, y estaba ocupada en un interes mas querido todavia para solicitar esplicacion alguna de Olivia.

Habiéndose retirado esta, pasó Elena a su torrecilla, esperando mitigar sus pesares con el espectáculo de los primores de la naturaleza vistas magestuosas y sosegadas que rara vez de-

jaba de elevar el animo y calmar sus penas. Para ella era una especie de dulce y solemne música semejante a la del angel de Milton, que apacigua las tempestades y hace cesar la agitacion de las selvas conmovidas con el furor de los vientos.

Mientras que se hallaba sentada en su ventana, observando los postreros rayos de sol que daban luz al valle, y doraban con una obscura púrpura las montañas que le coronaban, se dejaron oír los sonidos de una flauta entre las rocas por debajo de la torre. El instrumento y música no se parecian á lo que hasta entonces habia oido Elena en San Estevan. De ello recibió una impresion del dulce melancolía que se apoderó de su alma. Unos sonidos debilitados por grados que parecian pintar el abatimiento de un pecho sensible hasta el extremo, y el esquisito gusto con que el reanimado canto espresaba la dolorida queja la convencieron casi de que el músico era Vivaldi mismo.

Habiendo mirado Elena con mas atencion distinguió á una persona como encaramada sobre la punta de un peñasco, á que parecia

casi imposible que hubiera podido llegar, y que no parecia preservada de caer en el precipicio abierto bajo de sí, mas que por algunos arbolillos que creian en los bordes. La obscuridad no le permitió en el principio á Elena distinguir á Vivaldi, y el peligro de la situacion la movia á desear que no fuera él pero se desvaneció la incertidumbre, cuando mirando él mismo, descubrió á Elena, y oyó esta su voz.

Vivaldi habia sabido de un lego, al que Pablo habia ganado, y que, trabajando en el jardin, habia visto á Elena en aquella ventana que ella iba con frecuencia a la torrecilla; y con peligro de su vida se habia aventurado en aquellos riscos, con la esperanza de poder hablarla.

Sobresaltada Elena del peligro a que le veia espuesto, se negaba a escucharle; pero no quiso apartarse Vivaldi antes de haberla hecho noticia de un plan que habia formado para libertarla; y al apurarla para que se confiara a su cuidado, la aseguró que la conduciria a donde ella quisiera. El lego habia consentido en ayudarle en esta empresa mediante una buena

recompensa; y debia hacerle entrar en el convento con hábito de peregrino, a la primera ocasion favorable que se presentara para volver a ver a Elena. Vivaldi rogó encarecidamente a Elena que fuese, si le era posible, al locutorio a la hora de la cena; y le esplicó en breves palabras los motivos del paso que él le pedia, y que estaban fundados poco mas ó menos sobre las siguientes circunstancias.

La abadesa, segun el estilo seguido en las festividades mayores, daba un refresco al Padre Abad y a aquellos religiosos que la habian acompañado en la celebracion del oficio. Algunos forasteros de distincion, y muchos peregrinos, debian tener entrada en él. Debia haber un concierto ejecutado por las religiosas.

Toda la comunidad estaria ocupada en recreos ó que haceres; y le seria facil a Vivaldi instruido por el lego de todas estas particularidades, el tener entrada el mismo, y mezclarse entre los concurrentes con su vestido de peregrino. Instó pues a Elena a hacer de modo que fuera a la habitacion de la abadesa, en que el podria informarla sobre los medios imaginados para favorecer su fuga. Díjole que ha-

bria en la falda de la montaña algunos caballos, con los que él la llevaria à Vila Altieri ó al convento de Santa de la Piedad. Vivaldi esperaba por cierto que le diera ella à la salida del convonto su mano: pero se abstuvo de manifestarle esta esperanza de miedo que Elena imaginára que el formaba de esto una condicion, y que ella estuviera por este motivo mismo alguna pena en aceptar su socorro, ó que aceptándole pudiera mirarse como ligada con un precipitado consentimiento.

Esperanza de libertad causó diversas especies de conmocion á Elena. Por una parte la esperanza y regocijo de libertarse de un cautiverio à que la tenian destinadas sus opresores para lo restante de sus dias, y de reunirse con Vivaldi; por otra la idea de abandonarse à el sin estar segura de que podria superarse la oposicion que la familia de Vivaldi hacia á su enlace; incapaz de tomar una resolucion, y apurando á Vivaldi para que dejára el peligroso sitio en que estaba colocado antes que la obscuridad hiciera mas espuesto el desenso, le prometió hacer todos sus esfuerzos para ir al locutorio de la abadesa, en

donde ella le daria parte de su última determinacion, Vivaldi comprendia muy bien los motivos de sus escrúpulos; y al afligirse de ello, admiraba el sano juicio y noble elevacion de ánimo que los sugerian.

Quedóse sobre la roca hasta el momento de desaparecerse los últimos rayos del dia; y entonces, agitado el corazon con esperanzas y temores, despues de una última despedida se bajó. Elena siguió su marcha con los ojos, en cuanto se lo permitian la obscuridad y distancia. Le distinguia con sumo trabajo marchando á lo largo de las orillas de los precipicios, y saltando á veces de una peña à otra hasta que los bosques que cubrian el fondo le habian ocultado de su vista; inquieta todavía, permaneció en su ventana mucho tiempo despues que él se hubo desaparecido; pero como no oia ya nada que pudiera anunciar una desgracia, volvió á su celda para reflexionar en ella todavia sobre los proyectos de Vivaldi.

Interrumpió sus reflexiones la llegada de Olivia, cuyo semblante le dió anuncios de alguna cosa extraordinaria. La calma de su fi-

sonomia habia sustituido al dolor y al temor. Antes de hablar recorrió el pasillo y celda con la vista.

— Mis temores, querida niña, se hallan desgraciadamente justificados. Estais sacrificada si no conseguís escapar del convento esta noche. Acabo de saber que mirándose vuestra conducta de esta mañana como un premeditado insulto hecho á la abadesa, vais á ser castigada con lo que aqui se llama el *in pace*. ¡Ay de mí, querida hija mia! ¿Para qué ocultaros que lo que os estoy anunciando es la muerte misma? Ninguno ha salido jamás vivo de aquella horrorosa morada.

— ¡La muerte! dijo Elena horrorizada, ¡Cielo santo! ¿en que he merecido la muerte?

— Hija mia, en supérflua vuestra justa admiracion; y vuestro tierno llanto acaba de entristecer mi alma, oprimida ya por vuestras desgracias. Hemos de buscar los medios de libertaros de esta horrenda suerte. En la parte mas retirada del convento hay un cuarto subterraneo abierto en la roca, cerrado con puertas de hierro, en donde meten á las religiosas culpables de alguna falta grave. Esta

condenacion es para todá la vida. La desdichada va consumiéndose en la prision y oscuridad: no recibe mas alimento que el necesario para sostener la vida y alargar su martirio: pan y agua, hasta que rindiéndose á sus penas, halla un asilo en brazos de la muerte. Nuestro registro conservan algunos ejemplos de este tremendo castigo, impuesto con mayor frecuencia á algunas religiosas, que cansadas de la especie de vida á que las ilusiones de una imaginacion superticiosa las habian inclinado, fueron sorprendidas al quererse escapar del convento.

Yo misma ví un ejemplar de esta severidad. Ví á la desdichada victima entrar en aquella prision, de la que no debia salir viva: ví sus tristes cenizas depositadas en el jardin. Por espacio de dos años fué consumiéndose sobre la paja, aun privada del debil consuelo de conversar á veces, al trevés de la puerta, con aquellas religiosas que se apiadaban de ella: y ¿quien de nosotras no se hubiera compadecido? Estaba reservado un severo castigo para las que se acercaban con algunos afectos de comiseracion á su encierro. Yo me espusé

¿ lo sufrió, gracias al Omnipotente, con una interior satisfaccion

Se manifestó esta satisfaccion en el rostro de Olivia cuando hablaba, y tomaron sus facciones una dulzura espiritual, que Elena no habia notado todavía. Echóse esta en su seno y lo bañó con sus lágrimas. Despues de algun silencio le dijo la religiosa: no dudeis, niña, de que ofendida la prelada, y queriendo servir á la marquesa, se aproveche de esta circunstancia de vuestra desobediencia, como de un pretexto para echaros en aquella terrible prision. Las miras de la marquesa se hallarán cumplidas, sin que haya necesidad de precisaros á hacer los votos. ¡Ay de mi! No me queda duda de que mañana será el dia de vuestro sacrificio, que no se ha diferido mas que por la fiesta de hoy.

No replicó Elena mas que con un suspiro y oculta el rostro en el seno de su amiga. No estaba ya vacilante en aceptar los socorros de Vivaldi; y únicamente temia que él no pudiera hacer mas que inútiles esfuerzos para liberarla.

Olivia que no discernia bien la causa de

su silencio, le dijo: tendria yo que deciros muchas cosas, pero el tiempo urge y es preciso no perderle mas. Decidme como puedo socorreros, pues estoy determinada á esponerme á sufrir un segundo castigo, si puedo ser útil á una desventurada.

Fué mas copioso el llanto de Elena á este nuevo rasgo de generosidad de Olivia. Pero, dijo con cortada voz ¿si la cogen á V.?

—Me castigan cruelmente, dijo la religiosa; pero no me detendrá ese temor.

—¿Qué generosidad! exclamó Elena; pero no debo sufrir que V. se olvide en esta forma de sí misma.

—Mi conducta, dijo modestamente Olivia, no es totalmente desinteresada porque puedo soportar mas bien la pena á que me espongo, que la horrenda angustia que experimento al espectáculo de las penas de que he sido testigo. ¿Que son las penas corporales en comparacion de los refinados martirios que despedazan el alma en semejante situacion? El cielo me es testigo de que me es posible sobrellevar mis males, pero no los agenos cuando

son excesivas. Puedo sostener los tormentos, si mi alma está fortificada con la conciencia de una acción generosa; pero la compasión de los dolores que están á mi vista pone en movimiento todas las fibras de mi corazón, y avasalla todo mi valor. Si niña, la agonía de la piedad de los males de nuestros prójimos es mas acerba que ninguna otra, escepto la del remordimiento; y aun el remordimiento se goza quizás con la memoria de haber resistido, el cometer el delito, al afecto de compasión que le disuadía; pero, mientras estoy hablando, aumento quizás vuestro peligro.

Alentada Elena así con la generosa compasión de Olivia, le confió el proyecto de conferencia con Vivaldi por la noche, y la consultó sobre la posibilidad de hallar entrada en el locutorio. Reanimada un tanto Olivia con este pensamiento, le dijo que era menester no solamente que ella se hallara en el locutorio á la hora de la cena, sino tambien que asistiera al concierto en que se admitiran muchos forasteros, entre los que se colaria sin duda Vivaldi. Elena le objetó el temor de que la abadesa la reconociera, y mandará

encerrarla al punto. Olivia la tranquilizó, prometiéndola agenciarse un hábito de religioso que le seria útil, no solamente para hacerse admitir en el locutorio de la abadesa, sino tambien para favorecer su huida.

— En la infinidad de gentes que llenará la habitación, le dijo Olivia, no es verosímil que os distingan estando ocupadas las religiosas en su función, y no teniendo á la abadesa lugar para hacer semejantes exámenes. No temais pues el peligro de ser descubierta. Si la superiora piensa en vos os creerá confinada á vuestra celda; pero esta noche da mucha ocupación á su vanidad, para que ninguna otra consideración llame su atención. Que la esperanza, hija, mia, os sostenga. Preparad un billete que pueda instruir á Vivaldi de vuestro consentimiento en sus proyectos, y de la urgente necesidad de no malograr un instante para la ejecución. Hallaréis quizá un momento para ponerlo en sus manos al través de la reja.

Sonó entonces una campana que avisaba a las religiosas para el concierto.

Se salió Olivia en busca de un hábito y velo para Elena, mientras que esta escribió a Vivaldi el billete que debía informarle de sus disposiciones.



CAPÍTULO XI.

Disfrazada Elena con el hábito, y encubierta con el velo que Olivia le había proporcionado bajó al salón del concierto, y se mezcló con las religiosas que se hallaban reunidas por dentro de la reja, estando fuera de esta los frailes y peregrinos. Había algunos forasteros vestidos à la manera del país, pero ella no vió à ninguno que se asemejara à Vivaldi, y discurrió que si estaba él presente no se atrevería a descubrirse todavía por sí mismo; Elena no podía tampoco darse a conocer à su amante, alzándose el velo que la ocultaba tanto

de las miradas de la abadesa como de las de Vivaldi: se veía pues precisada a valerse de un momento en que le fuera posible descubrirse en la reja, para darse á conocer de los forasteros sin ser notado de la prelada.

A la llegada de esta la poseyó enteramente a Elena el temor de ser reconocida; se imaginaba que los ojos de la superiora no veían mas que a ella, y penetraban al través de su velo, con lo que el terror la tenía abrumada.

Se libertó con el miedo. La abadesa, después de haber conversado algunos instantes con el Padre Abad y algunos forasteros de distincion, se sentó en su sitial; y el concierto empezó con una de aquellas arias que dan golpe y se ejecutan con tan buen gusto y primor en los conventos de Italia. Elena misma se olvidó de su peligro, y tuvo fuerzas para observar el sobresaliente espectáculo que tenía a su vista. Esta funcion hacia impresion, y no carecia de magestad. En un salon abovedado y sumamente espacioso, iluminado con innumerables bugías, y cuyos muebles y adornos, aunque ricos, tenían un aspecto

grave y rígido, se hallaban reunidas unas cincuenta religiosas, vestidas con gracia y sencillez juntamente. Lo fino de sus facciones, y hermosura de infinita de ellas, contrastaban con el magestuoso y severo exterior de la abadesa, que sentada en un sitial elevado sobre un estradillo, y separada de lo restante de la concurrencia, parecia recibir los homenajes, que tribuntan el respetable y anciano Padre Abad y sus religiosos colocados por defuera de la reja que dividía todo el salon en dos partes. Estaban sentados cerca del Padre Abad los forasteros de distincion vestido con trage napolitano cuya forma galana y graciosa, y lucidos colores se realizaban por el color obscuro del hábito religioso, y cuyos sombreros con plumages formaban una picante oposicion con las canozas cabezas de los frailes. No era menos notable el contraste de las fisonomias; melancolía, franqueza, soltura y alegría dejaban ver en los rostros los diversos genios que hacen feliz ó desdichada la vida, y forman un paraíso ó purgatorio anticipados de este mundo. En el fondo de esta pintura, se veían algunos peregrinos, menos

alegres que los anteriores dias lo estaban el camino, y fentre ellos algunos legos y sirvientes de la comunidad. Esta parte del locutorio atraía toda la atencion de Elena, que contaba con alcanzar á ver allí á Vivaldi. Se habia aproximado ella á la reja, pero carecia de valor para levantarse el velo á presencia de tantos forasteros.

Se acabó el concierto sin que Elena hubiera podido descubrir á Vivaldi; pasó á la habitacion en que estaba preparado el refresco, y á qué llegaron luego la abadesa y sus huéspedes. Consistia el refresco en una grande abundancia de dulces y cosas de masa, preparados con sumo cuidado, muchos dias hacia por las religiosas que sobresalian en esta especie, como en todas las labores de mugeres. Habia puestas mesas en el locutorio interior y exterior, una para la prelada y religiosas y otra para los reverendos padres separados por una reja, y estaban cubiertas con flores artificiales y divisas, para las que se habia atormentado el talento de las religiosas mucho tiempo hacia. Ultimamente, habian hecho ellas los preparativos de esta funcion que sus-

pendia la triste uniformidad de su ordinaria vida con tanta vanidad y ansia del recreo, como una tierna beldad pone en prepararse para el baile en que debe hacerse admirar por la primera vez.

Se ha visto como la pieza en que se daba el refresco estaba dividida por una reja en dos. Notó Elena cerca de esta reja á un sugeto, cuya cara estaba encubierta con su capotillo de peregrino, y que parecia ver la funcion sin tomar parte en ella; se persuadió de que era Vivaldi, y trató de aprovecharse de un momento en que, sin que la viera la abadesa, pudiera acercarse á el. Estando en conversacion la prelada con las religiosas que la rodeaban, se presentó luego la ocasion que Elena esperaba; y habiendose arrimado á la reja, alzóse por un instante el velo. Descubriendose el forastero la cara, dióle gracias por su condescencia con los ojos: pero no era Vivaldi. Ofendida de la interpretacion que el forastero parecia haber dado á su accion, y contristada de haberse equivocado, se retiraba, cuando encaminó con prontitud otro sugeto sus pasos hácia la reja. Reconoció Elena el

aire y paso llena de garbo de Vivaldi; pero un resto de incertidumbre, y el miedo de equivocarse por segunda vez, la movieron a esperar algun nuevo rasgo de semejanza. Miróle ella con los ojos clavados por algun tiempo; y se descubrió por último él: era Vivaldi mismo.

Cerciorada Elena de que estaba reconocida no se levantó el velo sino que se adelantó hacia la reja, Vivaldi habia dejado un papelillo doblado sobre el poyo de la reja, apartándose antes que Elena pudiera venturarse à entregarle el billete que tenia preparado. En el momento de ir ella à tomar el de Vivaldi, se acercó una religiosa con prontitud al sitio en que él le habia dejado. Se detuvo Elena. La manga de la religiosa hizo caer el papel al suelo; con lo que fueron sumos los temores de Elena.

Acercándose entonces à la religiosa un lego que estaba por defuera de la reja, le habló con misterio; y habiendo parecido darle parte de alguna cosa importante, temió Elena que aquel hombre hubiera reparado en la accion de Vivaldi, y no viniera allí mas que para poner sus sospechas en noticia de la religiosa, à la que esperaba por instantes ver

alzar del suelo el billete de Vivaldi, y llevarle a la abadesa.

Se desvanecieron sin embargo sus temores, luego que hubo visto à la religiosa echar con su pie hacia un rincon sin recogerle ni examinarle; pero se renovaron otros mas fuertes, cuando habiendo cesado de hablar el lego y religiosa, se salió el primero, y la última se arrimó à la abadesa para decirle algunas palabras al oido. No dudò ya casi de que se habia reconocido à Vivaldi, y que se habian dejado de intento su billete para sugerirle à ella la atencion de descubrirse à si misma alzándole. Trémula y rindiéndose casi à sus terrores, estaba observando el semblante de la abadesa que prestaba el oido à la religiosa, y creyó leer su destino en las severas y ceñudas trazas de la prelada.

Sin embargo, ¿cualesquiera que fuesen las intenciones y ordenes de esta, no se tomó disposiciou ninguna todavía contra Elena; y la religiosa se mezcló entre sus hermanas despues de haber recibido la repuesta de la abadesa, que se puso à conversar con las que tenia à su lado. Suponiendo Elena que la es-

taban observando, no se atrevia à recoger el papel que debia contener avisos de suma importancia para ella. Veia pasarse el tiempo que debia preparar su libertad; pero cuantas veces se arriesgaba à mirar alrededor de sí, creia ver à la prelada y religiosa no perdiéndolo de vista.

Habia pasado Elena como cosa de una hora en esta trabajosa situacion, cuando se concluyó el refresco. Durante el movimiento general que se hizo con este motivo, se acercó Elena à la reja, y alzó del suelo el billete de Vivaldi; le ocultó en su manga, y siguió de lejos à la abadesa y religiosas que salian de la habitacion. La religiosa que la habia inquietado tanto, se salió tambien.

Habiendo pasado Elena al lado de Olivia, le hizo una seña y se fué à su celda. Allí, sola y habiendo cerrado por dentro su puerta se sentó para leer el billete; pero trató en balde de dominar sobre su impaciencia; pues habiendo abierto precipitadamente el papel, dejó irsele de las manos la luz, y se halló en las tinieblas. Cayó en una real desesperacion. El ir en busca de una luz hubiera sido descubrirse

à si propia, esponera Olivia, mostrando que la habia dejado libre, y correr el peligro de verse metida en la prision al punto. No le quedaba esperanza ninguna mas que en la llegada de Olivia, que podia visitarla muy tarde para que todavia hubiera lugar de seguir las instrucciones de Vivaldi; escuchaba en una penosa espera si se acercaba alguno, teniendo en las manos aquel maldadado billete que debia decidir de su suerte, y cuyo contenido le era desconocido. Le volvía y resolvía mil veces, y experimentaba un indecible martirio con tener empuñada en balde la instruccion que, conocida con tiempo, la hubiera salvado quizá.

En cuyas angustias oyó andar, y vislumbró una luz al traves, de la puerta; pero considerando que podia no ser Olivia, iba a ocultar el billete cuando esta entró. Elena tomó la luz de las manos de la religiosa; y palida, trémula y sin proferir una sola palabra, leyó con ansia el billete, que le participò que en el momento de estar escribiendo Vivaldi, aguardaba el hermano Geronimo a Elena en la reja del jardin de las religiosas, en que

Vivaldi iria a incorporarsele para hacerla salir del recinto del convento. Añadia que habria caballos en la falda de la montaña para conducir a Elena a donde a ella le agradara; rogandola que no malograra un momento, pues cuantas circunstancias se manifestaban entonces propicias á su libertad debian ser en breve contrarias.

Desesperada Elena dió el papel á Olivia, preguntándole lo que le tocaba hacer. Habia corrido hora y media desde el momento en que le habia escrito Vivaldi, de modo que no habia tiempo que perder; seguramente habia estado aguardándola él en el sitio designado en cuyo intermedio, podrian muchas circunstancias haber imposibilitado una evacion que el bullicio de la fiesta habia cesado de favorecer.

Habiendo leído la generosa Olivia el billete participó de todas las zozóbras de su amiga, tan dispuesta á arrostrar contra todos los peligros para salvarla, como Elena estaba martirizada con el pensamiento de verla esponerse á ellos, y penetrada del afecto de la gratitud en el momento en que su situacion echaba el

colmo á su terror,

Olivia, despues de un momento de reflexion, le dijo, podemos encontrar á algunas religiosas en todas las partes del convento pero el velo que hasta ahora os ha ocultado puede salvaros todavía. Es menester que atravesemos el refectorio, en que cenan aquellas hermanas nuestras que no han concurrido al refresco, y en que permanecerán hasta que las llame el oficio á la capilla. Si aguardáramos hasta aquel momento no podriamos pasar con seguridad.

Convencidas ambas de que no habia otro partido que tomar, y no queriendo malogar el tiempo en mas largas deliberaciones, salieron de la celda, y se encaminaron hácia el jardin.

Las encontraron muchas religiosas en el camino del refectorio sin reparar en Elena, que, al pasar junto a la habitacion de la abadesa, se bajó con mas cuidado el velo. A la puerta la encontró la abadesa misma, que volvia de echar una ojeada sobre sus religiosas en el refectorio, y que no habiendo visto en él á Olivia, habia preguntado en donde ella esta-

na. Se ocultó Elena, cuanto le fué posible, detrás de su amiga y entre las religiosas que acompañaban à la prelada; y habiéndolo respondido Olivia a las preguntas de esta última, volvió a ir andando hacia el refectorio, seguida por su amiga que temblaba como las hojas del árbol. Ocupadas las religiosas en comer, no hicieron atención a una ni otra, y llegaron ambas a la opuesta puerta.

En la sala siguiente se le atravesaron a nuestras aventuras a menudo varias hermanas que llevaban los platos de la cocina al refectorio; y en el momento de abrir ambas la puerta que conducía al jardín; preguntóles una religiosa que las había observado, si ellas habían oído ya la campana, supuesto que iban hacia la capilla.

Turbada Elena con esta pregunta apretó el brazo de su amiga, como para disuadirla de responder, y hacerla apresurar la marcha; pero Olivia, mas prudente, se paró, y respondió con serenidad; despues de lo cual volvió à tomar sosegadamente su camino.

Al tiempo que estaban atravesando el jardín, fué tan vehemente el temor de Elena de que

Vivaldi no se hallara ya en la puerta que el había indicado, que apenas podía sostenerse, y dijo: ¡ah! soy perdida si me faltan fuerzas para llegar hasta la puerta, ó si llego tarde.

La animó Olivia mostrándole la puerta que la luna empezaba à atumbrar, y añadiendo: allá abajo, al remate de aquella calle, en el espacio que veis descubierto, está nuestro *in pace*.

Esta vista reanimó las fuerzas de Elena que redobló el paso; pero parecía que la puerta se alejaba por delante de ella. Se sintió vacilante en sus pasos de nuevo, tuvo precisión de pararse, y exclamó: ¡Dios omnipotente! ¿no tendré fuerzas para llegar hasta allí? ¿Será menester perecer à la vista del único medio de salud que me quedaba?

Un descanso de algunos minutos la puso otra vez en estado de proseguir; y ambas llegaron à la reja. Olivia hizo presente que era preciso asegurarse de que personas estaban por defuera, y aguardar la señal en que Vivaldi había convenido; llamó ella: y en el silencio que se siguió, oyó gentes que hablaban en voz baja; pero no respuesta ninguna a la señal que

ella habia hecho.

—Estamos descubiertas, dijo Elena; pero quiero conocer inmediatamente toda mi desdicha; y repitió la señal de nuevo. Por esta vez, con indecible satisfaccion suya, respondieron á ella con tres golpecillos. Olivia, mas desconfiada, queria mantener cautelosa todavía a su amiga hasta nuevas pruebas; pero la llave estaba ya en la cerradura, abrióse la puerta; y se presentaron dos sujetos. Se retiraba Elena hacia atras cuando la llamó una voz conocida, y al resplandor de un medio cubierto farol que Gerónimo traía en la mano, reconoció ella a Vivaldi.

—Ah! cielos, exclamó este con una voz trémula de gozo, tomando su mano; ¿es posible que seas todavía mia? Si pudieras saber lo que he padecido en esta último hora! Reparando entonces en Olivia, dió un paso hacia atras; pero le aquietó Elena espresandole de cuanto gratitud era deudora a la religiosa.

—No tenemos tiempo que perder, dijo Gerónimo, y hemos perdido quizas ya mucho.

—Adios, querida Elena mia, dijo Olivia; dignese el cielo! guiar tus pasos.

—Adios, tierna amiga, le respondió Elena. No veré mas á V. pero la querré siempre; y me ha hecho V. la promesa de escribirme. Acuèrdese V. del convento de la piedad.

--Debe V. haber arreglado todo eso antes de salir del convento. Hace ya dos horas que estamos aquí, dijo impaciente el lego.

—¡Ah, Elena! dijo Vivaldi, desprendiéndola de los brazos de la religiosa, ¿no tengo acaso mas que el segundo lugar en tu corazón?

--Enjugándose Elena las lágrimas, le respondió con una sonrisa mas elocuente que todas sus palabras; y despues de haber hecho todavía otra cordial despedida á Olivia, pasó la puerta.

--Nos alumbra la luna, dijo Vivaldi á Gerónimo; nuestra luz nos es inútil, y podria descubrirnos.

--Nos será necesaria en la iglesia, dijo Gerónimo, igualmente que en algunos circuitos oscuros que tenemos precision de pasar; porque no me atrevo a hacer salir a Vds. por la puerta principal.

—Condúzcanos V. pues, dijo Vivaldi, y entraron en una calle de cipreses que conducía a la iglesia.

—En el momento de ir siguiendo esta avenida, dijo Vivaldi a Gerónimo, ¿Esta V. de seguro de que no nos encontraremos con religioso ninguno cumpliendo alguna penitencia en las capillas que se hallan en nuestro tránsito.

—Ah! no, dijo el lego, es un día festivo. Mas bien hallaremos a algunos ocupados en quitar algunas colgaduras.

—Eso sería igualmente molesto para nosotros, dijo Vivaldi. ¿No podemos eximirnos de pasar por la iglesia?

Le aseguró Gerónimo que aquello era imposible; y entraron efectivamente en ella, la cual estaba desamparada. El lego descubrió del todo su farol, que llevaba medio encubierto antes, porque encendidos hacia ya mucho tiempo los cirios en las capillas se habían consumido; y no quedaban más que los del altar mayor, que se hallaban tan distante de la partes de la iglesia por la que pasaban nuestros fugitivos, que no despedían más que

un escaso resplandor sobre ella. Sin embargo alguna lámpara moribunda echaba acá y allá una luz trémula, que servía más bien para denotar las distancias de aquella larga perspectiva que para alumbrarla; y no se oía el menor ruido que se hubiera propagado bajo las bóvedas de aquel solitario recinto.

Llegaron a una puerta lateral que se comunicaba con la gruta en que se guardaba la imágen de nuestra Señora del Carmen. La luz, conservada en el subterráneo, sobresaltó a los fugitivos que comenzaban a retirarse, cuando adelantándose Gerónimo, les aseguró que no había ninguno en la capilla en que ardían las lámparas noche y día.

Aquietados con esplicacion, prosiguieron su marcha por la gruta, en que su conductor, después de haberlos hecho entrar en el recinto de la roja que cerraba la estatua de la Virgen, los condujo al extremo de la gruta cuyo terreno, que iba bajándose mucho, les dejó ver una puertecilla a lo último. Mientras que Elena se atemorizaba con esta vista abrió Gerónimo la puerta; y descubrieron más allá un paso angosto y tortuoso abierto

en peña viva. Iba el lego por delante; pero participando Vivaldi de los temores de Elena se detuvo a la entrada; y preguntó à Gerónimo, diciéndole: ¿A donde nos lleva V.

—A donde Vds. deben ir, le respondió el lego con una voz sorda; respuesta que aumentó los sobresaltos de Elena, y que inquietó à Vivaldi mismo, el cual dijo à Gerónimo: Me he entregado à la direccion de V. y confiándole lo que me es mas querido que mi propia persona; si V. me vende, añadió mostrando una espada corta que el traia encubierta bajo su vestido de peregrino, su vida de V. me es responsable. Si los designios de V. son perfidos, deténgase y arrepiéntase: porque no saldrà V. vivo de este sitio.

—Me amenaza V.,! dijo el lego, cuya fisonomía se volvía mas tétrica. ¿De que utilidad podria serle à V. mi muerte? ¿Ignora V. que no hay un religioso en esta comunidad que no acudiera à vengarme?

—Sé únicamente, replicò Vivaldi, lo que haré de un traidor, si es que V. lo es, y defenderè a esta señora con peligro de mi vida

contra todos los religiosos de V. Cuento V. con ello, y pórtese con arreglo à la resolucion que estoy comunicándole.

Acordóse en aquel instante, Elena de que en vista de la descripcion que Olivia le habia hecho, aquel paso de ser el que conducia al *in pace*, que ella le habia dicho hallarse situado en un lugar apartado y distante de la comunidad. Pensó ella que Gerónimo les hacia traicion, se negó a ir mas, y le dijo: si el designio de V. es honrado, ¿porque no nos lleva a alguna puerta del convento? ¿Porque nos conduce por este laberinto subterráneo?

—No hay mas puerta que la principal, respondió Gerónimo, por la que Vds. puedan salir sin dar estos rodeos; y este es el único paso que puede conducirlos fuera del recinto del convento.

—¿Porque no saldriamos por la puerta principal? dijo Vivaldi.

—Porqué esta cercada de legos y peregrinos; ¿y qué seria de esta señora, aun cuando V pudiera pasar por medio de ellos? Pero V. ha sabido, caballero todo esto con anticipacion, y se ha fiado voluntariamente de mí

El salir hacia unas peñas a muy corta distancia. He peligrado bastante hasta aquí, y no quiero ya perder el tiempo; si V. no se determina a seguirme, le dejo, y saldra V. del apuro como pueda.

Acompañó su discurso con una amarga riza, é iba a cerrar otra vez la puerta, cuando sobresaltado Vivaldi de las consecuencias que podia tener la amenaza que el habia hecho al lego, y algo aquietado con la indiferencia misma que este mostraba a verlos entrar en el paso ó reusar seguirle, se esforzó a apaciguarle y alentar a Elena, y logró ambas cosas.

Al seguir Vivaldi en silencio los circuitos del paso, no se hallaban tan desvanecidos sus temores que dejara de prepararse para la vengaza; y teniendo a Elena con una mano, empuñaba con la otro su espada.

Aquel paso era largísimo; y antes que hubiesen llegado al otro extremo, oyeron resonar algunos canticos a corta distancia en los riscos. Oigamos, dijo Elena, ¿de donde vienen esos sonidos?

—De la gruta que acabamos de dejar; dijo Gerónimo. Por ello veo que es media

noche. Es la última antifona de los peregrino en la capilla de la Virgen. Dése V. prisa, caballero; pues tengo precision de irme.

Echaron de ver entonces los fugitivos que les estaba cortada la retirada, y que si hubieran tardado mas tiempo en dejar la gruta los hubieran cogido los peregrinos. Tambien discurrieron que era posible que alguno de ellos entrara en el paso, y los cogiera en él. Luego que Vivaldi hubo dado á conocer sus temores, le dijo el lego con una desdeñosa sonrisa esté V. sosegado sobre eso; porque este paso no es conocido de forastero ninguno; sino de nosotros únicamente.

Cesaron por fin las dudas de Vivaldi, cuando le aseguró el lego que aquellas en que estaba abiertas la gruta; y él mismo imagino que ella servia para llevar a la capilla subterranea las cosas necesarias para mantener la supersticiosa admiracion de los devotos.

Continuando su marcha, oyeron tambien el sonido de las campanas, que llegaba a ellos débil y sordo al través de la peña. Este es el primer toque de maitines, dijo Geronimo con visos de sobresalto. Me es preciso dejar á Vds.,

apresúrese V., Señora. Instancia bien inútil en aquel momento, en que Elena doblada ya el paso; por que habia descubierto al estremo una puerta, que ella creia deber ser la salida tan deseada que la sacaria del convento; pero, al adelantarse, reconoció que estaba distante todavía la puerta; y en su transito, echó de ver otra medio abierta que presentó á sus ojos un cuarto abierto en la roca, en que vió una débil luz.

Sobresaltado Vivaldi preguntó, despues de haber pasado, si habia alguno en aquel cuarto pregunta á la que hizo Gerónimo una equívoca respuesta: pero vieron luego una puerta cimbrada al remate del paso. Se apresuraron animándolos la esperanza, y habiendo llegado á la puerta, se desvanecieron sus temores. Gerónimo dió el farol á Vivaldi, y se dispuso á abrir la puerta, mientras que Vivaldi preparaba el premio con que queria recompensar el importante servicio que le hacia el lego. La puerta no podia abrirse, y volviendose Gerónimo, dijo secamente. Temo que estemos descubiertos, astá echada la segunda cerradura, y no tengo mas que la llave de la primera.

—Estamos descubiertos! replicó Vivaldi con un tono firme, pero no crea V., hermano, que le salve su disimulo. Estoy viendo por quien estamos descubiertos. Acuértese V. de lo que le he dicho, y considere tambien si le va algun interes en perdernos.

—No engaño á V. caballero, le dijo Gerónimo, jurándole por cuanto tenemos de mas sagrado que no he cerrado yo la cerradura de esta puerta cuya llave me falta, y que la abriria yo si pudiera hacerlo. No hace una hora que estaba todavía abierta y me extraño tanto mas de verla cerrada, cuanto que los religiosos vienen rarísima vez aquí. Temo que hayan venido en virtud de algunas sospechas, y para inteceptar la evacion de Vds.

—La esplicacion de V., hermano, podria pasar en una ocasion de menor gravedad que esta. Abra V., pues esa puerta, ó dispóngase á todo. Por mas valor que dé yo á mi vida no abandonaré á esta señora a los horrores con que ella debe contar en el convento de que sale.

Recobrando Elena fuerzas, trató con ahinco de aplacar la indignacion de Vivaldi, de

atajar las violencias a que podian moverle sus sospechas, y de lograr de Gerónimo que abrian la puerta. Signióse a sus esfuerzos un largo altercado; pero al cabo la inocencia o ardid del lego apaciguaron a Vivaldi, que emprendió entonces descerrajar la puerta. a pesar de las representaciones de Gerónimo sobre la inutilidad de sus tentativas, y el peligro a que se esponia él mismo, si llegaban a saber que su auxilio habia concurrido a descerrajarla.

La empresa era efectivamente inejecutable; pero no viendo Vivaldi otro medio ninguno de salud, no podia desistir de ello. Toda posibilidad de volver atras estaba perdida, por hallarse llena la gruta é iglesia de peregrinos y devotos que aguardaban el oficio de la mañana.

Pareció sin embargo que Gerónimo conservaba la esperanza de salvarlos; pero tenia para esto por necesario que permaneciesen ocultos en el paso todo lo restante de la noche, y quizas el siguiente dia. Por último; quedó convenido que volveria é la iglesia para examinar si habia alguna posibilidad de hacerlos

salir, sin ser reconocidos, por la puerta principal y despues de haberlos llevado al cuarto en que habian visto una luz se marchó.

Durante algun tiempo despues de su partida conservaron los fugitivos alguna esperanza, pero fué minorandose á proporcion que se diferia su vuelta, y su temor al cabo fue sumo. Informada Elena por Olivia de la suerte que la esperaba, y no queriendo aumentar el horror de la situacion de Vivaldi haciéndole sabedor de esto, disimulaba sus terrores. Las sospechas de una perfidia, por parte de Gerónimo, le ocurrían con mas vehemencia en el animo. El ambiente frio, y el fétido olor de aquel cuarto le daban visos de una bóveda sepulcral; parecíale á Elena que aquella pieza correspondia con la descripcion hecha por Olivia de la prision en que habia muerto la religiosa á quien ella iba á consolar; estaba cortada en la peña, sin tener mas que una abertura enrejada en lo alto de la bóveda para dar entrada a algun aire, y los únicos muebles suyos eran una mesa, un banco y una lámpara que despedía un pálido resplandor solamente. Era cosa estraña que se

hallara allí encendida una lámpara, hecho que Gerónimo no había explicado, y que era todavía más difícil de entender con arreglo a lo dicho por el de que los religiosos venían rarisima vez a aquel sitio. Finalmente la reunión de todas estas circunstancias la inclinaba à creer que habían sido conducidos pérfidamente al encierro mismo a que la abadesa la tenía destinada; y quedó tan horrorizado su ánimo con esta idea, que Elena no hubiera podido menos de comunicarla a Vivaldi, a no haber temido los afectos de la desesperación en que él hubiera caído indefectiblemente.

Al entregarse a estas tristes reflexiones, y martirizada por una incertidumbre tan penosa como la desdicha que ella se recelaba, recorría con la vista el cuarto, haciendo por descubrir en este algún objeto que pudiera confirmar ó destruir sus sospechas. Reconoció en un rincón apartado una señal de esta especie que no le pareció equívoca, un jergón que ella discurrió haber sido el lecho en que murió la desdichada reclusa, y en el que creyó estar viendo todavía la impresión dejada por el cadáver.

Mientras que Vivaldi la apuraba para que le explicara el horror que la tenía poseída, llamoles la atención un suspiro que oyeron cerca de sí. Cogió Elena sin reflexión el brazo de Vivaldi; y esperó, enteramente asustada, la repetición del mismo ruido.

--No es una aprensión dijo Vivaldi. ¿Le has oído tú también?

--Sí, dijo ella.

--¿No es un suspiro?

--Sí, pero que suspiro!

--Hay oculto alguno cerca de nosotros dijo Vivaldi; pero desecho todo miedo, pues traigo conmigo la espada.

--Una espada, triste de mí! no sabes..... Pero escuchemos otra vez. Estoy oyéndole.

--Este quejido viene de muy cerca La lámpara despide una tan escasa luz; y la levantó él tratando de alumbrar mejor lo interior del cuarto. Quién está ahí! gritó: pero ninguno respondió, y volvieron a quedar en el silencio de los sepulcros.

--Después de haber escuchado de nuevo por un rato, repuso Vivaldi: cualesquiera que seáis si padecéis, hablad; somos desdichados como

vos, y teneis un derecho á nuestra compasion. Si teneis proyectos hostiles temblad; porque tendreis que luchar contra mi desesperacion.

No respondieron; y llevando entonces Vivaldi la lámpara por todo el circuito del cuarto, reconoció una puertecilla en la roca. Oyó venir de adentro, en el mismo instante, unos acentos parecidos á los de una persona que está orando. Empujó la puerta que no resistió; y vió, con no poco asombro suyo, á un religioso arrodillado delante de un crucifijo, y tan profundamente engolfado en su devocion que no hechó de ver la presencia de un forastero, mas que cuando habló Vivaldi. Era un religioso bastante anciano. La dulzura y melancólico aspecto de su fisionomia, en que todavia se veian algunas reliquias de ardor, cantivaron el animo de Vivaldi, y volvieron algun valor a Elena que le habia seguido.

El religioso, a la vista de ambos, manifestó una sorpresa que no tenia nada de remedado, pero a pesar del aspecto de bondad esparcido en su rostro, temia Vivaldi las preguntas que podian hacérsele, cuando el Padre le dió a entender que era preciso sin embar-

go que él le comunicara lo que venia a hacer en aquel sitio. Alentado Vivaldi con el tono y modales del religioso, y viendo que su situacion era desesperada si no hallaba algunos ausilios en él, dióle algun conocimiento de su situacion y apuro.

Mientras que Vivaldi estuvo hablando, escuchaba el religioso con grande atencion, y miraba compasivo a los infelices amantes. La lastima que le incitaba á dar socorro á estos forasteros, parecia estar luchando en su interior contra alguna poderosa razon que le disuadia de ello. Preguntó cuanto tiempo hacia que Gerónimo se habia ausentado, y dió con tristeza una cabezada, al saber que la puerta del paso se habia hallado cerrada con dos vueltas. —Estais vendidos; hijos mios! y vuestra confiada juventud ha sido el juguete del artificio de una esperta edad.

Estas palabras hicieron correr las lágrimas de Elena y no pudiendo Vivaldi dominar la indignacion que tan horrenda perfidia escitaba en él, no podia prestarle consuelo ninguno.

—Hija mia, prosiguió el religioso, me pa-

rece que os he visto esta mañana en la iglesia; y sois la que protestó contra los votos que querian haceros pronunciar. ¿No conociais pues hija mia, las terribles resultas de semejante resistencia?

--Ay de mí! dijo Elena, no me quedaba mas que la eleccion de dos males.

--Santo varon, le dijo Vivaldi, nunca creeré que pertenezcais al número de los fanáticos que oprimen la inocencia, ó aprueban y auxilian a los que se hacen culpables de esta opresion. Si conocierais las desgracias de esta doncella, os apiadariais de ella y la salvariais; pero no me deja el tiempo libertad para instruiros de ellas. No puedo mas que rogaros con encarecimiento por cuanto el mundo tiene de mas sagrado, que la ayudeis á salir del convento. ¡Si me fuera posible instruiros de los reprehensibles medios á que se ha recurrido para conducirla á esta mansion!... ¡Si supierais que huérfana y abandonada fué arrancada de su casa en medio de la noche; que algunos malvados enmascarados la trajeron aquí a pesar suyo por orden de personas que le son absolutamente estrañas; que no le queda ni si-

quiera un pariente que pueda defender su libertad, y reclamarla de las manos de sus perseguidores! Ah! Reverendo Padre, si supierais todo esto!

Miró el religioso de nuevo a Elena con una tierna compasion, pero silencioso y meditando. Todo eso, dijo, puede ser verdad; pero.. y no prosiguió.

--Os comprendo, dijo Vivaldi. Queriais algunas pruebas; pero ¿cómo dárcelas aquí? Fiaos de mi palabra honrada y si os sentis con algun deseo de socorrernos, ponedlo en ejecucion inmediatamente; si estais vacilante, somos perdidos. ¡Ay de mí! creo estar oyendo ahora mismo los pasos de Gerónimo.

Habiendo acabado de hablar Vivaldi, fué hasta la puerta de la pieza; pero no oyó cosa ninguna. El religioso escuchó tambien al deliberar, mientras que Elena, juntas las manos, y mirándole tan atemorizada como rendida, esperaba y solicitaba su decision.

--No viene ninguno, dijo Vivaldi. Todavía es tiempo, buen religioso apresuraos si queris libertanos.

—Pobre criatura! decia el Padre aparte pero bastante recio para ser oido; ¡en este cuarto! en ese adverso sitio!

—¡En ese horrrrendo sitio! dijo Elena que entendia el terrible sentido de aquella exclamacion. Si en ese cuarto en que pereció una infeliz religiosa, y al que me han traído sin duda para sufrir la misma suerte.

—¡En ese cuarto! repitió Vivaldi con todo el acento de la desesperacion. Reverendo Padre, si estais decidido á socorrenos, aprovechad pues el momento que nos queda. Quizás ahora mismo será tarde, y vuestras buenas intenciones nos serán inútiles.

El religioso que habia mirado con la mayor sorpresa á Elena, cuando ella habia mentado á la encerrada y muerta en aquel mismo parage, se puso pensativo; corrieron de sus ojos algunas lagrimas que él se apresuró á enjugar, y pareció que estaba luchando contra un afecto profundamente oculto en su corazon.

Viendo Vivaldi que sus activas instancias no le decidian, y contando á cada instante con la vuelta del lego, andaba sumamente

agitado por el cuarto; escuchaba despues á la puerta, tras lo cual volvía á implorar la humanidad del religioso; mientras que Elena, tendiendo alrededor de sí con horror y estremecimiento la vista, repetía dolorida: ¡En ese mismo cuarto! en ese adverso sitio! Ah de cuantos martirios no han sido y serán todavía testigos estas fatales paredes!

Procuraba Vivaldi socorar á Elena, y apuraba tambien al religioso para que se aprovechara del único momento que quedaba para salvarla. ¡Cielos! exclamaba, si es descubierta, ni podrá evitar esta suerte tan terrible.

—Me falta valor para deciros, repuso el religioso, cual es la suerte que os espera, no cual será la mia, si consiento en daros auxilio. Pero mis canas aun no me han hecho insensible á los males de mis semejantes; y puesto que está en mi mano el salvaros, venid, hijos míos, salid de esta morada de horror y de desgracias. Los dias que me quedan de vida podre tenerlos infelices por haberos favorecido pero vuestra juventud os promete largos años de felicidad. Los disfrutareis hijo míos. Vamos, seguidme: veremos si po-

dré abrir con mi llave.

Siguieron Vivaldi y Elena los pasos trémulos del anciano religioso, que se paraba con frecuencia para oír si se acercaba Gerónimo ó algun otro cómplice de su perfidia: no se dejó oír ruido alguno en aquella solitaria avenida hasta que hubieron llegado á la puerta, desde la qué oyeron á lo lejos algunos pasos.

—Se acercan, Padre mio, dijo á media voz Elena. ¡Ah! si la llave no abre al punto, estamos perdidos. Sí, oigo sus voces, me llaman con mi nombre; y seguramente han descubierto ya que hemos salido del cuarto en en que el lego nos dejó.

Mientras que el anciano religioso, temblándole las manos, hacia por meter la llave en la cerradura, le ayudaba Vivaldi que animaba tambien á Elena.

Cedió por último el pestillo, y se abrió la puerta saliendo á una llanura de la montaña.

—No me deis gracias por eso, les dijo el buen religioso, pues no os queda tiempo para ello. Voy á cerrar la puerta. Yo de tendré cuanto pueda á los que intente perse-

guiros. Huid modelos de virtud y amor. Mi bendicion sea con vosotros.

Tuvieron Elena y Vivaldi lugar apenas para despedirse de él; volvió á cerrarse la puerta, y dando Vivaldi el brazo á Elena, se dirigieron precipitadamente hácia el parage en que habia mandado se hallase Pablo, cuando al dar vuelta á un ángulo del recinto mayor del convento, descubrió una larga procesion de peregrinos que habia salido por la puerta principal, y que todavía no distaba mucho de ella.

Retrocedió Vivaldi algunos pasos; sin embargo temiendo, si se detenía en las inmediaciones del monasterio, oír las voces de Gerónimo y religiosos salidos en seguimiento suyo, tenia tentaciones de alejarse á cualquier riesgo; pero el único camino que podia tomarse para llegar á la falda de la montaña, estaba ocupado entonces por los peregrinos; y metiéndose en medio de ellos los fugitivos eran seguramente perdidos. Una resplandiente luna les mostraba distintamente todas las figuras de aquellos hombres, cuyo encuentro les interesaba tanto evitar, mientras que

ellos mismos iban andando á la sombra de las paredes. Luego que se hubieron hallado á alguna distancia de los romeros, echaron por un ribazo plantado de palmas; y llegaron á la falda de una cadena de riscos en que podian encontrar un refugio pasagero. Estando entonces mas apartados del monasterio se mantuvieron ocultos, hasta que atravesando la procesion de los pelegros los sotillos, y siguiendo los circuitos de la montaña, estuvo algo distante. Tendian á menudo la vista hácia el convento, temiendo ver salir de él á algunos hombres pertrechados de hachones para buscarlos, y animábanse uno á otro para la prosecucion; pero todo permaneció sosegado, no se dejó ver luz ninguna, y comenzaron á tranquilizarse.

El canto de los Romeros llegaba hasta ellos por medio de un aire suave, y elevábase hacia el cielo limpio de nubes. No se mezclaba sonido extraño alguno con el del himno santo; y entre los versículos oian solamente el susurro del viento en las ojas de los árboles.

Suavizados aquellos cánticos con la distancia y traídos por un vientecillo, parecia ser la

música de los espíritus celestiales, recorriendo de noche las cimas de las montañas, y correspondiéndose unos con otros, mientras que visitan cada uno de ellos los dominios confiados á sus solicitudes, y velan sobre el mundo adormecido.

— ¡Cuántas veces, Elena, dijo Vivaldi, caminaba errante a esta misma hora alrededor de tu morada dichoso con el solo pensamiento de hallarme próximo a tu persona! Descansa ella, decíame yo interiormente, dentro de ese recinto que es el mundo entero para mí, mientras que todo lo demás es a mis ojos un desierto. Gozo ahora de tu presencia: te tengo a mi lado: no permitas ya que los caprichos del destino no separen, y déjame conducirte a la presencia del omnipotente, para que su santa bendición nos una para siempre.

Dejandose llevar Vivaldi de un interés mayor, olvidaba así el respetuoso silencio que se habia impuesto a sí mismo, hasta que Elena fuera dueña de sí misma y en seguro lugar.

— Este momento, le dijo ella, no es propio para semejante conversacion, pues estamos to-

davia a las orillas del abismo.

Vivaldi se levantó con precipitación. ¡Ah! tienes razón, mi locura alarga el peligro de tu situación. Te detengo en la proximidad de esa fatal morada, mientras que los peregrinos están ya bastante apartados para permitirnos la continuación de nuestro camino.

Al hablar en esta forma, bajaban con precaución por medio de las peñas, mirando tras sí a menudo hacia el convento en que no veían luz ninguna, y cuyos campanarios y grandes vidrieras la luna les hacía distinguir todavía. Creyó Elena ver una luz en sus torrecillas por un instante, y discurriéndose que las religiosas, y la abadesa misma quizás, estaban allí en busca suya, experimentó un nuevo terror, y precipitó su paso.

Llegaron por último los fugitivos sin contratiempo alguno a la falda de la montaña, en que hallaron a Pablo con los caballos. — ¡Ah! querido amo, exclamó; cuán feliz soy en volver a hallar a V. sano y salvo! Empezaba a temerme, al verle a V. retenido por tanto tiempo, que los frailes le hubiesen encerrado para obligarle a hacer penitencia lo restante de su

vida. ¡Cuanto me alegro de ver otra vez a V.!

— No es menor mi alegría de volverte a encontrar, querido Pablo. ¿En donde está el capotillo de peregrino que te di el encargo de proporcionarme?

Diósele Pablo; y habiendo arropado con él Vivaldi a Elena, la montó a la grupa y tomaron el camino de Napoles, por proponerse Elena ir al convento de la Piedad. Temiendo sin embargo Vivaldi que los siguieran mas bien en aquel camino que en cualquiera otro, resolvió dejarlo luego que pudiera hacerlo, y dirigirse á Vila Altieri por rutas apartadas.

Halláronse luego en el tremendo paso por el que había llegado Elena al monasterio, y cuyo aspecto era mas espantoso de noche. La luna no alumbraba mas que escasamente, e dejaba en las tinieblas el principio, y el camino mismo que pasaba bajo peñas elevadas y pendientes, pero la alegría de Pablo no se dejaba dominar por el aspecto de aquellos silvestres sitios. Dabase a sí propio y a su amo el parabien de haberse libertado de los frailes; y pudiendo su alborozado júbilo, re-

pedido por los ecos, descubrir su huida, se esforzó Vivaldi a sosegarle y refrenarle.

—Obedeceré à V. señor; pero tengo tan lleno de regocijo el corazón, que no me sería posible aligerarle mas que cantando. Era terrible seguramente la situación en que nos vimos en el cuarto subterráneo de Paluzzi; pero no era nada en comparación de esta, en la que yo tenía la desgracia de estar separado de V. Podía ser degollado V. mil veces, mientras que me hallaba yo sosegadamente tomando á la luna el fresco en estas montañas, sin recelarme de cosa ninguna.

—¡Pero señor, que estoy viendo allá en el cielo! Tiene esos visos de un puente; y cabalmente encaramados tan alto, que no parece posible que ninguno haya pensado en construirle tan lejos de todo camino frecuentado por los hombres, à no ser que haya querido servirse de él para pasar de una nube á otra; porque no da tentaciones de trepar á él para tener el gusto de pasearse por encima.

Elena reconoció en realidad el puente que ella había pasado con tanta inquietud.

Estaba en el aire, estribando por sus dos extremos sobre algunos peñascos encumbrados, y suspendido sobre el torrente, cuyas aguas corrían entre las peñas por un profundo abismo. Uno de los peñascos elevados y la parte del puente que descansaba encima, estaban, en una profunda obscuridad; pero el otro cubierto de árboles y arbusto, y las aguas que bramaban por debajo, se hallaban fuertemente alumbrados.

En los fondos se distinguían plantas cubiertas de espuma que contrastaban con la negrura de las que cubrían la orilla opuesta. Ultimamente mas allá del arco del puente, se vislumbraba una estensa perspectiva al través de una niebla húmeda.

—Vamos a ver, exclamó Pablo, lo que la curiosidad puede hacer, y si hubo alguno harto loco para pasar por este puente.

Vió Vivaldi entonces a algunos hombres sobre él; y como no le era posible distinguirlos bien; concibió grandes temores al pensar que algunos peregrinos que iban á la Virgen del Carmen podían informar a las gentes del convento, de la ruta que Elena y él mismo ha-

bian tomado. No habia medio de evitar su encuentro sin embargo, por estar abierto el camino entre los riscos cortados perpendicularmente de un lado y el precipicio de otro y poder apenas dar paso a dos caballos de frente.

Etelos aquí que han pasado el puente sin caer en el precipicio; dijo Pablo. Pero, ¿a dónde van? y nos conduce tambien al puente el camino en que estamos? ¿Tenemos que ir marchando tambien por los aires? Se me vuelve la cabeza con el ruido de ese torrente. Es profunda la obscuridad bajo esas peñas que parece que van a caer sobre nosotros. No puedo uno verlas sin estremesarse. A fé mia, señor, que no habia necesidad de amortiguar mi alegría; porque carezco ya de ella.

—No he querido atajar tu alegría, sino tu habladuría, querido Pablo. Calla. Esas gentes se nos acercarán ahora mismo, a pesar de que no las vemos todavía.

—¿Qué? señor, dijo tristemente Pablo, nos conduce pues este camino al puente? Y en efecto, he aquí que esas gentes le han pasado acaban de dar vuelta a aquella peña, y se

adelantan hacia nosotros,

--Silencio, dijo Vivaldi; son peregrinos. Mantengámonos oculto bajo esa peña hasta que hayan pasado; porque una palabra puede perdernos. Si nos hablan ellos debo responderles yo solo.

--Será obedecido V., señor.

Los fugitivos se colocaron al lado de las peñas; y se adelantaron sin ruido, hasta que estuvieron bastante próximos a los peregrinos para oír sus voces.

--Sirve de consuelo, dijo Pablo, el oír unos dichos alegres en un sitio tan triste. Bendígalos Dios! Tienen trazas de ir de función; pero no estaban tan alegre ahora mismo.

--Te olvidas luego, Pablo, dijo Vivaldi vivamente...

Descubriendo los peregrinos a los viajeros callaron repentinamente, hasta que el que parecia capataz de la cuadrilla les dijo: Dios y la Virgen del Carmen guien á Vds. Lo que repitieron todos los otros a coros.

—Conduzcaos Dios tambien, dijo Pablo, y la Virgen del Carmen. De allá venimos, ya está dicha la primera misa.

--Ah! vienen Vds. pues de alla ahora mismo, dijo uno de los peregrinos, podran Vds. decirnos...

--Ah! dijo Pablo, pobres peregrinos como vosotros no sabemos nada. Buenos dias, compañeros; he aquí que ya viene el alba.

Se incorporó con su amo que habia tomado la delantera con Elena, y que le riñó por su indiscrecion.

--Gracias a Dios, dijo Vivaldi, estamos ya libres.

--Sí, señor, dijo Pablo, no tenemos ya mas que pasar el puente, y espero que lo conseguiremos.

Se hallaban entonces a la entrada de él; y en el momento de pasar sobre aquellas tablas temblonas, y de estender la vista estremecidos sobre el abismo que tenian debajo de sus pies, oyeron a otra cuadrilla en el camino que ellos acababan de dejar, cuyas voces se mezclaban con el ruido del torrente.

--Sobresaltada Elena instó a Vivaldi para que doblara el paso.

--Son tambien peregrinos, dijo Pablo. Unas

gentes que vinieran persiguiendonos no se darian a conocer con tanto bullicio; pues temerian ser oidos.

Los viajeros continuaron adelantándose con tanta celeridad como el mal estado del camino se lo permitia; pero volviéndose Pablo, descubrió a dos personas arrojadas con sus capas que marchaban a orilla del camino, y seguian de muy cerca su caballo. Estaban ya al lado suyo, antes que él pudiera dar aviso á su amo.

--¿Vienen Vds. de la Virgen del Càrmen? dijo una de ellas.

--Volviose Vivaldi, y preguntó quien hacia aquella pregunta?

--Un pobre peregrino, le respondieron, que se halla muy fatigado del camino que ha hecho por estas peñas, y que apenas puede tenerse sobre sus piernas. ¿Querria V. apiadarse de él, y darle su licencia para que suba por un rato en su caballo?

Por mas compasivo que Vivaldi fuera con las penalidades de sus semejantes, no podian dar oidos a este afecto en aquel instante sin esponer la seguridad de Elena.

Aun creyó distinguir alguna falsedad en tono del desconocido que le hacia esta solicitud y se aumentaron sus sospechas, luego que el pasajero, sin desanimarse por su negativa, le hubo preguntado a donde iba, y propuesto caminar en compañía suya. Estas montañas dijo, estan infestadas de ladrones, y una numerosa compañía corre menos peligro de su asaltada.

—Si V. esta cansado, le dijo Vivaldi, ¿como podria seguir el paso de mi caballo y como tambien ha podido alcanzarnos?

—Nos ha dado alas el temor de los bandoleros.

—No tienen Vds. nada que temer si quieren aflojar el paso; porque esta en el camino una crecida cuadrilla de peregrinos, y en breve les alcanzara a Vds.

Puso Vivaldi fin a la conversacion dando de espolazos a su caballo.

La contradiccion que habían entre las quejas de aquellas gentes y la ligereza con que caminaban, infundió serios temores a nuestros fugitivos; pero queda-

ron desvanecidos luego que se separaron del camino real de Nápoles, y tomaron otro poco transitado, que dirijia á Aquila por el Oeste.





CAPÍTULO XII.

Desde la cima de una montaña el primer albor del día descubrió á lo lejos á los viajeros el lago de Celano, cuyas refulgentes aguas bañan las faldas de los Apeninos por el mediodía. Vivaldi creyó que era cosa prudente dirigir su marcha hacia aquel punto, por hallarse el lago tan distante de la carretera de Nápoles, igualmente que del convento de San Estevan, en el que podia li-songearse de encontrar un asilo seguro ó en sus cercanias, consideraba tambien que en los infinitos monasterios inmediatos al lago, le seria facil hallar una sacerdote que tuviera á bien casarle con Elena. si esta se avenia à elló.

Los viajeros atravesaron un terreno plantado de olivos; y algunos aldeanos que trabajaban en los campos, les indicaron un camino que conducía de Aquila á Celano. Era este camino del corto número de los que atraviesan las montañas que encierran el lago por dos o puestas lados. Habiendo bajado al llano, respiraron con el aire de la madrugada, el olor de los naranjos y arrayanes que le cubren. Veíanse diversos bosquecillos de estos fragantes árboles esparcidos en el valle, y esperó Vivaldi que Elena hallaría refrigerios y descanso en la cabaña de algun aldeano.

Pero estaban desamparadas ya las cabañas pues se habian ido los aldeanos á sus faenas. Atravesaron aquella llanura, y se hallaron en unas montañas cubiertas de ganados, que parecian las plantas aromaticas que allí crecen con grande abundancia.

—Señor, dijo Pablo, oigo, á mi entender, á un Pastor tocando el oboè; y si no me engaño podrá hallar la señora allí algun refrigerio.

Habiendo aplicado el oido, distinguieron efectivamente un oboè y tamboril muy cerca de sí.

Dirigiéronse hacia el sonido, y llegaron á avistar una casilla á que un grupo de almendros hacia sombra: era una lechería perteneciente á algunos pastores, desde la cual ellos podian velar sobre sus rebaños. Estaban sentados á cierta distancia bajo la sombra de algunos castaños, y hacian oír sus rústicos instrumentos; espectáculo digno de los zagales de la Arcadia, y que se presenta con frecuencia en las sierras del abruzo. La sencillez de sus toscas y bravías costumbres se templaba con una genial hospitalidad. El capataz de ellos, hombre respetable, salió al encuentro de los forasteros; é informado de sus necesidades los llevó á la lechería, en que la nata, queso de leche de cabra, miel olorosa de aquellas montañas é higos secos, les fueron presentados con obsequiosa diligencia.

Elena, mas abrumada de sus zozobras que del cansancio de la vispera y noche, despues de haberse desayunado se recogió para tomar algun descanso. Se sentó Vivaldi en un banco á la puerta, y Pablo de centinela bajo la sombra de diversos almendros, almorzó pen-

sando en los diversos acontecimientos que acababan de ocurrir.

Habiendo parecido otra vez Elena, hizo Vivaldi la propuesta de dejar pasar el calor del día antes de volver á ponerse en camino, y como él la creía entonces en un lugar de seguridad por algun tiempo, renovó sus instancias sobre la materia que tomaba mas á pechos haciéndole presente los riesgos á que ello podian verse espuestos todavía, si no se unian por medio de la ceremonia matrimonial.

Pensativa y abatida Elena, oyó silenciosa los argumentos é instancias de Vivaldi. Convino ella en lo adecuado de sus reparos, pero se ciñó á la falda de miramiento que ella tendría que afearse á si misma, y al desdoro á que se sujetaría introduciéndose en una familia que no solamente le habia dado á conocer sin disimulo su aversion á ella, sino que tambien la habia tratado con igual injusticia, proyectando ejercer con ella la mas horrenda barbarie. Confesaba que estas postreras circunstancias la eximian de todo miramiento y ge-

nerosidad para con unos enemigos tan crueles, y que no tenia que consultar mas que la felicidad de Vivaldi y la suya; pero no podia abrazar con precipitacion un partido de que dependia la suerte de su vida toda, y trayendo á la memoria de Vivaldi, con las espresiones de la ternura y gratitud, la aficion que ella le habia dedicado, le instó que considerara la fuerza de los motivos que suspendian su resolucion.

—Tu mismo lo decidirás, añadió ella. ¿Debo darte mi mano cuando tu familia, tu madre?..... Hizo una pausa, se puso sonrosada, y prorumpió en lagrimas.

—No llores, dijola Vivaldi, ese llanto me desespera, y mucho mas la memoria de los motivos que le dan origen. ¡Ah! no me nombres á mi madre cuando te veo llorar; ni me traigas á la memoria que su injusticia y crueldad te habian preparado la mas horrenda suerte.

Alterábasele á Vivaldi el rostro, mientras que estaba hablando en esta forma, se levantó, anduvo á pasos largos por el cuarto, y despues bajó á los árboles fronteros de la puerta.

Se volvió algo mas sosegado de allí á un rato. Sentóse al lado de Elena, y tomándola la mano, la dijo en tono grave y con el acento de la mas profunda ternura: bien sabes lo mucho que te amo. Hace algun tiempo que me lo prometiste solemnemente en presencia de la que ya no existe en la tierra, pero que está mirandonos de lo alto... de la que te puso bajo la custodia de mis tiernas solicitudes, de la que te dejó para siempre bajo la salvaguardia de mi amor y ternura... For esta confianza que ella me mostró, y que debo sernos sagrada, por estas tristes y tiernas memorias, te ruego encarecidamente que no me abandones á mi desesperacion, ni en tu justo resentimiento sacrifiques el hijo á la cruel y falsa politica de la madre: porque tú y yo no podemos preveer cuantos lazos hallaremos al paso, luego que se sepa que no estás ya en San Estevan. Si tardamos en unirnos con vínculos indisolubles, conozco que voy á perderte para siempre.

Conmovida vivamente Elena, no se halló por algun tiempo en estado de responder. En-

jugándose por último las lágrimas, dijo á Vivaldi. El resentimiento no puede tener parte alguna en mi resolucion; ninguno tengo contra la marquesa cuando pienso que es tu madre; pero la elevacion de animo insultado tiene derechos que no puede olvidar; y estoy quizás en unas circunstancias que me imponen la obligacion de abandonarte.

—¡Abandonarte!... interrumpió Vivaldi. ¿tendrás valor para dejarme en la mas cruel desesperacion? Despues de haber renunciado á mis bienes, á mis honores, huido de mis padres, poner en tus manos mi existencia, y lo que es mas, haber jurado ante el Omnipotente y en presencia de tu tia Emuchí que sería yo tu tierra y quando esposo, ¿tomaras la resolucion de dejarme abandonado? ¡Oh Elena! Elena!...

Un amargo llanto inundó sus ojos, bañando las manos de Elena; la que miraba con la mas viva ternura á Vivaldi.

La conmovion con que el pronunció e las palabras alento de nuevo la ternura de Elena; la que, olvidando la circunspeccion que se habia

impuesto a sí misma y sus medio formadas resoluciones, le dijo sonriéndose con una indecible dulzura:—No quiero entregarme en esta ocasion al temor ni esperanza; quiero obedecer á la voz del reconocimiento y aficion, y creo que no podré abandonarte, mientras que tu corazon no se haya mudado para mí.

—¿A que fin, dijo Vivaldi hablar de reconocimiento? y a que fin esa inútil restriccion, *mientras que mi corazon no se haya mudado?* ¡Que! ni aun tienes arrancada esta seguridad, debil sustentáculo de mis esperanzas! ¡Ah! Elena, ¿puede haber amor sin esperanza ni temores? Jamas, jamas. Me dominan estos afectos alternativamente y se siguen entre sí con tanta rapidez, y una palabra de tus labios, una mirada de tus ojos les comunican tanta vehemencia, que me hacen sucesivamente el mas afortunado é infeliz de los mortales. ¿A qué fin últimamente hablas de reconocimiento, de este afecto tan frio que cierra tu pecho al único que de tí solicito? No Elena, no castigues en mí las crueldades de mi madre.

—¿Cuanto te equivocas! Vivaldi, dijo Elena ¡Te tengo dadas ya tantas pruebas de mi aficion! Si dudaras de ella todavia, deberia yo respetarme bastante a mi propia para no apurarte mas a creerla.

—¿Qué serenidad! qué frialdad! que prudencia! que circunspeccion! esclamo Vivaldi en tono de reconvencion: pero no quiero disgustarte. Disimúlame el haber renovado semejante materia en este momento, Era mi ánimo permanecer silencioso hasta que estuvieras en mas seguro sitio; pero ¿cómo mantenerme en este propósito con la inquietud que carga sobre mi corazon? ¿Qué he ganado sin embargo en desistir de él? un colmo de angustias dudas y temores.

—¿Porqué te obstinas en martirizarte á tí mismo? dijo Elena. No puedo sufrir que dudes de mi inclinacion ni aun por un instante: y ¿como puedes creer que sea capaz de mostrarme insensible a la tuya, de echar en el vido los peligros que has corrido voluntariamente para sacarme de mi prision, y de cesar de estarte vivamente agradecida?

—Y eso es cabalmente lo que no puedo entender, ¡la gratitud, la memoria de un favor! Digas mas bien que me aborreces, y no burles mis esperanzas manifestandome un afecto tan frio, tan reducido como el de la gratitud, efecto del deber.

A este tiempo llegó Pablo, y con un aire misterioso se acerca, y dijo en voz bapa: señor, ¿a quien es parece que he visto subir aquella cuesta? A los dos carmelitas descalzos que nos alcanzaron al pasar por Chiari. Los dejamos en el monte; pero no hay duda, vienen detras de nosotros. Me persuado a que han descubierto el sitio donde nos hallamos.

—Ya los veo, dijo Vivaldi; se separan del camino, y se dirigen aqui ¿Dónde está nuestro huésped? Cerca, respondió Pablo. ¿Le llamo?

—Sí, replicó Vivaldi; si no espera que yo ire a buscarle. Con todo si me ven.... Si señor; pero y si me ven a mí, es lo mismo. El apuro es grande: si llamamos al amo nos descubrimos, y si no le advertimos alguna cosa, lo hara él, y de todos modos van a co-

nocernos. Calla, dijo Vivaldi; calla, y déjame pensar un momento. Pablo por su parte buscaba un sitio en que pudieran ocultarse si habia necesidad.

—Llama á nuestro huésped al punto, dijo Vivaldi; quiero hablarle.

—Étele aquí, dijo Elena, que pasa por delante de la celosia; y entró el pastor al mismo tiempo.

—Buen amigo, le dijo Vivaldi, ruego á V. con todo empeño que no dé entrada en su casa a aquellos dos frailes que ve venir hacia nosotros, y haga de modo que ellos no sepan á quienes tiene V. hospedados. Nos han inquietado é incomodado ya en el camino. Le resarciré á V. de lo que pueda perder en no recibirlos.

—Amigo, dijo Pablo al anciano, con licencia de su merced no podra V. perder nada en no recibirlos, y si en recibirlos; y para decirselo todo á V; porque mi amo es sumamente discreto, nos hemos visto precisados á estar muy alerta mientras que hemos ido en su compañía; y sin ello hubiéramos podido

hallar algo aligeradas nuestras bolsas. Son, créame V.; gentes diestras, y estoy cierto que son ladrones disfrazados. Su habito favorece sus miras en esta temporada de romerías. Hagase V. el serdo si le piden el favor de entrar en su casa, y obrara V. cuerdamente luego que hayan pasado, en mandar seguirlo hasta que se haya desembarazado de ellos, ó podra V. por cierto hallar de ménos alguna de sus bestias.

—El anciano pastor levantó sus manos y ojos al cielo, y dijo: Lo que es el mundo. Doy a V. gracias por sus consejos; no pasaran el umbral de mi puerta; porque, a pesar de todo su exterior de santidad, he dicho siempre *no* a las gentes de su ropage desde mi juventud y toda mi vida; y puede V. ver en mi cara que hace mucho tiempo... ¿Qué edad me daría V. ciertamente? Apostaría yo algo que se equivocará en menos; porque en nuestras sierras...

—Pues bien, dijo Vivaldi, diré a V. lo que me parece de ello, cuando V. haya apartado a esos religiosos, despues de haberles dado,

si gusta algun refrigerio por defuera de la casa. Ételos aquí mui proximos a nosotros de-se V. prisa, amigo.

—Si ellos pensarán en querer maltratarme por la resistencia mia á recibirlos, vendria V. a mi socorro, ¿no es verdad? porque se hallan muy lejos de aquí mis mozos.

—No dude V. de ello, dijo Vivaldi; y se salió el pastor de su casa.

Páblo se aventuró a mirar al traves de la celosía. Dan vuelta al rededor de la casa, dijo, pero no veo nada. Hay quizas otra ventana! ¿Que necias gentes en no hacer agujero ninguno cerca de la puerta! Escuchemos.

—Son ciertamente unos espías enviados del convento en seguimiento nuestro, dijo Elena, ¿en tanto grado los tenemos siempre a la vista! Si fueran verdaderos peregrinos, no los traería su ruta a este pais yermo, a lo menos formarían entonces una cuadrilla mas crecida. Los habrán enviado tras de nosotros, y les habrán informado de nuestro camino los peregrinos que hemos encontrado.

—Obraremos prudentemente, dijo Vivaldi,

en conducirnos con arreglo a esa suposición; pero aunque puedan ser unos emisarios de San Estevan, es muy posible también que sean únicamente religiosos que vuelven a algún convento situado sobre el lago Celano.

—No oigo una palabra dijo Pablo á su amo; le suplico a V., señor, que aplique por sí mismo el oído. Esta puerta no tiene una rendija que pueda servir de consuelo.... Si en algún tiempo edificio, habrá una ventana cerca de la puerta.

—Silencio, silencio, añadió, que se acercan; y apoyándose de espaldas contra la puerta, dijo: Podéis llamar, amigos, hasta que os dueñan los puños: aporread mientras que os agrade que sera trabajo en balde.

—Silencio, dijo Vivaldi. Sepamos en todo caso quienes son: y oyeron por defuera la voz del anciano pastor que les dijo: Han partido, pueden abrir Vds.

—¿Qué camino han tomado? preguntó Vivaldi al abrir.

—No puedo decirselo a V., caballero, á causa de haberlos perdido de vista.

—Por mi parte, dijo Pablo, los he visto encaminarse hacia aquel monte de allá arriba.

—No hay, amigo, dijo Vivaldi, albergue ninguno entre su casa de V. y el monte, en que puedan ocultarse? Han ido quizás al monte.

Haciendo Pablo á su amo una seña con los ojos, dijo al anciano: Lo que V. dice es muy verosímil, y puede estar seguro de que se quedan ocultos allí para algún mal designio: hará V. bien en enviar á alguno que observe, pues su rebaño podria resentirse de la proximidad de semejantes miscalas. Sus designios no son seguramente buenos.

—Escasamente vemos de esas gentes en nuestra tierra, replicó el pastor; pero si estos hombres llevan malas intenciones, hallarán horma en su zapato. Al concluir estas palabras, descolgó del techo una bocina, de la cual sacó un sonido penetrante que los ecos repitieron, y que hizo acudir á los pastores jóvenes de todas las cabañas inmediatas.

—Amigo, le dijo Vivaldi, no tenga V. miedo alguno por sí. Le salgo por fiador de que esos hombres no quieren mal sino á nosotros

solos, pero como tengo fundamentos para desconfiar de ellos, y no quisiera hallarlos otra vez en mi viage, daré una propina al mozo de V. que quiera hir hacia Celano, y descubrir si estan emboscados en aquel camino.

El anciano consintió en ello, y dió Vivaldi sus instrucciones á un mozo.

—No vuelvas, le dijo Pablo, sin que los hayas hallado.

—No, respondió el mozo, y les prometo traerlos otra vez aquí sanos y salves.

—No es eso, amigo. Guárdate de volverlos á traer; es menester únicamente que reconozcas en donde están, y observes á donde se dirigen.

Habiendo partido el jóven, no dejaban de formar conjeturas acerca de los frailes. Vivaldi se inclinaba todavía á creer que eran honrados peregrinos que se volvian á sus casas; pero Pablo era de opinion diametralmente opuesta. Vienen siguiéndonos, no lo dude V., tienen algun proyecto malo, de otro modo, despues de haber descubierto esta cabaña, no se hubieran apartado de ella.

—Si tienen, dijo Vivaldi, el proyecto malo de que hablas, es menester que nos hayan descubierto tambien, y tomado este camino retirado para seguirnos; pero entonces, al llegar aquí, hubieran solicitado entrar en la casa, lo que no han hecho. Parece pues que no llevan malos designios contra nosotros, y no creo que los temores de Elena sean fundados.

—¿Qué! Señor, ¿piensa V. que hubieran osado asaltarnos en casa de estas buenas gentes que nos hubieran defendido? Pero, seguros ellos de que estamos aquí, se han vuelto al monte para aguardarnos en el único camino que conduce á Celano.

—¿Cómo es posible que hayan descubierto que estamos aquí, supuesto que ni siquiera se han acercado á la cabaña?

—Se han acercado bastante para su proyecto; dijo Pablo; y, supuesto que es preciso decirlo todo, me han visto al traves de la celosía.

—Nos atormentas por diversion, le dijo Vivaldi. ¿Cómo puedes suponer que, no habiéndote visto mas que á la luna en un opaco va-

lle, han podido reconocerte al través de una eclosia á cien pasos de distancia? Aquíétate, querida Elena, no hay apariencia de razon en lo que Pablo dice.

— Tendria yo á dicha el creerlo, dijo con un suspiro Elena.

— Señora, le dijo Pablo, no hay nada que temer, si ellos pensaran en asaltarnos, tendrian mucho que hacer para lograrlo.

— No temo un asalto á viva fuerza, dijo Elena, sino que pueden cercarnos de trampas, é imposibilitarnos para hacer cualquiera resistencia.

Conociendo Vivaldi la rectitud de esta reflexion, se dió por desentendido á Elena, y se esforzó á reir de sus temores al mismo tiempo que impuso silencio con una ojeada á Pablo.

Volvió el pastorcillo mas presto de lo que se esperaba. Se habia ahorrado las molestias y tiempo; porque se vino sin noticia alguna de ambos carmelitas. Los he descubierto, dijo, en esos bosques, por lo bajo del camino, en el centro. Subí entonces la cuesta; pero los perdí enteramente de vista, y no he encontrado alma

viviente ninguna, escepto mis cabras y algunas bien apartadas del rebaño. Me hacen ellas dar buenas carrreras á veces. Sabe V. señor, que van á menudo hasta lo alto del monte Nuvola sobre la cima de los riscos, que llegan casi hasta las nubes; en una palabra, á unos sitios en que yo no podia trepar sin romperme los cascos: parece que las pícaras lo saben; porque cuando me ven llegar y jadeando, cesan de retozar y brincar, y despues me miran desde la cima de una punta de peñas, tan pacificas y serenas, que parece que se mofan de mi, y como diciendome: Si, cógenos si puedes.

Vivaldi, que durante la última parte del discurso del mozo, habia deliberado con Elena si proseguirian su camino inmediatamente, hizo todavía varias preguntas á los pastores relativas á los dos viageros; y convencido de que estos no habian echado por la carretera de Celano ó que si habian ido por ella, estaban ya muy distantes, propuso partir y marchar sin apresurarse. Añadió: Nada tenemos que temer de esa gente; y temo mucho mas que llegue la noche ántes que podamos entrar en Celano,

por ser quebrado y escabroso el camino, y no conocerle muy bien nosotros.

Habiendo aprobado Elena esta resolución, se despidieron del buen pastor, al que únicamente con sumo trabajo pudieron determinar á aceptar alguna retribucion, y que les dió nuevas instrucciones sobre su ruta, la cual fuè divertida por mucho tiempo con el sonido del tamboril y oboé que llegaba hasta una larga distancia en aquellos sosegados y solitarios parages.

Luego que hubieron llegado al fondo en que el mozo había dicho que había observado á los caracotas, miró Elena con inquietud por todas partes, mientras que Pablo, ya silencioso, ya silvando y cantando para hacerse el sordo al miedo, tendia la vista sobre cuantos chaparros se hallaban en su tránsito, para ver si estaban ocultos allí los temidos frailes.

Después de haber atravesado el valle, conducia el camino á unas montañas cubiertas de rebaños; porque era la temporada en que ellos dejaban las campiñas de la Pulla, para

alimentarse con las plantas aromáticas que hacen famosa aquella tierra. Iba á ponerse el sol, cuando desde la altura á que habían llegado nuestros viquates, se descubrió á su vista todo entero el lago mayor del Celano, con el círculo de sierras que le circundan.

—¡Ah! Señor, exclamó Pablo, qué hermosas vistas! Me recuerdan mi país; son casi tan deliciosas como las de la bahía de Nápoles. No obstante esto, aunque fueran mil veces mas hermosas y amenas no me gustarian tanto.

Los viajeros se pararon para admirar aquel espectáculo, y dar algun descanso á sus caballerías. Reflejándose los rayos del sol en una estension de agua de diez y ocho á veinte leguas de circunferencia, alumbraban las ciudades y numerosas aldeas, los conventos é iglesias que enriquecen las cercanias del lago, los variados cultivos, y las montañas coloreadas con un encarnado purpúreo que forman el fondo de este rico país. Vivaldi hacia reparar á Elena en la encumbrada cima del Velino, que sirve de límite entre los territorios de Roma y Nápoles. Domina su pico sobre todas las alturas

inmediatas, y sus escuetos riscos contrastan con la parte verde del monte Majella, cuya cumbre está coronada de nieves, pero que alimenta tambien numerosos rebaños hacia el poniente; y se eleva desde los bordes mismos del lago el monte Silviano, poblado de salvia, como su nombre lo indica, derivado de la voz latina de esta planta, y enteramente lleno de selvas y castaños en otros tiempos. Vénse desde allí tambien el monte Corno, disforme horrendo y terrible; san Nicolo, estéril y formado de peñas escuetas, y últimamente al levante una parte de la cordillera de los Apenninos, que cierra el círculo y se aproxima al Velino hacia el oriente.

Le hacian tal impresion todavía á Elena, en medio de sus inquietudes aquellos primores, que dijo á Vivaldi: Mira el reposo de las orillas; el movimiento caduloso de las aguas contenidas en este vasto pilon, y como la gracia contrasta en todas partes aquí con la magestad; y esos deliciosos valles cúbrese de arroz, trigo, viñas y olives, mientras que la palma ostenta su nobleza y primor en las alturas.

—¡Ah! Señora, dijo Pablo, sírvase V. reparar cuan parecidos son estos barcos de pescadores á los nuestros de la bahía de Nápoles esto vale todo lo demás, si se exceptuan esa hermosa agua que vale casi nuestra bahía, y ese monte que sería quizá tan vistoso como el Vesubio, si vomitara tambien fuego como aquel.

—Querido Pablo, no es menester esperar que podamos hallar aquí un monte tan hermoso como nuestro Vesubio en fuego, aunque antiguamente fueron estos otros tantos volcanes, dijo Vivaldi sonriéndose á este rasgo de apego de Pablo á su nativo pais.

—Señor, si arrojaron fuego como el nuestro los veneramos por ello, y los veo con mas gusto; pero nuestro monte es único en el mundo. ¡Cuán hermoso es de ver en una noche bien lóbrega! que llamas vomita, y hasta cuanta altura! que luz despide sobre el mar! No verá V. esto en otro monte ninguno. Parece que está abrasándose toda la bahía. He visto estenderse el resplandor hasta Caprea, temblequeando sobre la superficie del agua en

todo el golfo; de modo que se distinguían los navíos y barcos y aun los hombres en el puente como en medio del día. ¿No vió V. nunca esto, señor, como yo?

—Te olvidas, querido Pablo, de que lo hemos visto juntos todo eso, como te olvidas del mal que el Vesubio hace á menudo, dijo Vivaldi, que volviéndose á Elena, la hizo ver, á una ó dos millas del lago la ciudad de Celano á donde iban.

Permitiendo la claridad de la atmósfera en aquel hermoso ciuma distinguir de lejos las particularidades del pais, mostraba Vivaldi á Elena, en una altara al poniente, la moderna Alba, dominada por las ruinas de su antiguo castillo, que sirvió de sepulcro á muchos príncipes despojados por Broina y enviados allí, para acabar sus tristes días. Veían, decía, al traves de las rejas de su prision, aquellas solitarias campiñas, cuyos primores no consuelan al que pasó su vida en los manejos aulicos, en los pesares y contiendas de la burlada ambicion; ni á aquel en quien la reflexion despierta los remordimientos y desesperacion, y

para el que no es el fin de la vida la noche de un hermoso día.

Tambien se trasladò á estos admirables sitios un emperador romano, con la única mira de gozar en ellos del mas cruel espectáculo y feroz recreacion. Aquí dió Claudio una funcion para celebrar la grande y ardua obra que él habia emprendido, el acueducto que llevaba las aguas del lago de Celano á Roma. Dió en el lago un combate naval, en que perecieron para su diversion innumerables esclavos. Estas tan puras aguas se vieron teñidas de sangre humana, y ensuciadas con cadáveres en medio de los cuales flotaban las doradas galeras del emperador, y los ecos de estas echiceras playas repetían los aplausos de un pueblo transformado en furias infernales.

—Me cuesta trabajo el tener por fiel la historia, dijo Elena, en algunas pinturas que ella nos hace de la naturaleza humana.

—Señor, dijo Pablo, pienso que mientras que nos estamos aqui, cogiendo muy á nuestras anchuras el aire, nos acechan nuestros dos carmelitas quizás encubiertos en algunos escoi.—

drijos, y dispuestos á echarse sobre nosotros, sin que contemos con ello. ¿No sería mejor ir adelante?

—Nuestros caballos están en efecto harto reposados, dijo Vivaldi, y, si me hubiera quedado algun temor de esos forasteros, no me hubiera detenido yo con gusto ni aun por un instante.

—Te suplico, dijo Elena, que prosigamos nuestro camino.

—Sí señora, dijo Pablo, el partido mas seguro es el mejor. Vemos de aquí á Celano, al que llegaremos ántes que anochezca del todo. No tenemos aquí una montaña que alumbr nuestro camino.... ¡Al si estuviéramos siquiera á veinte millas de Nápoles, y fuera una noche de erupcion, de iluminacion....

—Al bajar la montaña, Elena, triste y abatida, se abandonaba á sus reflexiones; conocia muy bien su situacion, y lo importante que podia ser para la felicidad de su vida la determinacion que le tocaba tomar en aquel momento para ser dichosa, aunque libertada de la reclusion de San Estevan, y reunida á

su amante, protector y libertador. Notando Vivaldi, por su parte, el abatido y triste semblante de Elena, y no distinguiendo los delicados escrúpulos que la traian martirizada, atribuia su circunspeccion á una tibieza para con él; pero se abstuvo de dar á conocer sus temores, y de reiterar su última solicitud, hasta que él la hubiese puesto en un seguro asílo, en que fuera dueña de aceptar ó desechar su propuesta. Obrando con este miramiento tomaba sin reflexion los medios mas seguros de aumentar en favor suyo la estima y reconocimiento de Elena, de que realmence se hacia digno por medio de un disimulo y demora que podia hacérsela perder ántes que los uniera el casamiento.

Llegaron á Celano ántes de haber anocheado del todo. Vivaldi á ruegos de Elena, fué á informarse en el pueblo de si se hallaría un convento en que ella pudiera ser admitida en aquella noche misma. El primer convento á que él se dirigió, era una comunidad de religiosas carmelitas, Las relaciones que podia haber entre esta comunidad y San Este-

van, le disuadieron de darse á conocer en ella; pero supo que no habia en Celano mas que dos conventos de religiosas y que estas no recibian á nadie.

Habiendo dado cuenta Vivaldi de sus diligencias á Elena, se resignaba ella á permanecer en donde se hallaba; pero Pablo, que habia tomado informes por su lado, les participó que en una villa de las cercanias del lago, y á corta distancia, habia, un convento en que eran muy bien recibidos los forasteros. Este sitio ménos frecuentado que Celano, pareció por ello mismo mas propocionado; hizo Vivaldi á Elena la propuesta de pasar allá, si no estaba fatigada, á la cual se conformó.

—He aquí una hermosa noche, dijo Pablo á la salida de Celano. No podemos estraviarnos; y por otra parte hay un camino solamente. La poblacion dista milla y media de aquí. Creo estar viendo ya uno ó dos campanarios hacia la derecha de ese monte, en cuya falda relucen las aguas del lago.

—No Pablo, dijo Vivaldi. Lo que tomas por el remate de los campanarios, no es otra co-

sa mas que las copas de algunos cipreses altos.

—Este aire embalsamado y suave me reanima, dijo Elena. Esa sombra esparcida sobre el pais no es bastante densa para no dejar distinguir los objetos cercanos, y se diseñan esas montañas con toda su hermosura en el horizonte alumbrado todavía en sus estremos.

—No ves, añadió Vivaldi, como alumbra-
das todavía sus agudas cumbres con las reliquias del dia que se ha ausentado del llano, tienen la traza de terres y castillos que parecen defenderse contra enemigos que vienen hacia ella sobre algunas nubes?

—Sí, replicaba Elena, las montañas tienen un distintivo de sublimidad que parece pertenecer á otro mundo diferente del nuestro. Los combates que en ellas se dan no pueden ser los de los moradores de la tierra, sino que son los de los espíritus que llenan las regiones del aire.

—¡Ah! créelo, señora, dijo Pablo, porque los hombres no pueden llegar hasta allí.

—Todo reposa al rededor de nosotros, dij

Vivaldi, ¿Quién sin embargo puede viajar de día en un clima en que son tan hermosas las noches?

—Por esta vez, señor, he aquí la población delante de nosotros; distingo muy bien los campanarios de los conventos; veo luz y oigo las campanas. Las religiosas van al oficio. ¿No vamos á cenar? Creo que tienes razón, dijo Vivaldi; no nos queda ya mucho camino que andar.

—Los viajeros bajaron una esplanada que conducía á la playa, y dijo Pablo: Allí se refleja una luz en el lago.

—Oigo el susurro de las olas y un ruido de remos, dijo Elena; pero la luz está en un barco y no en la población. Hemos creído quizás muy fácilmente lo que apetecíamos; y nos falta que andar algún camino todavía.

La playa en que se hallaron formaba una espaciosa bahía en el lago. Estaban coronadas sus orillas por espesos bosques y campos cultivados que se extendían hacia las montañas, menos en los parages en que las peñas pendientes sobre el lago se daban á conocer por

su blancura y terrible situación. Sin embargo, habiendo seguido los circuitos de la bahía, descubrieron al cabo por grados la villa. Veían aparecer y desaparecer luces, al modo de las estrellas en una noche lobrega y cielo nebuloso. Oyeron finalmente los melancólicos cantares de los pescadores, y algunos otros sonidos mas alegres.

—¡Ah! que alegres son estas músicas, dijo Pablo, con ellas le da a uno gana de bailar. Señor, ¿no ve V. allá abajo aquel corrillo de gentes que bailan debajo de los arboles? ¡Ah! dichosos mortales! que no estuviera yo allí! Entiendo sin embargo, señor, que no querria yo estar sin V. y la señora.

—Buen correctivo, Pablo, dijo Vivaldi. Es una función, segun me parece. Estos aldeanos pasan la vida tan alegriamente á lo menos como los voluptuosos moradores de nuestras ciudades.

—¡Ah! qué bonitas músicas, repetía Pablo. Cuantas veces he bailado tan de buen humor, en la playa de la bahía de Nápoles despues de puesto el sol, con tan hermosas noches como

esta y un aire tan fresco! ¡Ah! ¿Quién podrá competir con los pescadores de Nápoles en bailar á la luna y saltar con aquella ligereza! ¡Que no esté yo allí! esclamaba. Pero, señor! con V. y la señora. ¡Ah! que echizada musical!

—Vaya, querido Pablo, allí estaremos dentro de un rato, y podrás contentarte.

Nuestros viajeros entraban entonces en la poblacion, la cual consistia en una calle única que seguia las orillas del lago. Se hicieron conducir al convento de las monjas de Santa Ursula. Habiéndose presentado la portera, dió aviso á la abadesa y trajo la respuesta. Se apeó Elena del caballo y siguió á la portera hasta el locutorio, esperando Vivaldi á la puerta para saber si Elena seria recibida en la comunidad. Le convidó la abadesa para que fuera á hablar con ella. Se le ofrecieron refrigerios que él rehusó, diciendo que tenia que buscar un hospedage para sí mismo. La abadesa le dirigió á un convento inmediato de benedictinos, y le autorizó para decir que iba de parte de ella al abad.

Se despidió Vivaldi entonces de Elena; y aun que él creia que esta separacion no duraria por mucho tiempo se aparto de ella muy abatido, y no sin inquietud con respecto á Elena misma, á pesar de que no infundian sobresalto ninguno las circunstancias. Participó Elena de este abatimiento, cuando, habiéndose vuelto á cerrar las puertas tras ella, se halló sola de nuevo entre unas personas para las que era estraña. Las atenciones de la abadesa no podian distraerla de sus reflexiones; estaba desasosegada con las miradas de las religiosas que tenian visos de examinarla con una curiosidad mayor que aquella á que su calidad de forastera podia moverlas. Últimamente, se oculto de este examen retirándose al cuarto que se le habia preparado, para tomar alguna descanso del que no habia gozado mucho tiempo hacia.

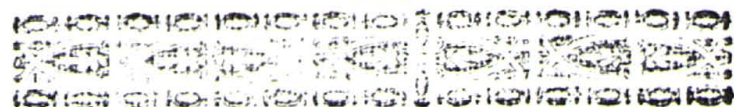
Habian recibido muy bien á Vivaldi los benedictinos, cuya solitaria situacion daba en el concepto de ellos mas valor á la visita de un forastero. Aficionandose el abad y algunos religiosos, con su conversacion, y cediendo a

gusto que la mente halla en ejercer unas facultades que ella ha dejado ociosas por mucho tiempo, y en recibir nuevas ideas, alargaron con Vivaldi la velada hasta bien entrada la noche.

Luego que por último se hubo recogido el viajero en su cuarto, se le presentaron á montones en el ánimo pensamientos muy diferentes de los que habian cautivado la atención de sus huéspedes. Dirigió sus reflexiones todas hacia la desdicha á que se veria condenado si perdía á Elena. En el momento en que esta habia hallado un refugio, carecia el ya de todo motivo para guardar con Elena el silencio que ella parecia haberle impuesto. Se determinó pues á tocarle en la siguiente mañana esta materia, y esponerle otra vez los motivos que debian determinarlos á unirse inmediatamente con los vinculos del matrimonio, y esperó hallar facilmente á un sacerdote que quisiera hacerles la bendición nupcial, con que él se lisonjaba, de afianzar su dicha y la de Elena; preparándose contra todos los esfuer-

zos que hasta allí se les habian preparado y opuesto con tanta astucia y animosidad.





CAPITULO XIII.

Mientras que Vivaldi y Elena iban huyendo del convento de San Estevan, estava sumamente inquieto el marques sobre la suerte de su hijo, como tambien turbada en extremo la marquesa con el temor de que Vivaldi descubriera la morada de Elena, pero sin que semejante temor la impidiera entregarse á las diversiones de que abunda Napoles. Las concurrencias de su casa eran, como antes, las mas lucidas de aquella voluptuosa capital. Usaba ella del mismo zelo en patrocinar a su compositor favorito; pero, en medio de esta disipacion, pensaba á menudo con inquietud.

en el peligro de ver ofendido sin remedio su orgullo algun dia con el casamiento de su hijo.

Una circunstancia la habia hecho mas sensible semejante suceso en aquel momento mismo. Habianselo hecho al marqués algunas proposiciones para un casamiento muy provechoso de su hijo con una riquísima doncella de distincion: y la ejecucion de este plan le complacia tanto mas á la marquesa, cuanto este enlace le proporcionaria medios de proseguir haciendo los dispendios á que su vanidad la inclinaba, y que excedian á sus rentas ya, por mas cuantiosas que eran.

Teniala ya muy agitada la consideracion del porte de su hijo en este negocio, cuando le trajo un correo despacho por la abadesa de S. Estavan la noticia de la huida de Elena con Vivaldi. Púsose furiosa, y sus enagenamientos ahogaron enteramente en su pecho los afectos maternales; no vió ya á su hijo mas que como á una desapiadada criatura que habia sacrificado su familia y ella misma á una indigna pasion; tátele por casado ya, y el mal por irreparable. Incapáz de sostener por

si sola este pensamiento mandó llamar á su consejero favorito Schodoni, con el que á lo ménos podría aligerar su corazon del peso que le oprimia, y hallar quizas algunos medios de descomponer aquella tan tremenda union; pero en la vehemencia de su pasion se guardó muy bien de instruir á su marido sobre el contenido de la carta de la abadesa ántes de haber consultado á su confesor. Conocia perfectamente los principios y buena moral del marqués, para creer que él aprobara las disposiciones que ella juzgara necesarias; y persuadiéndose de que su hijo estaba ya casado no comunicó esta noticia á su marido, ántes de haber discurrido algun medio que pudiera conducirla á su fin.

No hallaron á Schodoni, y en la situacion en que se hallaba la marquesa, la exasperaban el animo los mas leves obstáculos. Tenia ella una urgente necesidad de desahogar su corazon con el confesor, y no cesaba de enviar recado tras recado al convento.

—Mi ama, decia el lacayo con mas propiedad que él pensaba, ha cometido algun

pecado gordo. Me ha enviado ya por dos veces en media hora á ese convento. Es menester que esta carga sea bien pesada, supuesto que la marquesa no puede llevarla ni siquiera media hora. Los ricos tienen la ventaja de que, por mas culpables que sean, puedan purificar sus conciencias inmediatamente y á cualquiera hora del dia por un ducado, en vez de que un pobre está obligado frecuentemente á permanecer por un mes entero en el cieno del pecado antes de recoparar su inocencia, y no lo consigue mas que aguantando todavia una tanda de disciplinazos.

Ultimamente llegó el confesor hacia el anoche. Confirmó el aviso que la marquesa habia recibido. Schedoni habia sabido tambien la evasion de Elena y su marcha dirigida hácia Celano; y le habian dicho que estaba casada con Vivaldi. No dijo por qué conducto le habian llegado estas particularidades; pero las apoyó con tanta circunspeccion; y se manifestaba tan convencido, que la marquesa misma quedó persuadida de ellas, y pasaron su violencia y desesperacion todos los limites.

Notó Schedoni con una oculta y maligna satisfaccion la excesiva agitacion que causaba. Vió que era llegado el momento en que podria conducirla á su discrecion; que le era necesario á ella y que hallaria en la marquesa los medios que buscaba mucho tiempo hacia de vengarse del hijo sin correr el peligro de malquistarse con la madre. Tan léjos de sosegarla, prosiguió exasperando su orgullo é irritando sus ideas, pero con tanto arte, que en concepto de la marquesa se manifesto ocupado en paliar las faltas de Vivaldi y consolarla en tan triste situacion.

—Es ciertamente un paso descabezado, dijo él; pero es joven, muy joven, y no prevee las resultas de su imprudencia. No conoce cuanto ofende su conducta la dignidad de su casa, cuanto perderá con ella de su importancia en la corte y entre las personas de su clase, y aun en la opinion de la gente vulgar con la que no se ha avergonzado de enlazarse. Infatuado con las pasiones juveniles, no estima en su justo precio estos beneficios, cuyo valor el juicio y esperiencia nos ense-

ñan á conocer. No los desprecia hoy día sino porque no conoce el influjo suyo entre las gentes, ó ignora que abandonándolos se envilece á sí mismo en el concepto general. Es mas bien digno de lástima que de vituperio este desdichado mancebo.

—El modo con que le disculpa V; reverendo Padre, dijo la marquesa siempre agitada, prueba la bondad de su corazón, pero pone también en claro el degenerado modo de pensar de mi hijo, y muestra ampliamente la sensible ofensa que su porte causa al honor de su familia. El pensar que semejante degeneración dimana más bien de un error de su entendimiento que de la depravación de su voluntad, no me sirve ya de consuelo; y para hacer irremisible su falta, basta que esté cometida y sea irreparable.

—¡Irreparable. señora! dijo Schedoni, esto es decir mucho.

—¿Porque Padre? repuso la marquesa.

—Quedan quizás algunos arbitrios... repuso Schedoni.

—Digame los V. por favor, Padre, porque

no discurro ninguno.

—Es verdad, señora, repuso Schedoni, que no estoy absolutamente seguro del acierto. Es tanto mi zelo en la prosperidad y honor de su casa de V. que abandono, difícilmente la esperanza de serle útil á V., y que me formo fácilmente ilusión sobre la posibilidad de servirla. Deme V, su licencia para reflexionar en ello todadía.—¡Ay de mí! sin duda la desgracia es grande, pero es menester quizás sugetarse á ella exclamó la marquesa.—Parece muy difícil de remediar dijo Schedoni.

—Es muy cruel, Padre, dijo la marquesa, que me deis unas esperanzas que no podeis realizar.

—Disculparé V. mi turbación dijo el confesor; pero ¿cómo puedo ver una tan antigua y respetable familia reducida á semejante situación, y su honor desdorado por un atolondrado mancebo, sin experimentar profundos afectos de pesar ó ira, y sin estar tentado á recurrir aun á violentos medios de preservarla contra semejante afrenta?

—¡Afrenta, Padre! exclamó la marquesa.

palabra es dura, y por parte de V. especialmente, pero adecuada. ¿Es necesario sin embargo someternos á ella? puedo hacerlo?

—Sí, no hay remedio, dijo secamente Schedoni.

—¿Como puede ser, dijo la marquesa, que no haya una ley para precaver ó castigar á lo menos unos tan criminales casamientos?

—Eso es en verdad cosa tristísima, dijo Schedoni.

—La muger que se introduce clandestinamente en una familia para deshonrarla, dijo la marquesa, merece castigarse con una pena igual casi á lo que se halla establecida contra los delitos de estado; porque el insultar y envilecer la nobleza, que es el mas poderoso sustentaculo de los imperios, es un delito de estado.

—Con una pena igual casi, repuso el confesor, no es bastante. Diga V., señora con la misma pena

Se paró él por un instante, y añadió: en la realidad únicamente la muerte puede borrar la afrenta de una familia esclarecida, ca-

yo esplendor se desdora de este modo.

—Callando entonces la marquesa añadió el confesor; Por lo que hace á mi, me estrañé siempre de que nuestros legisladores no hubiesen conocido la justicia y necesidad de una semejante ley.

—Es cosa estraña efectivamente, dijo la marquesa pensativa, que el interes de su propio honor no se la haya sugerido.

—Señora, dijo con tono grave Schedoni, no por ello existe menos la justicia, aun que se hallen abandonadas sus leyes; tenemos el juicio interior suyo en nuestros pechos, y cuando no le damos obediencia, es una flaqueza y no una virtud.

—Eso es ciertamente, dijo la marquesa, una verdad que nunca se puso en duda.

—Se equivoca V; señora, á veces se verifica duda. Cuando acontece que la justicia está en oposicion con las preocupaciones, nos hallamos inclinados á creer que el desobedecer á aquella es una virtud. Por ejemplo, suponamos que la justicia condena á esta joven; no condenandola las leyes escritas del reino,

V. misma. hija, aunque dotada de un talentos varonil y recto, creará cometer un crimen; y esta opinion será en V. obra del temor, pero no la del amor á la justicia.

—¡Ah! le dijo la marquesa en voz baja, ¿cual es pues su pensamiento de V.? Hallará en su egecucion que tengo efectivamente el valor de un hombre.

—Se lo he dicho á V., repuso Schedoni; no necesita mis palabras de otra explicacion.

Quedóse pensativa y silenciosa la marquesa.

—Últimamente, señora, repuso Schedoni, he indicado á V. el único medio que queda para desterrar de sí el deshonor que la amenaza: si mi celo desagrada, no tengo que decir ya nada mas.

—No, querido Padre, no, dijo la marquesa, Padece V. error sobre la causa de mi conmocion: me ha sugerido nuevas consideraciones, tengo necesidad de algun tiempo para familiarizarme con ellas, y poder mirarlas con serenidad. Mi corazon retiene algo todavia de la fragilidad de mi sexo:

—Disimule V. señora, mi inconsiderado celo.

Solo yo soy digno de censura, y si V. deja vislumbrar todavia alguna debilidad, esta es aun mas amable, y que es menester quizás alentar en vez de reprimirla.

—¿Porqué, Padre? si fuera digno de alentarse seria una virtud y no una debilidad.

—En hora buena, dijo Schedoni friamente. Mi zelo por los intereses de V. puede estraviar mi juicio y hacerme injusto. Dejemos esto, ó no lo traiga V. á su memoria mas que para ver en ello la prueba de mi empeño en servirle.

—¿Qué está V. diciendo, Padre? No puedo menos de darle á V. las gracias y no basta con ellas; le soy á V. deudora de algunos testimonios de toda mi gratitud, y espero por cierto, querido Padre, poder probársela en breve.

—El confesor se inclinó.

—Espero, prosiguió ella, premiar el zelo que V. me ha manifestado. No me lisongeo, es verdad, de que la recompensa sea digna de un servicio tan importante como el de haber salvado el honor de nuestra casa, pero...

—Señora, las expresiones de mi reconocimiento no pueden ser mas que muy débiles para tantas mercedes.

Quiso la marquesa entónces que su confesor volviera al punto de que ella misma se habia apartado, y el Padre por su parte parecia determinado á que la marquesa misma le atragara á él. Se puso cavilosa é incierta: no estaba familiarizada con el delito, y la tenia atemorizada el que Schedoni le habia sugerido. Sin embargo estaba tan irritada su soberbia, era tan profunda su indignacion, y tan ardiente su deseo de venganza, que estas pasiones levantaban en su ánimo una verdadera tempestad, que amenazaba llevarse tras sí cuanto quedaba de humano en él. El confesor observaba estos impulsos y progresos suyos; y, al modo de un hambriento tigre oculto en la sombra, aguardaba el momento de echarse sobre la presa.

—¿Es V. pues de opinion, Padre, repuso la marquesa despues de un largo silencio, es de parecer... que Elena?... Quedóse vacilante, deseando que se concluyera su frase por Sche-

doni; pero este no quiso ahorrar la conclusion á la marquesa.

—¿Piensa V. pues que esa artificiosa jóven merece... Se detuvo otra vez; pero no despegó el confesor sus labios, y pareció que esperaba con sumision lo que la marquesa tenia que espresar.

—¿Piensa V. pues, Padre, que esa múger merece un egeemplar castigo?

—Seguramente, repuso Shedoni; ¿y no es tambien la opinion de V.?

—¿Cree V. continuó ella, que ninguna pena puede ser muy severa... que la justicia y necesidad de las circunstancias exigen su muerte? No es esta la opinion de V.?

—¡Ah! Señora, disimule V. Puedo haber errado en esto. Unicamente he intentado presentar una opinion; y al formarla, me dejé llevar quizas de un estremado alucinamiento por el zelo de la justicia. Cuando el corazon está caliente, no es fácil conservar la cabeza.

—No piense V. pues, Padre, dijo con mal humor la marquesa...

—No, digo eso, Señora, repuso el confesor: dejo á su buen talento de V. el decidir

con su acostumbrada rectitud y al decir estas palabras se levantó para irse.

—La marquesa agitada quiso detenerle: pero él se escusó, alegando un asunto al que no le era posible faltar.

—Y bien pues, querido Padre, no le detengo mas á V. por ahora; pero no se oculta á V. el aprecio que hago de sus consejos; y espero que no me los negará, luego que llegue el momento de pedirselos.

—No puedo menos de honrarme de la confianza de V; dijo el confesor; pero es sumamente delicada la materia de que se trata.

—Por eso mismo, dijo ella, no quiero hacer nada sin consultar á V.

—Deseo, señora, que tome V. consejo de si misma, pues no le es posible tener otro mejor.

—Me lisonjea V. Padre.

—No, querida hija.

—Hasta mañana por la tarde, dijo la marquesa gravemente. Iré á visperas á San Nicolás, hallese V. allí despues del oficio pasaré al claustro, en que podremos conversar sin testigos sobre la materia que tan vivamente me

interesa. Buenas noches, Padre.

—La paz sea con V., hija, y que la sabiduria le dé sus consejos. No dejaré de hallarme en San Nicolás.

Cruzó Schedoni sus manos sobre el pecho, hizo una profunda inclinacion de cabeza, y se apartó de la marquesa, que, quedándose sola en lucha con sus pasiones y fluctuantes juicios, y proyectando hacer la desgracia ajená hacia si misma la suya.





CAPITULO XIV.

Al siguiente día, á la convenida hora, dirigióse la marquesa hácia San Nicolas, y habiendo dejado su coche y criados en una puerta lateral, entrò en la iglesia acompañada de una doncella únicamente.

Acabadas las vísperas esperó ella que se hubiesen salido todos, y pasó entonces al claustro. Tenia oprimido el corazón, é iba andando con lentitud y pesadez, la paz y reprehensibles pasiones no habitan juntas, Descubrió la marquesa luego á Schedoni que venia hácia ella.

Observando su agitacion el confesor, reconoció que la marquesa no habia tomado todavía una determinacion como él esperaba, pero aunque esta observacion le causaba alguna inquietud, no por ello se alteró su semblante, que era grave y sesudo. Temblaba la dureza de sus negros y perspicaces ojos, y sus medio bajos párpados anunciaban el artificio y la falsedad.

Habiendo dicho la marquesa á su doncella que se apartara, se quedó con su confesor.

—! Desgraciado hijo exclamó luego que se hubo apartado la doncella, cuantos sentimientos prepara tu desatino á tu familia! Necesito, Padre, de los consejos y consuelos de V. No puedo disfrutar de un momento de descanso, y me cerca noche y dia la imagen de este ingrato hijo. Mi único alivio consiste en conversar con V. que es mi consejero, y el solo amigo desinteresado con quien puedo consultar.

Schedoni se inclinó, y dijo: este suceso tiene seguramente tan conmovido al señor marques como á V.; y sin embargo debe V. consultarle á él primero que á mí sobre materia

tan delicada.

—Sabe V; Padre, que el marques tiene muchas preocupaciones; es un hombre racional, pero á veces se engaña, y no depone nunca su error. Tiene una bella alma, pero carece de discernimiento, y mas particularmente de energia, sin la que no hay verdadera grandeza. Si es necesario abrazar un plan que se aparte la mas mínima cosa de las reglas comunes de moral, cuyas máximas recibió él en su niñez sin examinarlas, monta en cólera y se niega absolutamente á ir adelante. No se halla habilitado para distinguir las circunstancias que hacen virtuosa ó punible una misma accion. No podremos pues hacerle aprovar el atrevido proyecto que hemos concebido. Tiene V. razon, señora, dijo Schedoni con trazas de admirado.

—No creo pues deber consultarle, continuó la marquesa, de miedo que él nos haga algunas objeciones que nos detendrian. Lo que estamos diciendo, Padre, quede entre nosotros; y cuento con la discrecion de V.

—¡ Ah! señora, como con el sigilo de la

confeccion.

—No sé, repuso la marquesa vacilando, como es posible desembarazarse de esa jóven; y esto me trae vuelta la cabeza.

—Me admiro de eso, dijo Schedoni ¿puede V. estar vacilante con las ideas justas y ánimo recto y varonil que la adornan? Sin duda no se asemejará V. hija; á aquellos estériles declamadores que carecen de vigor desde que se trata de ejecutar. No le queda á V. que tomar mas que un camino, el que su grande sagacidad le ha dado á conocer ya, y en el que V. misma me ha persuadido que se podía y debia entrar. ¿Será necesario que me ocupe yo en convencer á V. de una verdad de que V. misma me tiene persuadido ya? Dígolo otra vez, no hay mas que un partido que tomar.

—Si, señor, replicó la marquesa, he reflexionado mucho sobre ese partido mismo, sobre el que, confieso á V. mi fragilidad, no he podido decidirme todavía.

Echando de ver Schedoni que su auxilio era necesario para hacer cesar las incertidumbres de

la marquesa, empezó á aflojar en la circunspeccion con que se habia conducido hasta entonces.

—¿Es posible, hija, dijo que el valor que por medio de la reflexion y en su opinion la ha hecho superior á las preocupaciones, la abandone cuando se trata de obrar? Si la ley condenara á esta persona, tendria V. semejante condenacion por justa, y sin embargo no se atreve V. á hacer esta justicia por sí misma.

—La marquesa, despues de vacilar algunos momentos, le dijo: pero haciendo esta justicia, seria yo el blanco del perseguiamiento de las leyes, y la virtud mas valiente puede pararse al aspecto de semejante peligro.

—De ningun modo, señora, repuso el confesor con calor. La virtud debe arrostrar contra el peligro; consisten su gloria y mérito en esto; y todo principio de las acciones humanas para ser virtuoso debe llegar á esta elevacion.

Un filósofo se hubiera pasmado mucho de oir á dos personas seriamente ocupadas en se-

ñalar los justos límites de la virtud, al mismo tiempo que meditaban un atroz delito: y un hombre de mundo no hubiera visto en ello mas que una pura hipocresía, esplicacion que mostraria ciertamente en él alguna esperiencia de las costumbres actuales, pero no un profundo conocimiento del corazon humano.

—Habiendo guardado silencio por un instante la marquesa, repitió: Ultimamente, me perseguirian las leyes.

—Pero tendria V., replicó Schedoni, proteccion, y aun absolucion por parte de la iglesia.

—¿Absolucion dice V.! ¿Necesita por ventura de absolucion un acto de justicia?

—Cuando hablo de absolucion, dijo el confesor, para un acto cuya justicia y necesidad le son conocidas á V. misma, es para acomodarle á las preocupaciones vulgares y flaqueza humana: y á causa de que V. misma, hija mia, desciende de la altura á que su alma se ha elevado para sentir que la ley no la autorice, me esfuerso á tranquilizar su conciencia; pero basta sobre esta materia. Esa jo-

ven quedará imposibilitada de hacer mas mal de turbar la paz y manchar el honor de una respetable familia... ¿En donde está el delito? Por el contrario ve V. claramente, y de ello me ha convencido, que es una justicia y defensa legitima de V. misma.

—Hable V. bajo, Padre, dijo la marquesa. La iglesia parece solitaria, pero puede ocultarse alguno detras de esos pilares. Comuníqueme V. como puede dirigirse este negocio.

—Hay algun peligro que correr, dijo Schedoni. No sé todavia bien á quien puede V. confiarse. Los hombres que hacen este oficio...

—Silencio, dijo la marquosa pues oigo pasos.

Es un lego que atraviesa allá abajo para entrar en el coro.

—El confesor, despues de haber seguido con la vista al lego, repuso No puede uno fiarse de gentes pagadas.

—¿De quien sin embargo si no es de gentes interesadas? Y se detuvo la marquesa, pero la pregunta, aunque imperfecta, no se escapó al confesor.

—Disimule V. el asombro, que me causa, la incoherencia, si me es lícito aventurar esta voz de sus opiniones, despues de la rectitud intelectual que V. ha descubierto en este exàmen. ¿Puede V. dudar de que unas mismas máximas pueden sugerir la resolucìon y determinar á la ejecucion? ¿Porque vacilaríamos en hacer lo que hemos tenido por justo hacer?

—¡Ah! Padre, dijo la marquesa conmovida; pero ¿en donde hallar otro V. mismo, capaz como V. no solamente de pensar con rectitud, sino tambien de obrar con energia?

Schedoni callò.

—Semejante amigo carece de precio ¿y en donde hallarle?

—Hija mia, mi zelo por el honor de la familia de V. dijo el religioso con énfasis, es tambien superior á toda espresion.

—Querido Padre, replicó la marquesa que le entendió entonces perfectamente, no se como darle á V. las gracias.

—El silencio es á veces muy elocuente, le replicó Schedoni con trazas de reconocido.

—La marquesa permaneciò pensativa. Su conciencia le hablaba, cuya voz se esforzó á ahogar ella en balde. Una horrenda impresion se repetia con frecuencia en su ánimo, y la hizo estremecerse: se hallaba en la situacion de una persona que mide con la vista la profundidad de un precipicio, por cuyos bordes va andando vacilante, pasmada de haber podido fijar por un momento su pensamiento sobre un proyecto tan horrible como el de cometer un asesinato. Los sofismas del confesor y las contradicciones en que él habia incurrido al esponer su horrorosa moral, no se habia escapado á la marquesa en el curso de sus observaciones; pero le hacian mayor impresion al reflexionarlos y estaba determinada casi á dejar vivir á la desdichada Elena. Pero volviendo luego su pasion como la ola que, despues de haber dejado la playa, viene de nuevo mas enbravecida á ella, destruia los débiles diques que la conciencia y razon habian comenzado á levantar.

—La confianza de V. me honra sin duda; dijo Schedoni. Este negocio es de tanta im-

portancia...

—¡Ah! sí, de mucha importancia efectivamente, dijo la marquesa con agitación. Pero, ¿cuando se realizará? ¿en donde? ¿como? toda dilación me es insoportable una vez que he tomado mi partido.

—Es preciso sin embargo preparar los medios, dijo el religioso... Sobre la playa del mar Adriático, en la Pulla, cerca de Manfredonia, hay una casa á propósito para la ejecución de nuestro proyecto; está solitaria en la ribera misma del mar y fuera del camino de los viajeros, en los montes que se estienden muchas millas á lo largo siguiendo la costa. No habita en esta casa mas que un pobre pescador, le conozco, y sé los motivos que le han conducido ha hacer esta infeliz y solitaria vida; es en valde decir estos motivos, y basta que me sea conocido.

—¿Pues que, Padre! ¿se fiaría V. de él?

—¡Ah! le fiaría la vida de la jóven pero no la mia.

—¿Porque no le fiaría V; Padre, su vida, y quiere?... ¡Ah! piense V. en ello. Decia V.

ahora mismo que no era posible fiarse de personas interesadas; esa lo es.

Hija, puede uno fiarse de ella en el caso en que se halla. No hay que temer nada. Tengo mis razones para pensar así y le conozco.

—¿Pero que razones, Padre?

El confesor guardaba silencio; pero tomó su fisonomía de repente un aspecto muy singular. Púsose mas terrible que de costumbre, y su rostro tomó unos visos tétricos y cada- véricos, viéndose la mezcla de la pasión y delito pintados en su semblante. Llamó esto la atención de la marquesa al tender la vista sobre él, en el momento de pasar por debajo de una ventana, cuya claridad alumbró sus facciones; pesóle á la marquesá, por la primera vez el haberse confiado á Schedoni; pero se habia soltado ya la palabra, y era muy tarde para volverse atrás. Preguntóle ella de nuevo los motivos de su confianza en el hombre de quien hacia mención.

—¿Qué le importa á V. saberlo, dijo Schedoni con voz ahogada, con tal que la desembaracen de ella?

Volvieron à guardar silencio que la marquesa rompió diciendo: Padre, me fio enteramente en la prudencia y justicia de V; y se recargó sobre esta palabra y justicia; pero le ruego encarecidamente que se apresure; porque la espera es para mí un anticipado purgatorio; y no confie V. el cumplimiento de nuestros proyectos á un tercero. A ninguno puedo deber tan singular favor sino á V. mismo.

—No es razonable, hija mia, la última solicitud de V; dijo de mal humor Schedoni. ¿Puede V. suponer que yo mismo?....

—Me ha dicho V; repuso la marquesa, que unas mismas máximas pueden sugerir la resolución y conducir á ejecutarla, y que no debíamos vacilar en hacer lo que una vez habíamos tenido por justo hacer.

Mostró el silencio del confesor que el uso que la marquesa hacia contra él mismo de sus propias palabras, no era de su beneplácito.

Le comprendió ella, y tiró á templarle diciéndole. Contemple V; Padre querido, cuan

sensible cosa me sería el deber un favor de esta naturaleza á cualquiera otro diferente de un sujeto, cuya amistad me es tan estimada como la de V.

Schedoni, aunque distinguiendo su lisonja, se dejó amansar con este cumplido; y se inclinó en señal de sumisión á la voluntad de la marquesa.

—No tarde V; añadió la última; pues conviene que la pena se siga de cerca al delito.

Al decir la marquesa estas palabras, tendió la vista sobre un confesonario, en que se leía una inscripción en letras gordas concebida en estos términos: *Dios te oye*. Le quedáron impresionadas estas terribles palabras á la marquesa, cuya fisonomía se alteró y se quedó con una profunda meditacion. Schedoni estaba muy embebido en sus propios proyectos para notarla, ó distinguir la causa de su silencio. Se recobró la marquesa, y considerando que aquella era la inscripción comun de todos los confesonarios, cesó de ver un aviso especial en ella. Se pasáron sin embargo algunos momentos amargos antes que la mar-

quesa pudiera volver á conversar.

¿Hablaba V; Padre, de un sitio sobre la costa del Adriático?

—Sí señora, dijo el confesor... En un cuarto de aquella casa hay...

—¿Que ruido es ese? dijo interrumpiéndole la marquesa. Aplicaron el oído, y distinguieron algunos graves y lamentables sonidos de un órgano lejano.

—¡Cuan triste música! dijo la marquesa con trémula voz Pero, ¿de donde viene? se acabaron, hace ya mucho tiempo, las visperas.

—Hija mia, dijo Schedoni, tomando un reposado sémblante, dice V. que tiene el valor de un hombre, y muestra la pusilanimidad de una muger....

—Disimúleme V; Padre, no se á que atribuir la agitacion que experimento; voi a tratar de dominar sobre ella. Me decia V. que en un cuarto de esa casa...

—En este cuarto, dijo el confesor, hay una puerta falsa, abierta mucho tiempo hace....

—¿Y para que fin? preguntó la marquesa.

—Le basta á V; repuso el religioso, el

saber que hay una puerta de la que podemos hacer uso... Por esta puerta,... en medio de la noche,... cuando esté sepultada en el primer sueño....

—Compréndole a V; dijo la marquesa, compréndole; pero, ¿que necesidad puede tener V. de una puerta secreta en una casa que V. mismo dice estar apartada, solitaria, y habitada por una sola persona de la que tiene seguridad?

—Desde este cuarto, continuó Schedoni, un corto pasadizo conduce al mar. Arrojada allí desde la orilla, en lo oscuro de la noche, a las olas que se la llevarán tras sí no dejará rastro ni vestigia alguno....

—Silencio, dijo la marquesa estremeciéndose. Oigamos ese sonido.

Dejóse oír entonces otra vez el órgano, y calló substituyéndole un lento y melancólico cántico.

—Es un cántico de muerte, dijo la marquesa.

—¡Tenga Dios en paz al difunto! repuso Schedoni persignándose.

—Atemorizada la marquesa, repitió: Es un cántico de muerte, el primer *requien*. Alguno acaba de pasar de esta vida.

Escucharon otra vez. La marquesa estaba totalmente turbada; mudaba de color à cada instante, tenía corta é interrumpida la respiracion; y aun derramaba algunas lágrimas, no de tristeza, sino de desesperacion. Ese cuerpo, decíase à sí misma vivo y animado hace un momento, está yerto é insensible ahora. Ha descompuesto la muerte esos tan activos y finos sentidos: y quiero reducir à este estado à una criatura semejante a mí? ¡Oh desdichada, desdichada madre! à lo que te conduce la locura de tu hijo!

Se apartó por un momento del confesor, y dió sola algunos pasos por el claustro. Aumentábase su agitacion; lloraba deshaogadamente encubierta con su velo y la oscuridad, y los suspiros que lanzaba, quedaban ahogados con los cánticos que se dejaban oír en la iglesia.

No se hallaba casi menos agitado el confesor; pero era por temor y por menospre-

cio. ¡Lo que es una muger! decía; esclava de sus pasiones y juguete de sus sentidos, si hablan la soberbia y venganza à su corazón, desafía todos los obstáculos, y se sonríe à la idea del crimen; asáltanse sus sentidos únicamente cuando remueva la música alguna fibra de su corazón, y pone su imaginacion en movimiento, cambiándose sus ideas en un instante. Tiene este seco horror à la misma accion que él miraba un momento antes como virtuosa; cede à esta nueva conmocion; y dirige, domina y abate un sonido su alma. ¡Qué ser tan débil y despreciable!

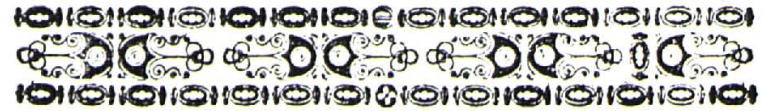
La marquesa à lo menos parecia estar justificando estas reflexiones. Las vehementes pasiones que en ella habian resistido à todas las representaciones de la razon y humanidad, estaban avasallados entónces por otras pasiones, heridos sus sentidos con la lúgubre melodía que ella acababa de oír, y despertaba su supersticion con aquel singular contraste de un *requien* para un muerto y de la trama de un asesinato, la llenaron de terror y de piedad à un mismo tiempo. No cesando su agitacion, acer-

cóse al confesor.

—Volveremos á tocar este asunto, le dijo ella, en otro momento; pues me hallo agitada ahora en extremo. Buenas noches, Padre mio. Acuérdesese V. de mí en sus oraciones.

—¡La paz sea con V., Señora! le dijo Schedoni saludándola con gravedad. No la echaré à V. en olvido; pero tenga V. teson, y no desdiga jamás de si misma.

La marquesa volvió à llamar á su doncella; y bajándose con sumo cuidado el velo, salióse del claustro. Schedoni permaneció por algun tiempo en donde estaba, siguiéndola con la vista hasta que ella desapareció en la obscuridad y distancia; fuese entences del claustro por otra puerta descontento bajo algunos aspectos de lo que acababa de ocurrir, pero no desesperando de hacer triunfar sus depravados proyectos.



CAPITULO XV.

Mientras que la marquesa y Schedoni conspiraban contra la vida de Elena, se hallaba esta en el convento de las monjas de Santa Ursula situado en las riberas del lago, en donde habia hallado un refugio. Una enfermedad resulta de las fatigas é inquietudes à que habia estado entregada mucho tiempo hacia, la precisó a permanecer en aquel asilo por mas dias que los que ella hubiera querido; vióse asaltada de un cansancio y calentura que se agravaron con los esfuerzos mismos que hizo la paciente para superarlos y poder proseguir su viage. todos los dias esperaba hallarse en es-

tado de restituirse á su casa, y en todos era su debilidad la misma que en la víspera. Ultimamente se pasaron mas de quinze dias antes que el buen aire de Celano y la tranquilidad del convento la hubiesen restablecido. Vivaldi, que la veia diariamente en la reja se habia abstenido durante todo este tiempo de renovar unas instancias que, agitando á Elena, podian perjudicar su salud; pero luego que ella hubo empezado á recobrar sus abatidas fuerzas, se arriesgó por grados á manifestarle el temor que tenia de que fuera descubierto el lugar de su asilo, y que le fuese robada otra vez; peligro contra el que únicamente su casamiento podia preservarlos. A cada visita volvia á tocar esta materia, renovando sus argumentos y solicitudes. Elena hubiera obedecido á los impulsos de su corazon, cediendo y recompesando por este medio su inclinacion y servicios; pero las objeciones que á sí misma se hacia, la detenian todavia, y no podia desecharlas de sí ni desvanecerlas.

Vivaldi, despues de haber pintado de nuevo los peligros de que uno y otro estaban

cercados, y reclamando la ejecucion de la promesa hecha en presencia de su difunta tia, por Elena, se aventuró á recordarle que, sin el triste suceso que habia diferido su union, hubiera llamado Elena, mucho tiempo hacia, sus deseos. Despues le suplicó encarecidamente que hiciera, cesar la incertidumbre en que él vivia, y le diera derecho para protegerla ántes de salir del pasagero refugio en que ella se hallaba.

Reconoció Elena cuan sagrada era la promesa que habia hecho en las manos de su tia, y aseguró á Vivaldi que se miraba como unida con él por unos vínculos tan indisolubles como los del matrimonio; pero que ella no podia, dijo, resolverse á cumplirla antes que los marqueses se hubiesen manifestado dispuestos á reconocerla por hija suya. Olvidando únicamente entonces ella misma las persecuciones de que su persona habia sido el blanco, podria prestarse á este enlace; y Vivaldi mismo debia ser bastante celoso en conservar toda su dignidad á la muger con la que queria unirse, para no solicitar de ella mas.

No se le ocultaban todas las fuerzas de es-

tas razones á Vivaldi. Se acordaba con pesar de algunas circunstancias ignoradas de Elena misma, y que justificaban la resolucion de esta. Apareciéndoseles otra vez en la mente, el modo injurioso con que el marqués habia tratado á Elena, inflamaba su indignacion y exasperaba su soberbia hasta hacerle superar el peligro de su situacion; y abrazar la resolucion de asegurar á todo riesgo la consideracion y respeto debidos á Elena, absteniéndose de casarse con ella hasta que su familia reconociera su injusticia y la recibiera con los competentes miramientos. Pero esta resolucion no se sostuvo por mucho tiempo; pues otras consideraciones y el temor especialmente la sobrepujaban. No era verosimil, de modo alguno que los marqueses quisieran hacer el sacrificio de su orgullo al amor de su hijo á Elena, y hacer ceder algunas preocupaciones á la idea de la verdad y justicia; sin embargo nuevas tramas para separarle de Elena podian salir aceptadas; y robársela para siempre. Le parecia por último mas acertado que el mejor medio de salvar el honor de Elena, consistia

en probar el respeto con que él la miraba, presentándola entre la gente como muger suya. Estas reflexiones le determinaron á seguir su proyecto; pero no podia comunicarlas todas á Elena, por el temor no solamente de ofender su delicadeza y contristar su corazon, sino tambien de suministrarle nuevas razones para no entrar en una familia de la que ella experimentaba un tan indigno tratamiento.

Mientras que estas consideraciones le tenian ocupado, no se le escapaba á Elena la conmocion que ellas la causaban. Quedó movida de esto; y despertándose con mas viveza su afecto y gratitud, se reconvino á sí misma de sacrificar al cuidado de conservar su dignidad la dicha de un hombre que se habia espuesto á tan grandes peligros para sacarla de la opresion, y que le habia dado tan fuertes pruebas de su ternura.

Vió Elena alguna injusticia y egoismo en su misma resistencia á hacer un sacrificio cualquiera á la felicidad del que la habia restituido la libertad con peligro de su vida. La conducta que ella habia observado, y que le

habia parecido virtuosa, se volvia casi punible en su concepto, la idea de su dignidad un apocado orgullo; su miramiento pusilanimidad; su circunspeccion ingratitude, y sus comedidos temores una prudencia degenerada en pobreza de Espiritu.

Vivaldi, cuyo corazon daba abrigo tan facilmente a la esperanza como al temor, echó de ver que Elena empezaba a rendirse, le apuró de nuevo, pero Elena no pudo resolverse inmediatamente sobre una tan importante materia. Unicamente le despidió dandole una debil esperanza, y le prohibió volver antes del siguiente dia, en que ella le instruiria de su última resolucion.

Nunca le habia perecido tan largo y penoso de pasar el tiempo. Solo a las orillas del lago, y agitado alternativamente con la esperanza y temor se esforzaba a prever la decision de que estaba pendiente toda su felicidad ó a desecharla atropelladamente del pensamiento, cuando ella se le presentaba como dejando burlados sus deseos. Tenia clavados los ojos en las paredes que encerraban a Elena. Aquella

vista alimentaba sus esperanzas, y la figura de Elena parecia grabarse sobre su obscura imaginacion. no pudiendo soporta, a veces las angustias de la incertidumbre, se apartaba de las riberas del lago; pero una oculta fuerza le tenia detenido al mismo sitio; y la noche le halló errante todavia a paso lento al rededor de las paredes del asilo al cual habia confiado Elena.

No tuvo esta mas sesegados momentos. Cuantas veces la prudencia ó un justo orgullo la disuadian de entrar en una familia que la desdenaba, otras tantas la gratitud y amor defendian la causa de Vivaldi. Varios recuerdos hablaban en su favor: la voz de Bianchi parecia dejarse oír desde el sepulcro, y mandar a la sobrina que cumpliera con los empeños que habia contraido en presencia de su moribunda tia, cuyos últimos momentos se hubian suavizado con esta esperanza.

En el siguiente dia por la mañana estuvo Vivaldi a la puerta del convento mucho tiempo antes de la hora señalada, y esperó con una penosa impaciencia a que la campana le

advirtiera el momento en que podría entrar.

Estaba ya en ellocutorio Elena, que se hallaba sola, y se levantó turbada. Se adelantó el amante con paso trémulo, apagada la voz; y sus inquietas y sobresaltadas miradas, fijas en Elena, eran casi el único arbitrio, que le quedaba para informarse de la resolución de esta. Observó Elena la palidez de su rostro y su emoción con una mezcla de pesar y satisfacción. Vióla él sonreirse por último, y la tomó la mano, el temor la inquietud y duda desaparecieron. No tuvo valor para darle gracias de otro modo que con profundos suspiros, y apretando tiernamente su mano con las suyas y no pudiendo sostener su regocijo, se apoyó en la reja que los separaba.

—Con que ya eres mía! le dijo Vivaldi. No nos separaremos ya jamás. Eres mía para siempre. Pero, ¿que observo! ¡Cielos! ¡Se muda el color de tu hermoso rostro.... ¿Me habré quizás engañado? Habla, querida Elena: te lo ruego con encarecimiento.

—Soy tuya para siempre, le dijo Elena con dulzura: nuestros enemigos no podrán sepa-

rarnos jamás!

Derramó Elena algunas lágrimas, é inmediatamente se cubrió el rostro con el yelo.

—¿Por que lloras? le dijo Vivaldi con una voz triste y confusa. ¿Porquè se humedecen tus ojos en este momento? Tus lágrimas abrazan mi abatido espíritu: parece que me dicen que consientes con repugnancia: que tu amor no quiere unir enteramente con el de tu amante.

—Te equivocas Vivaldi; estas lágrimas dicen mas bien que soy tuya del todo, que mi amor no fué nunca mas vivo, supuesto que él me conduce á vencer toda la repugnancia que puedo tener justamente de entrar en tu familia, y dar un paso que debe envilecerme en su concepto, y en el mio quizás.

—¡Ah! querida Elena, aparta de ti esa idea cruel: envilecerte en tu concepto y en el de mi familia! Aquí, estuvo muy agitado, se sonroseó; y tomando su rostro un aspecto de magestad y seriedad que no le era habitual, dijo con una especie de énfasis.

—Se acerca el tiempo, querida Elena, en que

se darán á conocer tus méritos y virtudes, ¡Ojalá tuviera yo una corona que presentarte, para manifestar al orbe entero cuanto te quiero y amo!

Volvióle á dar Elena su mano; y alzándose el velo, dió paso por medio de sus lágrimas á una dulce sonrisa, que espresaba al propio tiempo su gratitud y su tranquilidad.

Vivaldi, ántes de salir del convento, consiguió de Elena la licencia de consultar á un anciano religioso del convento en que estaba hospedado, y al que tenia confiados sus secretos, sobre la hora en que podria celebrarse el casamiento con ménos publicidad. El sacerdote le participó que estaria libre por algunas horas despues del oficio de la tarde; y que hallándose los religiosos en el refectorio como cosa de una hora ántes de ponerse el sol, se trasladaria entonces á una capilla poco distante del convento en las cercanias del lago y los casaria.

Vivaldi volvió al convento de Elena para darle parte de este arreglo. Conviniéron en que irian á la capilla á la hora indicada. Elena que habia puesto su proyecto en noticia de la abadesa, obtuvo de esta para acompañarla una lega; y Vivaldi debia esperarla fuera del

convento para conducirla al altar. Acabada la ceremonia, debian embarcarse en el lago, y atrabesarle para ir á Napoles. Vivaldi se separó de Elena para ir á ajustar una barca, y ella se retiró para prepararse á su viage.

Al acercarse la hora de la cita, cayó Elena en un grande abatimiento de ánimo. Entregada á varios tristes presentimientos veia con ojos melancólicos ponerse el sol detras de algunos negros nublados, y sus debilitados rayos, que todavia alumbraban las cumbres de las montañas ceder poco el lugar á las tinieblas. Se despidió de la abadesa, pues la habia recibido con tan amable hospitalidad, y acompañada de la lega, salióse del convento.

Al salir de la puerta se encontró con Vivaldi, el que, dándole el brazo, le echó una mirada que espresaba una especie de cargo por el abatimiento que ella mostraba.

Fuéron andando silenciosos hácia la capilla de San Sebastian. El espectáculo iba acorde con la disposicion del ánimo de Elena. El tiempo estaba lóbrego; estrellándose las olas contra la playa en la obscuridad mezclaban

un ruido sordo con el del viento, que encorbaba las copas de los encumbrados abetos, y se elebaban como espumosas cascadas hasta los riscos que coronaban el canal. El cielo estaba cubierto de nubes tempestuosas; y se dejaba oír ya por intervalos el lejano estampido de los truenos repetido por los ecos de la sierras. Bozando las aves la superficie del agua, volaban otra vez hácia sus nidos en las peñas.

Atemorizada Elena, hizo notar á Vivaldi que estaba preparándose una tempestad y que tenia miedo de atravesar el lago, Vivaldi dió á Pablo la órden de despedir el barco, é ir á alquilar y preparar un coche.

Al tiempo que se acercaban á la Capilla, detuvo Elena sus miradas sobre los altos cipreses que la rodeaban, y dijo: —He aquí unos árboles que no recuerdan mas que ideas lúgubres, y que son bien intempestivos cerca del altar que va á unirmos; á la verdad, Vivaldi que me vuelvo supersticiosa. ¿No crees que esos cipreses nos anuncian adversidades en lo venidero?

Disimúlame estos tristes pensamientos, y

pues tengo abatido el ánimo.

Vivaldi se apresuró á serenarla, la reconvinó cordialmente de la tristeza á que ella se abandonaba, y entraron en la capilla. En ella reinaba el silencio, y la alumbraba una sola y escasa luz. Acompañado el venerable religioso únicamente de un lego que debia representar al padre, estaban allí ya uno y otro arrodillados y orando.

Acercóse Vivaldi al altar, conduciendo á Elena enteramente trémula; y aguardaron que aquel religioso hubiese acabado su oracion. Durante todo este tiempo iba creciendo la conmocion de Elena, Recorria ella con la vista todo el circuito de la capilla, temiendo encontrar á algun observador en ella; y aunque no habia verosimilitud ninguna de que nadie de Celano tuviera el menor interes en interrumpir la ceremonia religiosa que se preparaba, suponía ella todavía involuntariamente que semejante suceso podia ocurrir. Al dirigir los ojos hácia una ventana, creyó ver efectivamente una cara aplicada á los vidrio, y alguno que examinaba lo que estaba pasando por dentro; pero al volver á llevar hácia

allí la vista, no descubrió ya á ninguno. Escuchaba inquieta cuantos confusos ruidos podían venir de afuera; y á veces tomaba el golpeo de las olas del lago contra las geñas, sobre que estaba construida la capilla, por voces y pasos de hombres que se acercaban. Se esforzaba sin embargo á sosegar sus sobresaltos, considerando que una curiosidad inocente podía atraer en aquel sitio á algunos habitantes del convento; y se había serenado algo cuando de repente notó medio abierta una puerta, y en la entrada á un hombre de aciaga fisonomía, y en el mismo instante se retiró el observador cerrando la puerta.

Vivaldi, que veía la alteración en el semblante de Elena, había tenido la vista sobre aquella puerta que la tenía; pero como no veía allí á ninguno, le preguntó el motivo de sus sobresaltos.

—Nos están observando, le dijo ella; alguno estaba ahora mismo en aquella puerta.

—Si nos observan, querida ¿crees que pueda haber aquí alguno cuya observación nos sea temible? Reverendo Padre, dijo Vivaldi

dirigiéndose al religioso, olvidais que os estamos esperando.

El sacerdote hizo seña de que su oración iba á concluirse; pero se levantó el lego, y habiéndole suplicado Vivaldi que cerrara las puertas de la capilla para apartar á los importunos observadores, le respondió: No tendría yo valor para ello, este es un lugar santo que no puede vedarse á ninguno.

—Podeis á lo ménos, le dijo Vivaldi, reprimir una vana curiosidad, y ver por defuera quien viene á acecharnos por aquella puerta: con ello apaciguareis la inquietud de esta joven.

En ello consintió el lego al que Vivaldi siguió á la puerta; pero no viendo á ninguno en un pasadizo con el que comunicaba aquella, se volvió mas sosegado al altar, de cuyo pie se levantaba el sacerdote.

—Hijos míos, les dijo el religioso, os he hecho aguardar; pero las oraciones de un anciano tienen ciertamente tanto valor como los votos que vais á contraer.

Tomó entonces el religioso su puesto en el altar, y abrió el ritual. Vivaldi se colocó delante

de él hacia su derecha, alentando, con sus inquietas y tiernas miradas á Elena que muy abatida y los ojos clavados en el suelo, se apoyaba sobre la legá. La figura y vastas facciones de esta última la alta talla y dura fisonomía del lego revestido con su ropage pardo; la cabeza cana y sosegado exterior del sacerdote celebrante, alumbrado por la lámpara, en oposicion con la juventud, gracia y viveza de Vivaldi, y con la hermosura y dulzura de Elena, formaban un grupo digno de pincel.

El sacerdote habia empezado la ceremonia cuando un ruido exterior renovó los sobresaltos de Elena, que observó la puerta, que la habia inquietado; abriéndose otra vez lentamente, y sacando un hombre de una descomunal estatura la cabeza; llevaba este un hachon, á cuyo resplandor, por estar abierta la puerta, se vieron en el pasadizo otras personas á sus espaldas. A sus feroces miradas y rara vestimenta quedó convencida Elena de que no era del convento aquellas gentes, sino siniestros mensajeros. Dió ella un grito medio ahogado, y cayó en los brazos de Vivaldi; pero como él no habia visto lo que es-

taba pasando en la puerta, no comprendió la causa de su sobresalto, hasta que habiéndole hecho volver la cara el ruido de los pasos, vió adelantarse hácia el altar una cuadrilla de hombres armados y vestidos de un modo rarísimo.

—¿Quién se atreve, preguntó Vivaldi con firmeza, á entrar en este santuario?

—¿Quiénes son los sacrilegos, añadió el religioso, que profanan así este lugar santo?

Elena, á la que Vivaldi sostenia, estaba desmayada; y adelantándose los hombres armados, desembainó Vivaldi su espada para defenderla.

Hablaban el religioso y Vivaldi entres sí, cuando una voz terrible como un estrepitoso trueno, entreabrió la nube que ocultaba aquel horrendo misterio.

—A vos Vicente Vivaldi de Nápoles, y á vos Elena Rosalba de Vila Altieri, os notificamos en nombre de la Santa Inquisicion, que os entregueis presos.

—*¡En nombre de la Inquisicion!* exclamó Vivaldi que creia apenas lo que estaba oyendo, Sin duda os equivocáis.

El familiar, sin dignarse responder, su notificación.

Vivaldi, siempre mas pasmado, añadió. No creais imponer suficiente respeto á mi credulidad, pues no creo haya dado motivo para que me persiga la Inquisicion.

—Creed lo que os acomode, repuso el familiar, pero vos y esa dama presos estais.

—Retírate, impostor, exclamó Vivaldi, ó mi espada te hará arrepentir de tu temeridad.

—¡Como teneis valor para insultar á un familiar de la Santa Inquisicion! este religioso puede instruiros de los peligros á que os esponéis resistiendoos á mis órdenes.

—Imponiendo silencio el sacerdote á Vivaldi, dijo: Si sois realmente familiar de ese formidable tribunal, dad la prueba de ello. Acordaos de que este recinto es sagrado, y temblad de las consecuencias de una impostura. Os engañáis si me creéis capaz de entregar unas personas que se han acogido en este asilo, sino sois portador de una autorizacion en forma de la santa Inquisicion.

—Ahí está, replicó el familiar sacando del bolsillo un rollo que dió al religioso. Leed,

y quedareis conveacido.

El benedictino se estremeció al ver el rollo, pero lo examinó con atencion. El pergamino, sello, firma, ciertas señales conocidas de los iniciados únicamente; todo daba indicios de un auto de prision fulminado por el santo Oficio. Se le cayó de las manos el papel; y dirigió la vista con una sorpresa y compasion extremas hácia Vivaldi que iba á leer el pergamino, cuando se lo arrancó; el familiar de las manos.

—Desgraciado joven, le dijo el religioso, es mucha verdad, Sois citado por vuestro delito ante aquel tremendo tribunal; y ha faltado poco para que yo mismo no me haya hecho reo de un crimen mayor.

Quedó Vivaldi como herido de un rayo. ¿Qué delito he cometido pues, reverendo padre? Hay en esto una impostura bien atrevida y artificiosa, supuesto que puede alucinaros á vos mismo pero, ¿cuál es mi crimen?

—No pensaba, dijo el religioso, que estuvierais tan endurecido hasta este grado en el mal. Tened cuidado, y no añadais la audacia del engaño á las abandonadas pasiones,

pues conocéis muy bien vuestro delito.

—Cruel falsedad, replicó Vivaldi: dad gracias à vuestra edad y estado que os defiende: pero estos malvados que se atreven à implicar à este inocente víctima en su acusacion, no se librarán de mi venganza.

—Deteneos, deteneos, dijo el sacerdote cogiéndole del brazo. ¿No sabéis las resultas que vuestra resistencia puede acarrearos?

—Nada os importa, dijo Vivaldi: no quiero saberlo. Defenderé à Elena mas que me cueste la vida. Que se acerquen si tienen valor.

—Sobre esta desdichada, tendida moribanda à vuestros pies, sobre esta cómplice de vuestro delito vengarán sus insultos.

—¡La cómplice de mi delito! exclamó Vivaldi con asombro é indignacion. ¡De mi delito!

—¿No depone el velo que ella trae imprudente mancebo, contra vos? Me pasmo de como no he podido notarlo.

—Habeis robado a una religiosa de su convento! dijo el comisario principal, y preguntais cual es vuestro delito. Cuando osalleis cansado de ostentar vuestro heroismo, será preciso que nos sigais, porque se nos va aca-

bando la paciencia.

Vivaldi notó entonces por la primera vez que Elena estaba envuelta con un velo de monja, el que Olivia le habia facilitado en la noche de su huida de San Estevan, y ella habia olvidado devolverle. La continua agitacion en que Elena habia vivido no la habia dejado libertad para reparar que aquel velo no era de los comunes: lo cual no se les habia escapado à algunas mongas del convento de Santa Ursula.

Embarazado ya Vivaldi para explicar de un modo aplausible la circunstancia del velo, empezó à distinguir otras que daban alguna apariencia à la acusacion que contra él se intentaba, y hechó de ver el lazo en que le habian hecho caer. Reconoció el infernal espíritu y venganza de Schedoni. Como él no estaba instruido sobre las ambiciosas miras de este religioso, ni sobre las esperanzas que se le habian dado por la marquesa, creyó que el confesor podia haber corrido el riesgo de haber perdido la buena gracia de su madre haciendole prender; y que Schedoni, despues de haber salido con ello, tenia quizas algunos

medios de arrostrar contra el resentimiento de su familia, y precísalas al silencio.

La convicción de que Schedoni era el autor de la trama, puso en un estado terrible á Vivaldi. Al tender la vista sobre Elena experimentó una angustia que las palabras no pueden expresar. Vuelta en sí le largó los brazos, llamándole al socorro suyo. No me desampares, le dijo ella en tono de la mas rendida súplica: únicamente tu eres capaz de salvarme.

A esta voz recobró Vivaldi su abatimiento; y dirigiéndose á aquellas gentes que le rodeaban los amenazó de nuevo. Todos en el mismo instante echaron mano á la espada, y en el alboroto de los lidiadores no se oyeron ya los agudos gritos de Elena ni las palabras del benedictino.

No queriendo Vivaldi derramar sangre, se mantuvo sobre la defensiva hasta que la violencia de sus adversarios le obligó á ostentar toda su destreza y valor. Hirió en el combate á uno de ellos; pero no podia defenderse ya casi de los otros, cuando entró Pablo en la capilla. Viendo asaltado á su amo fué

á su socorro, lidió con grande valentia, é hirió tambien á uno de sus contrarios; pero llegando en el mismo instante otra nueva cuadrilla al socorro de aquellos desdichados, Vivaldi y su leal criado, uno y otro heridos, fueron por último desarmados.

Elena, á la que habian impedido con sumo trabajo el echarse entre los combatientes, al ver herido á Vivaldi renovó de un modo tan insinuante sus súplicas, que conmovió de lástima hasta los corazones de los hombres feroces que la rodeaban.

Herido Vivaldi, y en poder de sus enemigos, veia á Elena en aquella horrible situación sin poder socorrerla; y suplicaba encañecidamente con dolorida voz, al anciano sacerdote que la patrocinara.

—No me atreveria yo, dijo el benedictino, á oponerme á las órdenes de la Inquisicion, aun cuando me hallara con las nesarias fuerzas para resistir á esta gente, ¿No sabeis: desgraciado jóven, que se castiga de muerte la resistencia?

—¡De muerte! dijo Elena, de muerte!

—Sí, señora, de muerte.

—Caballero, dijo uno de los familiares á Vivaldi, no habeis querido creerme, os costará caro por lo que habeis hecho; y le enseñaba uno de sus compañeros herido y tendido en tierra.

—No, exclamó Pablo, no debe costarle á mi amo por eso porque es obra mia; y si mis brazos estuvieran libres á pesar de hallarme herido, trataria de hacer todavia otro tanto con alguno de vosotros.

—Calla querido Pablo, unicamente yo soy reo, dijo Vivaldi; y dirigiendose al familiar, No tengo que decir nada en cuanto á mi, he cumplido con mi obligacion, pero en orden a ella, ¿podeis verla inocente, abandonada, y no dejaos enternecer? Podeis, barbaros, en el estado en que se halla, arrastrarla a la muerte en virtud de una acusacion tan manifiestamente calumniosa?

Nuestra piedad y alguna dilacion no le serian de utilidad ninguna, dijo el familiar. Sea fundada ó no la acusacion, es preciso que ella responda ante el tribunal.

—¿Que acusacion? exclamó Elena.

—La de haber roto vuestros votos, dijo el sa-

cerdote.

—Levantando Elena los ojos al cielo, exclamó: ¡Haber roto mis votos!

—Vds. lo oyen dijo, uno de los pícaros. Confiesa su culpa.

—No hay tal, dijo Vivaldi, sino únicamente se pasma de la horrenda maldad de los que la persiguen. ¡Elena! ¿es menester que te deje en poder de estos malbados, y que te deje para siempre?

Dándole este pensamiento algunas fuerzas, se arrancó de las manos de los que lo tenían asido, y apretó una vez todavia en sus brazos a Elena. Incapaz esta de proferir una palabra, y con la cabeza apoyada en el seno de Vivaldi, no pudo espresar mas que con lágrimas las angustias de un corazón partido de dolor. Aquellos crueles hombres respetaron su martirio por un momento.

Abatido ya Vivaldi con su dolor y pérdida de sangre, despues de estos últimos esfuerzos no podia sostenerse mas; y se vió en la presicion de abandonar otra vez á Elena.

—¡Que exclamó esta, ¿me dejariais perecer sin socorro?

El religioso propuso trasladar el preso al convento de los benedictinos, en que podrian curarse sus eridas. A él se llevaron tambien los demas heridos, pero Vivaldi se negó à ir alla, à no ser que le acompañara Elena. Esto era contrario à los estatutos de la comunidad en que no tienen las mujeres entrada; y el lego no dejó de repararlo.

Teniendo todos los temores de Elena à Vivaldi por objeto, le apuró para que se dejara trasladar al convento de los benedictinos; pero no pudo determinarle à apartarse de su lado. Los familiares sin embargo les declararon que iban à separarles. En balde representó Vivaldi que si ambos debian ser conducidos à las cárceles de la Inquisicion, no era necesario, y si una inútil crueldad el separarlos en el camino.

—Se tendrá cuidado de ella, dijo el principal familiar. Esto os debe bastar. Sigais ó no el mismo camino no les hareis juntos.

—¿En donde habeis visto, dijo otro, que unas personas que se prenden se dejan ir juntas? Realmente maquinarian à sus anchuras, y se entendrian tan de ántemano que,

en su interrogatorio, no estarian entre sí nunca en contradiccion.

—No me separeis de mi amo, gritaba Pablo con toda su fuerza. Pido que se me envíe con él à la Inquisicion, ó al diablo que es lo mismo.

—Poco à poco, repuso el familiar sereis enviado primeramente à la Inquisicion, y despues al diablo. Debeis ser juzgado ántes de ser condenado.

—Ya hay bastante tiempo perdido, dijo à sus secuases. Llevadla, añadió mostrando à Elena.

A estas palabras se llevaron en brazos à Elena. Pablo hizo vanos esfuerzos para desembarazarse de sus ataduras y acudir à su defenza. Estenuado Vivaldi, hizo esfuerzos para levantarse; pero quedó luego sin sentido al nombrar à Elena.

Esta por su parte solicitaba ver todavía à Vivaldi, y hacerle su última despedida. Sus raptores fuéron inexorables, y no oyó ella mas la voz de Vivaldi, el cual no estaba tampoco en estado de responder à la suya.

—¡Ah! decia Elena, Vivaldi, oiga yo todavía tu voz. Una palabra todavía, Vivaldi.

Pero este no la oía.

—Al salir Elena de la capilla exclamó nuevamente con el asento de la desesperacion: A Dios, Vivaldi, á Dios para siempre!

Era tan insinuante el tono con que ella hizo esta postrera despedida, que el helado pecho del anciano sacerdote se conmovió con ella. Enjugose con alguna impaciencia las escasas lágrimas que corrían á pesar suyo, avergonzado de dejarlas ver. Pero Vivaldi oyó aquella despedida, que pareció volverle á llamar de las puertas de la muerte. A Dios mi querida Elena, á Dios mi bien, ya no volveré á verte. Acuérdate de Vivaldi. Despues de aquellos doloridos acentos y volviendo sus ojos hácia la puerta, vió todavía su flotante velo. Su estado, ruegos y resistencia todo fué inútil. Aquellos malvados le cargaron de ataduras aunque estaba herido, y le llevaron al convento con Pablo, que continuaba gritando con toda su fuerza: Pido que se me llebe á la Inquisicion.



CAPITULO XVI.

El religioso cirujano del convento que habia examinado y curado las heridas de Vivaldi y las de su criado, declaró que no eran peligrosas; pero no pudo decir otro tanto de las de los alguaciles de la cuadrilla. Algunos relijiosos se manifestaban muy compadecidos de los presos; pero detenia á los mas de ellos el temor de tomar empeño por unos hombres acusados ante el tribunal del Santo Oficio, y no se atrevian á acercarse al cuarto en que estaban custodiados: pero no estuvieron por mucho tiempo en este embarazo. Luego que Vivaldi y Pablo estuvieron algo restablecidos, fuéron obligados á ponerse otra vez en camino. Hicieronlos entrar en un mismo coche; pero la precencia de los dos familiares les impidió comunicarse sus temores sobre el paradero de Elena, y sobre las causas de su póstera desgracia. Pablo sin embargo insinuó, de cuando en cuando sus sos-

pechas á Vivaldi de que la abadesa de San Estevan era su principal enemiga; que los carmelitas que los habian alcanzado en el camino que Vivaldi y Elena habian tomado, habian dado algunas luces con cuyo auxilio los habian seguido hasta Celano.

—Temí siempre, continuaba, que V, no pudiera salir de las manos de aquella abadesa, aunque no se lo he dicho á V. por no inquietar á la señora Elena. Estas abadesas son mas artificiosas que algunos inquisidores; y son tan zelosas en el ejercicio de su autoridad, que darian á un hombre la orden de irse al diablo, ántes que no mandarles nada absolutamente.

Echaba Vivaldi de cuando en cuando á Pablo unas miradas que le advertian contuviese su imprudente locuacidad; y volvia á caer él mismo en el silencio y reflexiones en que su dolor le detenia. Sus conductores no despegaban los labios, recogiendo cuanto decia Pablo: pero este los despreciaba como espías y advirtiendo en ellos cierta maligna vijilancia, los desdeñaba en sumo grado como enemigos. Estaba tan distante de ocurtarles

unas opiniones de que podrian prebalerse despues contra él, que ponía cierta vanidad en ponderarlas en exasperar á aquellos hombres, y precisarles a oír cuanto le era posible decir de mas injurioso para el Santo Oficio al que ellos pertenecian. Siempre que sacado Vivaldi de sus imaginaciones por alguna violenta exclamacion de Pablo, se esforzaba a reprimirla, el criado, en vez de disculparse, triunfaba de haber aliviado su corazon. Es culpa suya, decia, pues quieren tenerme en su compañía. Me lisonjeo de que bien pronto quedaran hartos de ella; y si me llevan a la presencia de los reverendos señores inquisidores, les hablaré claro. Cuento con que esto sea en un tono enteramente nuevo para ellos; y les diré onradamente algunas pequeñas verdades, aun cuando debiera pesarme de ello.

Sobresaltado Vivaldi de las consecuencias que la imprudencia de Pablo podia tener para este fiel criado, le riñó de nuevo, impusole silencio, y fué obedecido al cabo.

Fueron marchando los viajeros toda la noche, sin detenerse mas que para mudar caballos. En cada posta miraba Vivaldi tras de sí

para ver si los seguía algún coche que condujera a Elena: pero no se presentaba cosa alguna, ni oía el ruido de carruaje alguno a su espalda.

Al rayar el día descubrieron la cúpula de San Pedro de Roma, y comprendió que le llevaban a las cárceles de la Inquisición de aquella ciudad. Les hicieron detenerse por espacio de algunas horas en una villa de la campiña de Roma.

Cuando volvieron a partir, echó de ver Vivaldi que sus conductores no eran ya los mismos. A excepción del familiar que se había quedado con él en el cuarto de la posada, no vio más que caras nuevas. El vestido de estos últimos era muy diferente del de los primeros, sus modales eran menos brutales; pero su fisonomía daba anuncios de una crueldad encubierta bajo una disimulada frialdad y una idea de lo que representaban, como empleados del sacro tribunal de la Inquisición. Apenas hablaban, y si lo hacían era con escasas palabras únicamente. A las reiteradas preguntas del criado, y á los ruegos que les hizo el amo para saber lo que era de Elena,

no diéron respuesta ninguna, y oyéron todas las declamaciones de Pablo contra el Santo Oficio con una gravedad que fué siempre la misma.

Le hizo impresion á Vivaldi esta circunstancia de la mudanza de sus custodios, y mas particularmente la diferencia que él notaba en los modales de unos y otros; no había visto mas que la ferocidad de los foragidos en los primeros, y creyó descubrir en los segundos el artificio y crueldad que forman el distintivo característico de los inquisidores. Inclinóse á creer que se había ejecutado su primer arresto por algunos bribones que se habían supuesto a sí mismos falsamente individuos de la Inquisición, y que estaba entonces, por la primera vez, en poder de los agentes del Santo Oficio.

Era cerca de media noche cuando entraron los presos en Roma. Era tiempo de carnaval. El Corso, por el que tenían precision de pasar, se hallaba lleno de coches y mascarás, de músicos, frailes y charlatanes, alumbrado con una infinidad de luces, y resonando con los discordantes ruidos de los carruages, mú-

sica, gentes que daban serenatas, zumbas y risas de aquel alegre pueblo, que disputaba sobre las grageas que le echaban. Obligando el calor a tener abierto el coche, veían los presos cuanto pasaba. Tanta alegría contrastaba cruelmente con la situación de Vivaldi arrancando del objeto de su amor, incierto sobre la suerte de Elena, y entregado él mismo a un tribunal cuyas misteriosas y tremendas formas pueden atemorizar y abatir los más resueltos ánimos; había en ello también uno de los más palpables ejemplos de las variedades que puede presentar la vida, esta obra de vaivenes, y de la diversidad de los efectos que pueden conmover el pecho humano.

Vivaldi aparta su vista de aquel bullicioso espectáculo, por medio del cual iba adelantándose pausadamente el coche; pero trayendo Pablo el Corso de Nápoles a su memoria: y comparando aquella función con las de su país hallaba que sensurar en todo. Los adornos carecían de buen gusto, los coches eran comunes, los caballos malos, y el pueblo estaba triste. Sobrepujando su natural alegría

esta vista, olvidó por un momento que era preso por la inquisición, y hasta de que fuese Napolitano; y después de haber alzado el grito contra la chabacanería del carnaval de Roma, hubiera dado un brinco por la portezuela para gozar de su parte de diversión si sus ataduras y heridas no se lo hubieran estorbado. Últimamente habiéndose atajado los extravíos de su imaginación por un suspiro de Vivaldi, volvió a pensar en las desgracias de su amo, se desvaneció toda su alegría y dijo: ¡Ah! querido amo mío! amo mío! y no pudo concluir la frase.

Pasaron en aquel momento cerca del teatro de San Carlos, cuyas inmediaciones estaban llenas de lucidos trenes. Las damas Romanas con todos sus adornos, los caballeros vestidos de gala y las máscaras de toda especie se daban prisa a entrar en la Opera. Habiendo tenido precisión de pararse el coche que conducía a los presos, los familiares de la Inquisición contemplaron aquel tumultuoso movimiento de un gentío ansioso de diversiones. Ninguna fación de su rostro aljó para ceder a la dulce simpatía que le hace al hom-

bre tomar gusto en la recreacion de que es testigo. Su fisonomia continuó mostrando la idea de su propia representacion; y mientras que miraban con un oculto desprecio las frívolas diversiones del pueblo, este en cambio, mas sabio quizas que ellos en esto, veia con igual desprecio el tétrico orgullo que se negaba a participar de unas inocentes recreaciones; y apartaba los ojos de aquellas figuras en cuyas fachas estaba pintada una cruel severidad. Finalmente, habiendo reconocido el pueblo a los dependientes de la Inquisicion, se apartó el gentío, y la comitiva pudo proseguir su camino. El coche despues de haver salido del Corso, siguió por mucho tiempo unas calles retiradas y desiertas, alumbradas únicamente por varias lamparas que ardian delante de la imagen de algunos santos. Penetrando la luna de cuando en cuando por medio de los nublados, mostraba algunos de aquellos grandes monumentos públicos de la ciudad eterna; ruinas sagradas, agigantadas reliquias del cadaver que en otros tiempos encerraba un alma cuya energía se enseñoreó del orbe. No vió Vivaldi este grande espec-

taculo sin conmocion, y experimentó al atravesar, estas pinturas de la antigua historia, una respetuosa melancolía, un pio entusiasmo que le arrancó por un momento de sus pesáres. Pero fué breve la ilucion; solevantada por uu tiempo la larga de sus dolores volvía a caer mas pesada sobre su corazon.

El coche atravesó despues un gran espacio, en que algunas dispersas ruinas indicaban que antiguamente habian sido avitadas, pero que no se mostraba criatura viviente. Únicamente oyeron el sonido lejano de una campana; y en cuanto la oscuridad se lo permitia, descubrieron confusamente elevadas paredes y torreones. Juzgaron que eran los de las carceles de la Inquisicion. Mostrandose los Pablo a su amo, le dijo en un tono que expresaba su abatimiento: ¡ Ah señor !! aqui esta el sitio ¡¿ quien puede tener valor? Si el señor marques viera solamente el parage a que se nos conduce. ¡ Ah!...

Detúvose dando un profundo suspiro; y otra vez cayó en las inquietudes y temores que le habian ocupado y endurecido desde el instante de dejar el Corso.

Habiendo llegado el carruaje a las paredes, siguió su circuito por mucho tiempo. Eran altísimas, y las coronaban diversos torreones de trecho en trecho, los cuales solos interrumpían la enfadosa uniformidad de su blancura.

Llegaron los presos a una entrada que les pareció ser la principal según lo grande de la puerta y encumbrado de los torreones que la acompañaban. Paró el coche a la entrada de una bóveda cerrada por una reja de hierro. Uno de sus conductores bajó del caballo, y habiendo llamado en la reja se presentó un hombre con una acha en la mano, cuya cara traía a la memoria aquel verso del poeta inglés:

Grim-visaged confortless despair.

No habló, sino que después de haber reconocido a los que llegaban, abrió la reja; y habiéndose bajado los presos con los dos principales familiares, entraron bajo la bóveda, precediéndoles con una acha el que los había recibido. Bajaron una ancha escalera de alen-

nas gradas, a cuyo pie hallaron otra reja de hierro por la que entraron en una sala baja, escasamente alumbrada por una lámpara colgada de la bóveda. Ninguno de lo interior se dejaba ver: reinaba un profundo silencio, y tanto los familiares como el guardian no proferían ni siquiera una palabra. La idea de que aquel subterráneo era una de las sepulturas de las víctimas de la Inquisición, se le presentó en el ánimo a Vivaldi; y no contradiciéndola cosa alguna, se estremeció de horror. Aquella pieza parecía conducir a otras por diversas avenidas que se prolongaban en aquella inmensa casa; pero el ruido sordo del paso de algún hombre, ó el eco de alguna voz bajo aquellas bóvedas, no presentaban fundamentos para creer que estuviesen habitadas por criaturas vivientes.

Habiendo entrado los presos en una de las avenidas contiguas a esta primera sala, descubrió Vivaldi a un hombre con vestido negro, que llevaba una bugia, y atravesaba a lo lejos; y coligió por su traje que era un individuo del tribunal.

Pareció que había erido sus oídos el ruido

de las pisadas de los recién llegados, porque se paró hasta que le hubieron alcanzado los familiares. Se dijeron entre sí algunas palabras, que no comprendió Vivaldi ni su criado; tras lo cual mostrando el hombre negro otra avenida con la mano, continuó su paso. Habiéndole seguido Vivaldi con la vista, le vió entrar al extremo del pasillo, por una puerta que, al abrirse, dejó entrever una pieza muy iluminada; en que fué recibido por otras muchas personas vestidas como él: despues de lo cual volvió á cerrarse la puerta, y Vivaldi, fuese ilucion de su fantacia ó bien realidad, creyó oír salir de aquel cuarto ahogados gritos como los clamores de los moribundos.

La venida que los presos seguian los condujo por último a una pieza tan lóbrega como la primera en que habian sido recibidos, pero mucho mas espaciosa, y cuya bóveda sostenian diversos pilares.

Se detuvieron allí; y adelantóse un hombre que tenia visos de ser el carcelero, en cuyas manos fuéron entregados Vivaldi y Pablo. Sus conductores y carcelero se dijeron algunas palabras misteriosas entre sí y atravesando uno

de los familiares la sala, se subió por una escalera grande, mientras que el otro y el carcelero se quedaron abajo aguardando su vuelta.

Pasóse un largo rato, durante el cual no se interrumpió el silencio del sitio mas que por alguna puerta que se cerraba, ó algunos confusos sonidos que Vivaldi tenia por ayes y clamores que el dolor arrancaba. Diversos inquisidores, revestidos con su ropage negro, atravesaban la sala de cuando en cuando, sin dejar casi oír sus pisadas. Miraban con alguna curiosidad a los nuevos presos, pero sin mostrar la menor commiseracion; y parecian impresos en los rostros de la mayor parte de ellos los caracteres que se dan a los seres infernales. Vivaldi no pudo ver la dura crueldad ó impaciente ferocidad en su fisonomía, sin leer en ella la suerte de algunos infelices de sus semejantes; suerte de que parecia que aquellos crueles hombres iban disponiendo. Quedó tan impresionado de esta idea, que habiendo visto pasar á otros, evitó renovar su atencion, como si dotada de una fuerza mágica y sobrenatural su mirada, hubiera podido herirle de muerte; pero los seguia con la vista en su rá-

pido tránsito, cuando ellos se apresaban á ejercer su horrendo misterio.

Reflexionando Vivaldi sobre estos horrores, se olvidaba á si mismo poseido de asombro é indignacion al ver los males que la perversidad del hombre, llevada hasta el frenesí, puede preparar al hombre mismo; y de la insolencia del verdugo que, al degollar a su víctima, tiene valor para pretestar la justicia y necesidad de unos actos tan horrendos y repugnantes. ¿Es posible esto? se preguntaba á sí mismo. ¿Es semejante iniquidad conforme con la naturaleza humana? ¿Han podido sufrirla los mortales? ¿Ha podido el hombre, que se cree dotado de razon é infinitamente superior á cualquiera otro ser criado, dejarse llevar de tan horrenda locura y detestable crueldad, á que la ferocidad de las mayores fieras no se acercó jamás? No despedazan los tigres y leones á los animales de su especie; tan solo estaba reservado al hombre, tan vano de su razon é interior juicio que sostiene poscer á la justicia, el unir la excesiva locura con la estremada maldad.

No habia ignorado Vivaldi la existencia del

tribunal de la Inquisicion, del que habia oido hacer frecuente memoria; poseia algun conocimiento de sus estilos y leyes despóticas; pero lo que él habia creido sobre esto hasta allí, no habia ido acompañado de la conviccion que le cautivaba entonces el ánimo. Presentósele bajo un aspecto enteramente nuevo la naturaleza humana; y él no hubiera experimentado un asombro mayor, á haber oido mentar por la primera vez aquel extraño establecimiento. Pero cuando llegó a pensar que Elena estaba juntamente con él en aquel tribunal, y que era probable que en el mismo instante se hallara presa dentro de sus terribles paredes, se exasperaban su dolor, ira, y desesperacion hasta el grado del frenesí; se creia animado de una fuerza sobrenatural, y dispuesto á tentar hasta lo imposible para libertarla. Únicamente por medio de una esforzada dominacion sobre sí mismo no trató de romper sus ligaduras, y hacer una desesperada tentativa para buscarla en el vasto ámbito de su prision. Le quedaba todavia harta razon para reconocer su imprudencia y segura pérdida si hacia semejante tentativa. Reprimidas en esta for-

ma sus pasiones fueron virtudes, y se convirtieron en fortaleza y valor; su alma tomó firmeza, y también su planta y fisonomía una sosegada magestad que pareció que imponía respeto à los mismos dependientes del tribunal. No sintió ya los dolores de sus heridas; en él la parte superior pareció que había avasallado la animal; y quizás hubiera sobrellevado Vivaldi la tortura sin manifestar debilidad ninguna.

Pablo por su parte mudo y serio, lo observaba todo; distinguía los impulsos que pasaban en el ánimo de su amo con dolor al principio y después con sorpresa, pero no podía imitar el noble valor que comunicaba tanta firmeza y sosiego al alma de Vivaldi. Al contemplar en qué manos había caído, y tendiendo la vista sobre el semblante de los inquisidores que pasaban, empezó à arrepentirse de haber hablado tan libremente de aquel tremendo tribunal en presencia de sus dependientes, y à creer que si él pensara en hablarles por el tono con que los había amenazado, habría verosimilmente en esta forma por la última vez.

Volvió por último el familiar principal, y mandó à Vivaldi que fuera tras él. Pablo que iría en compañía de su amo; pero se lo impidieron los guardias, quienes le dijeron que se iba à disponer de otro modo de su persona. Fue esto para Pablo el momento de la más dura prueba; y declaró que no era su voluntad el separarse de su amo.

¿Porque, decía, habría solicitado yo mismo venir aquí, si no fuera para participar de los trabajos de mi amo y mitigarlos? Ciertamente que no es por mi gusto; y es seguro señores, que me hallaría à mil leguas de aquí, si mi apego à él no me hubiera movido à seguirle.

Los guardias le interrumpieron brutalmente, y se le llevaban cuando los detuvo la voz de Vivaldi. Profirió este algunas palabras consolatorias, y le hizo su despedida.

Le abrazó Pablo las rodillas; y llorando y sollozando, declaró que ninguna fuerza humana le arrancaría de allí; é interpellando à sus guardias, les repitió: ¿Porque he solicitado venir aquí? ¿es acaso por mi gusto? ¿Con que derecho quereis impedirme tomar parte en las

penas de mi amo?

—No intentamos privaros de ese gusto, le dijo uno de sus guardias.

—¿De veras, no me engañas? Bendígale Dios, exclamó Pablo poniendose en pie y tomando por la mano al hombre la meneó con una violencia capaz de dislocar la muñeca de una persona menos robusta.

—Vaya, vaya, venid con nosotros, repuso el guardia. Burlado por este estilo Pablo se encolerizó, y forrajeando en las manos de sus guardias, se desprendió de ellos para echarse otra vez á las plantas de su amo. Vivaldi le volvió á levantar y le abrazó, instándole para que se sugetara sosegadamente á la necesidad y no se desesperara.

—Nuestra separacion será corta, le dijo, y me lisongo de que volveremos á hallarnos en unas mas felices circunstancias. Quedará reconocida en breve mi inocencia.

—¡Ah! señor, le dijo Pablo, no nos volveremos á hallar en este mundo. Aquella vieja abadesa sabia bien lo que hacia dejándole escapar á V.; estaba bien cerciorada de los medios de volverle á coger. ¡Su inocencia de V.!

¿y de qué le servirá á V. su inocencia? ¡Ah! si el señor marques pudiera saber siquiera en donde está V.

—Interrumpiéndole Vivaldi, dijo á los guardias: Recomiendo ese fiel criado á vuestra humanidad. Está inocente. Veréme quizás algun dia con facultades para remunerar la indulgencia de que hayais usado con él, á la que quedaré mas agradecido que á la que manifestarais á mi mismo. Adios, querido Pablo, adios. Señor familiar estoy pronto á seguiros.

—¡Ah! señor, un instante todavia,

—No podemos esperar por mucho tiempo, dijeron los guardias llevándose á Pablo, el que mirando dolorosamente á Vivaldi, repetia alternativamente: Amo mio, querido amo mio, y á los guardias: ¿Porque he solicitado yo mismo venir aqui? ¿Por qué? si no es para participar de la suerte de mi amo.... así habló mientras estuvo en estado de hacerse oír.

Habiendo seguido Vivaldi al familiar en la escalera, pasó por una galeria, y llegó á una antesala en que fué entregado á otras personas que estaban aguardándole. Su conductor entró por una doble puerta en una habita-

cion. Habia sobre aquella puerta una inscripcion en caracteres hebreos de color de sangre. La inscripcion del infierno del Dante hubiera convenido à aquel lugar, en que todo parecia decir: *La esperanza que acompaña por todas partes al hombre, no la espere en este lugar.*

Conjeturó Vivaldi que en aquella habitacion se preparaban los instrumentos del tormento que debia arrancarle la confesion del delito que le imputaban. Aunque no estaba muy enterado de las formas judiciales de aquel tribunal, le habian dicho siempre que ponian en el tormento al acusado para arrancarle su propia confesion. Con arreglo à semejante modo de proceder, debia atormentarse mas cruelmente al inocente que al reo. à causa de que no teniendo nada que confesar, tomaba su inocencia el inquisidor por pertinacia, y duplicaba por consiguiente su barbarie. Debia suceder tambien que el inocente confesaria el delito que él no hubiera cometido, y se calumniaria à si mismo por no poder sostener los tormentos. Todos estos pensamientos se le representaban à Vivaldi sin entibiar su valor; to-

dos los resortes de su alma estaban tirantes. Creia conocer la acusacion intentada contra él; acusacion falsa pero que coloreada con algunas apariencias podia transformarse en una arma terrible contra Elena y él mismo. Iban à emplearse todos los ardidés posibles para hacerle confesar que habia robado à una religiosa. No se le ocultaba que como el acusador y testigos no se confrontan nunca con el preso en las causas graves, y que le ocultan hasta sus nombres, le es casi imposible el probar su inocencia, pero no dudó ni por un momento en sacrificarse à si mismo por salvar à Elena; y se determinó à morir primero en los tormentos, que decirse reo de un crimen cuya confesion acarrearía la ruina de Elena.

Volvió à parecer el familiar al cabo: y habiendo hecho seña à Vivaldi para adelantarse, y quitadole su sombrero y guantes, le mandó entrar por la doble puerta en el cuarto, y se marchó dejandole en aquel horrendo lugar cerrado à la esperanza.

Viose Vivaldi en una espaciosa sala en que no encontró mas que à dos personas sentadas en un gran bufete colocado en medio del

cuarto; estaban vestidas de negro. Una de ellas que por sus penetrantes ojos y rara fisonomía, reconoció Vivaldi ser un inquisidor: tenía cubierta la cabeza con una especie de tocado negro que realzaba de nuevo la ferocidad de sus facciones. La otra tenía descubierta la cabeza, y desnudos hasta el codo los brazos. Había en la mesa un libro y algunos instrumentos de una singular forma; al rededor de aquella muchas sillas desocupadas, en cuyos respaldos se veían diversas figuras, en el fondo del cuarto un crucifijo de una descomunal talla que llegaba casi al techo; últimamente, al opuesto extremo había una cortina que cerraba una bóveda entrante en la pared, y ocultaba ya una ventana, ya cualquier otro objeto; ó á algunas personas necesarias para las operaciones de los inquisidores, sobre lo que no era posible formar sino conjeturas.

—Dijo el inquisidor á Vivaldi que se adelantara; y luego que hubo estado proximo á á la mesa, le presentó el libro, le ordenó jurar que diría la verdad, y guardaría bajo un inviolable secreto cuanto viera y oyera.

Vivaldi estuvo vacilante para obedecer á

esta orden arbitraria; y le dió á entender el inquisidor por medio de una mirada que no dejaba lugar ninguno á equivocacion, la necesidad de someterse. ¿Cosentiré, decía en sí mismo Vivaldi, en mi propia condenacion? La maldad de esos demonios puede hallar materia de acusacion contra mi en las mas inocentes circunstancias que yo les dé á conocer, si me impongo la ley de responder á todas sus preguntas. ¿Debo jurar tambien que no revelaré nada de lo que yo haya visto ú oido en este lugar, en el que no puedo dudar de que se cometen horrendas crueldades?

El inquisidor con una voz terrible, y que hubiera hecho temblar á un hombre menos enterero que Vivaldi, mandó de nuevo á este jurar haciendo al mismo tiempo una seña á un subalterno que se hallaba á uno de los extremos de la mesa.

Guardaba todavía Vivaldi silencio; pero empezó á considerar que, inocente como él estaba, habria suma dificultad en formar de sus respuestas materia de acusacion, y en orden al juramento que se le exigia, negandose á prestarlo no podria impedir mal ninguno, su-

puesto que toda delacion carecia de fuerza contra la dominacion de aquel tremendo tribunal. Como no veia pues beneficio ninguno en aquella resistencia, que podia acarrearle molestas resultas a el, se determinò a prestar el juramento. No obstante esto, luego que habo de besar el libro y proferir las palabras que se le dictaban, titubeó y resistió de nuevo y le faltó peca para perder el animo. Fué tanta su turbacion, que algunas circunstancias, muy indiferentes en la apariéncia, le hirieron entonces muy fuertemente en la imaginacion; al tender la vista sobre la cortina que habia visto sin conmocion hasta aquel momento, creyó verla moverse y se estremeciò, pensando que ella podia encubrir a algun otro inquisidor tan formidable como aquel a quien respondia, o a algun acusador tan perverso como Schedoni.

Habiéndose recibido el juramento por el inquisidor, y sentado por el familiar presente en su registro, dió principio el interrogatorio. El inquisidor despues de haber preguntado al acusado su nombre, calidades y morada, le preguntó si tenia conocimiento de la acusacion en

cuya virtud habia sido preso.

—No se, respondió Vivaldi, mas que lo que la orden de mi arresto me ha dado a conocer.

—Tened cuidado con lo que decis, repuso el inquisidor, y no os olvidéis del juramento. ¿Sobre que se funda vuestra acusacion?

—Segun la orden de mi arresto, me acusan de haber robado a una religiosa de su convento.

—El inquisidor afectó alguna sorpresa. Confesais pues; añadió despues de una pausa, y haciendo señal al secretario para recoger al punto la respuesta de Vivaldi.

—Al contrario niégolo formal y solemnemente. La acusacion es calumniosa y falsa.

—Acordaos del juramento, repitiò el inquisidor, y tened entendido que tratamos con indulgencia al que confiesa su falta, y obtenemos con la tortura la verdad de aquel que se obstina en ocultarla.

—Si me sujetais a la tortura, dijo Vivaldi, hasta que yo reconozca la verdad de esta acusacion, espiraré en los tormentos; porque ellos no me haran nunca fallar a la verdad. Vos no

vais en busca de la verdad ni castigais al culpable. El inocente que no tiene delito alguno que confesar, es víctima de vuestra crueldad; y para librarse de ella, le es necesario hacerse reo de una falsedad.

—Reflexionad bien, dijo el inquisidor. No estais aquí para acusar, sino para responder a una acusacion. Decis que sois inocente, y reconocéis por vos mismo que estais noticioso de la acusacion intentada contra vos. ¿Como habeis podido tener noticia de ella de otro modo que por el grito de vuestra conciencia?

—Por los términos mismos de la orden para mi arresto, y por las palabras de los familiares de la inquisicion que la han ejecutado.

—Notad eso, secretario; por los términos de nuestra orden. ahora bien, añadió, dirigiéndose a Vivaldi; no se os ha presentado nunca nuestra orden, citais tambien las palabras de nuestros familiares, ¿ignorais pues que ellos jamas hablan?

—Es verdad, repuso Vivaldi, que no he leído vuestra orden, y no he dicho tampoco que la haya leído; pero el religioso que la leyó me dijo de que me acusaban, y vuestros fa-

miliares confirmaron en mi presencia lo que él decia.

—Afuera disimulos, dijo el inquisidor, responded sencillamente a la pregunta.

No puedo, dijo Vivaldi, dejar interpretar falsamente mis respuestas, y viciar el sentido de mis palabras para abusar de ellas contra mí mismo; he jurado que no diria mas que la verdad. Si quereis creer que quebranto mi juramento, y explicar a vuestro modo mis sencillas y directas respuestas, no diré ya nada mas.

—El inquisidor medio se levantó de su sitial, descolorido de cólera; y dijo: Hereje audaz, disputais con vuestros jueces, los insultais y desobedeceis al santo tribunal? Vuestra impiedad va a recibir su merecido castigo: pónganle en el tormento.

Una noble y desdeñosa sonrisa, una serena mirada dirigida al inquisidor, una magestuosa y firme presencia, sirvieron de única respuesta a Vivaldi. Aquel valor aquel seco menosprecio espresado en sus miradas, parecian dejar (absorto a su juez, que reconoció que no estaba tratando con una alma comun; aban-

donô pues por aquel instante los medios de terror, y prosiguió el interrogatorio.

—¿En donde fuisteis preso?

—En la capilla de San Sebastian, sobre el lago de Celano.

—¿Estais seguro de eso? preguntó el inquisidor; lo estais de que no es en la aldea de Legano, en el camino de Celano a Roma.

Confirmando Vivaldi su primer aserto, trajo a la memoria, con alguna sorpresa, de que se habian mudado sus conductores en Legano; y se lo hizo presente al inquisidor. Este pareció no poner atencion en ello, y continuó sus preguntas: ¿Fué presa alguna otra persona con vos?

—No se os puede ocultar; respondió Vivaldi, que la señora Rosalba fué presa al mismo tiempo, bajo el falso pretesto de que era religiosa, que habia roto sus votos y escapándose del convento; y que mi criado Pablo Manrico fué preso tambien, sin que yo pueda imaginar en virtud de qué imputacion.

—Guardó el inquisidor por algun tiempo un silencio meditabundo, se informó despues de la familia de Elena y del lugar de su residen-

cia. Temiendo Vivaldi esponer con alguna de sus respuestas á Elena, dijo que era incumbencia de ella misma el dar estos informes; pero se repitieron las preguntas.

—Esta ella en este recinto, replicó Vivaldi esperando aclarar sus dudas relativas á este particular, y nadie puede responder á vuestras preguntas mejor que ella misma.

—Se contentó el inquisidor con mandar al secretario que escribiera el nombre de Elena; y dijo despues á Vivaldi: ¿Sabeis en qué parte os hallais?

—Sonriéndose á esta pregunta Vivaldi, respondió: Creo hallarme en las prisiones de la inquisicion de Roma.

—¿Sabeis cuales son los delitos por los que los reos están sugetos al tribunal del Santo Oficio?

—Vivaldi no dió respuesta.

—La conciencia os advierte, y vuestro silencio lo confirma. Digoosle otra vez, confesad vuestra falta; este tribunal es misericordioso é indulgente con los que reconocen sus culpas.

—Se sonrió Vivaldi, y prosiguió el inquisidor.

—No, la Santa Inquisicion no es parecida á ciertos severos tribunales, y justos sin embargo,

en que la justicia del culpable se sigue inmediatamente á la confesion de su falta. Es misericordiosa, y no emplea nunca la tortura fuera de los casos de necesidad, y cuando el pertinaz silencio del delincuente exige esta rigidez. Ya veis lo que os toca esperar y al propio tiempo evitar.

—Pero ¿que pueden los tormentos hacer culpable el preso, si este no tiene nada que confesar? dijo Vivaldi. Pueden ellos mover á un animo débil á una falsedad para libertarse del dolor, y á un hombre imprudente á condenarse por sí mismo. No tendré yo esta fragilidad.

—Jóven, replicó el inquisidor en breve comprendereis que no obramos nunca mas que con arreglo á pruebas adquiridas, y estareis pesaroso en no haber hecho la ingenua confesion que se os exige. Vuestro silencio no puede robarnos el conocimiento de vuestro delito. Nos hallamo enterados de los hechos; y vuestras denegaciones no son capaces de quitarnos de las manos la verdad que poseemos, ni desfigurarla en nuestro concepto. Vuestros mas ocultos delitos están insertos ya en los registros tan fielmente como os los hecha vuestra conciencia en cara. Temblad pues; someos, y no hecheis en olvido que aunque vuestro

delito está suficientemente probado á nuestros ojos exigimos vuestra confesion, y el castigo de vuestra pertinacia en reusarla es tan cierto como el del delito mismo.

—No replicó Vivaldi; y el inquisidor tras un momento de silencio, añadió: No habeis estado nunca en la iglesia del Espíritu Santo de Nápoles?

—Vivaldi, antes de responder a esta pregunta, dijo; Pregunto el nombre de mi acusador.

—Os advierto, dijo el inquisidor que no teneis aquí el derecho de hacer pregunta ninguna y que el nombre del acusador queda oculto siempre al acusado en este tribunal. ¡Ah! ¿quien querria desempeñar su obligacion delatando, si permaneciera espuesto á la venganza del delatado? Únicamente en casos particulares y raros se aparta de esta regla el tribunal.

—A lo menos deben dárseme á conocer los testigos que deponen contra mí, dijo Vivaldi. Tampoco, respondió el inquisidor, y por los mismos motivos. —No hay pues justicia para el acusado, supuesto que es condenado sin confrontarse con su acusador ni con ningun testigo.

—Haceis muchas preguntas, y no respondeis á las que se os hacen. El delator no es el acusador.

El Santo Oficio, al que es representada la delacion desempeña este ministerio. Su fiscal pone á su vista las circunstancias conocidas por la delacion, igualmente que las deposiciones de los testigos, y el tribunal juzga. Pero es ya hablar mucho sobre esta materia.

—Vivaldi exclamó: ¡Que! ¿es pues el tribunal acusador, testigo y juez? ¿Que mas puede desear el odio privado mas violento que el hacer juzgar á su enemigo por un tribunal semejante? El puñal de un asesino no es tan seguro ni certero para la inocencia. Veo por lo que me participáis que no me sirve de nada el no tener cosa ninguna de que reconvenirme, supuesto que un enemigo, uno solo puede perderme.

—¿Teneis pues un enemigo? dijo el inquisidor.

Vivaldi no podia dudar efectivamente de que el tuviera uno; pero carecía de pruebas suficientes para asegurar que semejante enemigo era Schedoni. El arresto de Elena le hubiera conducido también, acusando al confesor, á acusar á otra persona, si el no se hubiera estremecido de horror á la sola suposicion de que su madre habia consentido en hacerle meter en las cárceles de la Inquisicion.

—¿Teneis pues un enemigo? repitió el Inquisidor.

—Mi estancia aquí lo prueba suficientemente, dijo Vivaldi; pero yo mismo soy tan poco enemigo suyo que ignoro su nombre.

—Decís que ignorais su nombre: pero por eso mismo es cosa patente que no teneis enemigo particular ninguno y que la acusacion intentada contra vos es obra de un sugeto amante de la verdad, y al que son queridos los intereses de la religion.

Se indignó Vivaldi del arte péfido con que le habian conducido á una declaracion de la que se servian tan cruelmente contra él. Un silencio desdeñoso fué cuanta objecion le hizo á la felonía de su examinador, que se sonreia malignamente, dándose el parabien de su escaso triunfo, teniendo en nada la vida de un hombre para contentar su amor propio y la idea de su representacion y que celebraba el haber hecho caer al acusado en la trampa que él le habia armado; talento del que estaba muy envanecido, y que era en efecto el de su plaza y estado.

—¿Persistis pues, añadió, en negar la verdad? Y no habiendo respondido Vivaldi, repuso:

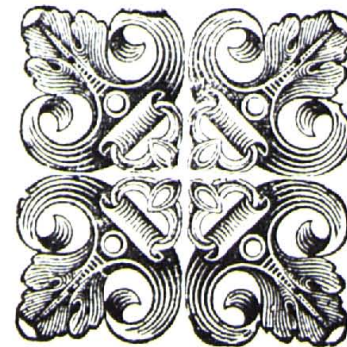
Supuesto que es cosa patente por la declaración que acabais de hacer, que no tenéis enemigo ninguno al que un resentimiento particular haya movido á acusaros; y por otras circunstancias que no decís la verdad toda, infiero de ello que la acusación que es intentada no es una maliciosa calumnia. Os exhorto pues, y os ruego otra vez con encarecimiento, en nombre de la religión, que confeséis ingenuamente vuestras faltas, y os ahorreis los tormentos con que estaríamos precisados á exigir de vos la confesión de vuestro delito. Considerad también que únicamente vuestra confesión puede mitigar en favor vuestro el rigor del tribunal.

Viendo entonces Vivaldi que era preciso replicar, protestó de nuevo de su inocencia, y declaró formalmente que no se reconocía por culpable de acto alguno que pudiera hacerle comparecer legítimamente ante el Santo Oficio.

Habiendo preguntado el inquisidor otra vez cual era el delito mencionado en el auto de prisión y repetido Vivaldi su respuesta, mandó el primero que de ello se tomara nota por el Secretario, dejando ver en aquel instante una maligna satisfacción que Vivaldi no pudo explicar. Luego que

el Secretario hubo acabado, mandó el inquisidor á Vivaldi que firmara el interrogatorio, advirtiéndole otra vez que se preparara á confesar su delito ó sufrir el tormento en el siguiente día. Hizo después una seña; y habiendo vuelto á presentarse el familiar que había introducido á Vivaldi en aquel cuarto, le dijo el inquisidor: Conoceis vuestras órdenes, ejecutádlas. Inclínose el familiar, y se llevó á Vivaldi.

FIN DEL TOMO II.



EL ITALIANO.



EL CONFESSIONARIO

DE LOS PENITENTES NEGROS.

POR ANA RADCLIFFE.

AUTORA DE LOS MISTERIOS DE UDOLFO ADELINA,
LOS SUBTERRANEOS DE MAZZINI, ETC.

Con Láminas.

TERCERO

MALAGA.

—
Imprenta de D.^a Andrea Martinez, Calle
de Granada núm. 77.

EL CONFESORIO
DE LOS PENITENTES NEGROS.



EL ITALIANO,



EL CONFESORARIO

DE LOS PENITENTES NEGROS.



CAPITULO XVII.

Despues que sacaron á Elena de la capilla de S. Sebastian, la subieron sobre un caballo, y acompañada de dos hombres de los mismos que la habian preso, se pusieron en camino sin poderse imaginar á donde la conducian: escuchaba inútilmente con la mayor atencion cualquiera ruido que oia, esperanzada en que podria ser Vivaldi, que la habian asegurado que seguia el mismo camino.

El pais que atravesaban era solitario: solo encontraron varias gentes del campo que iban al mercado de la villa inmediata, algunos viñadores, y Elena ignoraba que estaba en las llanuras de la Pulla terminadas al Norte y al Este por la cordillera de montañas del Gárgano, que principia en el Apenino y sigue hasta el mar Adriatico.

En estas llanuras encontraron algunos pastores apacentando sus ganados y tocando sus instrumentos campestres. Les ofrecieron leche y pan de cebada con una afabilidad digna de imitarse.

Elena advirtió que no habia en toda la llanura pueblo ni casa alguna. Al anochecer del segundo dia de viaje entraron en un monte que se estendia hasta el Gárgano.

Conducidos mas bien por una senda que por un camino, en medio de la oscuridad de la noche, llegaron á una altura desde donde descubrió Elena otro bosque que llegaba al Adriatico. La costa formaba una bahía de rocas escarpadas, cuyas cimas se elevaban hasta las nubes desafiando la furia de las olas. A lo lejos tambien se divisaban otras montañas que

formaban una especie de anfiteatro y terminaban aquel vasto recinto. Al ver estos sitios tan silvestres y desiertos, llegó á persuadirse que la confinaban allí para separarla de la sociedad. Manifestaba cierta tranquilidad; pero era mas bien efecto de la debilidad y del temor, que la conformidad con su suerte: recordaba lo pasado y veia lo venidero con tal desconfianza, que su mismo abatimiento no lo permitia explicar.

Hasta despues de haber caminado muchas millas, no advirtió Elena que estaba á las orillas del mar; y al llegar á un valle estrecho que formaban dos montañas, distinguió las aguas, y se arriesgó á preguntar á los que le acompañaban si faltaba mucho camino, y si la llevaban á bordo de alguna pequeña embarcacion de las que estaban ancladas.

No, ya no falta mucho respondió con aspereza uno de ellos: pronto acabareis vuestro viaje, y descansareis.

Bajaron á la ribera y llegaron á una casa aislada muy próxima á la orilla del mar. No se veia luz alguna, y segun el silencio que se advertia, parecia estar inhabitada; pero sus

conductores sabían lo contrario, porque llamaron á la puerta con toda su fuerza: nadie respondió. Elena entretanto examinaba la casa con el mayor desasosiego en cuanto lo permitía la oscuridad, y por su arquitectura antigua y particular no la parecía propia para que la habitase un aldeano.

A las repetidas voces y golpes, respondió y salió á abrir la puerta un hombre tan miserable al parecer, que Elena no le pudo mirar sin compasión. A la luz que traía se descubría un rostro descarnado, y seco, los ojos hundidos, y todas sus facciones presentaban un aspecto tan feroz y terrible, que Elena se estremeció al verle. Nunca había observado la miseria y la perversidad tan perfectamente delineadas en una fisonomía, y le contemplaba con tal atención, que olvidó por un momento el terror que la inspiraba.

En efecto, conoció que esta casa no estaba destinada para la persona que la habitaba, y sospecho que sería el instrumento de algún agente de la marquesa Vivaldi.

Luego que pasaron el portal, entraron en una sala muy antigua, ruínosa y sin muebles

con una galería en lo alto que conducía á otras varias habitaciones.

Al llegar á la de Spalatro (este era el nombre de la persona que habitaba la casa), los conductores de Elena le hablaron al oído. La miró con cierta malignidad, y los hizo algunas señas. Los mandó sentar mientras disponía algún pescado para que cenasen, y Elena conoció que estaba solo en la casa. Su habitación no tenía mas muebles que dos ó tres sillas viejas, una mesa y un colchón tirado en un rincón. La triste Elena creyó entonces que la habían conducido allí para dejarla en manos de aquel hombre, que en todas sus facciones presentaba el carácter del crimen, con el objeto sin duda de que la sacrificase á un orgullo inflexible y á una venganza insaciable.

Reunidas todas estas particularidades, y las palabras de los conductores, *pronto acabareis vuestro viage, y descansareis*, se convenció de que la habían llevado á aquella soledad para asesinarla, y se apoderó de ella un temblor tan terrible, que se desmayó.

Cuando volvió en sí, se vió rodeada de sus conductores y de Spalatro, á cuyos pies estu-

vo para arrojarse é implorar su compasion; pero recelosa de que acaso se irritarian manifestando sus sospechas, se quejó de su cansancio y suplicó que la enseñasen su habitacion.

Se miraron mutuamente, vacilaron un momento y por último la dijeron que se esperase á cenar; pero disculpándose Elena del mejor modo posible, la permitieron que se retirase. Spalatro tomo la luz y la condujo por la galeria á una habitacion en donde la dijo que pasaría la noche.

¿Donde está la cama? preguntó Elena, mirando por todos lados. Allí, contestó Spalatro, señalando una tarima y un mal colchon con dos cortinas andrajosas que colgaban del techo. Si necesitais la luz, la dejaré, y despues volveré por ella.

¡Qué! ¿no me la dejais toda la noche? le preguntó Elena con voz tímida.

¿Para qué? contestó con enfado; ¿para poner fuego á la casa?

Le volvió á suplicar que se la dejase toda la noche para su consuelo.

¡Ah! sí; la luz no podrá menos de consolarnos, la replicó en un tono que Elena no pudo

comprender. No sabeis lo que pedis.

¿Qué quereis decir en eso? le preguntó Elena llena de inquietud. Os suplico por Dios que me lo expliqueis.

Spalatro la miró con cierta admiración; pero sin constestarla.

Compadeeos de mi, le dijo, cada vez mas sobrecojida; me veo abandonada sin amigos y sin ningun auxilio,

¿Qué es lo que temeis? la contestó Spalatro mas sereno; y sin esperar á que respondiese, añadió ¿Es acaso una crueldad quitaros la luz.

Recelosa Elena de que no sospechase lo mismo que ella temia únicamente le replicó que ejerceria un acto de humanidad si la dejaba la luz, porque estaba muy abatida, y la serviria de consuelo en aquella habitacion desconocida para ella.

No estoy ahora para oir antojos, dijo Spalatro: tengo otras cosas en que pensar. Ademas, es la única luz de la casa y los huéspedes estan abajo á oscuras y yo aqui perdiendo el tiempo. Os la dejo por cinco minutos nada mas, y al salir cerró la puerta.

Elena aprovechó este corto rato para reco-

nocer la pieza ver si hallaba algun arbitrio para escaparse; pero no habia mas salida que la puerta donde habia entrado, y una ventana con una reja de hierro inexpunable. Estas precauciones para impedir la fuga aumentaban los motivos que tenia Elena para intentarla por todos medios. Paso la luz en el suelo, y esperó que volviese Spalatro. á pocos minutos la trajo un vaso de vino muy malo y un pedazo de pan, que aceptó agradecida.

Se volvió á salir Spalatro y cerró la puerta por fuera. Luego que se vió sola, procuró calmar su agitacion y temor por medio de la oracion, y recobró en parte alguna confianza y tranquilidad.

No era facil que olvidase el peligro en que se hallaba, porque como no podia acerrar la puerta por dentro, los malvados que estaban abajo tenian franca la entrada cuando les acomodase, y esta reflexion la impidió que descansase un momento á pesar de tantas fatigas como habia sufrido.

Se resolvió á no dormir en toda la noche, y se reclino sobre el colchon esperando que amaneciese; pero al punto la asaltaron otras ideas

mas tristes. Recordaba lo ocurrido el dia anterior y la conducta de sus guardas, é inferia la mala suerte que la esperaba. No parecia verosímil que la hubiesen llevado allí para tenerla encerrada, porque lo hubieran conseguido mejor en un convento. El caracter de la marquesa, que ya conocia Elena muy á su costa, el aspecto de aquella casa, el semblante feroz del hombre que la habitaba, la circunstancia notable de no haber allí muger alguna, todo la persuadia á que la iban á asesinar, y á pesar de su resignacion, no pudo resistir el temblor, la agitacion de su corazon, la debilidad y el horror que la asaltaban. Bañada en lágrimas llamaba á Vivaldi, que se hallaba tan distante de aquella soledad, para que la socorriese: le rogaba que la salvase, y en este estado de agonía repetia sin cesar. ¡No le volveré á ver! ¡No le veré jamas!

Sin embargo, no temia que Jimiese en los calabosos de la Inquisicion, porque convencida de la impostura que la atribuian y de que no lo habian arrestado de orden del Santo Oficio ni conducido por sus emisarios, se persuadió que la prision de Vivaldi era solo un

medio inventado por la marquesa para impedirle que la socorriese. Creía que le habrían enviado á alguno de los castillos de la familia, y que recobraría su libertad luego que la sacrificasen á ella. Esta consideracion fué la que alivió algun tanto sus tormentos.

Las gentes que estaban abajo no se recogieron hasta muy tarde, y a cualquiera rumor que sonaba temblaba Elena creyendo que subían: se persuadió en fin á que se habían acostado, pero se desengañó muy pronto, porque oyó gentes que se acercaron á su habitacion y se pararon á la puerta. Hablaban por lo bajo y Elena no se atrevia á respirar para escuchar mejor; pero solo persibió estas espresiones; *abajo está sobre la mesa en mi sinturon: despáchate*. Sintió pasos, y despues de algunos minutos de silencio, volvió el que habia bajado, profirió algunas palabras que Elena no entendió y á las cuales otro respondió: *está dormida*. Los oyó bajar, y no advirtió despues en toda la noche sino el ruido de las olas. Se disminuyeron sus temores por algunos momentos, pero cuando reflexionó en las palabras que habia oído, se imaginó que la persona que

bajó fué á buscar el puñal del otro, arma que por lo comun se lleva en el cinturon; y respecto á las palabras *está dormida*, juzgó que se las decia á su compañero porque suponía que la habia oído.

Por dicha suya no sabia Elena que en la misma habitacion habia una puerta falsa que se abria sin hacer ruido, por donde podia entrar un asesino á cualquiera hora de la noche. Persuadida de que los hombres encargados de su custodia estaban dormidos, se reanimó algo; pero no pudo descansar ni un momento: se paseaba por la sala, y se estremecía cuando crujian las tablas del piso, escuchando continuamente si habia alguno en la galeria. Con la claridad de la luna que entraba en su habitacion, distinguió algunos objetos que no habia advertido con luz artificial. Muchas veces la parecia que alguno se acercaba, y fijaba la vista por aquella parte. Satisfecha de que la puerta estaba asegurada, no creía que viniesen á asesinarla, porque sus enemigos dormian. Acometida de un temor pánico volvió á escuchar y á registrar el aposento, y al fin se persuadió á que estaba sola; pero con to-

do eso no se atrevió á acercarse á donde estaba el colchon mientras duró la oscuridad: se arrimó á la ventana y esperó á que amaneciese. Contemplaba con admiracion los movimientos periódicos é imponentes del mar, cuyo espectáculo tranquilizó algo su espíritu, y luego que entró la luz del dia en su habitacion, se serenó, y se echó en el colchon y logró descansar algunos instantes.



CAPITULO XVIII.

Un fuerte estrèpito á la puerta de la habitacion de Elena la despertó de su profundo sueño, y llena de sobresalto se incorporó aterrada: oyó descorrer los cerrojos de la puerta vió entrar á Spalatro su carcelero, y atemorizada con la aparicion repentina de este personaje, no tuvo ánimo para preguntarle la causa de su venida,

Vengo á traeros el desayuno, dijo él mismo, Creia que estariais despierta; pero aun os veo al parecer algo inclinada al sueño á pesar de que os acostais temprano.

Elena no contestó; pero conmovida profundamente de su situacion, imploraba con la vista la compasion de este hombre, que se acercó

con un pedazo de pan de avena y una hortera de leche.

«Necessitais comer, porque anoche no cenasteis, la dijo.

Le dió las gracias y le suplicó que lo dejase en el suelo, porque ni habia mesa ni silla donde ponerlo. Con este motivo le observó de cerca, y se asombró mas que antes de la insolencia y perversidad que indicaba su fisonomia. Se felicitaba á sí misma por su perspicacia, como si de esto la resultase algun nuevo triunfo. La interesaba demasiado conocer á este hombre para observarle con la mayor atencion, y así no dejó de mirarle mientras estuvo en la sala. No lo hizo así Spalatro, porque apartaba la vista como un hombre de perversos designios que teme ser descubierto. Salió de la habitacion y echó el cerrojo a la puerta, como la noche anterior.

Fué tal la impresion que causó en Elena la fisonomia de Spalatro, que ocupada esclusivamente con esta idea no se acordó en mucho tiempo que la habia traído el desayuno, á pesar de que estaba desfallecida; llegó la leche á los labios y despues de haber bebido

una cantidad muy pequeña, se imaginó que tal vez estaria envenenada y la dejó, creyendo que la porcion que habia tomado no la podia hacer mal por ser tan corta.

Pasó casi todo el dia entregada á sus cavilaciones y apoyada en la reja de la ventana; de cuando en cuando escuchaba con atencion, queriendo por el ruido conjeturar la jente que habia en la casa; pero reinaba el mas profundo silencio y parecia que solo ella y Spalatro la habitaban: inferia que se habian ido los que la condujeron, y no podia comprender la causa de esta determinacion, porque si estaba ya decretada su muerte, parecia extraño que esta se hubiese confiado á un solo hombre pudiéndola ejecutar los tres con mas facilidad pero esta reflexion es disipada acordándose del veneno, pues verificado el proyecto por este medio era propable que aquellos hombres, viéndola ya encerrada la abandonasen á su suerte y dejasen Spalatro encargado del cadáver. Así consiliaba la inconherencia de sus pensamientos. Fuese realidad ó efectos físicos parecidos á ella, Elena se acordó en este momento que habia tomado un poco de leche y se vió ata-

da de un temblor general, produciendo en su concepto por el veneno que aunque corta cantidad iba produciendo su efecto.

Mientras duró esta agitacion oyó pasos junto à la puerta: se puso à escuchar y persuadió à que habia alguno en el corredor.

Es Spalatro, decia para sí; cree que he tomado el veneno y viene à oír mis últimos suspiros ¡Ay de mí! viene muy pronto.

Se la aumentó el temblor y calló desmayada. Luego que volvió en sí la apareció prudente que Spalatro creyese que habia tomado todo el cuenco de leche y arrojó por la ventana la que no quiso tomar.

Cerca del anochecer sintió ruido à la puerta y vió una sombra por la rendija inferior como de una persona que estaba por la parte de afuera; él es, dijo Elena, viene à cerciorarse de que he exhalado el último suspiro; y si me encuentra viva, ¿qué puedo esperar cuando vea frustadas sus esperanzas? ¿Qué debo esperar sino la muerte?

Un momento después oyó descorrer poco à poco los cerrojos de la puerta, y se asomó Spalatro: antes de entrar miró atentamente la ha-

bitacion como queriéndose asegurar de alguna cosa: dirigió la vista à Elena, que descansaba al parecer en el colchon, y à pasos apresurados se acercó à ella. Su fisonomia indicaba al mismo tiempo la impaciencia, la inquietud y el remordimiento. Se incorporó Elena, y él retrocedió, como si se le hubiera presentado un espectro. La ferocidad extraordinaria de sus miradas y todos sus movimientos confirmaron los temores de Elena, y cuando le preguntó como se hallaba no tuvo serenidad para responderle que estaba mala. La volvió à mirar con atencion y curiosidad por espacio de algunos momentos y después toda la sala para examinar, segun à ella la parecia, si habia tomado el veneno. Vió que la horteira estaba vacía y la levanto del suelo.

No habeis comido, la dijo: se me ha olvidado. Pronto estará dispuesta la cena, y entretanto podeis salir à dar un paseo por la ribera, si quereis.

Elena se sorprendió extraordinariamente de una indulgencia que no esperaba y dudó si aceptaria. Sospechó alguna traicion oculta, y que se valia de este arbitrio para realizarla; de

modo, que estaba casi resuelta á rehusar la oferta, hasta que reflexionó que era un medio para salir de la sala en donde estaba confiada enteramente á Spalatro.

Al pasar por la sala baja, acompañada de su conductor, no vió á nadie, se arriesgó á preguntar si habian marchado sus conductores; pero Spalatro no contestó, la señaló hácia el poniente diciéndola que se podía pasear por aquel lado.

Elena seguía la orilla del mar y á corta distancia Spalatro. Entregada enteramente á sus reflexiones, sin ver apenas los objetos que la rodeaban, advirtió á una larga distancia algunas cabañas diseminadas por varios puntos que parecian de pescadores y algunas barcas que entraban en la bahía. Hasta entonces creía que en toda aquella vastísima playa no habia mas habitacion que la destinada á su prision, y así al ver las cabañas concibió alguna nueva esperanza. Volvió la cabeza para observar si Spalatro la seguía, y como le vió algo lejos, miró otra vez á las cabañas, viendo que estaban muy distantes, cayó en su anterior abatimiento.

El cielo se nublaba, el mar se oscurecía, y agitadas las aves volvian á buscar sus nidos tocando la superficie de las aguas; todo anunciaba una tempestad muy próxima. Elena á pesar de estar siempre pensando en sus desgracias, no olvidaba las de su semejantes. Se alegraba al ver que los pescadores llegaban á sus cabañas y se ponian al abrigo de la borrasca rodeados de sus hijos, y disfrutando de los auxilios que la sociedad proporciona al hombre; pero estas mismas consideraciones la recordaban la triste situacion y soledad que padecía.

¡Ay de mí! decía: ya no tengo asilo, ni quien me aceja con afabilidad; ya no tengo un amigo que me proteja y pueda favorecerme y salvarme. ¡Desgraciada, abandonada en un desierto, perseguida acaso del asesino que cuida de no dejar huir la víctima y espera solo el momento de sacrificarla.

Estas tristes ideas la abatian. Volvió otra vez la cabeza para observar á Spalatro y vió que no le seguía. No pudo menos de maravillarse de esta novedad, y cuando se disponia á aprovecharse de la ocasion que se le presenta-

ba para huir, descubrió un fraile que venía hácia ella por la orilla del mar, embozado en una capa negra muy ancha, mirando al suelo, con todas las apariencias de un hombre entregado á meditaciones profundas.

Después que le observó con una sorpresa, que la pronosticaba alguna lisonjera esperanza, se dijo á sí misma: este religioso ocupado en sus meditaciones no puede estar animado sino de buenos pensamientos: bien me puedo dirigir á un hombre de esta clase. Su inclinación y su propio deber le obligarán á proteger al desgraciado. ¡Cómo podía yo esperar en este desierto un protector tan respetable! Su convento no estará muy lejos de aquí.

Se iba cercando el religioso, siempre con la vista inclinada á la tierra.

Elena salió al encuentro, y cuando ya se hallaba á corta distancia la miró al soslayo con serenidad, sin levantar la cabeza, y por entre la capucha. La esperanza de encontrar con él un protector se desvaneció y no se atrevió á hablarle, temiendo que la volviese á mirar. El fraile pasó por delante de Elena sin hablarla una palabra ni manifestar curiosidad ni sor-

presa.

Se paró Elena un momento, determinada luego que el fraile estuviese á cierta distancia, á adelantarse, ganar el lugarcillo, si era posible, á implorar la humanidad de sus habitantes antes que la de este incógnito que sola inspiraba horror; pero oyó pasos á su espalda y vió que el fraile se la volvía á acercar. Pasó por su lado con gesto desdeñoso, y á atravesar la miró como observando. Elena no se pudo determinar á implorar su compasión, sintiendo en su interior una aversión á este hombre, que no la fue posible vencer. Su aspecto altivo y silencioso: su estatura gigantesca, y todas sus facciones bastaban para aterrorizarla.

Después que desapareció, Elena continuó su camino al lugarcito, antes que Spalatro pudiese impedirselo, admirándose de que la dejase sola; pero apenas se había adelantado algo, vuelve y vé que el fraile estaba hablando con Spalatro. Consultaban al parecer alguna cosa, y Elena no se paraba, procurando alejarse poco á poco; lo notó Spalatro, y con una voz que resonó en el contorno la mandó que se

detuviese. Conoció que era preciso obedecer, y perdió las esperanzas de llegar á las cabañas. El fraile que venia en su seguimiento pasó de largo. La miró de un modo tan terrible, que retrocedió asustada, á pesar de ignorar que era Schedoni; porque jamas le habia visto.

¿A dónde vais? la preguntó con voz turbada.

¿Puedo saber quién me lo pregunta? respondió Elena con cierto aire de serenidad.

¿A dónde vais? y ¿quién sois? la repitió.

Soy una huérfana desventurada, contestó arrojando un profundo suspiro. Si como manifiesta vuestro traje, sois un hombre caritativo, os compadeceis de mí.

¿A quien temeis, y qué es lo que temeis? la preguntó Schedoni, despues de un momento de silencio.

Temo que me quiten la vida, le contestó sin detenerse, y advirtió mayor serenidad en el semblante de Schedoni.

¿Que os quiten la vida? ¿Y quién se dignará hacerlo?

Elena se sorprendió al oír estas palabras.

¡Insecto que no merece ni aun el trabajo de

destruirles!

Elena no replicó, y se le quedó mirando como asombrada. El acento con que profirió estas palabras era mas extraordinario y terrible que su sentido. Cada vez mas atemorizada, viendo que se acercaba la noche, que el mar se embrabecia, y que las olas se estrellaban contra las rocas con un ruido espantoso, volvió á seguir el camino de las cabañas, que estaban todavia a bastante distancia.

La alcanzó á pocos minutos, y cogiéndola por el brazo la miró de frente, y la dijo. ¿A quién temeis? ¿A quién? decid.

Me haceis preguntas á que no me atrevo á contestar, respondió Elena, sin poderse apenas tener de pie.

Bueno, dijo Schedoni turbado enteramente. Su rostro se puso entonces tan horrible, que Elena se quiso desasir de él; pero conociendo que no podia, le suplicó que la dejase. La miró con atención sin hablar una palabra, y Elena desistió de su empresa, advirtiendo que estaba enteramente distraido, y no veia los objetos que le rodeaban.

Os ruego ¿le dijo Elena, que me dejéis li-

bre. Es ya bastante tarde, y me hallo lejos de la casa.

Es cierto contestó Schedoni; pero sin soltar el brazo, y respondiendo mas bien à lo mismo que él pensaba, que a lo que Elena le decia. Es cierto.

La noche ha cerrado, y me cojerá la tempestad.

¡La tempestad, dije Schedoni entre dientes; bien! dejad que llegue; y siempre asido del brazo se dirija despacio hácia la casa. Precisada Elena á seguirle, sobresaltada siempre que la miraba y hablaba, le volvió á suplicar que la dejase, y con una voz humilde y tierna padre mio, le decia. me hallo lejos de la casa, la noche se acerca y me esperan.

Eso es falso, la dijo; bien lo sabeis. No os esperan. ¡Ay de mí, exclamó Elena! es verdad que no tengo ningun amigo que me espere.

¿Qué castigo merece el que miente con de liberacion? continuó el fraile. ¿Qué castigo merece la que engaña y seduce á los jóvenes con el fin de corronperlos y conducirlos á su ruina?

¡Padre mio! exclamó Elena turbada enteramente.

La que turba la paz de las familias, y seduce con artificios criminales al sucesor de una casa principal..... ¿Qué?..... decid: decid.... ¿Qué castigo merece?

Elena conoció que este hombre era Schedoni, y que el religioso en quien esperaba encontrar un protector era él agente de uno de sus mayores enemigos, y el terror de la venganza que debia esperar la asustó de tal manera, que no se pudo tener de pie, y cayó desmayada á la orilla del mar.

Schedoni se estremeció al ver esa figura cadavérica. La dejó dió al gunos paseos en la playa con mucha precipitacion, volvió, y se bajó á observar. Le excitó la compasion solo su vista; fué á la orilla del mar y tomando agua con las manos, se la echó en el rostro.

A pocos momentos se arrepintió de lo que habia hecho; pateaba como un desesperado unas veces andando, otras parándose, manifestando la batalla de sus pasiones y de su conciencia. El que hasta aquel momento habia sido

nacesible á todos los sentimientos de ternura; el que estimulado de la ambicion y la venganza contribuyó con sus intrigas á fijar la resolucion terrible de la marquesa Vivaldi, y venia personalmente á ejecutarla, no podia mirar á la desgraciada é inocente Elena sin ceder al impulso de una devilidad momentánea, que este era el nombre que daba á la compasion que no podia resistir.

Al paso que estas emociones, nuevas para él, triunfaban de sus criminales pasiones, se indignaba consigo mismo porque no las vencía.... ¡Qué, la debilidad de una joven será capaz de trastornar la resolucion de un hombre; el espectáculo de sus pasajeros sufrimientos ablandará mi corazon y me hará abandonar los grandes proyectos que tan afortunadamente he concebido, en el momento en que trato de ejecutarlos! ¿Será esto algun resto del fuego, que durante tanto tiempo devoró mi corazon, y que jamas me ha dejado un momento de tranquilidad? ¿Soy ya tan despreciable como mi fortuna? ¿La suerte de mi familia ha de ser siempre la de ceder á las circunstancias? Esta pregunta me anima, y siento ya rena-

cer en mi interior la energia de mi raza.

Volvió apresurado al sitio donde estaba Elena, como rezeloso de que la tardanza debilitase su resolucion. Llevaba oculto un puñal y el corazon de un asesino; pero titubeó al servirse de él. La sangre tal vez le podria descubrir: era mas seguro y facil llevarla arrastrando hasta el mar, y puesta á la misma orilla, las olas se la llevarian á lo interior y se ahogaria, á pesar de que con la frialdad del agua volviese de su desmayo.

Al tiempo de bajarse para asirla le faltó la resolucion; observa algunos movimientos en Elena y ve'r cele, como si ella hubiera conocido sus designios y fuese capaz de defenderse. El agua que la echó en el rostro la reanimó: abrió los ojos y al verle allí dió un grito, é hizo esfuerzos para levantarse. Schemoni se trastornó al verla en la situacion, porque el criminal no puede dejar de ser tímido en el momento de ejecutar las atrocidades que ha proyectado. Poseido del miedo é indignado contra si mismo, la miró algunos momentos; pero apartó la vista, y se retiró de allí.

Elena sintió marchar, y vió que se acercaba á las rocas inmediatas al mar. Asustada y sola se quiso volver al lugarcito, en donde esperaba hallar algún alivio. Apenas se habia puesto en camino, cuando Spalatro la siguió, y como apenas podia andar de debilidad, la alcanzó al instante, y se vió presa segunda vez. La resignacion con que volvió á tomar el camino de la casa, se excitó la compasion de su perseguidor. Llegó por fin á esa fatal morada tal vez para no salir viva, porque segun habia advertido, el fraile se habia encaminado á la casa á pesar de no haberle visto á su llegada. La condució Spalatro á su habitacion, cerró la puerta y la dejó entregada á la soledad y el terror.



CAPITULO IV.

Schedoni habia ya llegado en efecto; pero en un estado tal de turbacion, que a pesar de toda la energia y firmeza de su caracter no se pudo tranquilizar. Encontró á Spalatro en el transito y le prohibio que se acercase á su habitacion si no le llamaba. Se cerró en ella con llave aunque sabia que estaba él solo en la casa, y ni noticia tenia de que debiese llegar ninguno que se atreviera á entrar en ella sin su permiso. Separado de este modo de la sociedad de los hombres no podia huir de sí mismo, ni de su conciencia que le perseguia. Se sentó en una silla y estuvo inmóvil un largo rato entregado á sus ideas y agitado de movimientos violentos y contrarios entre sí. Al paso que su delito le argüia, veia

Tomo. III. 3.

malogrados los fines de su ambicion, sino ejecutaba sus perversos designios; de modo que se miraba con desprecio por no haberse resuelto á cometer el asesinato. Reflexionaba con asombro sobre los rasgos de su carácter, desconocido para él en aquellas circunstancias. No sabia como explicar las contradicciones é incoherencias en que incurria a cada instante, pero la sutileza de su amor propio desaparecia en estas reflexiones. En la situacion critica en que trataba de dominarse, no advertia que el objeto principal a que se dirijan todas sus acciones, era el orgullo.

Esta pasion le tenia esclavizado desde la juventud, y habia influido principalmente en los primeros sucesos de su vida.

El conde de Marinella, nombre con que se conoció a Schedoni en el principio, era el hijo mas jóven de una familia antigua del ducado de Milan, establecida en las inmediaciones de las montañas del Tirol en una porcion de tierra que le dejaron a consecuencia de las guerras de Italia en el siglo último. Lo que heredó Marinella de su padre no era de mucha importancia, y por su parte ni mejo-

rá su patrimonio, ni era económico a proporcion a sus bienes, ni podía sufrir que se le conceptuase inferior en haberes a las personas iguales en consideracion, ni poseia los sentimientos generosos y sólida razon que hacen al hombre verdaderamente grande: antes por el contrario cifraba toda su felicidad en la dissipacion y fausto, que le proporcionaban delicias pasajeras, pero a costa de la ruina de su casa. Cuando reflexionó con seriedad acerca de su verdadera situacion, conoció tarde que no le quedaba mas partido que vender una parte de sus bienes y vivir moderadamente con las rentas que le produjese el resto. Incapaz de conformarse gustoso con las privaciones, a que le condujo su poca prevision, por medio de artificios trató de conseguir lo que no supo conservar, y menos reponer por su aplicacion y talento. Abandonó su pais para que sus vecinos no fuesen testigos de su mala suerte.

Desde aquella época se ignoró generalmente su modo de vivir, hasta que apareció en el convento del Espiritu Santo de Nápoles con el nombre del padre Schedoni.

Su fisonomía se había desfigurado tanto como su clase de vida. Su vista manifestaba cierta tristeza y serenidad, y el orgullo que le dominó en otro tiempo estaba al parecer moderado por la experiencia, y procuraba disfrazarle con un aire de humanidad, y las mas veces con un silencio austero y la severidad de las penitencias y mortificaciones.

La primera persona que vió a Schedoni en aquel nuevo estado, le conoció al momento por uno de aquellos rasgos mas visibles de su fisonomía, y que llaman mas la atención cual es la vista. Examinó despues las demas acciones y vió al conde de Marinella, a quién se dió a conocer.

Al principio se hizo el desconocido y decia que estaba equibocada, pero le recordó tales y tantas particularidades, que ya no pudo menos de manifestarse. Schedoni llamó a parte al extranjero, le habló, y despues de la conversacion le arrancó bajo el juramento mas terrible, la promesa de no descubrir el secreto ni a los religiosos del convento, ni a los de fuera: pero lo hizo con tal tono y autoridad que a pesar de que conocia tambien el mu-

cho miedo del religioso, se atemorizó tanto el extranjero que desde aquel mismo instante desapareció de Nápoles y nada se supo de él.

Dominado siempre Schedoni por la ambicion a los honores, se acomodó a las formas y preocupaciones de la sociedad en que vivia, y se hizo uno de los celosos observadores de las reglas monásticas y un modelo de austeridad y penitencia. Los viejos le citaban a los jóvenes como un ejemplo mas facil de admirar que de imitar: pero sin embargo no eran sus amigos: aplaudian lo que no practicaban, porque daba un cierto tono de santidad al monasterio sin poner ellos por su parte ningun trabajo; aborrecian y temian a Schedoni por su orgullo y severidad; pero pagaban su pretendida virtud con un miserable elogio.

Hacia ya muchos años que estaba en el convento y no habia logrado ninguno de aquellos destinos principales de comunidad, sufriendo la mortificacion de ver preferidos a muchos de sus hermanos, que no eran tan exactos como él en la observancia de las reglas monásticas.

Se habia llegado a convencer de que nada

adelantaria entre esta gente, y desde aquel momento inquieto y descontento trató de dar otra direccion a su ambicion. Hacia años que era confesor de la marquesa Vivaldi, y la conducta de su hijo le abrió el camino para llevar su idea al cabo, haciéndose no solo útil, sino necesario para aconsejar a la madre. Acostumbraba a estudiar los caractéres de las personas con quienes trataba, con el objeto de valerse de ellas para sus proyectos, y el juicio que habia formado de la marquesa no podia menos de alentarle. Conocia perfectamente que las pasiones de esta mujer eran vehementes y su razon muy debil, y que si las aprovechaba tenia asegurada su suerte.

Llegò a adquirir tal confianza con ella, que hacia cuanto le acomodaba; y no se descuidó á la verdad, aunque con aquella destreza y habilidad propias de su estado.

Comprometiò a la marquesa a que le consiguiese un destino eclesiastico, valiéndose de las muchas relaciones que tenia en la corte. La única condicion que le impuso fue que procurase realzar el honor de su familia, librándola de Elena, único medio de evitarle la ver-

güenza que amenazaba a la casa Vivaldi con un matrimonio tan desigual; porque era muy temible, atendido el caracter fogoso de su hijo, y la extraordinaria pasion que profesaba a Elena, que llegase a descubrir el sitio en que trataba de ocultarla. Llegó el fatal momento de la catastrofe y al tiempo de cometer la accion atroz que debia salvar el orgullo de la marquesa y satisfacer al mismo tiempo la ambicion y venganza del ejecutor, un movimiento raro detuvo su brazo y paralizó su resolucion.

Este fué muy pasajero, desapareció con el objeto que lo produjo, y en aquel momento, én medio del silencio y soledad que ofrecia su habitacion, procuraba fijar sus ideas, recordar sus planes, reanimar su espiritu y confundir la compasion que le habia hecho desistir de la ejecucion, Se vuelve a dejar dominar de su pasion favorita, y se resuelve a conseguir la recompensa que la marquesa habia prometido a su ambicion.

Despues de varias reflexiones, algunas de ellas moderadas; y pacificas, pero la mayor parte tumultuosas é hijas de la pasion, resol-

vió asesinar a Elena aquella misma noche y llevarla despues por un subterráneo al mar, en donde sumergida por las olas jamas se hubiera sabido su suerte.

Huviera querido evitar la efusion de sangre, para que hubiese menos poligro de ser descubierto; pero como creia con fundamento que Elena habia sospechado que la querian envenenar, no se atrevia a encargar a Spalatro otra nueva tentativa, y se encolerizaba consigo mismo por haber malogrado la ocasion a la orilla del mar.

Ya queda indicado que Spalatro habia sido confidente antiguo de Schedoni, se habia valido de su auxilio en aquella ocasion, por la repugnancia que experimentaba en ejecutar por si mismo el horroroso crimen de asesinar a Elena, confiándole la suerte de esta desgraciada, para lo cual le queria comprometer de modo que llegase a interesarse tanto como él en guardar el secreto.

Se resolvió por fin Schedoni muy a deshora de la noche. Llamó a Spalatro para instruirle de lo que habia de hacer. Se cerraron por dentro en su habitacion sin acordarse que

estaban solos en la casa a excepcion de la desventurada Elena, que ignorando su atroz designio, dormia pacificamente en la habitacion de arriba. Schedoni hizo una seña a Spalatro para que se acercase, como rezeloso de que alguno le oyese, y en voz baja le dixo. ¿hace mucho tiempo no has oido ruido en su habitacion? ¿Crees que estará dormida?

Hace una hora que nada he sentido, contestó he estado escuchando en la galeria hasta que me habeis llamado, y hubiera oido cualquier movimiento, porque no se puede andar por las tablas sin que crujan al instante.

Escucha Spalatro. Ya te tengo experimentado, y siempre me has sido fiel de otro modo no te confiaria lo que vas a oir, acuérdate de lo que te dije esta mañana: procura ser activo como lo has sido hasta ahora.

Spalatro le oia taciturno y melancólico, pero el religioso continuó: ya es tarde, sube a su habitacion, y si estás seguro de que duermes, toma este puñal y esta capa: ya sabes el uso de que debes hacer de uno y otro.

Lo tomó sin decir una palabra, y miraba la hoja como aturdido y sin pensar en lo que hacia

Sabes lo que tienes que hacer, repitió Schedoni con autoridad. Despáchate: el tiempo pasa y quiero salir de madrugada.

Spalatro no contestó.

El confesor añadió: ¿dudas acaso? ¿tiembblas? te desconozco.

Spalatro sin replicar se guardó el puñal en el pecho, tomó la capa, y se dirigió muy despacio hácia la puerta.

Despacha, le volvió á decir ¿Qué esperas?.

Os confieso que no me gusta desempeñar esta comision. No sé porqué he de hacer yo siempre lo mas difícil, y ser despues tan poco pagado.

¡Pícaro! ¿no estas contento con lo que te dan? dijo el confesor.

Pícaro! replicó Spalatro arrojando la capa ninguno mas pícaro que nuestra paternidad, porque despues de hacerlo yo todo se lleva la recompensa: un miserable como yo necesita ganar su vida; así pues, ó haccdlo vos mismo ó dadme mayor porcion de la utilidad.

Calla le dijo Schedoni. Me insultas diciendo que me aprovecho de la utilidad,

¿Creeis que estoy vendido? Lo que quiero

es que muera esta muchacha: esto te basta, y está seguro de que te se satisfará lo que has pedido.

Es muy poco supuso Spalatro, y ademas no me acomoda esta comision.—¿Qué daño me ha hecho esa jóven?

¿Desde cuándo conoces tú la moralidad, acostumbrado á despreciar esos miserables escrúpulos? No es la primera vez que me has servido; ¿y aquellos otros, que daño te hacian? ¿No sabes que te conozco hace mucho tiempo? ¿te olvidas de lo pasado?

No, reverendo padre, me acuerdo demasiado, y quisiera poderlo olvidar. Desde entonces no he tenido un momento de sosiego. ¡Cuántas veces en medio de la oscuridad de la noche, cuando el mar alborotado brama y la borrasca conmueve la habitacion veo esta mano ensangrentada y las victimas que vienen y rodean mi pobre lecho! Horrorizado con estas ideas, me levanto muchas veces, y corro precipitado á la orilla del mar para separarlas de mi imaginacion.

Calla le replicó el religioso. ¿Qué frenesí es ese? ¿No ves que esas son quimeras?.

Creí que trataba con un hombre, y me halló con un niño asustado con los cuentos de su madre. Sin embargo, ya te entiendo; quedarás contento.

No suponía Schedoni en este momento que la repugnancia de Spalatro en ejecutar el crimen fuese real y verdadera; pero bien fuese que la inocencia de hermosura de Elena amenazasen su ferocidad, ó que su conciencia le arguyese por sus crímenes pasados, no la quiso asesinar él mismo.

Su compasión era muy particular, porque aunque se resistió á ejecutar el asesinato, consintió en esperar al pie de la escalera falsa, que se comunicaba con la sala en que estaba Elena, mientras Schedoni la degollaba, para ayudarle después á conducir el cadáver al mar: conciliación diabólica entre la conciencia y el crimen y que el mismo Schedoni había hecho poco antes, cuando atreviéndose á teñir sus manos en sangre, pagaba un asesino para la ejecución del delito.

Spalatro, libre ya de ejercer el oficio de verdugo, sufrió con paciencia la indignación injuriosa del fraile que le recordaba lo poco escru-

puloso que había sido antes para cometer acciones de esta especie, y que no solo le mantenía, sino que su vida pendía de él. Spalatro se conformó a todo, y Schedoni conoció lo mucho que interesaba no hablar con este hombre, por no exponerse a una indiscreción.

Dame el puñal le dijo; toma la capa y sígueme á la escalera. Veremos si teneis valor para llegar.

Spalatro tomó el puñal, pero el confesor al salir de la habitación se asustó porque vió que estaba cerrada la puerta. ¿Qué es esto, dijo sobresaltado? Alguno ha entrado en la casa, la puerta está cerrada.

Puede ser, respondió Spalatro, porque os vi echar los cerrojos cuando entré. Sí, es cierto; la abrió y entro en el tránsito que conducía a la escalera, parándose á cada instante a escuchar, y caminando muy despacio. — Este Schedoni tan resuelto a ejecutar el asesinato de la débil Elena, estaba poseído de un miedo extraordinario. ¿No oyes nada? decía á Spalatro en voz baja.

El ruido del mar tan solamente le contestó. Calla otra cosa es: oigo voces.

Serán acaso de los espectros de que os he hablado, y se agarró fuertemente al brazo del confesor que le miraba como en ademán de preguntarle la causa de aquel movimiento extraordinario. Le parecía que en lo interior del tránsito veía alguno que los seguía. y Schedoni, que también principiaba a experimentar el mismo terror, miró con atención hacia aquel paraje, y nada observó. Por último preguntó a Spalatro cual era la causa de su temor.

¿Qué no veis nada contestó?— No nada, respondió avergonzado de su debilidad: no es este el momento de entregarnos a esas ilusiones.

Spalatro apartó sus ojos asombrados. No es ilusión, dijo en voz baja y languida: la he visto.

¿Tonto, que es lo que has visto? replicó el religioso.

Se ha presentado repentinamente: la he visto alargar....

¿El qué? ¿A quién?

Me hizo una señal. Si, me hizo una señal con un dedo ensangrentado y desapareció reptiéndola, hasta que la perdí de vista con la oscuridad.

Estás loco, dijo Schedoni ajitado. Vamos re-

flexiona y no seas cobarde.

¡Loco! ¡Ojala! replicó Spalatro. He visto aquella horrible mano.....

La veo en este momento..... allí está que ha vuelto.... Allí...

Sobresaltado el confesor con los movimientos de Spalatro; volvió a mirar por si descubría algún objeto aterrador; pero nada vió, y al instante se tranquilizó él mismo lo necesario para calmar la imaginación y conciencia de su cómplice; mas sus esfuerzos fueron inútiles.

Ni por las riquezas de nuestra Señora de Loreto iré allí, dijo Spalatro. Allí es precisamente donde me hace una señal; por allí ha desaparecido.

Los temores de Schedoni cedieron todos en aquel momento al que tenía de que si Elena despertaba, era mas horrible y difícil su empresa; y como ni por medio de amenazas ni de ruegos había podido conseguir que Spalatro adelantase un paso, se acordó de una puerta por donde podían ir a la escalera. Spalatro convino en seguir al confesor, y éste, después de atravesar muchas piezas, le volvió a la misma habitación de donde habían salido.

Allí le reprodujo sus argumentos y amenazas, pero no pudo conseguir que llegase al pie de la escalera, ni que se quedase solo en parte alguna de la casa, hasta que mandó sacar vino, y habiéndole dado de beber en demasía consiguió calmar su terror. En este estado ya se resolvió a ir y esperar a que Schedoni ejecutase el proyecto. Al acercarse esto a la habitación de Elena, se alteró extraordinariamente, a pesar de que también había bebido bastante; pero hizo esfuerzo, y pidió el puñal a Spalatro.

Ya le teneis, le contestó. Es cierto: sube muy despacio para que no se despierte.

Quedamos convenidos en que esperaré al pie de la escalera mientras.....

Sí, y el confesor empezó a subirla, cuando Spalatro le suplicó que se detuviese, Vais a oscuras; tomad luz.

Schedoni se enfadó y continuó: volvió sin embargo a pararse antes de acabar de subir, y un momento después reflexionando que sin luz arriesgaba el golpe, la tomó, y dió orden a Spalatro de que no se separase del pie de la escalera y subiese a la primera señal.

Siempre que no me llameis hasta que todo esté hecho, os obedeceré.

Te lo prometo, así, y basta.

El confesor luego que llegó a la puerta falsa que daba a la habitación de Elena escuchó con atención para observar si dormía. Abrió con dificultad, porque se usaba muy poco, é hizo algún ruido, pero no despertó Elena. Dejó la luz detrás de la puerta, examinó por todas partes la habitación volvió a tomar la luz, y ocultándola debajo del hábito entró en el cuarto. Se acercó a la cama; y vió que estaba durmiendo profundamente. Se conocía que el dolor había rendido enteramente; porque, a pesar de que estaba con los ojos cerrados, aun conservaba en ellos cierta humedad de las lágrimas.

Estando Schedoni observando su rostro donde se veía retratado el candor y la inocencia, se sonrió Elena. Se ríe de su asesino; dijo el confesor para sí y medio estremecido: conviene despachar pronto.

Echó mano al puñal; pero su temblor le impedía sacarle de los pliegues del hábito: lo

consiguió al fin, se acercó y alzó el brazo para herirla. Los vestidos de Elena le incomodaban, porque tal vez podían detener la fuerza del golpe, y trató de separarlos; pero sin que despertase. Acercó la luz a la cara y advirtió que había desaparecido la sonrisa. En aquel mismo instante articuló algunas palabras, y al oírlas se retiró Schedoni creyendo que la había despertado. Se apoderó otra vez de su ánimo la irresolución, puso la luz detras de la puerta, y se ocultó con la cortina que cubría la cama. Reflexionó que las palabras habían sido inarticuladas y confusas, y la creyó dormida.

Cada momento que pasaba le parecia mas repugnante descargar el golpe fatal. Confundido entre sus propios sentimientos, é indignado de lo que llamaba cobardia, decia para si: ¿No es evidente que necesito ejecutar lo que he resuelto? Mi existencia y reputacion, que es mas apreciable, no penden de este momento? ¿He olvidado los insultos que recibí en la iglesia del Espíritu Santo? Estas consideraciones le reanimaron, y el deseo de vengarse inspiró fuerza a su brazo; apartó el pañuelo

que cubria el pecho de Elena, é iba a descargar el golpe, cuando un nuevo objeto le horroriza y se queda inmóvil como una estatua: la respiracion se le interrumpió, y un sudor frio que corria por su frente entorpeció todas sus potencias. Luego que recobro su espíritu, volvió a mirar una miniatura que tenia Elena pendiente del cuello, y que le causó aquella repentina mudanza al tiempo de apartar el pañuelo. La idea que este retrato escitó en su imaginacion la veia casi confirmada, y deseoso de aclararla olvido la imprudencia que cometia dándose a conocer á Elena a horas tan extraordinarias de la noche y con un puñal a sus pies. La llamó con una voz fuerte. Despertad, despertad. ¿Cómo os llamais? Hablad? respondió al instante.

Despierta Elena, y se incorpora: a la luz triste del candil conoce a Schedoni, da un grito, vuelve á caer aterrada con el temor de que venia a asesinarla, y procura reanimar todas sus fuerzas para escitar la compasion del fraile. Su agitacion violenta la infundió valor para levantarse y arrojarse a sus pies. ¡Compadecedos de mí, padre mio! exclamó con voz tré-

mula, ¡Padre mio! repitió Schedoni distraído, manifestando cierta compasión, y de pronto añadió: ¿porqué os asustais de este modo? ¿Qué es lo que temeis?

¡Padre mio! ¡tened compasión de mi! esclamaba Elena sin cesar,

¿Por qué no me decis de quien es el retrato que teneis? le dijo Schedoni sin acordarse de que no la habia hecho semejante pregunta ¿De quién es este retrato?

¿De quien es? repitió Elena sorprendida.

¿Sí cómo le habeis adquirido? ¿de quién?

¿Qué os interesa saberlo? preguntó Elena.

Responded a lo que os pregunto, dijo Schedoni mostrando cada vez mas deseo de saberlo.

No me puedo separar de él contestó estrechándole a su pecho. No creo que trateis de quitármelo.

¿Conseguiré que me contesteis? la dijo agitado. El miedo sin duda os perturba la imaginación. Se acercó á ella y la cogió por el brazo, repitiendo la misma pregunta en un tono desesperado.

¡Ay de mí! murió: solo él era capaz de protegerme.

Perdemos el tiempo, la dijo, mirándola enfurecido: responded á mi pregunta; ¿de quién es el retrato?

Elena le tomó en sus manos, le miro con atención un momento, y despues de besarle, es mi padre, dijo.

¡Vuestro padre! repitió Schedoni, ¡vuestro padre! y se retiró algunos pasos.

¡Ay de mí! exclamó Elena sorprendida, jamás he disfrutado las tiernas caricias de un padre. Hace poco tiempo que conozco la desgracia de no tenerle, y ahora....

¿Su nombre? interrumpió Schedoni

Y ahora si no os compadecéis haciendo las veces de padre ¿dónde encontraré quien me proteja?

¿Su nombre? repitió Schedoni.

Es muy respetable, contesto porque es de un desgraciado.

¿Su nombre? preguntó otra vez Schedoni con voz terrible.

He prometido no revelarlo, dijo Elena.

Si amais la vida decidme su nombre.

Elena trémula no se atrevia á hablar su-
plicando con la vista que desistiese de esta pre-

gunta; pero la repitió con tal vehemencia, que tuvo que ceder. Su nombre era el conde de Marinella.

Schedoni arrojó un suspiro y se apartó: pero á poco tiempo procurando vencer la turbacion que le causó la revelacion de este nombre, se volvió hacia Elena, la levantó y le preguntó en qué pais habia vivido su padre.

Vivió lejos de aquí, le dijo; pero ecsigiendo una respuesta mas esacta, se la dio Elena.

Schedoni lanzo otro suspiro, y sin hablar se empezó á pasear por la habitacion.

Viéndole en este estado se arriesgó Elena á preguntarle porqué deseaba saberlo, y cual era la causa de su desasosiego: pero Schedoni entregado enteramente á sus ideas, no se dio por entendido, guardo silencio y siguió paseándose cubierto el rostro con la capucha y mirando siempre al suelo.

El terror que hasta entonces habia sufrido Elena se convirtio en admiracion, y su natural ternura se aumento al ver que Schedoni mirándola atentamente con los ojos humedecidos de llanto, y con un semblante mas placentero se acercaba á ella; pero sin poderla

hablar. Se desahogó al fin su corazon, y el insensible, el feroz Sbedoni no pudo contener un torrente de lágrimas y suspiros. Se sentó al lado de Elena, la tomó la mano, que ella quiso retirar, y la dijo: hija infeliz, aqui tienes a tu padre aun mas desventurado que tú. Los sollosos le ahogaron la voz y se tapó la cara con la capucha.

¡Padre mio! exclamó Elena asombrada y aun dudosa ¡Padre mio!.... y fijó la vista en él. No pudo responderla hasta un momento despues que levantó la cabeza, se miraron recíprocamente, y la dijo acriminándose a si mismo. ¿Por que me acusas con tus miradas.

¡Acusar yo! ¡acusar a mí padre! ¿Por qué le he de acusar? respondió Elena. ¡Por qué! exclamo Schedoni levantándose repentinamente ¡Dios poderoso! y al mismo tiempo dió con el pié al puñal que se habia caido al suelo, para que desapareciese de su presencia sin que Elena observase este movimiento, pero no pudo menos de advertir la agitacion con que respiraba el movimiento rápido de sus ojos y la precipitacion de sus paseos por la habitacion. Deseando consolarle, le preguntó con una ter-

nura singular la causa de tantas desgracias; pero sus mismas expresiones, esta generosidad, hija de un corazón sensible, y aquel deseo de aliviar su suerte, aumentaron el tormento de Schedoni, que tan pronto se paseaba fijando la vista en Elena, como huía de ella apresuradamente.

¿Por qué me mirais de un modo que manifiesta cierto dolor? le preguntó: decidme la causa de vuestra desgracia, decidmela para tener la satisfacción y el consuelo de aliviarla.

Estos admirables sentimientos aumentaban su dolor. La estrechó entre sus brazos bañado en lágrimas, y Elena no pudo menos de enternecerse, pero al punto la sobresaltaron los recelos que produce la honestidad bien entendida. Por muchas pruebas que tuviese Schedoni de que era su hija no las había manifestado, y la voz de la naturaleza no bastaba para inspirar una completa confianza, y admitir sus caricias sin inquietud. Se quiso desasir, de entre sus brazos, y sospechando Schedoni la causa, la dijo: ¿será posible que te equivoques y no conozcas la causa de mi sensibilidad? ¿No ves retratado en mi rostro todos

los caracteres del afecto paternal?

¡Ay de mí! dijo Elena, no es extraño que me equivoque porque jamás lo he experimentado hasta ahora.

La dejó, y después de mirarla con atención ¡pobre criatura! exclamó, no conoces la fuerza de tus expresiones, es cierto que hasta ahora no has experimentado la ternura de un padre,

Asustada tímida y oprimida en esta cruel alternativa, ni valor tuvo para preguntarle la causa de su agitación. pero procuró salir de dudas comparando las facciones de Schedoni con las del retrato. La única diferencia que se advertía en la fisonomía era efecto de los años. La figura del retrato presentaba un joven hermoso y proporcionado, risueño; pero poco sociable, y su semblante y facciones particulares indicaban una superioridad que dejaba en altivez.

Schedoni al contrario, avanzado ya en edad, tenía una fisonomía adusta; arrugada y sombría. Su vida y facciones anunciaban que no se había reído desde que se hizo el retrato, y aun se podía añadir que el artista conociendo que el carácter del religioso había de dejene-

rar, le quiso retratar con aquella sonrisa para manifestar que la losania y el contento no habían sido ajenas de aquella fisonomía.

A pesar de esta diferencia se advertía en el retrato el mismo carácter altivo y orgulloso que mostraba la cabeza de Schedoni, y Elena reflexionó en esta semeja, que no fué bastante para persuadirla, que el confesor era el caballero que representaba el retrato. En la primera confusión de sus ideas no se había detenido a reflexionar la circunstancia particular de la visita que Schedoni la hizo á media noche, habiéndole tan solo preguntado las razones que tenía para creer que era hija suya; pero en este momento más tranquila ya y menos asustada, se atrevió a decirle que la aclarase estas dudas; y por que había entrado en su habitación tan a deshora de la noche.

Schedoni no contestó.

¿Venias a advertirme el peligro en que me hallaba? ¿No habeis podido descubrir los perversos designios de Spalatro? Sin duda cuando imploré vuestra compasión a la orilla del mar ignorabais los riesgos que me rodeaban, ó no me habias.....

Tienes razón, dijo turbado, pero será mejor que no hablemos de eso, ¿Por qué te empeñas en recordar estas escenas?

Estas palabras sorprendieron a Elena, porque advirtió que Schedoni se estremecía y no se determinó a volver a hablar de este asunto.

Ambos guardaron silencio: Schedoni se paseaba por la habitación suspirando y mirando a Elena con extremada atención, y esta agitada siempre y procurando no disgustar a Schedoni con la repetición de las anteriores preguntas, le suplicó que la dijese las razones en que se fundaba para tenerla por hija suya.

La contestó con alguna aspereza, nacida de los sentimientos diversos que le agitaban; pero luego que reflexionó, moderó sus palabras y refirió algunos hechos, que al menos probaban las íntimas relaciones que había tenido con la familia de Elena, y otros que sola ella y su tía Bianchi: conocían de modo que se convenció de que los dos eran de una misma casa.

La situación de Schedoni, los primeros movimientos del amor paternal, y otra multitud de afectos é ideas que le asaltaron á un tiempo, le obligaban á buscar la soledad. Necesitaba retirar-

se á un sitio en donde pudiese entregarse á sus reflexiones sin testigos. Completamente convencido de que Elena era hija suya le aseguró que al día siguiente la sacaría de aquella casa y la llevaría á la suya: se despidió y la dejó sola.

Cuando bajaba la escalera Spalatro salió al encuentro con la capa, en que debía envolver el cadáver de Elena para llevarle al mar. ¿Esta hecho? le dijo en voz baja. Aquí estoy, y comenzó á subir.

Detente miserable, detente, le dijo Schedoni con energía: guárdate de entrar en esa habitación porque aventuras la vida.

¿Que; exclamo Spalatro, retrocediendo asustado, ¿no estais satisfecho con habersela quitado à esa infeliz?

Advirtiendo la excesiva alteracion que Schedoni manifestaba en su rostro, temió si se habría excedido; pero era tal la turbacion del fraile que nada le contestò. Continuó su camino mas de prisa, y siguiendo detras Spalatro, le preguntó, presentando siempre la capa: ¿decidme qué debo hacer?

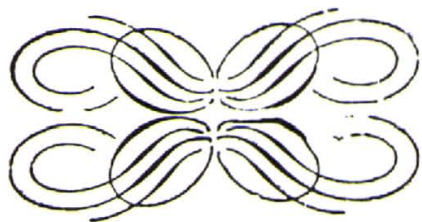
Retírate y déjame, le contestó Schedoni muy irritado.

¿Que! ¿no habeis tenido valor para?..... Si en eso ha consistido, yo os manifestaré que no soy cobarde como me habiais dicho, yo lo ejecutaré.

¡Malvado! ¡lobo encarnizado! exclamó Schedoni asiéndole de la garganta con tal fuerza, que parecia que intentaba ahogarle: pero se acordó repentinamente de que aquel hombre solo manifestaba deseo de obedecer las instrucciones que le habia dado una hora antes, le dejó, se serenó, y en tono mas pacífico le dijo que fuese á dormir: «mañana hablaremos. Por esta noche he mudado de opinion: retírate.»

Irritado Spalatro de aquel mal tratamiento manifestó un furor, que hasta entonces habia contenido solo por miedo; pero Schedoni le repitió las mismas órdenes con mas autoridad, y cerró la puerta por no ver á un hombre cuya presencia no podia tolerar. Se retiró; pero apenas empezó á tranquilizarse se acordó de que su cómplice se acababa de jactar que no era un cobarde, y le asaltó el temor de que para dar una prueba de su valor iria tal vez á ejecutar el crimen que antes habia reusado. Asustado con esta idea y temiendo que la ejecutase, salió precipi-

tadamente de su habitacion y encontró á Spalatro en el transito que dirijia á la escalera falsa. Fuese cualquiera otra su intencion, el sitio en que estaba y sus miradas daban suficientes motivos para recelar. Schedoni se acercó á él y le preguntó que hacia en aquel parage; pero Spalatro se volvió muy sereno á su habitacion sin responder una palabra. El fraile le siguió, le encerró, fue á la habitacion de Elena, hizo lo mismo y se llevó las llaves. Se retiró despues á su cuarto, no con esperanza de descansar, sino para entregarse á sus primeros remordimientos sufriendo la inquietud y el terror de un hombre que huye de un horrible precipicio.



CAPITULO V.

Despues que Elena se quedó sola recordó todos los pormenores relativos á su familia, de que estaba instruido Schedoni, los cuales comparado con los que sabia por su tia, convenian perfectamente; pero no sabia toda la historia de su propia vida, porque la señora Bianchi no la reveló algunas particularidades de ella. Sabia que su madre se habia casado con un gentil hombre del ducado de Milan y de la casa de Bruro: que esta union no fue muy feliz; que antes de morir su madre la confió al cuidado de Bianchi, única hermana de la condesa de Bruno; pero no conservaba memoria de los primeros años de su vida, ni de su madre, porque la ternura y cuidado de su tia la habian hecho olvidar sus pri-

meras desgracias. La pidió varias veces noticias de su origen y ascendencia, pero se las habia negado, diciendo que queria sepultar en el silencio la ruina de su familia. Esto es lo único que supo por su tia, que en los últimos momentos de su vida indicó que tenia mas que revelarla, pero no pudo hacerlo por su fallecimiento repentino.

El padre de Elena habia muerto en su juventud, y el retrato que esta conservaba le halló Bianchi entre varias alhajas de la condesa. Pensaba entregárselo cuando llegase á una edad en que pudiese recibir una completa idea de la historia de su familia; pero despues que falleció la tia le encontró Elena en el gabinete y se le guardó.

Apesar de que Elena conoció por la relacion de Schedoni la completa conformidad de todas las noticias de este con las de su tia, á excepcion de la que tenia acerca de la muerte de su padre, recelaba sin embargo, porque conservaba siempre ciertas dudas en su imaginacion.

Schedoni al contrario no se sorprendió á oirla decir que habia muerto su padre hacia muchos años.

Luego que Elena se tranquilizó, trató de averiguar el motivo que tubo Schedoni para entrar en su habitacion y se acordó del lance de la tarde anterior. En uno y otro caso inferia que Schedoni era un agente de la marquesa Vivaldi; pero procuraba por todos medios desterrar de su imaginacion tan tristes pensamientos, persuadiéndose de que Schedoni favorecia los detestables proyectos de aquella muger, ignorando que se dirijan contra su propia hija. Apurada la sutileza de su ingenio en lisonjear sus esperanzas, creyó al fin que Schedoni instruido por sus primeros raptores, ó por Spalatro de algunas circunstancias de su vida, habia llegado á sospechar las relaciones de parentesco que los unian, y que con la impaciencia de aclarar la verdad y satisfacer los sentimientos paternales, se habia resuelto á entrar en su habitacion á una hora tan desusada.

Mientras tranquilizaba su espiritu con estas reflexiones dando este sentido á ciertas particularidades que en realidad debian incomodarle mucho, advirtió en el suelo la punta de un puñal que estaba debajo de la cortina. Se acercó estremecida, le tomó y sospechó el verdadaro

motivo de la visita de Schedoni; pero procuró desechar esta triste idea, que no podia soportar, persuadiéndose que Spalatro era el único que habia proyectado asesinarla, y que Schedoni merecia su gratitud como libertador, y no su odio como asesino; que habia entrado en su habitacion con el objeto de librarla de la muerte, y que sin saber quien era habia salvado à su hija. Tranquilizada con estas reflexiones logró algun descanso.

Schedoni en su habitacion reflexionaba de un modo muy distinto. Luego que pasó su primera agitacion y estuvo en estado de discurrir con alguna serenidad, le aterró la situacion à que se veia reducido. Por perseguir à Elena à instancias de la marquesa atentó contra la vida de su hija, conspiró contra la inocencia, y por un raro acontecimiento todo cuanto habia trabajado para satisfacer su insaciable ambicion se oponia directamente à ella. Los servicios que hizo à la marquesa para impedir el matrimonio de Vivaldi con Elena eran un obstáculo à sus mismas miras, porque lo mas à que podia aspirar era à que se verificase la alianza con la ilustre casa de Vivaldi; de modo que por una combinacion estra-

ordinaria de sucesos sus crímenes refluian en perjuicio suyo. Convencido de los muchos obstáculos que se oponian a sus nuevas esperanzas en el enlace que tanto deseaba ya en aquella situacion, como antes le habia resistido, buscaba los medios para vencerlos. Necesitaba lo primero que la marquesa consintiese, pues aunque sin este requisito podia su hija casarse con Vivaldi, solo conseguiria por su parte la ventaja de enlazarla con una casa principal. No desconfiaba lograr este consentimiento, por lo cual se decidió desde luego à explorar la voluntad de la marquesa, aunque se defiriese algo mas el matrimonio; pero en caso de hallar oposicion estaba resuelto à que de todos modos Vivaldi se uniese à Elena, persuadido de que como confidente hasta de las ideas mas ocultas de aquella, accederia à su voluntad temiendo que las descubriese. Respecto al consentimiento del marqués desconfiaba en parte; pero tampoco le creia necesario, y asi nunca se propuso solicitarlo.

El primer paso que debia dar era sacar à Vivaldi de la Inquisicion, donde él mismo le habia conducido, y para conseguirlo pensaba

hablar á uno de sus amigos de Nápoles que tenía conexiones en el tribunal de Roma. Contribuyó al arresto de Vivaldi, para evitar el resentimiento de este joven, porque de otra suerte hubiera sido un enemigo perpetuo, que le perseguiría como á uno de los que habían contribuido al rapto de Elena; pero suponía que pasado algun tiempo se amortiguaria la viveza de sus efectos amorosos con las penas de la prision. No tuvo poca parte en ella el deseo de vengarse del insulto que sufrió en la iglesia del Espiritu Santo, aparentando al mismo tiempo que hacia un nuevo obsequio á la marquesa. Esta conducta, indigna de un alma verdaderamente jenerosa, convenia mucho á las ideas del confesor, porque con su astucia acostumbrada pasaria despues por libertador de Vivaldi; siendo muy verosimil que sucediese de este modo, atendiendo al sistema de aquel tribunal que admite acusaciones anónimas.

Para prender á Vivaldi bastó dirigir por escrito al Oficio una de esta especie, con una ligera indicacion del paraje en que se hallaba; pero el tribunal jamás procedia contra el acusado hasta que se presentase el acusador á los inquisi-

dores; de modo, que si este no lo hacia, se ponía al preso en libertad, si él mismo no se acusaba. Schedoni creyó que pasados algunos dias soltarian á Vivaldi, y que este no llegaria á descubrir quien le habia acusado, porque valiéndose de la amistad que le profesaba un amigo suyo inquisidor, lograria los designios que se habia propuesto. La acusacion la hizo un dia que por casualidad se hallaba en el cuarto de este: vió sobre una mesa un formulario para prender á cualquiera persona acusada de herejía, y allí mismo formó plan que le hemos visto seguir. Sacó un modelo tan exacto apesar del poco tiempo que le tuvo á la vista, que bastó para alucinar al benedictino, que sin duda era el primero que habia visto. Por este medio consiguió apoderarse de Vivaldi, evitando la lentitud de las diligencias preparatorias de la Inquisicion, que le podian dar tiempo para huir de Celano, y logró tambien que Elena cayese en sus manos.

Para prender á Vivaldi se valió de jentes pagadas, que fingiendo ser dependientes del Santo Oficio le condujesen al sitio en donde los verdaderos le esperaban para llevarle ante el tri-

bunal, al mismo tiempo que otros conducian á Elena á la orilla del Adriático. De este modo cubria con un velo impenetrable la suerte de esta desgraciada, y evitaba las sospechas de Vivaldi, porque pensaria que habia muerto, o que estaba presa en la Inquisicion, sin poderlo nunca averiguar. Schedoni habia trabajado contra si mismo persiguiendo á Vivaldi con tanto furor y cuando trató de conseguir su libertad, tan facil en su concepto, conoció el error que habia cometido en su cálculo.

La primera dificultad que le ocurría era el medio de que Elena volviese á Nápoles, porque no queria declarar todavía que era su padre, ni era decente que la condujese él mismo: por otra parte en el sitio en que se hallaba no habia ninguna persona á quien poder encargar con seguridad esta comision, además de que deseaba huir cuanto antes de aquella casa cuya vista le horrizaba.

Por fin, cerca del amanecer se decidió á salir inmediatamente, y acompañar el mismo á Elena hasta mas allá de los bosques del Gárgano, dejando en alguno de los lugarcillos por donde pasasen sus hábitos de fraile. y buscando algun

medio para enviarla á Nápoles con seguridad, ó un asilo en un convento de sus inmediaciones por algunos dias.

Apesar de tomar esta resolucion, no se pudo tranquilizar; porque los sucesos precedentes ajitaban demasiado su conciencia: temia que Elena llegase á sospechar el verdadero motivo de su venida á la casa, por cuya razon procuraba tener preparadas ciertas respuestas artificiosas, caso que le preguntase, con el fin de satisfacer su curiosidad; pero llegó el momento de salir antes que fijase sus ideas en este punto.

Despues que abrió á Spalatro le mandó ir á buscar caballos y un guia al pueblecito inmediato, y él pasó a decir á Elena que se dispusiese para salir al momento. Luego que le vió entrar le salió á recibir con una sonrisa afectuosa, pero que no tardó en desaparecer: vió Schedoni el puñal que habia dejado allí, y se paró involuntariamente, mudando de color. Elena miró al objeto que le llamaba la atencion, le cojió, y acercándose le dijo: esta arma he hallado anoche en mi habitacion.

¡Ah! ¡Padre mio!....

¿Ese puñal? dijo Schedoni sorprendido. Ecsaminadle, continuó Elena, ¿Sabeis de quién es? ¿o quién le ha traído aqui?

¿Que quieres decir con eso? preguntó el religioso casi acusándose á si mismo.

¿Sabeis para qué estaba destinado?

Schedoni no contestó, é hizo ademan de tomarle.

¡Ay! dijo Elena, conozco que lo sabeis.

Aqui padre mio!.... en este sitio!... ¡mientras estaba dormida!....

Dame ese puñal, repitió Schedoni con vehemencia.

Si, padre mio, tomadle como un testimonio de mi agradecimiento, y al verle sobresaltado, bañada en lagrimas, añadió; ¿no quereis aceptar la ofrenda que os presenta vuestra hija, porque la habeis salvado del puñal de un asesino?

Le tomó sin hablar una palabra, y le arrojó al extremo opuesto de la sala, pero sin apartar la vista de Elena.

Esta accion la asustò y le dijo: es inútil que disimuleis la verdad. Vuestra bondad no puede ocultar lo que acabais de hacer en mi favor. Todo lo sé.

Estas últimas palabras aumentaron los temores de Schedoni que apenas podia contener su sobresalto y su furor. ¿Que es lo que sabes? la preguntó.

Todo lo que os debo, respondió Elena.

Sè que cuando dormia anoche ignorando el atentado que se proyectaba contra mi, entró un asesino en mi habitacion con un puñal en la mano, y.....

Observó Elena que Schedoni arrojó un gemido profundo, y calló; pero creyendo despues que seria un movimiento de horror contra el asesino, continuó: ¿por qué me ocultais el riesgo en que estuve, cuando sois vos al que debo la vida? padre mio, no me priveis del dulce placer de llorar en prueba de mi ingratitud. Cuando estaba dormida.... Cuando aprovechándose un malvado del sueño..... Vos, si, vo fuisteis quien.... ¡Ah! ¡seré capaz de olvidar en toda mi vida que mi padre me ha salvado del peligro!

Apenas se podia contener Schedoni: basta, dijo: basta, hija querida, y la levantó.

Se sorprendió al verle tan agitado; pero lo atribuyó á la idea del peligro en que la habia

visto y de que la habia salvado.

Schedoni procuraba por todos medios tranquilizar su corazon agitado. Se paseaba caviloso y pensativo hasta que le dijo Elena, que en lugar de estar pensando con tanta intension en el peligro se debia alegrar porque la habia libertado de él; pero esto escitó aun mas sus remordimientos. La mando que se preparase para salir al instante y se marchó à su cuarto. Viendo que no se tranquilizaba y que en todas partes le perseguian las caricias y agradecimiento de Elena, llego á creer en ciertos momentos que el odio y el desprecio de aquella amable criatura le serian mas soportables que la gratitud, y se inclinaba à desengañarla; pero luego desechaba con horror este pensamiento.

Volvió Spalatro con los caballos; pero no pudo encontrar una persona que los dirijiese por los espesos bosques del Gàrgano. Ninguno quiso tomar à su cargo esta empresa, y Spalatro se ofreció à desempeñarla como que conocia perfectamente aquel camino tan poco transitado.

Schedoni, que no podia sufrir la presencia de aquel hombre, se veia en la precision de

aceptar la oferta. Estaba muy convencido de todas sus maldades; pero sabia que no tenia armas y por eso no debia temerle.

Ya todo dispuesto para salir, avisó à Elena, y Schedoni la recibió en su habitacion en donde desayunaron. Reanimada con la idea de su próxima salida, deseaba manifestarlo con la gratitud; pero la prohibió que jamás hablase de semejante asunto.

Al entrar en el patio donde estaban los caballos vió Elena à Spalatro, y sin poderlo remediar se vuelve y arroja entre los brazos de Schedoni como para salvarse. ¡Que ideas me recuerda la presencia de este hombre, dijo ¡Apenas me creo segura à vuestro lado! Nada tienes que temer, la contestó Schedoni en voz baja, y no debemos perder el tiempo con vânos temores.

¡Como! ¿no es este el asesino de quien me habeis salvado? Bien lo sabeis aunque me lo negais para evitarme el sobresalto que me causaria esta idea.

Bien, todo puede ser, replicó Schedoni, Spalatro trae los caballos.

Se pusieron à caballo huyendo de esta

fatal morada y de las orillas del Adriático. Luego que entraron en el Gárgano. Elena volvía frecuentemente la cabeza hacia la casa por si aun podía divisarla; pero la perdió de vista enteramente. La alegría interior que experimentaba á proporcion que se iba alejando de aquel sitio se disminuía con la presencia de Spalatro; pero Schedoni no quiso hablar de un hombre que solo las circunstancias le obligaron á valerse de él. Elena procuraba que su caballo fuese siempre al lado del de su padre; pero sin manifestar su inquietud sino con las miradas: reflexionaba que cuando este le habia tomado por guía, nada habia que temer, y aunque disipaba si sus recelos, aumentaba por otra parte las dudas que tenia acerca de los designios de este hombre, en cuya frente la parecia ver escrita la palabra *asesino*, extrañando asimismo que Schedoni sufriese su presencia. Todo esto la obligaba á creer que él era el que habia entrado en su habitacion y habia dejado el puñal.

Schedoni no habló una palabra en todo aquel camino solitario, y Spalatro igualmente

silencioso procuraba adivinar la causa de la mudanza del fraile, que acompañaba á Elena para ponerla en seguridad despues de sacarla del sitio a donde la habia mandado conducir para asesinarla; pero no por eso olvidaba su resolucion de aprovechar la primera ocasion favorable para vengarse de los malos tratamientos que habia recibido la noche anterior.

Entre los muchos objetos que ocupaban la atencion de Schedoni, no era el menos importante la dificultad de llevar á Nápoles á Elena sin darse él á conocer como su padre, y sin que trasluciese en su convento; de modo que cuando le ocurría esta última idea mudaba de semblante y no podia conservar la tranquilidad. La dificultad de explicar á la marquesa los motivos que habia tenido para no cumplir su palabra y para interesarla en favor de Elena, con el fin de que aprobase el matrimonio antes que supiese su descendencia, le oponia en el mayor conflicto.

La necesidad de asegurar el consentimiento de la marquesa antes de declararse padre de Elena, le determino á acultarlo hasta estar seguro de que no la desagradaría esta noticia;

pero era indispensable hablar de la ascendencia de Elena, y pensó decir que era noble y de una familia digna por todas consideraciones de unirse á Vivaldi; deseaba y temia al mismo tiempo esta entrevista. ¿Qué responderia á la marquesa cuando le reconviniere por haber faltado al cumplimiento de sus promesas? ¿Cómo disimularia la indignacion y otros sentimientos paternales, cuando se hallase en la precision de contestar á las reconvenciones con excusas humildes tan contrarias á su orgullo? Jamas habia expuesto á semejante prueba su arte de disimular: conocia que las escenas con la marquesa habian de ser mas crueles que las ocurridas con Elena. El momento se iba aproximando y experimentaba tal terror, que casi estaba resuelto á que se celebrase el matrimonio secretamente sin solicitar el consentimiento de la marquesa.

Mientras nuestros viajeros caminaban, Elena no pensaba en otra cosa que en su suerte y en la de su amante. La parecia que Schedoni no podia menos de aprobar una union tan ventajosa aunque se opusiese á que se celebrase ocultamente. La noticia tan lisonjera

para Vivaldi cuando supiese el origen de su familia, disipaba las inquietudes que la agitaban y reanimaba sus perdidas esperanzas. Quería saber de su amante, y suponiendo que Schedoni tendria, noticias de su situacion, tuvo muchas veces intencion de preguntarle por él; pero la contuvo su timidez. Era tal el cariño que le profesaba, que aun cuando hubiera creido que estaba en la cárcel de la Inquisicion, no se hubiera aterrado ni perdido la esperanza; pero como sabia que le habian preso lo mismo que á ella unos impostores con el disfraz de dependientes del Santo Oficio, le suponía en alguno de los castillos de su familia.

Schedoni en medio de su distraccion nombró á Vivaldi, y ella aprovechó esta ocasion para averiguar su estado.

No ignoro lo mucho que le amas, la respondió desentendiéndose de la pregunta; pero deseo saber el origen.

Elena se quedó confusa, y la volvió á preguntar: ¿en dónde le viste la primera vez? En la iglesia de San Lorenzo, contestó, estando en compañía de mi tia. A esta sazón

les advirtió Spalatro que estaban cerca de Zanti.

A corto rato llegaron al pueblecito, situado en el centro del bosque, en donde la pobreza de sus moradores advertía á los pasajeros que solo se detuviesen el tiempo preciso para tomar algun refrijerio y descansar. Spalatro los condujo á una mala taperna en la cual paraban las pocas jentes que transitaban por aquellos desiertos. Los modales de los moradores eran tan rústicos como el pais, y las casas tan sucias y desprovistas, que Schedoni prefirió comer fuera, debajo de los arboles que estaban inmediatos. Luego que se sentaron, Schedoni envió a Spalatro para que viese si en el pueblo habia caballos para seguir el camino, y un vestido de paisano para él. Luego que se quedó solo con Elena volvió a hablar de Vivaldi y la pidió que le contase la historia de sus amores. Obedeció Elena, y la refirió con brevedad: Schedoni procuró no interrumpirla: deseaba que se casasen; pero no queria manifestar que lo aprobaba, hasta conseguir que Vivaldi saliese de la Inquisicion. En su silencio conoció Elena la opinion que

Schedoni trataba de ocultar, y animada de ciertas esperanzas que aun conservaba, se determinó á preguntarle otra vez quién habia ordenado la prision de Vivaldi, dónde le habian conducido, y cual era su situacion.

Schedoni no quiso apesadumbrar á Elena refiriéndola que estaba preso en la inquisicion, y la dijo que nada sabia de lo ocurrido en Celano; pero que creia que ambos habian sido presos de orden de la marquesa, que tendria encerrado á Vivaldi por algun tiempo, y que probablemente intentaba hacer lo mismo con Elena.

¿Y vos, padre mio. le preguntó, con qué motivo fuisteis a mi prision, ignorando los designios de la marquesa? ¿Qué casualidad es trajo a este desierto en el momento critico de salvar la vida á vuestra hija?

Es cierto, contestó Schedoni, que he ignorado los designios de la marquesa. ¿Has sido capaz de sospechar siquiera que yo tuviese parte en ellos, y que consintiese en la ejecucion de un crimen tan atroz?... Confundido con sus propias espresiones, y advirtiendo que se hacia traicion ha sí mismo, calló repentinamente.

Me habeis dicho, observó Elena, que el fin de

marquesa era únicamente encerrarme, ¿y es esta la atrocidad de que me acabais de hablar? ¡Ay de mí! bien conozco que su intento era mas atroz; vos le sabeis y no quereis confesarle por no asustarme.

¿Qué medios he podido yo tener para saber los proyectos de la marquesa? Repito que no soy su confidente, y por lo mismo no hay razon para sospechar que yo supiese que su desigño era otro que el de encerrarte.

¿No me habeis librado del puñal de un asesino? dijo Elena enternecida. ¿No se le habeis arrancado de las manos?

No me acuerdo, respondió Schedoni con mayor turbacion.

Si, repuso Elena, los corazones generosos olvidan los beneficios que dispensan; pero debéis conocer, padre mio, que el beneficio queda grabado con caractères indelebles en los corazones agradecidos, aunque se borre de la memoria del bienhechor.

No vuelvas á hablarme de beneficios, dijo Schedoni impaciente. El silencio en este punto sera para mí una prueba del afecto que me profesas. Se levantó á decir al dueño de la casa que le buscasse un guia, por que deseaba despedir á

Spalatro.

Volvió este de su comision, pero no trajo el vestido de paisano para Schedoni, que se vió precisado à seguir hasta el primer pueblo con su hábito de religioso.

El dueño de la casa trajo el guia. Schedoni le hizo varias preguntas; le ajustó para que los acompañase hasta salir de los bosques, y despidió á Spalatro. Satisfecho y contento porque se libraba de este hombre, no advirtió Schedoni la repugnancia y perversa intencion que manifestó al despedirle; pero Elena conoció el desagrado en su mal modo de mirar, y esta observacion aumentó su agradecimiento a la persona que alejaba de su presencia un hombre tan odioso.

Nuestros viajeros se pusieron en camino despues de medio dia, porque segun el cálculo de Schedoni, tenían tiempo para llegar al primer pueblo, en donde debian hacer noche, y evitaban el calor. El pais que atravesaban ya no era tan montuoso, pero sí despoblado como el que habian pasado por la mañana. El camino despues de salir del bosque seguia la orilla y era despejado, de modo que á uno y otro lado se descubrian algunos descampados y pra-

deras. El plátano, la encina y el castaño impedían con sus hojas que penetrasen los rayos del sol, Elena se reanimaba á vista de estas variadas escenas, pero ninguna impresion hacían en la triste imaginación de Schedoni, que siempre estaba entregado á reflexiones profundas. Durante el camino guardó el mismo silencio que por la mañana, excepto algunas preguntas que hacía al guía, el cual le contestaba difusamente, añadiendo las pesadas relaciones de los homicidios cometidos en aquellos bosques con viajeros temerarios, que se metían en ellos sin llevar quien los guiase. Schedoni distraído en sus meditaciones nada oía; y Elena, aunque al principio no daba mucho crédito á estos cuentos, empezó á intimarse luego que entraron en una espesura del bosque y en un desfiladero en donde nada veían.

El silencio y la oscuridad aumentaban el temor: no se distinguía ningún viviente en los recodos que formaba el camino; pero en una de las muchas veces que Elena volvía la cabeza, notó que los seguía un hombre. Se le dijo á Schedoni sin manifestarle sus temores, y se detubieron un momento á observar. Le dis-

tinguieron perfectamente y notaron que después de haberse aproximado á cierta distancia se quedó parado, y se escondió detrás de unos árboles. A Elena le pareció que era Spalatro, que en lugar de retirarse á su casa los seguía con fines depravados; pero la parecía inverosímil que un hombre solo se atreviese acometer á dos que iban bien armados. Sin embargo, esta reflexión no la tranquilizaba completamente, porque tal vez no estaría solo. ¿No os parece que es Spalatro? le dijo á Schedoni. ¿No tiene el mismo aire y la misma estatura?

No me ha parecido Spalatro, contestó Schedoni pero sea quien fuere nada debes temer porque ha desaparecido.

Tanto peor, replicó el guía, porque si tiene mala intención se puede meter entre las rocas á espaldas de estos bosquecillos y después salir á nuestro encuentro sin que lo podamos remediar; ó tal vez si conoce la senda que va por detrás de aquellas grandes encinas de la izquierda, nos puede esperar á la caída de la cuesta.

Habla bajo, dijo Schedoni, si no quieres que se aproveche de tus noticias.

Apesar de que con estas palabras no mani-

festó recelo alguno del guía, este trató de justificarse, diciendo: ahora mismo le voy a mostrar lo que puede esperar si se atreve a atacarnos, y descargó al aire la carabina, que resonó en todas aquellas montañas. La prisa con que se justificó el guía produjo en Schedoni el efecto contrario que se había propuesto; y observándole con recelo advirtió que no volvía a cargar. Entonces le dijo: ya que has indicado al enemigo el sitio en que nos hallamos, te debes preparar para recibirle. Vuelve a cargar: mis armas están corrientes.

Entretanto que el guía cargaba, a pesar suyo al parecer, Elena miraba atrás, pero no divisaba ninguna persona, ni más ruido que el vuelo de las aves, que huían del tiro.

Ya se acercaba la noche y los viajeros no descubrían el lugar en donde la debían pasar por que se hallaba situado al otro lado del desfiladero. Llegaron a este, cruzaron un puente y entraron en la primera posada del pueblo. Elena se tranquilizó entonces y desechó los temores que la causaba Spalatro; pero como estaba segura de que le había visto, conservaba algún recelo, porque no podía adivinar el motivo que tenía aquel hombre para seguirlos.

Schedoni halló en el pueblo el vestido de paisano para continuar el viage, y permitió que Elena se quitase el velo de religiosa y se pusiese otro más ordinario; pero se acordó esta que era de Olivia y le guardó con mucho cuidado, como cosa que pertenecía a su amiga bien hechora.

Les faltaban todavía algunas jornadas para llegar a Nápoles, aunque de mejor camino, y Schedoni hubiera despedido el guía, si el tabernero no le hubiera advertido que le necesitarían hasta más adelante, y si él no se hubiera hecho acreedor por su buena conducta a que le emplease el día siguiente. No tenía Elena la misma confianza que Schedoni en aquel hombre, porque habiéndole observado cuando descargó la carabina sospechó que estaba de acuerdo con algún pícaro por la repugnancia que manifestó en volver a cargar, y mucho más con la seguridad de haber visto a Spalatro. Comunicó estos recelos a Schedoni, y no hizo mérito de ellos, asegurándole que no podía dudar de la honrra de bien del guía habiéndolos sacado sin tropiezo de un desfiladero tan peligroso. No halló Elena que responder a estas justas consideraciones, y continuó el viage con esperanzas más lisonjeras.



CAPITULO VI

Scedoni no estuvo tan silencioso en esta jornada como en la anterior; porque separandose del guia la hablaba a Elena de lo que mas la interesaba; pero sin nombrar particularmente a Vivaldi. La comunicó el proyecto que habia meditado de colocarla en un convento a cierta distancia de Napoles, hasta que la pudiese reconocer por hija, aunque tenia algun inconveniente en presentarla él mismo a personas estrañas que por curiosidad fijarian su atencion y tratarian de averiguar quien era la nueva compañera. Esta consideracion le obligó a escuchar las reflexiones de Elena, que le manifestó lo sensible que la seria verse en la precision de vivir lejos de su casa y entre personas enteramente desconocidas, y sus deseos de retirarse al convento de la Piedad. Pero Scedoni aunque dispuesto a darle este gusto no lo quiso manifestar, y Elena solo tubo el consuelo de advertir que no estaba

decidido á seguir absolutamente su primer pensamiento.

En toda la mañana hallaron una sola persona en las vastas y despobladas llanuras que cruzaron, ni una choza en que poder descansar y librarse por un momento del calor abrasador que experimentaban.

Al caer la tarde el guia los señaló a lo lejos un edificio construido en el declive de una cuesta pero estaba en un bosque tan espeso que no se podia formar idea de su arquitectura, y creyeron que seria un convento en donde encontrarian alguna hospitalidad. Era tan tortuoso el camino que seguian entonces, y tal su profundidad, que perdieron de vista el edificio; pero al subir un repecho vieron a un hombre que cruzaba por to alto y creyeron que se dirigia al supuesto convento. Llegaron a aquel parage, é internados en el bosque hallaron solo ruinas, que a su modo de entender eran de un antiguo castillo que hubieran creido inhabitado, si no hubieran pensado que vivia allí el hombre que habian visto cruzar. El cansancio y la necesidad los obligaron a detenerse por si hallaban algo que comer: se aparearon a la entrada de una larga y ancha ga-

lería, que parecía la principal, llena de escombros. Schedoni dió una voz, pero nadie respondió, y aunque la soledad y el silencio no infundían ninguna esperanza, entró en varias habitaciones, y se convenció que era inútil pasar adelante. Se volvió y sentó a la sombra de unas palmas en donde comieron lo que llevaban, sentados sobre los escombros de una fuente de mármol, disfrutando la hermosa vista que ofrecía la llanura.

Este castillo, dijo Schédoni, ha padecido algun temblor de tierra, porque las paredes, aunque muy maltratadas, no manifiestan mucha antigüedad. Partes del edificio muy sólidas han caído al paso que otras mucha mas débiles existen íntegras. ¿Sabes la historia de este castillo? preguntó al guía.

Si señor, respondió, siempre conservaré en la memoria el terremoto que le destruyó, porque se noto en todo el Gárgano. Tenía yo entonces como diez y seis años, y serian las once de la noche cuando se sintió con mas fuerza. Hacia muchos dias que no se podia sufrir el calor que impedia hasta la respiracion. Algunas jentes ya habian advertido ciertos movimientos, y hallau-

dome un dia cortando leña en compañía de mi padre, observamos que....

¿Me estás contando tu historia? le dijo Schedoni. ¿De quién era este castillo?

Del varon de Cambrusca.

¡Ah! el baron de cambrusca que al fin vino á parar en sus desvarios ordinarios.

Era poco estimado, replicó el guia, y en el pais se decia que habia sido en castigo de....

¿No fue mas bien un castigo para las jentes del pais? interrumpió el confesor.

No sé, dijo el guia; pero sí que cometió delitos que hacen erizar los cabellos. Aqui es donde....

El pueblo jamas juzga bien de las acciones de aquellas personas superiores á él, replicó Schedoni. ¿En dónde está el baron ahora?

No sé, señor; pero estará donde merece: nada se sabe de su suerte desde la noche del temblor, que tal vez le sepultaria bajo las ruinas de su castillo.

¿Pereció alguno otro? preguntó Elena.

Os diré señora; seria como la media noche cuando rompió la grande explosion.

Todos habian ya cenado, y trataban de acos-

tarse: el baron dormia en la torre del castillo alli bajo sobre la izquierda, donde estan aquellas ruinas.

Elena miró al sitio que la señalaba y en efecto las vió; pero al mismo tiempo advirtió que atravesaba un hombre por lo interior, quien conoció por Spalatro. Apenas tubo valor para dar un grito, diciendo *él es*, cuando miró Schedoni ya habia desaparecido.

Convencido de que si era Spalatro el hombre que se ocultaba entre aquellas ruinas debia tener alguna intencion siniestra se levantó, y seguido del guia, entró por un pasadizo, y dejó sola á Elena. Apenas habia entrado Schedoni la asalta la idea del peligro; que amenazaba á su padre en aquella oscuridad, expuesto a perder la vida á manos de un asesino, y principia á llamarle á voces repetidas veces; pero no recibió ninguna respuesta. Inquieta en el sitio en que se hallaba entra apresurada en el pasadizo, observa, escucha, duda si ha de pasar adelante, porque teme verse sola entre aquellas ruinas y expuesta á encontrarse con el asesino. Oye por fin una voz que venia de lo interior, y la primera idea que se la representa es la de los gemidos de su padre

asesinado en algunas de las habitaciones del castillo. Olvida el temor, y se dirige al sitio por donde la pareció que habia venido el eco de la voz: entra en varias habitaciones desiertas, se dirige por otro pasadizo que conducia al extremo del castillo, y atraviesa por medio de las ruinas sin saber donde se hallaba, ni a donde iba: reflexiona que se acerca la noche, cuya circunstancia la hubiera aterrado en otra ocasion, pero entonces no pensaba sino en hallar a Schedoni, y viendo que no la respondia a sus gritos descompasados creyó que el temor la habia engañado y se volvió á salir.

Se paró un momento en la primera habitacion, con el fin de serenarse y cobrar aliento, y estando apoyada en una pared donde habia una ventana oye un tiro, sospecha que Spalatro ha cojido á su padre, va a buscarle, oye pasos cerca, y casi desmayada de terror ve a Spalatro. Por fortuna este sitio era un rincon oscuro, y pasó de largo sin reparar en ella: le vió despues atravesar un patio y entrar en un pasadizo, en donde desapareció con la oscuridad. Juzgó entonces que Spalatro no habia encontrado a Schedoni, porque tal vez le esperaria en el pasadizo oscuro;

y reflexionando como se lo habia de advertir a su padre, distingue su voz, se acerca a la entrada, y le dice que se detenga que Spalatro le estaba esperando: oye al mismo tiempo un pistoletazo, despues jemidos, y a poco rato la voz de Schedoni; se queda inmóvil sin atreverse á entrar en el pasadizo por no ver el sangriento espectáculo que temia.

Todo permaneció en el mas profundo silencio pero Elena no podia sufrir este estado de incertidumbre: va á salir, y oye nuevos jemidos de un hombre ensangrentado que atravesaba por el patio. La turbacion repentina de su vista la impidió conocer quien era: pero se reanimó y salió a socorrer al herido, teniendo mas influjo en ella la compasion que el temor.

En vano miraba el patio por todas partes, en vano daba voces llamando a su padre, nadie la contestaba ni percibia el menor ruido. Pasó a las habitaciones y la sucedió lo mismo: se dirigió al pasadizo y advirtió un rastro de sangre del herido, que sin duda acababa de pasar por alli: fue siguiendo hasta la entrada de un tránsito muy estrecho, que a su parecer iba a parar a la torre: creyó entonces que era Spalatro y no Schedoni,

y no se atrevio á seguir, porque apesar de estar herido, el deseo de vengarse le animaria a dar una puñalada al primero que se le acercase, favorecido por la oscuridad.

Estando en esto, oye que la llaman y ve llegar a Schedoni precipitadamente: registró todo el patio y asiendola por la mano, la dijo en voz baja: es necesario salir de aqui al instante....

¿Has visto pasar a alguno?

Si señor, contestó, he visto un herido que entró en el patio y temia que fueseis vos.

¿En donde está? ¿Por donde ha pasado? dijo Schedoni enfurecido.

Conociendo Elena el motivo de esta pregunta respondió que no lo sabia y le insto a que la sacase de aquella funesta morada.

Ya se ha puesto sol, añadió; si tardamos en seguir el camino nos va a coger la noche y estamos espuestos a muchos peligros en esta soledad.

¿Estas cierta de que salió herido? dijo Schedoni.

Muy cierta, contestó Elena; y asi os suplico que salgamos cuanto antes.

¿A qué tanta prisa? preguntó Schedoni colé-

rico: ¿tienes valor para compadecer a ese malvado?

¡Ay! es muy doloroso ver padecer, replicó Elena; no me deis motivo para temer por vuestra seguridad si permanecemos aquí. ¡Qué dolor no sufriríais al ver correr mi sangre! Imaginad cual sería el mio si os viese herido por el puñal de un asesino.

No estas segura, replicó Schedoni, de lo que dices: no sabes si está herido ese miserable. Le he disparado un pistoletazo; pero al mismo tiempo le vi entrar en el pasadizo y se me ha escapado: ¿por que razón crees que está herido?

Elena estuvo para enseñarle el rastro de la sangre; pero temiendo que le siguiera y encontrase a Spalatro, lo único que hizo fué instarle a salir cuanto antes: ¡salgamas de aquí y dejad a ese desgraciado!

¡Que deje a un asesino! dijo Schedoni impaciente.

¡Un asesino! pues qué ¿ha atentado contra vuestra vida?

No directamente; pero... ¿Qué motivo tiene ese perverso para seguirnos? Déjame que le quiero encontrar.

Elena le pudo contener asiéndole del vestido, y procuró escitar su humanidad con expresiones mas tiernas.

¿Conoces al hombre que quieres defender? la preguntó Schedoni turbado. La sorpresa que manifestó Elena á esta pregunta hizo que su padre conociese su imprudencia: se acordó que ignoraba la comision que habia encargado á Spalatro, y al considerar que la compasion de este habia salvado la vida de su hija negándose á asesinarla por su mano, se estremeció de horror, salió de allí precipitadamente y se dirigió á donde estaban los caballos. Dejó de perseguir á Spalatro; pero ni le compadeció, ni procuró socorrerle, y le abandonó á su desventurada suerte sin experimentar ningun remordimiento.

Montaron á caballo, y en mucha parte del camino no pensaron en otra cosa que en el lance que acababa de suceder. Elena se informó de todas sus circunstancias, y supo

que Schedoni fue quien disparó el tiro á la puerta principal, y despues el pistoletazo á Spalatro á quien vió atravesar por el pasadizo.

A fe mia, señor, que ahora podemos estar con tranquilidad, porque yo mismo le he visto herido en un brazo.

¿Le has visto? dime. ¿Y dónde estabas cuando le viste?

¿Señor, yo estaba a vuestra espalda cuando disparasteis.

No me acuerdo de haberte oido ni visto. ¿Y por qué no me seguiste para ayudarme en lugar de huir a esconderte mientras yo le perseguia?

No se atrevió el guia a contestar; pero Elena que le estuvo observando, advirtió que se hallaba confuso y volvió a caer en sus sospechas. No pudo comunicarselas a Schedoni, porque a la sazón se habia adelantado a galope.

Elena preguntó al paisano, qué habia sido de los demas habitantes del castillo.

El ruido que hizo la torre cuando cayó los despertó y tuvieron tiempo para huir antes que se arruinasen las demas habitaciones.

Solo pereció el baron, que bien lo merecia.

¿Y qué sucedió con la demas familia? dijo Schedoni.

Cada uno marchó por su lado y ninguno ha vuelto. De este modo se libraron del baron. Si supieran hablar las paredes dirian cosas muy extrañas, principalmente la habitacion que os indiqué, en donde solo entraba él y un criado para limpiarla; pero sin permitirle estar solo en ella.

Sin duda, dijo Elena tenia oculto algun tesoro.

No señora, no habia tesoro; tenia siempre encendida una lampara y a veces se le oia a media noche.... En una ocasion le sucedió a su criado..... Acércate y marchemos de frente, dijo Schedoni, ¿qué sueños estas contando?

Hablaba del baron de Cambrusca, por quien tanto me preguntabais hace poco. Decia que era un hombre raro, y que en una noche borrascosa del mes de diciembre.....

¡Muy bien! ¿Y qué sucedió? preguntó Schedoni.

Lo iba a decir, señor.

Acabemos..... ¿Quiénes componian la fa-

milia del baron? ¿Tenia muger?

Sí señor, tenia una.

El baron la necesitaba mas que yo, amigo mio. Yo no tengo muger.

¿Y quién te dice que la tenga?

Nadie, señor; pero os acalorais tanto por lo que dicen de él, que en vista de eso creeria.....Pero no ha sido mi animo incomodaros. Unicamente como le traiais por guia juzgué que tendriais alguna noticia...

Lo único que yo exijo de mi guia es que cumpla con su obligacion, que me dirija bien, y que calle cuando conviene.

Nada contestó el paisano, contuvo el paso a su caballo y se quedó detras.

Atravesaron el valle, y ya subian la otra cuesta; pero como no oian ni veian nada que los persuadiese la proximidad del pueblo, creyeron que el guia los habia estraviado. Era tal la obscuridad, que apenas distinguian el camino.

Mientras Schedoni preguntaba al hombre con aspereza, oyeron una confusion de voces a corta distancia: los llamó la atencion y pararon los caballos para escuchar de donde

procedia.

El ruido, dijo el guia, viene del paraje a donde nos dirijimos.

Escuchemos, repuso Schedoni: son jentes que se divierten.

Oyeron con mas claridad el mormullo, las carcajadas de risa, y algunos instrumentos.

¡Hola! dijo el paisano, ya estamos en el pueblo. En él suena el ruido; pero no sé por qué hacen hoy fiesta: lo estraño mucho.

Elena se reanimó y apresuró el paso: luego que llegaron a lo alto de la montaña en donde clareaba el bosque, vieron una multitud de luces y no dudaron que iban a entrar en el lugar.

Las ruinas de las puertas indicaban que antes habia sido pueblo amurallado. Entraron y de la oscuridad y soledad mas profunda se hallaron repentinamente en una magnifica plaza muy iluminada y concurrida de las jentes de la ciudad y sus cercanias vestidas como de fiesta. Por una parte se veian tiendas de ricas mercaderias, por otra músicos, bailarines, bufones, títeres, fuegos artificiales, y por todas se respiraba alegria.

Al confesor no le agradó esta escena, y mandó al guía que los condujese a la fonda mejor que hubiese en el pueblo. No sabía yo que era tiempo de feria, dijo el paisano; bien que solo he venido una vez en mi vida.

Procura abrir paso por entre las gentes, le dijo Schedoni.

Después de andar tanto tiempo errantes con una noche tan oscura que no se veía a distancia de dos pasos, continuó el paisano, hallarse de repente en un sitio como este, es pasar del purgatorio a la gloria.

Señor, las diversiones de este pueblo os harán olvidar todo lo ocurrido, y lo que os conté de ese pícaro; pero en verdad que no sabía que os conociais los dos. Regularmente no sabeis lo que iba a decir cuando me cortasteis la palabra. Cuando salgamos de feria os he de contar una historia muy larga que sé toda entera, y que iba justamente a principiar al tiempo que me interrumpisteis con tanta aspereza; pero nada importa, volveré a principiarla, porque.....

Calla, dijo Schedoni, y adelante.

Pararon al llegar a una reunion que habia junto a un teatro en el que representaban algu-

nas personas torcamente vestidas. Representaban una tragedia, que por lo ridículo de la accion de los actores, por su modo grosero de declamar y mala disposicion, parecia mas bien un entremes.

Schedoni apartó la vista de la escena apesar de que por precision se detubieron. Elena miró por curiosidad, y el paisano con la boca abierta y los ojos fijos se quedó inmovil lo mismo que una estatua, sin saber si se debía reir o llorar, hasta que volviendose al confesor y cogiendole el brazo le dijo señalando al teatro: mirad, señor, mirad el malvado que ha muerto a su propia hija.

Al oir Schedoni estas terribles palabras se dignó contra el paisano, miró a la escena y vió que el asunto de la tragedia era la historia de Virginia en el momento en que muere en los brazos de su padre, que aun conservaba en la mano el puñal con que acababa de asesinarla. Los remordimientos que experimentó al ver esta escena le sirvieron casi de un digno castigo al crimen que habia premeditado.

A vista de este espectaculo, Elena se asustó extraordinariamente por el contraste que formaba con la conducta que Schedoni observó con ella no pudo menos de dirigirle una mirada muy tier-

na, y advirtió en las señales de su rostro que sus pasiones estaban en un movimiento violento que no podia explicar. Para evitar esta alteracion huyó el confesor de la escena, picando a su caballo: el paisano al ver que le separaban por fuerza de aquel espectáculo, en donde por la primera vez gozaba el placer de un dolor aparente que representaba una desgracia pasada, y descontento ademas por el mal trato que sufría el animal encargado a su cuidado, se incomodó altamente, y le agarró la brida. Irritado Schedoni por esta accion iba a dar un latigazo al guia a tiempo que las jentes abrieron paso y llegaron los viajeros a la fonda.



CAPITULO VII.

Schedoni pasó la noche sin dormir, porque las ocurrencias de la tarde anterior le habian llenado de inquietud y de temor. En la conducta del paisano advertia cierta cosa que no podia explicar y que le daba muchos motivos para recelar, aunque aparentaba sencillez. Este hombre le habló de Spalatro como instruido perfectamente de su historia, y aun le manifestó que sabia quien le habia empleado, apesar de ignorar al parecer que fuese Schedoni.

Pasada la noche en esta agitacion continua, mandò venir al paisano a su habitacion, y le dijo que ya no le necesitaba; pero le advirtió que tuviese mucho cuidado al pasar junto el castillo por

si Spalatro le esperaba para vengarse: «porque segun lo que me has dicho, es un grandísimo bribon, ó acaso puede tambien suceder que los informes que te han dado de su conducta sean infundados.»

El guia se ratificó en lo que habia dicho, y Schedoni le instó á que le dijese lo que sabia de Spalatro.

Todo cuanto me has dicho de este hombre, añadió, excita mi curiosidad: ahora tengo tiempo para escucharte, y me puedes contar la historia de su vida puesto que es tan extraordinaria.

La historia es demasiado pesada, y os fastidiará antes que la concluya, replicó el paisano.

¿En dónde dices que vive ese hombre? repuso el fraile. Has hablado de una casa á la orilla del mar.

Si señor, continuó el guia, es una historia muy particular. Este hombre, como decia, vino repentinamente á habitarla sin que ninguno le conociese en todo el pais, despues de haber estado cerrada desde el tiempo del marqués.

¿El marqués! dijo Schedoni con cierta frialdad: ¿qué marqués?

El baron de Cambrusca es el que quiero decir. La casa estaba cerrada desde el tiempo del baron.... Aqui me parece que llegaba en mi relacion.

Yo estaba persuadido á que el baron habia ya muerto, dijo Schedoni.

Si señor, replicó el paisano mirándole; ¿pero qué tiene que ver su muerte con lo que yo digo? La cosa sucedió antes que muriese

Turbado Schedoni con esta advertencia inesperada, disimuló el tono familiar con que le hablaba el paisano. Este hombre, segun decian, estaba complicado con el baron de Cambrusca.

¿Eran solo presunciones? preguntó Schedoni.

No señor, que era mas de lo que hubiera querido el baron; tenia mucho cuidado de que no le pudiesen convencer, y en eso hacia bien, por que si hubiese... lo habria pasado mal. Iba á contarnos su historia.

¿Qué razones habia para creer que Spalatro fuese confidente del baron?

Pensaba, señor, que deseabais saber su historia, dijo el paisano.

A su tiempo, replicó Schedoni: ¿pero qué razones eran esas?

Con una basta. El crimen era de tal naturaleza, que solo el baron de Cambrusca podia obligar á egecutarle; y en nuestro pais ninguno habia tan malo como Spalatro para el caso. ¿No es esta una razon poderosa? ¿por qué me mirais asi? El baron mismo no haria otro tanto.

Despacha tu historia, dijo el confesor.

Pues señor, hace ya algunos años que Marcos vino á nuestro pueblo por la primera vez; y la historia dice que en una noche borrascosa...

No te tomes el trabajo de contarme la historia por menor, dijo Schedoni: ¿has visto alguna vez al baron de quien hablas?

¿Para qué me lo preguntais, si lo sabeis ya? Hace tanto tiempo que estoy aqui para contáros-la; la principio y de nada sirve.

Es muy estraño, replicó el artificioso Schedoni, pero sin contestar a las réplicas del paisano, que teniendo á Spalatro por un malvado, segun manifiestas, no se haya tomado algunas medidas para prenderle y presentarle ante la justicia. ¿Cómo ha sido eso? Acaso será falso lo que han dicho de su conducta.

¡Ah! señor, que todos lo saben; y no es como se suele decir negocio de ninguno: ademas, tam-

poco basta que cada uno de por sí lo asegure, ni diga lo que ha sido, creyendo el hecho como si le hubiera visto: esto no convence á los jueces, es preciso justificarlo; y bien sabeis que de diez casos como este los nueve no se probarian: pero no podemos menos de creer que...

¿De modo que hubieras querido que se castigase á ese hombre como autor de un homicidio que no cometió?

¿Cómo, autor de un homicidio? repuso el paisano.

Schedoni se quedó pensativo, pero luego continuó: ¿no dices que es complice en un homicidio?

Yo no he dicho eso, señor.

¿Pues qué crimen era el suyo? Tú has hablado de uno atroz, y no le hay mayor que el homicidio, y pronunció entre dientes estas últimas palabras.

El paisano no replicó; pero mirando al confesor sin pestañear repitió: ¿he dicho que era un homicida?

Si no es eso, contestó Schedoni con prontitud, di lo que era; pero ha de ser con brevedad.

Señor, haré lo posible por ser corto. En una noche oscura y borrascosa del mes de diciembre salió a pescar Marcos Torma, que era un viejo de nuestro pueblo; pero cuando ocurrió el lance vivía en otro, de cuyo nombre no me acuerdo, á la orilla del mar. Volvía muy de prisa asu casa con la pesca que habia cojido; llovía mucho, y el viento era muy fuerte.

Anduvo largo rato sin advertir luz alguna y sin oír mas ruido que el de las olas que se estrellaban en la orilla, de donde procuraba huir cuanto podia, porque si se acercaba á las rocas se esponía á estrellarse. Por fin, se determinó á guarecerse de ellas, y no pasar adelante.

Estando al abrigo le pareció que se acercaba alguno: sacó la cabeza el pobre hombre, oyó pasos, y escuchó con atencion si se acercaba para darse á conocer. Descubrió una lucecita que se iba acercando, y al cruzar por delante del sitio donde estaba vió un hombre que llevaba en la mano una linterna y seguía la costa.

El viejo Marcos nunca fué muy valiente. Se le metió en la cabeza que este hombre era un ladrón y no se atrevió a moverse; pero se asustó mucho al ver que se paraba a dejar una grande

carga que llevaba al hombro sobre una piedra inmediata á él. Era un saco que pesaba bastante al parecer, porque apenas podia respirar de cansado. Precisamente os cuento la cosa como mi padre me la dijo.

¿Qué contenía el saco? preguntó Schedoni.

Con el tiempo lo sabreis, señor: se asustó mucho, y mas cuando observó que el saco se movía, porque hasta entonces imaginó que llevaría en él algunas cosas robadas. El hombre sin hablar una palabra a poco rato volvió a cargarle, y continuó costeano, hasta que Marcos le perdió de vista.

¿Pero qué tiene que ver ese hombre con Spalatro, cuya historia deseo que me cuentes? dijo el confesor. ¿Por ventura es él?

Con el tiempo se vera, señor: luego que se calmó algo la borrasca el viejo Marcos salió de la roca, y creyendo encontrar a corta distancia algun logarcillo ó choza, se determinó a seguir el mismo camino que el hombre que habia pasado. Mejor le hubiera sido permanecer en donde estaba, porque anduvo mucho tiempo sin encontrar asilo, y lo que es aun peor, se volvió a embra-vecer el mar, y no halló roca alguna en donde

abrigarse: en este conflicto advirtió una luz a corta distancia, y se figuró que podría ser el hombre de la linterna; pero sin embargo se resolvió a seguir, porque si es él, decía, me pararé antes de llegar, y si es alguno otro acaso me protejera. Se acercó y después de andar un corto trecho advirtió que la luz no era la de una linterna, sino de una casa. Llegó a la puerta, llamó muy despacio, pero nadie le respondió. Llovía horriblemente, y el pobre Marcos se estuvo esperando a la puerta un largo rato antes de volver a llamar, porque era muy sufrido.

A la segunda vez que llamó se entreabrió la puerta, porque no estaba echada la llave, y viendo que nadie salía se determinó a entrar. ¿Ese tonto qué necesidad tenía de ser curioso? dijo Schedoni.

¡Curioso! nada de eso, señor: solo buscaba un asilo. Siguió a tientas y no encontró ni oyó cosa alguna: por fin llegó a una habitación en donde había lumbre; se acercó a calentar esperando que viniese alguno.

¿Qué, no había gente en la casa? dijo el confesor.

Ahora lo sabreis, señor. No hacía dos minutos

que estaba allí, según él mismo decía, cuando oyó un ruido muy extraño en la misma habitación; pero como había tan poca luz no podía distinguir quién, ni qué era.

Este ruido asustó á Marcos: ¿pero qué había de hacer? movió los tizones para reanimar el fuego y nada adelantó. A poco tiempo advirtió que venía alguna persona, vió una luz y un hombre que entraba en la misma habitación, y se acercó á pedir que le permitiese estar allí a cubierto del mal temporal.

¿Quién era ese hombre? dijo Schedoni.

Marcos contó que el hombre de la casa al entrar se quedó pálido como su camisa, viendo allí un forastero a aquella hora de la noche. Le preguntó qué era lo que hacía y algunas otras cosas que sufrió el pobre Marcos por el mal tiempo; pero luego que le presentó la pesca que llevaba, el hombre le dijo que se quedase allí, y le manifestó mas afabilidad.

Estaba hambriento al parecer y al momento echó mas leña en el fuego para cocer la pesca. Mientras se ocupaba en esto, le pareció á Marcos que este hombre era el que acababa de ver en la

orilla del mar, y le observó con tal atención, que el otro lo notó y le preguntó por qué le miraba con tanta curiosidad. Marcos no se lo quiso decir pero le continuó mirando mientras componía pesca, y se confirmó en que era el mismo que descubrió en un rincón de la habitación el saco que le había visto. A costa de cualquier sacrificio hubiera querido estar fuera de la casa en este momento, y determinó aprovechar la primera ocasión para huir, pero sin que el hombre llegase a concebir sospecha alguna. Conoció la causa de que mirase tanto háica donde estaba el saco en que ocultaba su tesoro.

Es verosímil que fuese esa la causa, dijo Schedoni.

El viejo Marcos no estaba muy contento mientras el hombre componía el pescado, ¿qué había de hacer?

¿Qué? dijo el confesor, levantarse y marchar, como voy yo a hacer si no concluyes pronto.

Es verdad, replicó el paisano, eso hubiera hecho si el hombre le dejara salir, pero.....

Por último, dime, ese hombre era Spalatro? La casa era la de la orilla del mar de que me has

contado?

Si señor, lo habeis adivinado; y para hablar con verdad, hace media hora que esperaba lo acertaseis.

Alguno desagradó a Schedoni el modo expresivo con que le miró el paisano en este crítico instante, y continuó diciendo: Spalatro apenas habló una palabra al principio; pero al paso que el pescado se cocía se manifestaba mas contento hablaba cada vez mas.

Se levantó el confesor de la silla y principió a pasearse de uno a otro lado de la habitación.

El buen Marcos reformó algo el mal juicio que tenía acerca de Spalatro, y al oír la lluvia que sacudía en las ventanas, sentía el momento de marchar. Salió el patron a buscar platos a otra habitación.

¿Salió? preguntó Schedoni.

Si señor, contestó el paisano: pero se llevó la luz. Sin embargo, Marcos picado de la curiosidad....

En verdad que no dejaba de tener bastante, dijo el confesor.

Marcos, continuó el paisano, deseoso de saber

lo que contenía el saco, y recelando que no lo podía averiguar si el amo de la casa no le permitía estar allí más tiempo, se quiso aprovechar de la ocasión, y a la luz que comunicaba el fuego se acercó al saco y trató de levantarlo; pero aunque no estaba lleno, pesaba demasiado.

Schedoni se paró delante del paisano al oír esto.

Levantó por fin el saco que volvió a dejar en el suelo muy de prisa, y notó que no contenía las cosas que él había pensado. Le pareció que volvía Spalatro, y atemorizado ya por las sospechas, se retiró del saco; pero volvió a acercarse viendo que Spalatro no venía.

Señor, me parece que no me escucháis, porque según el modo de mirarme, creo que estáis ocupado con vuestras cavilaciones y pensamientos tristes...

Continúa, continúa, dijo Schedoni, que bien te oigo.

Volvió el saco, le desató y medio abrió, pero figuraos señor, como se quedaría cuando tentó... carne fría y á la luz del fuego pudo distinguir el rostro de un cadáver. ¡Ah, señor!

Acalorado el aldeano con su relación seguía detrás de Schedoni, hasta que por fin asiéndole por el vestido como en ademán de asegurarse que le escuchaba, continuó diciendo:

Marcos se asustó tanto, que apenas sabía en donde estaba, y aseguró que se quedó tan pálido como estáis vos ahora.

El confesor pudo desasirse del paisano y le dijo en voz baja: si yo me asusto al oír la relación, ¿qué extraño es que sucediese lo mismo a quien vio el espectáculo? ¿pero qué ocurrió después?

Marcos, continuó el guía, no tuvo valor para atar el saco, y después que se tranquilizó, temió que Spalatro volviese antes que él hubiese huido de la casa, porque ya no le asustaba el mal tiempo. Oyó que volvía Spalatro y por otra puerta que daba á un pasadizo salió de la casa. Claro es que no se pararía en el camino: no dejó de correr sin reparar en que estuviese bueno ó malo el piso, y padeció mucho toda la noche que pasó en el bosque.—En fin....

¿Cómo no prendieron á Spalatro, dijo el fraile, á vista de este descubrimiento? ¿Qué resultó de esta aventura?

Ah! señor, el viejo Marcos creyó morir de las fatigas y temores que pasó aquella noche; le acometió una fuerte calentura que le trastornó la cabeza, y en su delirio contó cosas tan raras, que cuando se restableció no parecía creíble lo que decía.

En efecto, esta relacion se parece mas á los sueños de un delirante que a la realidad, dijo el confesor. Tambien creo que el hombre no supo lo que se decía.

No señor: á poco tiempo se principió a pensar de diferente modo y se hicieron diligencias sobre el particular. ¿Pero qué adelantaban estas pobres gentes cuando nada podian averiguar? Se registró la casa varias veces; pero el hombre habia huido y nada se halló. Desde entonces estuvo cerrada, hasta que pasados muchos años volvió Spalatro; porque segun dijo el viejo Marcos, era el mismo que él habia visto y el que le recibió en la casa; pero con todo no se atrevia á jurarlo y nada se adelantó.

De modo, dijo el confesor, que en vista de todo no estas seguro de que Spalatro sea el hombre de tu historia; ¿ni que esta deje de ser una vision propia de una cabeza descompuesta.

Ya no sé, señor, qué es lo que ten is por cierto; solo sé lo que todos creemos; pero no habeis oido la parte mas interesante de la historia, que ninguno querria creer si...

Basta le que he oido, dijo Schedoni.

Pues no he contado la mitad, y cuando yo la oí estaba tan asombrado que... Bastante tiempo he perdido en oír esos cuentos que no tienen fundamento racional. Allí tienes lo que te debo y puedes marchar.

Conozco, señor, que ya sabeis lo que falta de la historia, porque si no, no me dejarais salir antes de concluirla. Pero sin duda que ignorais un hecho extraordinario, que cuando yo le supe se me erizaron los cabellos.

Ya no quiero oír semejantes absurdos y me pesa haber estado con tanta atencion y paciencia escuchando cuentos de niños. Ya puedes marchar: di al fondista que venga.

Fuesto que no quereis saber mas, dijo el paisano, nada os dire; sin embargo...

Espera, repuso Schedoni, a que te advierta las precauciones que debes tomar al pasar por el castillo, en el cual puede esperarte Spalatro; porque aunque la historia que me has contado

me ha parecido ridícula...

Cómo! si no he dicho la mitad: con solo que tuviéreis un poco de paciencia...

A pesar de que me ha parecido ridícula tu historia, continuó Schedoni con enfado...

Ridícula! contestó el paisano entre dientes: sin embargo, en lugar de haberos causado risa, os ha hecho arquear las cejas mas de una vez.

El confesor replicó con mayor enfado; digo que, en medio de que apenas creo tu historia, me parece que Spalatro es un solemne pícaro, de quien debe desconfiar. Si le ve puedes estar seguro que tratará de vengarse contigo del maltrato que yo le dí. Para que te defiendas, además de tu carabina, toma esta almarada.

Schedoni la sacó del pecho, pero no era la que llevaba ordinariamente, ó al menos la que manifestaba. Se la dió al paisano, instruyéndole al mismo tiempo del modo de llevarla y de servirse de ella.

Sorprendido este y confuso le dijo: os doy gracias, señor, por lo mucho que os interesais en mí seguridad: ¿pero esta almarada es diferente de las demas para poder usarla del modo que acabais de decirme?

El confesor le miró con gravedad, y le respondió: no, amigo mio, solo he querido instruirte como debes usarla con mas ventaja: á Dios.

Lo agradezco mucho, señor; pero me parece que no la necesito, y que me basta mi carabina.

Tómala sin embargo, insistió Schedoni, que es buena defensa. Cuando estés cargando la carabina te puede acometer el enemigo con algun puñal, y en este caso vale mas la almarada que todas las carabinas: tómala.

El guia conoció la utilidad del regalo y le recibió agradecido, aunque con admiracion, y mejor hubiera sido con desconfianza. Volvió a dar gracias a Schedoni, y al salir le dijo este que llamase al dueño de la fonda, porque queria salir al momento para Roma.

Señor, le dijo el guia, ahora es cuando debéis determinar el camino que habeis de tomar: pero yo creo que vais á Nápoles.

No, que voy a Roma, le dijo.

Bien: os deseo un feliz viaje, dijo el guía, y se separó de Schedoni.

Salieron los viajeros, y Schedoni reflexionando en la conversacion que habia tenido con el guia apenas habló una palabra, y Elena no

pudo hallar ocasion favorable para tratar del asunto que tanto la interesaba, de modo que entregado cada uno a sus pensamientos, caminaban silenciosos hacia Nápoles, apesar de que Schedoni aseguró al guia que iba a Roma, pero lo hizo con el fin de engañarle para que ignorase el pueblo de su residencia.

Se pararon á comer en un pueblo bastante grande, y cuando Elena oyó que Schedoni se informaba de los conventos que habia en él, se determinó a hablarle sobre este asunto. Le hizo presente su abandono è inquietud si la dejaba tan distante de los pueblos y personas que conocia, y particularmente en aquella situacion, y cuando mas necesitaba reanimar su espíritu, no solo con el sosiego, sino con una completa seguridad, que solo podia hallar entre personas conocidas.

Schedoni escuchó con mucha atencion las razones que Elena le espuso; pero con su vista melancólica la indicó que no le convencian. Añadió otras mas eficaces, y despues de haber manifestado las circunstancias que la interesaban, habló de las que le interesaban a él mismo. Le demostro que su mansion en las cercanias de

Villa Altieri se podria ocultar, como si estuviese a cien leguas de Napoles.

El resto del camino se pasó sin ocurrencia alguna notable. Schedoni, á escepcion de algunos cortos intérvalos, continuó en su silencio melancólico, que Elena no se atrevió nunca á interrumpir, porque iba pensando en la situacion actual de Vivaldi, objeto principal de sus cuidados.

A proporcion que se acercaban à Nápoles, los sentimientos de ternura la ajitaban con mas vehemencia, y cuando descubrió la bahia y el pais delicioso que suponía habitado por Vivaldi, espermentó una multitud de vivas emociones, que apenas podia contener.

Para evitar con mas seguridad que le conociesen, Schedoni dispuso su marcha de modo que no llegasen à Nápoles hasta el anochecer, y era ya muy de noche cuando paró el coche á la puerta de Villa Altieri. Mientras abrían la puertecilla para salir, Elena miraba con un sentimiento de placer y melancolia la casa de donde la habian arrancado. Salió por fin Beatriz, y la recibió con las demostraciones del mas sincero afecto, ya que no fuesen tan tiernas como las que hubiera experimentado de su pobre tia.



CAPITULO VIII.

Schedoni dirigiéndose al palacio Vivaldi iba meditando en todo lo que habia de decir á la marquesa para inclinarla á consentir en el matrimonio de su hijo, que era ya el único objeto de todos sus deseos. Su familia era noble, aunque no rica, y creyó que como la oscuridad del nacimiento de Elena era el obstáculo principal que se oponia á su union con Vivaldi, desvanecida esta dificultad, no pondria reparo la marquesa en los bienes de fortuna. Llegó al palacio y le dijeron que estaba en una de las casas de campo que tenia en la bahia, y al momento se fué á buscarla. Este sitio era delicioso; estaba en una altura bastante elevada y rodeado de bosques que se estendian hasta

el mar: parecia imposible que la desgracia habitase en aquella mansion tan alhagüeña; pero sin embargo, la marquesa en medio de tantas bellezas como ostentaban la naturaleza y el arte, capaces de colmar de felidad á un alma sencible é inocente, era desgraciada. Su imaginacion agitada siempre de pasiones criminales le convertia estas encantadoras escenas en sitios de tristeza y desolacion.

Los criados tenian órden de permitir la entrada al padre Schedoni á cualquiera hora que fuese: le condujeron inmediatamente a un salon, en donde estaba sola la marquesa, y cuya magnificencia y buen gusto brillaban por todas partes.

Mi querido padre, le dijo la marquesa, tengo la mayor satisfaccion en veros, he estrañado mucho la falta de vuestra conversacion, y en el dia necesito de ella mas que nunca.

Mandó retirar al criado, ínterin Schedoni que estaba de pié junto á una ventana, procuraba disimular la alteracion que sufría con la presencia de una mujer que habia jurado la muerte de su hija. Algunas palabras obsequiosas de la marquesa le serenaron, y usando de

su astucia y sangre fría se acercò a ella y la dijo: querida hija mia, cuando me despedí, de vos no era tan buen religioso como soy ahora. Vuelvo a vuestra presencia con alguna humildad, y al momento que os veo me envanezco y necesito mortificarme para volverme a poner en el lugar que me corresponde.

Padre mio, dijo la marquesa, siempre os he mirado como al consolador de mis pesadumbres. Ya sabéis las inquietudes que me atormentan hace mucho tiempo.... ¿Podré saber si existe todavía la causa? se detuvo un momento, y continuó: ¿puedo confiar en que mi hijo no se vera extraviado de la senda que le ha de conducir a sus deberes?

Schedoni con la vista baja contestó: os puedo asegurar que el objeto de vuestra inquietud principal ha desaparecido por ahora. Cómo! exclamó la marquesa con sagacidad y disimulando sus recelos: ¿se ha errado el golpe? ¿No ha muerto?

Apurando cada vez mas esta pregunta, fijó la vista en Schedoni, y al notar en él cierta ternura que no acostumbraba, disipad vuestros temores, le dijo, y confesad francamente si lo

habeis ejecutado, y si ha sufrido el castigo a que se hizo acreedora.

Schedoni la miró lleno de indignacion; pero el horror y el disgusto le obligaron a volver la vista a otro lado. Apesar de su disimulo advirtió la marquesa ciertos movimientos y una expresion extraordinaria: se aumentó su sorpresa y le hizo la misma pregunta en un tono mas imperioso.

He conseguido, señora, el fin que mas importaba, respondió; vuestro hijo esta ya libre de contraer un matrimonio deshonoroso a vuestra familia.

¿En qué punto no habeis conseguido vuestros fines? preguntó la marquesa porque me significais que el resultado no ha sido completo.

No os puedo decir, contestó Schedoni, porque el honor de vuestra casa esta ya a cubierto y... Que haya salvado la vida....

Apenas pudo pronunciar estas últimas palabras, porque se apoderó de él la horrible idea de aquel momento, en que teniendo levantado el puñal para sacrificar a Elena, la conoció por hija suya.

¡*Salvado la vida!* repitió la marquesa. Esplícaos, padre mio.

Vive, señora, dijo Schedoni; pero nada de-
beis temer en adelante.

Sorprendida la marquesa del tono, é indigna-
da con la noticia, mudó el color y le dijo impa-
ciente: vuestras respuestas son enigmas, pa-
dre mio.

Señora, os hablo con claridad: vive.

Bien lo entiende, pero ¿qué me queréis decir
con que nada debo temer en adelante?....

Tambien os digo la verdad, replicó el confe-
sor; y atendida la bondad de vuestro caracter,
debeis estar contenta porque se ha podido con-
ciliar la misericordia con la justicia.

Estos sentimientos solo tienen lugar en cier-
tas ocasiones, dijo la marquesa disimulando su
disgusto. Los vestidos de gala son buenos para
dias serenos. El horizonte esta cargado y me
basta uno muy sencillo, quiero tranquilizarme
con solo mi razon. Manifestadme con brevedad
los motivos de vuestra conducta tan opuesto a
los que teniais a vuestra salida.

Schedoni expuso con todo su artificio las cir-
cunstancias relativos a la familia de Elena, ca-

paces de contribuir mas a que la marquesa
disminuyese la aversion que tenia al matrimonio
proyectado por su hijo, y reducirla poco a poco
á que consintiese y le aprobase, para lo cual
añadió todo lo que habia descubierto contandolo
con mucha destreza y sagacidad.

La marquesa deseaba con impaciencia que
concluyese su relacion porque ya no se podia
contener, y luego que acabó, ¿es posible, le
dijo irritada, que os hayais dejado engañar por
los artificios de una jóven que no podia menos
de contaros algun embuste para librarse del pe-
ligro? ¿Cómo un hombre de juicio ha sido capaz
de dar crédito á un cuento inverosímil? Mejor
seria decir que os faltó el ánimo en el momento
de la ejecucion, que no tratar ahora de disculpar
vuestra debilidad.

Schedoni la dijo que todo lo que la habia ma-
nifestado acerca de la familia de Elena constaba
no solo por el dicho de esta, sino de pruebas
mas ciertas: haciendo mérito de varias otras par-
ticularidades, á propósito para salvar su repu-
tacion á espensas de la verdad. Suponiendo
que la marquesa desconocia enteramente el ori-
TOMO III.

gen de su familia, se arriesgó á descubrir algunas circunstancias relativas á Elena, sin recelo de que por ellas conociese que uno y otro pertenecian á una misma familia.

La marquesa sin serenarse ni convencerse logró ahogar por un momento sus sentimientos, mientras el confesor la instrua con artificio de las desgracias de su hijo y de la satisfaccion que ella misma experimentaria cuando aprobase una eleccion, cuyo objeto era ya conocido y digno de que se verificase. Añadió que tanto celo como habia manifestado oponiéndose á esta union, porque le habia parecido desproporcionada, emplearia igualmente entonces para que se llevase á efecto porque la juzgaba precisa y necesaria. Concluyó reprendiendo con dulzura á la marquesa porque habia dejado ofuscar la sagacidad de su despejado talento con un resto de venganza. Confio, continuó, en que accederéis á la felicidad de vuestro hijo despues de haber meditado la cuestion y haberla examinado con la rectitud de vuestro talento.

El calor con que Schedoni defendió la causa de Vivaldi no pudo menos de admirar á la marquesa; pero no le respondió á ninguno de sus

argumentos ni a las demostraciones que habia observado. Preguntó si Elena habia sospechado el proyecto formado contra ella cuando la condujeron á los montes del Gargano, y si conocia a los que la acompañaron; y penetrando Schedoni el fin a que se dirijian estas preguntas, respondió con su serenidad de espíritu acostumbrada, que Elena ignoraba absolutamente quién habia dado la órden para conducirla, y que estaba persuadida de que su arresto no tenía otro fin que tenerla custodiada por algun tiempo:

La marquesa se inclinaba a dar crédito a esta última declaracion; pero la inverosimilitud de la primera la inspiró ciertas dudas en la segunda. Entre dudas y recelos llegó a formar ciertas sospechas acerca de los motivos que podia tener Schedoni para aventurar esta falsedad. Le preguntó qué era de Elena; pero estaba muy prevenido para contestar francamente a esta pregunta, por mas que le apurase. Cuidó de llamar la atencion de la marquesa hablandola de Vivaldi; pero no se atrevió a decirle que estaba preso en la Inquisicion, suspendiendo esta declaracion para un momento mas favorable en que pudiese ofrecerle sus servicios para sacarle del

poder de los inquisidores. Suponiendo la marquesa que Vivaldi iba siempre siguiendo a Elena, volvió a preguntar por él sin interés; pero sí con resentimiento. Schedoni, que respondía con circunspeccion, se informó de la parte que el marqués habia tomado en la ausencia de su hijo, para de este modo conocer hasta qué punto podia contar con el padre para conseguir la libertad del hijo, y lo que debia esperar con respecto a Elena.

El marqués sentia la ausencia de su hijo a quien suponía siguiendo a Elena; pero mas le alteraban otros temores que le escitaban los sentimientos paterternales. Sus muchos y graves negocios le distraian alguna vez; y despues de haber enviado varias personas en busca de Vivaldi, se entregó a su vida cortesana. Por fin ni él ni la marquesa estaban realmente incomodados por la suerte de su hijo, cuya circunstancia le interesaba mucho a Schedoni.

Antes de despedirse de la marquesa la volvió á hablar de la pasion de Vivaldi por Elena, valiéndose de los medios que mas le favorecian; pero no le prestaba atencion hasta que distraida de sus cavilaciones, le dijo: padre mio,

habeis pensado mal.... y sin concluir la frase se quedó suspensa. Schedoni penetrando el sentido de la expresion, volvió á justificár su conducta con respecto á Elena.

Habeis pensado mal, le replicó con cierto aire reflexivo, en colocar á esa jóven en un sitio en que mi hijo no dejará de descubrirla.

En cualquier paraje que esté, dijo Schedoni, no se la puede ocultar mucho tiempo sin que la descubra.

Por lo menos, dijo la marquesa, era necesario tenerla lejos de Nápoles.

Schedoni calló; y la marquesa añadió: ¡tan cerca de nuestra vista! ¿Qué distancia hay desde la Santa de la Piedad al palacio Vivaldi?

Apesar de que Schedoni se persuadiese por las palabras de la marquesa que ignoraba el paraje en donde se hallaba Elena, y que solo las decia con el fin de averiguarlo: la particularidad de hacer mencion del convento de la Piedad le incomodó; pero se serenó y continuó: no sé que distancia hay á la casa de que hablais, ni tengo noticia de ella; pero segun lo que decis, está muy cerca de aquí, y por lo mismo se debia huír de ella mas que de ninguna otra; y ¿por qué ha-

beis de sospechar que he cometido esta imprudencia?

La marquesa le raspondió mirá.dole con mucha atencion: padre mio, se me puede disculpar que desconfie de vuestra imprudencia, porque me acabais de dar una prueba nada equívoca de que os ha faltado en otra ocasion.

Trataba de mudar de conversacion; pero Schedoni suponiendo que lo hacia con el fin de saber positivamente la reclusion de Elena, y recelando con razon el mal uso que haria de este descubrimiento, se esforzó cuanto pudo para desimpresionarla de esta idea. No solo desmintió el hecho de que residia en el convento de la Piedad, sino que aseguró con atrevimiento que estaba á bastante distancia de Nápoles en un convento que indicò con un nombre supuesto, y á salvo de todas las averiguaciones y diligencias de Vivaldi.

Teneis razon, padre mio, contestó la marquesa: no será fácil que mi hijo descubra el sitio que acabais de nombrar.

Creyose ó no la marquesa lo que Schedoni la habia dicho, no volvió á hablar del asunto y se tranquilizó segun aparentaba. Habló con

cierta alegría de cosas generales: pero el confesor no se atrevió á volver á la conversacion, que tanto la interesaba; se despidió por fin para regresar á Napoles. En el camino recorrió exactamente la conversacion con la marquesa, y el resultado fué tomar el partido de no volverla á hablar del asunto y verificar el matrimonio de Vivaldi y Elena, sin contar con su consentimiento.



CAPITULO IX.

Obedeciendo Elena las órdenes de Schedoni, al siguiente día de su llegada á Villa Altieri pasó al convento de la Piedad. La abadesa, que la conocia desde su infancia, prescindiendo de las frecuentes relaciones que conservó con ella, la recibió con un placer igual al grande sentimiento que tuvo cuando supo que la habian sacado de su casa por fuerza.

Tranquila en esta soledad, procuraba en vano calmar la inquietud que la causaba la suerte de Vivaldi. Menos desgraciada que él, solo se acongojaba por los muchos males y desgracias que padeciera; y así sus temores é impaciencia se aumentaban á proporcion que el tiempo

transcurría y no recibía las noticias que esperaba por medio de Schedoni.

La situación del convento era deliciosa, como el interior de la comunidad interesante. Se descubría un campo dilatado cubierto de olivos y viñedo; una gran porción estaba destinada para jardines de recreo, cuyos bosquecillos producían nueces, almendras, naranjas, limones, y toda clase de frutos y flores propias del país; desde una cuestecita se disfrutaba la vista del golfo de Nápoles y campiñas inmediatas; pero sobre todo era más pintoresco desde los terrados que había en la parte superior del convento, formando un semi-círculo,

Aquel era el paseo favorito de Elena; desde allí veía á Villa Altieri, que la recordaba su tía Bianchi, los felices días de su infancia y las horas que había pasado en donde nadie la veía, se entregaba sin recelo á las meditaciones melancólicas que procuraba disimular en la sociedad: otras veces con el auxilio de los libros y los pinceles calmaba sus inquietudes respecto á la suerte de Vivaldi que ignoraba enteramente. Cuando su imaginación la reproducía las escenas, origen

del descubrimiento de su familia, la parecía mas bien un sueño sollozoso é inquieto que una realidad. Esta parte de su historia era para ella una novela en comparacion de la vida apacible y tranquila que disfrutaba en aquella casa; y en ciertos momentos la idea de que era hija de Schedoni la causaba un pavor que no podia evitar. Las primeras emociones que experimentó al verle fueron tan contrarias a las que inspira la ternura filial, que apenas le amaba ni respetaba como padre; de modo que se veia en la precision de tener siempre presente la obligacion en que estaba, supliendo con la gratitud lo que no podia tributar por puro afecto.

Entre las religiosas habia muchas a quienes apreciaba; pero ninguna la inspiraba sentimientos mas tiernos que los que conservaba con la memoria de Olivia: jamás se la apartaba de la imaginacion, y siempre estaba con recelo de que la maltratasen por su generosa compasion. Sentia amargamente que no fuese una de las religiosas del convento de la Piedad y no del de San Estéban. Ella misma miraba a esta casa como un asilo seguro, y el último acaso en las circunstancias en que se hallaba, apesar de los obsta-

culos poderosos que se oponian a su union con Vivaldi. El caracter de la marquesa, descubierto ya en las últimas ocurrencias, tambien la infundia temor: sus proyectos eran muy atroces, aun suponiéndolos solamente como Schedoni los habia pintado, porque manifestaban claramente la obstinacion de su encono y la violencia de su espíritu vengativo.

En la idea que formaba del caracter de la marquesa no la aterraban tanto las resultas de las conexiones que habia de tener con aquella muger, como el ser madre de Vivaldi, ¡cual hubiera sido si hubiera conocido el caracter atroz de Schedoni! ¡cual si la hubiesen dicho que era el que habia sujerido a la marquesa todos sus planes, y que él mismo se encargó de ejecutarlos! De todos estos disgustos se libertaba, ignorando ademas la situacion de Vivaldi, y los peligros a que le habia espuesto Schedoni, de los cuales con dificultad podria sacarle. No hay duda que si los hubiera conocido en los primeros momentos de su desesperacion, habria renunciado al mundo y buscado un asilo entre las virtuosas hermanas con quienes vivia. A veces se esforzaba para esperar con resignacion los sucesos que podian

ocurrir, capaces de decidirla á tomar este partido; pero aquel era un alivio ilusorio; y en el caso de abrazar esta resolucion acojéndose á la profesion religiosa, lo deberia hacer libre y espontáneamente, porque la abadesa de la Piedad no se valia de artificios para ganar á las novias, ni permitiria tampoco que sus religiosas las empleasen.



CAPITULO X.

Entretanto que sucedia las ocurrencias que se acaban de referir en las montañas del Gargano y en Nápoles, Vivaldi y su criado Pablo seguian presos en la santa Inquisicion, pero en encierros separados. Cada uno de por sí sufrio su interrogatorio, y nada se pudo inferir del de Pablo que aclarase el hecho. Protestaba siempre que su amo era inocente, pero jamas se acordaba de salvarse así mismo: declamó con mas verdad que prudencia, contra los forajidos que le arrestaron, queriendo convencer á los inquisidores de que él no tuvo otro motivo para pedir que le llevasen á la Inquisicion que el de consolar y servir á su amo. Por fin, los reconvino formalmente acerca de la injusticia de su separacion, y con-

eluyó diciendo, que estaba seguro de que cuando examinasen el negocio, decretarian que se los pusiese juntos.

Puedo asegurar á vuestra señoría ilustrísima, decía Pablo dirijiendo la palabra al inquisidor decano con la mayor seriedad, que este lugar es el último a donde hubiera pensado venir por todas razones, y si quereis tomaros el trabajo de preguntar á los que nos han conducido, ellos dirân lo mismo que yo. Bien saben por qué he venido aquí, y si conocian que no lograria estar reunido á mi amo, me lo debieron advertir como hombres de bien y no traerme aquí; porque seguramente es el último rincon del mundo á que me acojeria de muy mala gana.

Llamado Vivaldi segunda vez. á la presencia de los Inquisidores fué interrogado mas detenidamente que la primera. Los jueces usaron de toda la astucia imaginable para que confesase el crimen que se le atribuia, y aun hasta lo que no se podia sospechar. Tubieron especial cuidado en ocultarle el motivo de la acusacion que causó su arresto; de modo que por lo que le dijeron el benedictino y las jentes que le prendieron se persuadió á que el delito de que se le

acusaba era únicamente el de haber sacado una religiosa de su convento.

Le volvieron al encierro despues de haberle amenazado con el tormento.

Al paso cruzó junto a él una persona, cuyo aire y fisonomia no le eran desconocidos del todo: se detuvo un momento, y observó que era el monje que le habia aconsejado en las ruinas de Paluci. Se sorprendió de tal modo en aquellos primeros momentos, que no se le paso por la imaginacion detenerle; despues manifestó que deseaba hablarle; pero el misterioso personaje llegaba ya el extremo del tránsito, y por mas que Vivaldi le suplicó que se detuviese desapareció: quiso seguirle, pero los que le conducian se lo impidieron: les preguntó quién era, y le contestaron: ¿por quién preguntais?

Por el que acaba de pasar, respondió Vivaldi.

Teneis muy acalarada la imaginacion, le contestó uno de ellos sorprendido al parecer: no ha pasado ninguno.

Ha pasado tan inmediato á nosotros, que me parece imposible que no le hayais visto, les dijo.

Ni aun he sentido paso, repuso el mismo.

He visto su figura, replicó Vivaldi, tan clara como la vuestra. Su vestido ha tocado casi con el mio. ¿Es algun inquisidor?

Los conductores continuaron en la misma confusion, bien fuese real ó aparente, con la idea de no manifestar quién era el sugeto por quien les preguntaba. Observó Vivaldi en su rostro señales de temor, y se convenció de que no conseguiria respuesta categórica á su pregunta.

Seguia el camino, y oyò gemidos como de una persona que estaba padeciendo. Preguntó de dónde venian porque le despedazaban el corazon.

Eso debe ser, contestó uno de los alguaciles....

¿De dónde vienen? repitió Vivaldi con impaciencia.

De la sala del tormento, respondió el alguacil.

Ay Dios! exclamó estremecido.

Aceleró el paso al llegar á la puerta de aquel execrable sitio, por donde sin duda le llevaron con el objeto de que los gritos dolorosos le ins-

pirase horror con la idea sola del tormento, y confesase antes que esponerse á sufrirlo.

Aquella noche se presentó un hombre en la prision de Vivaldi, cuya fisonomia no conservaba idea de haber visto jamas. Representaba de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, y su rostro macilento indicaba seriedad y misterio. La causa de la visita era singular segun se infiere de su relacion. Dijo que tambien estaba preso en la Inquisicion; pero que como los cargos que le hacian eran de poca trascendencia, le permitian alguna libertad; que habiendo preguntado cuál era la situacion de Vivaldi, le habian concedido permiso para hablarle; y que en efecto lo hacia con el fin de aliviarse en sus trabajos y proporcionarle algun consuelo.

Vivaldi le observó con mucha atencion, y aunque conocia la frivolidad del pretesto que motivaba la visita, no lo manifestó; pero la prudencia exijia que recelase. El extranjero habló de varias materias y las respuestas de Vivaldi fueron prudentes y concisas. Al fin el hombre se condujo de modo que la conversacion recayó sobre materias de relijion.

A mí me han acusado de hereje, dijo, y conozco que son dignos de compasion los que se hallan en este caso.

Estaré yo tambien acusado de hereje ! exclamó Vivaldi: de hereje yo!

De nada me ha servido, continuó el extranjero, protestar mi inocencia; me pusieron en el tormento, no pude soportarle, y confesé...

Permitidme que os haga una pregunta, dijo Vivaldi: si no resultando contra vos mas que unos pijos cargos en la causa os han tratado con tanta crueldad, ¿qué castigo es el que imponen á los delincuentes de consideracion?

El extranjero se quedó como confundido. Sí, añadió sin responder directamente a la pregunta, los cargos de herejía que me han hecho son leves.

¿Es posible que el tribunal de la Inquisicion considere la herejía como una falta leve? replicó Vivaldi.

He confesado mi error, dijo el extranjero, y en su consecuencia me han perdonado parte de la pena: de modo que pienso salir dentro de pocos dias: pero antes he venido á consolaros como compañero de infortunio, y á preguntaros si te-

neis alguna persona á quien dar parte de vuestra situacion. No temais, fiaos de mí; me podeis encargar cualquiera comision con la mayor confianza.

El extranjero articuló estas últimas palabras con cierto misterio y en voz baja, como cuidando de que nadie lo oyese. Vivaldi guardó silencio por un rato, observando su fisonomía y sus ademanes. Le interesaba mucho avisar á su familia, con todo no sabia que pensar en la oferta, ni si se podria fiar de aquel hombre. Se acordó haber oido decir que los inquisidores enviaban algunas veces espiones que visitasen los presos para informarse de si sus amigos ó parientes estaban tambien complicados en la misma causa. Pero como inocente, ningun reparo tuvo en manifestar a los inquisidores en su primer interrogatorio quien era su familia y en dónde residia, y por consiguiente nada debia temer por esta parte. Se imaginó que si llegaban á saber que avisaba a su casa podia tal vez perjudicarle este paso, apesar de su inocencia, formando una presuncion contra él. Estas consideraciones y la desconfianza que concibió por las inconsecuencias del extranjero, le determinaron á no admitir la

oferta que le hizo; con lo cual se retiró diciendo que si por alguna circunstancia permanecía en la Inquisición mas tiempo del que esperaba, suplicaba á Vivaldi le permitiese volver á visitarle. Le contestó dándole gracias, y advirtió una mutación en la fisonomía del extranjero con cierto aire de descontento que no podía disimular al salir de la prisión.

Vivaldi no le volvió a ver en una porción de días. Se presentó al tercer interrogatorio ante los inquisidores, y concluido permaneció algunas semanas en soledad y en la cruel incertidumbre de su suerte. Fué llamado al tribunal la cuarta vez, y observó que era mayor que antes el número de los inquisidores, y que las formalidades tenían mayor solemnidad.

Serian las doce cuando Vivaldi oyó pasos y voces de gente que se acercaba a su prisión, y sospechó que venían a buscarle. Abrieron la puerta y se presentaron dos hombres vestidos de negro, y acercándose a él sin hablar palabra, le cubrieron con una especie de capa particular y le sacaron de allí. No observó que hubiese nadie en las galerías por donde pasaron, pues en todas partes reinaba un profundo silencio como

si la muerte hubiera determinado ya su obra en aquella morada de horror, privando de la existencia a los verdugos y a las víctimas.

Pasó por la sala en donde estuvieron tanto tiempo detenidos cuando llegaron á la Inquisición, y desde allí siguieron por habitaciones subterráneas atravesando un largo corredor. Sus conductores no desplegaron los labios, y conociendo Vivaldi que cualquiera pregunta que les hiciese exacerbaría su suerte, observó él la misma conducta silenciosa.

Después de esperar mucho tiempo sin volver á llamar, entreabrió la puerta un personaje que no pudo Vivaldi conocer por la oscuridad, y uno de sus conductores le habló por señas un momento, y volvió á cerrar.

Abrieron la puerta otros dos personajes con vestidos negros, y después de otras dos de hierro, que también se abrieron, se halló en una habitación espaciosa cuyas paredes estaban colgadas de negro é iluminadas con una lámpara que pendía del techo.

Vivaldi no podía contener su imaginación que le ofuscaba los objetos, y la oscuridad de paraje donde estaban no los dejaba discernir. Fi-

guras semejantes á las sombras atravesaban al parecer por la habitacion: instrumentos que no conocia se presentaban á su vista despavorida, infundiéndole horrorosas sospechas; oia á lo lejos jermidos muy lastimeros, y procuraba descubrir los desgraciados que los exhalaban, al mismo tiempo que del otro extremo de la sala oyó una voz que le mandó acercarse.

La distancia y oscuridad no le dejaron reconocer el sitio de donde habia salido la voz, é iba poco á poco, cuando sonó de nuevo y entonces le cojieron sus conductores cada uno por su brazo y le llevaron mas adelante.

En el fondo de aquel salon inmenso advirtió que habia un sitio elevado con algunas gradas, y en él tres personas sentadas en sillones cubiertos con un dosel, las cuales al parecer desempeñaban el cargo de jueces, ó estaban destinadas para presidir el tormento. Delante de ellas en la parte inferior habia una mesa, en donde un notario que no tenia mas que una luz escribia y redactaba el interrogatorio. Vivaldi juzgó que aquellas tres personas eran el inquisidor general, ó el decano, el fiscal general de la Inquisicion, y otro inquisidor cualquiera, que

al parecer era más acalorado y á propósito para desempeñar sus inhumanas obligaciones. Una oscuridad espantosa cubria á estos hombres y sus abominables operaciones.

A cierta distancia de la mesa habia una grande máquina de hierro, que en opinion de Vivaldi era el potro, y al lado otra que parecia un ataúd. Por fortuna con la oscuridad no pudo ver si habia alguno en el tormento. En otro sitio mas distante de estos subterráneos se ejecutaban las infernales sentencias de los inquisidores, porque siempre que se abria cierta puerta algo separada de allí sentia unos gemidos y gritos, y veia ir y venir, entrar y salir hombres vestidos de negro.

El inquisidor decano llamó á Vivaldi, y le exhortó á que dijese la verdad, porque aun tenia tiempo de evitar el tormento que se preparaba.

El tribunal volvió á instar á Vivaldi para que confesase su delito, y concluyó el inquisidor manifestando que los jueces no respondian de las consecuencias de su obstinacion; de modo que si espiraba en el tormento él seria la causa de su muerte.

Estoy inocente de los delitos de que en mi

concepto se me acusa, repitió Vivaldi en un tono importante; soy inocente, vuelvo á decir. Si por evitar el tormento fuese tan débil que confesase culpabilidad, no es capaz la tortura de alterar la verdad, y vosotros sois los responsables ante la Divinidad de las consecuencias de vuestra injusticia.

El inquisidor decano le oyó con mucha atención y aun meditó lo que acababa de oír; pero otro irritado con la osadía del discurso, en lugar de haberse convencido por la exactitud de las razones, hizo una seña á los verdugos para que dispusiesen el tormento. Al mismo tiempo Vivaldi, apesar de su turbacion, vió cruzar á una persona, y creyó que era la misma que habia visto al volver de uno de sus interrogatorios, y que le habia aconsejado en las ruinas de Paluzi.

La figura, el aire y modo de andar le aseguraron completamente que era el monje de Paluzi. Se lo indicó á uno de los familiares; pero mientras estaba hablando desapareció el extranjero antes que le respondiese. Volvió á preguntar y no le contestaron, y uno de los jueces le advirtió que se abstudiese de preguntar mas.

Los conductores de Vivaldi despues de haber

dispuesto la tortura, le cojieron, y habiéndole despojado de sus vestidos le ataron con unas cuerdas muy fuertes, le cubrieron la cabeza con un velo negro, y no pudo ver el resto de los preparativos. En este estado el inquisidor le volvió á preguntar:

¿Habeis ido alguna vez a la iglesia del Espíritu-Santo?

Sí, respondió Vivaldi.

¿Y habeis manifestado desprecio a la fé católica?

Nunca.

¿Ni con palabras, ni acciones?

De ningun modo.

Recordad vuestra memoria, insistió el inquisidor ¿No habeis insultado nunca en ella á un ministro de la santa iglesia?

Vivaldi no contestó, principió a sospechar acerca del cargo principal de la acusacion intentada contra él, y veia la dificultad de evitar el castigo impuesto a los herejes. Hasta entonces no le habian preguntado con tanta precision y claridad; reservandolo sin duda para la ocasion mas apurada y ocultándole de este modo el ver-

dadero cargo, con el fin de que no pudiese preparar sus respuestas.

Responded, repitió el inquisidor. ¿No habeis insultado a un ministro de la religion en la iglesia del Espíritu-Santo de Napoles?

¿Y no fué cuando estaba cumpliendo con un acto religioso de penitencia? dijo otro.

Vivaldi se estremeció al oír esta voz, porque le pareció la del monje de Paluci, y no pudo menos de decir:

¿Quién es el que me ha hecho esta última pregunta?

Vos sois el que debeis responder, dijo el inquisidor: responded.

Puede que en efecto haya ofendido a algun ministro de la iglesia, contestó, pero jamas ha sido con intencion de insultar la religion. ¿Ignorais, reverendos padres, la clase de injurias que me obligaron a ello?

Basta, replicó el inquisidor: responded a la pregunta. ¿No obligasteis con insultos y amenazas a que un santo religioso interrumpiese un acto de penitencia que debia cumplir? ¿No le obligasteis a salir de la iglesia y a refugiarse en el convento?

Nó, contestó Vivaldi: es cierto que salió de la iglesia de resultas de lo que le dije, pero no es esta una consecuencia necesaria de que yo le insultase. Si me hubiera contestado a ciertas preguntas que tenia derecho para hacerle, y me hubiera prometido volver la persona que me habia robado con una vil traicion, podia haber estado en la iglesia cuanto tiempo hubiera querido.

¿Por qué le queriais obligar, dijo el inquisidor decano, a hablar, cuando se hallaba abstraído en un acto de penitencia que exigia silencio? Ya confesais haberle obligado a que saliese de la iglesia, y esto basta.

¿En dónde visteis la primera vez a Elena de Rosalba? dijo el otro inquisidor. Vuelvo a molestar la atencion del tribunal, dijo Vivaldi: ¿quién me hace esta pregunta? Reflexionad, dijo el inquisidor, que a un criminal no se le pueden admitir preguntas.

Bien puedo reflexionar, replicó Vivaldi, y no creer que sea justo negar a un acusado el derecho de hacer ciertas preguntas.

Parece que teneis demasiada confianza en los que os deben juzgar, dijo el inquisidor. Respon-

ded a la última pregunta, ó los ministros cumplan con su deber.

Suplico que la persona que hizo la pregunta la vuelva a repetir.

Se hizo como lo pedia.

Vivaldi contestó: la primera vez que vi a Elena Rosalba, fué en la iglesia de San Lorenzo ..

¿Era ya religiosa? le preguntó el inquisidor decano.

Jamas lo ha sido, ni ha tenido intencion de serlo, contestó.

¿En dónde habitaba en aquella época?

Vivia con una parienta en Villa-Altieri, y aun estaria allí si los artificios y violencias de un fraife, no la hubieran arrancado de su casa para confinarla en un convento, de donde yo acababa de sacarla cuando la volvieron a detener con falsos pretextos..... Oh reverendos padres! os juro, os suplico!... Se contuvo por no descubrirse y esponer al arbitrio de los inquisidores lo que mas le interesaba y apreciaba en su razon.

¿Cómo se llamaba el fraife? preguntó el inquisidor desconocido.

Si no me engaño... contestó Vivaldi, pero no necesito nombrarle. porque le conoceis muy bien: es el padre Schedoni, dominico del convento del Espíritu-Santo de Napoles, el mismo que me acusa de que le he insultado en la iglesia.

¿Cómo le conoceis por vuestro delator? añadió él mismo.

Porque no tengo otro enemigo.

Enemigo! observó el inquisidor. En vuestra primera declaracion dijisteis que no conociais ninguno. Habis incurrido en una contradiccion.

Apesar de que estabais advertido para no ir á Villa Altieri, dijo el incógnito, no quisisteis obedecer.

Vos mismo habeis sido quien me lo advirtió; ya os conozco perfectamente, dijo Vivaldi.

Yo? contestó el desconocido en un tono imperioso.

Vos mismo, insistió Vivaldi, y ademas me pronosticasteis la muerte de la señora Bianchi, y vos sois mi enemigo, y ese padre Schedoni mi acusador.

¿Quién ha hecho estas últimas preguntas? dijo el inquisidor decano.... ¿Quién se arroga la

facultad de preguntar al preso en esos términos?

Nadie, contestó un murmullo sordo entre los jueces sucedió al silencio, y el incógnito continuó.

Declaro solemnemente que no soy el padre Schedoni.

El tono y seguridad con que hizo esta declaración persuadieron á Vivaldi de que decia la verdad; y aunque le parecia la voz del monje de Paluci, no era la de Schedoni. Quedó muy confuso, y si hubiera tenido libre las manos hubiera de buena gana separado el velo que le cubria la cara para ver al misterioso personaje. Lo único que hizo fué rogarle que declarase su nombre y los motivos de la conducta que manifestaba con él.

¿Quién ha tenido atrevimiento á introducirse entre nosotros? dijo el decano con un tono capaz de inspirar terror á los demas.

Quién? repitió con vehemencia. Nadie contestó; pero se advirtió el mismo ruido sordo que antes y una consternacion general en el salon. Ninguno hablaba en tono que Vivaldi lo pudiese percibir. Algun suceso extraordinario ocurría cuyo éxito esperaba el preso con toda la impa-

ciencia que le agitaba en esta ocasion. A poco rato oye abrir las puertas y siente pisadas de hombres que salian de la sala: sucedió á esto un profundo silencio y el pobre Vivaldi permanecia en medio de sus conductores que esperaban la orden de ponerle en el tormento.

Poco despues oyó acercarse á uno y dar la orden de que le volviesen al encierro,

Luego que le descubrieron la cabeza notó que el tribunal se habia disuelto y el incógnito desaparecido. Las lámparas alumbraban muy poco y la sala estaba mas tenebrosa y terrible que cuando entró en ella,

Los conductores le volvieron al mismo sitio en donde se entregaron de él.

Tendido Vivaldi sobre la paja en aquella oscuridad y solo, reprodujo en su imaginacion cuanto acababa de pasar.

En este desasosiego arrojó un suspiro y despertó ¡Cuál seria su sorpresa cuando al abrir los ojos vió de pié al lado de su cama la misma figura que se le habia representado en sueño! Pasó algun tiempo antes que pudiese discurrir con alguna mas serenidad y convencerse de que el hombre que estaba mirando no era un fantas-

ma. Tal fué la impresion del sueño! Conoció la voz del fraile, que aun tenia cubierto el rostro, pero se aumentó su cruel situacion cuando el desconocido se quitó la capucha y descubrió la misma figura, las mismas facciones que le representó la imaginacion en el sueño. Incapaz de esta estraña aparicion, lleno de asombro y terror, no advirtió que el fraile en lugar del puñal tenia una lámpara en la mano, cuya luz descubria perfectamente las arrugas de su rostro, y se leia en todas sus facciones la historia de una vida extraordinaria y ajitada de pasiones violentas.

Anoche os disimularon, le dijo el incógnito; pero hoy...

Decidme por lo mas sagrado, dijo Vivaldi haciendo esfuerzos para tranquilizar su espiritu, ¿quién sois, y qué me quereis?

Pocas preguntas, contestó el fraile con autoridad, y respondedme.

Vivaldi asustado con este tono no se atrevió á reproducirla.

¿Desde cuándo conoceis al padre Schedoni? continuó. Cuando le visteis la primera vez? Hace como un año que le conozco. Es el

confesor de mi madre: la primera vez que le vi fué de noche en una galeria del palacio Vivaldi, al salir del gabinete de la marquesa.

¿Estais seguro de lo que decís? le preguntó el fraile: importa mucho que yo lo sepa.

Estoy cierto, contestó Vivaldi.

Es estraño, dijo el fraile, que un hecho que os debe ser tan indiferente haya dejado señales tan profundas en vuestra memoria. En dos años bien se pueden olvidar las cosas; y al pronunciar estas palabras dió un suspiro.

Me acuerdo de este hecho, contestó Vivaldi, por las circunstancias que le acompañaban. La noche era oscura, me hallé repentinamente al frente de el, le oí decirse a si mismo, *estos son los cómplices*: su voz me hirió, y al mismo tiempo oí la campana del Espíritu-Santo.

¿Sabeis qué hombre es ese? dijo el extranjero.

Le tengo por el mismo que aparenta ser...

¿No habeis oido algo de su vida pasada?

Nada, contestó Vivaldi.

¿Qué! No os han dicho de él ninguna cosa estraordinaria?

Vivaldi titubeó un momento, se acordó con-

fusamente de la historia incompleta y oscura, que Pablo le habia contado en el subterráneo de Paluci. de una confesion que se hizo en la iglesia de los Penitentes Negros, sin atreverse á pensar que correspondiese á Schedoni. Se acordó tambien de los hábitos manchados de sangre que habia descubierto en aquel mismo sitio. Volvió á fijar su vista desencajada en la fisonomia oscura del incógnito, y le pareció un habitante de la reguion de los espíritus.

El fraile entonces dijo con severidad: ¿no habeis oido decir alguna cosa extraordinaria del padre Schedoni?

¿Será racional, dijo Vivaldi, contestar á una pregunta tan minuciosa y á una persona que no me quiere decir como se llama?

Mi nombre no existe, contestó el extranjero; está condenado al olvido; y separándose de Vivaldi le dijo: os abandono a vuestra suerte.

Qué suerte? replicó; y qué objeto os habeis propuesto en hacerme esta visita?...

Pronto lo sabreis: compadeceos de vos mismo,

Qué destino es el que me espera?

No me estrecheis mas, dijo el incógnito; pero responded a mi pregunta, Schedoni...

Ya he dicho cuanto sabia de él con alguna certeza. Lo demas seran solo conjeturas.

Qué conjeturas son estas? ¿son relativas a cierta confesion que se hizo en la iglesia de los Penitentes Negros de Santa Maria del Pianto?

Sí, contestó Vivaldi.

Qué confesion era?

No lo sé.

Decid la verdad, repuso el extranjero con severidad.

La confesion, dijo Vivaldi, es un sagrado que se sepulta para siempre en el pecho del sacerdote que la oye; y asi, ¿como podeis suponer que yo sepa algo de ella?

¿No habeis oido decir nunca que el padre Schedoni fuese culpable en algun crimen de consideracion, y que procuraba tranquilizar su conciencia con austèras penitencias.

Nunca, respondió Vivaldi.

Tampoco habeis oido decir si tenia una mujer?... un hermano?...

Nunca.

No habeis oido hablar de los medios de que se ha valido?... Ni del asesinato de?...

El extranjero se detuvo como esperando a

que Vivaldi concluyese la frase; pero guardó silencio.

¿Nada sabeis de su vida pasada? repuso el fraile.

Nada mas de lo que os tengo dicho.

Oid ahora lo que os voy a revelar: mañana por la noche os volveran a llevar al mismo paraje en que estuvisteis ayer, y en una habitacion mas allá de la en que fuisteis interrogado, vereis cosas muy extraordinarias de que no tendreis idea: no os intimideis. Allí estaré yo; pero acaso invisible.

Invisible! exclamó Vivaldi.

No me interrumpais, y prestad atencion. Cuando os pregunten por lo que sabeis acerca del padre Schedoni, decid que hace quince años que vive como religioso entre los dominicos del Espiritu-Santo de Napoles: que su verdadero nombre es Ferrando, conde de Bruno. Si os preguntan por la causa de su disfraz, contestareis refiriéndoos al monasterio de los Penitentes Negros de Santa Maria del Pianto. Pedireis a los inquisidores que citen ante el tribunal al padre Ansaldo de Rovalli, penitenciario, y le manden revelar los crímenes que le confesaron en 1752

la noche del 24 de abril, víspera de San Marcos, en un confesonario de Santa Maria del Pianto.

¿No es probable que este religioso haya olvidado la confesion despues de tantos años?

No, contestó el extranjero, no temais eso.

¿Pero su conciencia le permitirá violar el secreto de la confesion?

Mandandosele el tribunal no puede menos de obedecer, y descarga su conciencia. Lo que teneis que hacer es inclinar a los jueces a que manden comparecer a su presencia al padre Schedoni, para que responda a la acusacion que resulte de lo que revele el padre Ansaldo. Calló el fraile esperando que Vivaldi respondiese, y despues de algunas reflexiones dijo:

¿Cómo es posible que yo me resuelva a pedir lo que decis y a instancia de un desconocido? La conciencia y la prudencia me prohiben afirmar una cosa que no puedo probar. Es cierto que Schedoni es mi mayor y mi mas cruel enemigo; pero no quiero ser injusto. Ninguna prueba tengo de que sea el conde de Bruno, ni de que haya cometido los delitos que decis; por lo mismo no puede ser el instrumento de una delacion, condenandole a muerte por meras sospechas.

Dudais de la certeza de lo que os aseguro? dijo el fraile con altivez.

Me puedo yo fiar de una acusacion que no puedo probar? repuso Vivaldi.

Si, contestó el incógnito. Hay casos en que no son necesarias pruebas, y este es uno de ellos. Podeis estar seguro de lo que os digo. Apelo, dijo el fraile, a las potestades sobrenaturales, invisibles a los habitantes de la tierra, en testimonio de la verdad que os aseguro.

Cuando el incógnito hacia esta abjuracion, observó Vivaldi con una agitacion extraordinaria la espresion particular de sus ojos, y le dijo: quién es el que invoca ese testimonio? ¿puedo yo apoyar una denuncia en la asercion de un desconocido, que ninguna prueba da contra un hombre cuyo crimen es para mí enteramente nuevo?

No se os pide que intenteis la acusacion, sino solo que se llame judicialmente a quien instrua los cargos.

Siempre aparecerà, dijo Vivaldi, que contribuyó a promover una acusacion acaso calumniosa; si estais convencido de que Schedoni es criminal, ¿por qué no haceis que comparezca An-

saldo ante el tribunal?

Haré mas, dijo el fraile.

Pero por qué no le sitais vos mismo?

Me volveré a presentar, replicó el fraile dando importancia a estas palabras.

Vivaldi, aunque algo asustado por el tono con que las profirió, insistió aun, y le dijo:

Os presentareis como como testigo?

Si, como testigo terrible.

Pero un testigo no puede citar a otros a que comparezcan, replicó Vivaldi.

Bien puede, contestó el fraile.

¿Por qué, repuso Vivaldi, siendo yo una persona estraña, he de hacer lo que podeis por vos mismo?

¿Hareis al tribunal las preguntas y citas que acabo de proponeros? dijo el desconocido.

Me parecen tan importantes las consecuencias que pueden producir, que en mi concepto no debo encargarme de ellas. Esta es comision vuestra.

Cuando os hago estas citas debeis obedecer.

Vivaldi asustado con este tono imperativo, trató de justificar su negativa, y concluyó manifestando de nuevo que le sorprendia que le

obligase á mezclarse en un asunto que ignoraba; porque, decia, ni yo sé quien sois vos, ni tengo noticia del penitenciario Ansaldo a quien que-
reis que cite.

Despues me conocereis, dijo, y al mismo tiempo sacó un puñal de entre los hábitos.

Vivaldi se acordó del sueño.

Mirad estas manchas, dijo el fraile.

Las miró, y observó que eran de sangre.

Esta sangre hubiera salvado la vuestra, re-
puso el desconocido. Estas son las señales de la
verdad. Mañana por la noche me volvereis á ver
en estos subterráneos que son del imperio de la
muerte.

Concluidas estas palabras se ausentó, y antes
que Vivaldi volviese del susto desapareció la luz,
sin advertir que el extranjero hubiese salido de
la hatacion,

Permaneció sumido en sus ideas hasta que
amaneció, y el que cuidaba de la puerta de su
prision la abrió y le llevó un jarro de agua y un
pedazo de pan, segun costumbre. Le preguntó
quién era el extranjero que le habia visitado
aquella noche. El guardia se sorprendió, y le
dijo: estoy de guardia desde la una de la noche

y á nadie he visto entrar por la puerta.

Miró Vivaldi al centinela con la mayor aten-
cion, y nada observó que le diese lugar á sospe-
char de la verdad. Sin embargo, no podia creer
lo que le aseguraba. ¿Qué, no habeis oido ruido
alguno en toda la noche?

Solo he oido el reloj de Santo Domingo y el
quién vive de las patrullas.

Es incomprendible, replicó Vivaldi; ¿no ha-
beis oido pasos ni voz alguna?

El hombre se sonrió: no señor, dijo; ningun-
na otra cosa que los pasos de la ronda y el santo.

Habeis estado siempre de sentinela en esta
puerta?

Sí señor.

Amigo mio, no temais que lo diga. Confesad
que habeis estado dormido.

Otro compañero que estaba conmigo se habrá
dormido tambien.

Ademas, aunque nos hubiésemos dormido
los dos, ¿cómo habian de entrar sin pedirnos
la llave?

Pero estando muy dormidos, contestó Vival-
di, podian habérsela sacado sin sentir. Decid la

verdad, bien podeis fiaros de mí.

Cómo, señor, hace tres años que estoy sirviendo en la Inquisicion, y vendria á parar ahora en hacerme sopechoso de un hereje, faltando a mi obligacion.

Si os hacéis sospechoso de un hereje, dijo Vivaldi, consolaos con pensar que sus opiniones todas son erroneas.

Hemos estado de centinela a esta puerta toda la noche sin descansar un momento.

Es inconcebible, replicó Vivaldi; ¿por dónde puede haber entrado ese extranjero en mi habitacion?

Señor, aun estais soñando; ninguno ha entrado.

Decís que aun sueño. ¿Y cómo sabeis que yo he soñado? Afectado Vivaldi por las impresiones profundas de lo que habia soñado y por la aparicion, dió un sentido a las palabras del centinela, en que este no pensó ni aun remotamente. Cuando se duerme se está espuesto a soñar, replicó el hombre, y supongo que habeis dormido.

Una persona vestida de fraile ha venido esta noche a mi habitacion; y al oír el centinela la

descripcion que hizo Vivaldi del incógnito se quedó serio y pensativo.

¿Conoceis a alguno que se parezca a la figura que os he pintado?

No señor, respondió el centinela.

Aunque no le hayais visto entrar en mi encierro, le podiais haber encontrado, si es que habita en esta mansion.

Dios me libre de él; dijo el guardia.

Vivaldi se sorprendió al oír esta exclamacion y preguntó el motivo de ella.

No lo sé, le respondió uno de ellos, mudando de color, y se salió del encierro sin que Vivaldi llegase a conocer la causa de esta operacion repentina.

CAPITULO XI.

A la misma hora que la noche anterior advirtió Vivaldi que se acercaban a su prision; abrieron la puerta, y entraron sus conductores. Le pusieron la misma capa, y le cubrieron enteramente la cabeza y los ojos con un velo negro.

El cuidado en taparle los ojos manifestaba que le conducian a otro paraje.

Pasaron algunos transitos y despues de subir y bajar muchas escaleras, por el ruido de los pasos llegó a creer que caminaban por una bóveda.

En efecto, despues de cruzar varios sitios tenebrosos y de oír las formalidades que se observan en esta mansion al pasar las puertas con tantas señales misteriosas, oyó Vivaldi una voz que le mandó adelantarse, el cual le dijo:

Vos, Vicente Vivaldi, responded a las preguntas que se os hagan, pero sin confusion y con

claridad, a pena de sufrir el tormento.

Le mandaron que dijese cuanto supiera acerca de Schedoni, como se lo habia pronosticado el incógnito, a lo cual contestó en los mismos términos que anteriormente; pero le repusieron que sabia mas.

Nada mas sé, contestó Vivaldi.

Os equivocais, le contradijeron: declarad lo que habeis oido, y acordaos del juramento que habeis prestado.

Vivaldi guardaba silencio, cuando uno de los jueces con una voz que aterraba le volvió a decir que respetase el juramento.

Le respeto, contestó, y os suplico que me hagais el favor de creer que tambien respeto la verdad, cuando oigais la declaracion que voy a hacer, a la cual ni doy crédito, ni la puedo apoyar con prueba de ninguna especie.

Respetad la verdad, dijo otro a quien Vivaldi tuvo por el fraile. Hizo relacion de cuanto le habia dicho el incógnito la noche precedente acerca de la familia de Schedoni y del disfraz con que vivia en el convento del Espíritu-Santo; pero no quiso nombrar al penitenciario Ansaldo, ni otra alguna circunstancia que tuviese relacion con la

confesion que se hizo a este religioso, y concluyó declarando que no tenia motivos para creerlo.

Por quién lo sabeis? preguntó el inquisidor decano.

Lo que voy a declarar, reverendos padres, es tan extraordinario...

Tiembla, le dijo uno que estaba inmediato a él, al momento conoció que era el incógnito, y le inspiró tal terror, que no pudo acabar la frase.

Por quién sabeis esa relacion? le preguntó el inquisidor otra vez.

No conozco a la persona que me lo ha referido.

Exactitud, dijo el inquisidor.

Protesto solemnemente, contestó Vivaldi, que ni sé su nombre ni su estado, y añadido que hasta que me habló del padre Schedoni jamas la ví la cara.

Tiembla, le repitió la misma voz en un tono grave y enfático. ¿Por qué no pides al tribunal que cite al padre Ansaldo?

Vivaldi se asustó, dudó un momento, pero se serenó, y dijo:

La persona que me contó lo que he referido está ahora junto á mi. Conozco su voz, y es into-

resante que se la arreste.

¿Que voz es la que decis cuando ninguno ha desplegado los labios sino yo? replicó el inquisidor decano.

La de una persona que está inmediata á mí, me ha hablado varias veces y en voz baja, pero la conozco perfectamente.

¿Es este algun artificio de que pretendéis valeros, ó es el temor que turba vuestra imijinacion? dijo el inquisidor.

Me afirmo en lo que tengo dicho, repitió Vivaldi, y suplico al tribunal que me mande destapar los ojos para ver quien es el que me persigue de este modo.

Despues de una larga consulta accedió el tribunal á la súplica: le quitaron el velo que le cubria la cabeza, y vió que a su lado solo estaban los verdugos del tormento con la cara cubierta segun costumbre. Receloso Vivaldi de que la voz podia ser de alguno de ellos pidió que se descubriesen tambien: se desprecio esta peticion por atrevidá, se le recordó su deber y la promesa del tribunal de no esponer a los que ejercian este terrible cargoa la venganza de los criminales, á quienes debian castigar allí por obligacion, y

el inquisidor decano le preguntó al mismo tiempo, qué palabras eran las que había oído.

Vivaldi respondió que la voz le había dicho que requiriese al tribunal para que mandase comparecer a su presencia al padre Ansaldo, primer penitenciario de la iglesia de Santa Maria del Pianto, inmediata a Napoles, y al padre Schedoni para que respondiese a los cargos del penitenciario, y añadió que ignoraba absolutamente de qué clase eran, y las pruebas en que se fundaban.

Esta declaración produjo cierta perplejidad entre los jueces. Vivaldi los oyó disputar un largo rato, y después continuó el interrogatorio, preguntando al preso si conocía al padre Ansaldo: y habiendo contestado que no, y que ni aun a persona que residiese en Santa Maria del Pianto ni conociese al penitenciario, el inquisidor decano replicó:

¿Cómo habeis olvidado que la persona que os mandó requerir al tribunal a fin de que citase a su presencia al padre Ansaldo le conocia?

No lo olvido, replicó Vivaldi, y exigió que se tenga presente que he declarado no conocer a esta persona, y así que no puedo responder de la

verdad de lo que me dijo, suplicando al tribunal tenga presente que no soy yo quien cita al penitenciario ni á otro alguno á que comparezca a su presencia; obedeciendo únicamente la orden de dar cuenta de lo que me dijo el incógnito.

El tribunal se penetró de la oportunidad de la observacion, y le declaró absuelto de todas las consecuencias que resultasen de las citas; pero esta seguridad personal no tranquilizaba completamente los escrúpulos de Vivaldi, temiendo que sus palabras contribuyesen a la condenacion de un inocente.

El inquisidor decano después de haber impuesto un profundo silencio, le dijo: es tan extraordinario cuanto habeis dicho del incógnito que no merece crédito; pero por otra parte manifestais mucha repugnancia en revelar los hechos que él mismo os declaró; de donde aparece que vuestra dispocion no es efecto de enemistad alguna ni de mala intencion; mas sin embargo, ¿estais seguro de que no ha sido una ilusion, y de que la voz que oisteis al lado no es imaginaria?

Estoy cierto, respondió Vivaldi con entereza.

Es verdad que habia muchas personas a vuestro lado cuando esclamasteis que acababais oír la voz y con todo ninguna la oyó.

¿En dónde están las personas que a la sazón se hallaban a mi lado? preguntó Vivaldi.

Se asustaron con vuestra acusacion y se dispersaron.

Si quereis reunir las y quitarme el velo de la vista señalaré determinadamente la persona que me habló, siempre que esté aquí.

El tribunal accedió; pero se presentaron nuevas dificultades: ninguno se acordaba de los que estaban presente, y solo se reunió un pequeño número.

Vivaldi oía los pasos y el susurro de las personas que se reunían al rededor, y esperaba con impaciencia el momento de que le quitasen el velo de la vista, para salir de la incertidumbre que le atormentaba. En efecto mandaron que le quitasen el velo y que señalase la persona que en su concepto le habia hablado. Miró rápidamente á los que se hallaban reunidos y dijo: esta luz alumbrá poco; no puedo distinguir las facciones.

Bajaron la lámpara y todos se colocaron en

fila delante de Vivaldi: los reconocí y dije: no esta aquí; ninguna de estas fisonomías se parece a la del fraile de Paluci. Sin embargo, esperad; ¿quién esta allí detras a la sombra? que se le mande quitar la capucha.

Todos se marcharon à excepcion del que Vivaldi designó.

Es un familiar de la Inquisicion, le dijo uno que estaba á su lado, y no se le puede obligar a que se descubra la cara sin órden espresa de tribunal.

Quién dirige esta peticion? dijo uno, cuya voz le parecia la del desconocido, sin saber de donde venia.

Yo, Vicente Vivaldi, respondió el preso: reclamo el derecho que me acaba de conceder el tribunal, y os mando que os descubrais el rostro.

Entre las personas que habia en la sala y aun entre los inquisidores se observó un cierto murmullo. El hombre permaneció en el mismo sin moverse ni descubrir la cara.

Dejadle, dijo uno a Vivaldi, tiene razones poderosas para ocultarse y no destaparse el rostro.

Es un dependiente de la Inquisicion, y no la persona que buscais.

Puede que esas razones no me sean desconocidas, dijo Vivaldi; pero de todos modos reclamo la autoridad del tribunal, y le mando que se descubra.

Una voz que salio de entre los mismos jueces le dijo: en nombre de la santa Inquisicion se os manda recorrer el velo de la cara y daros a conocer.

El incógnito se levantó el velo; le miró Vivaldi con reflexion, y en lugar del fraile de Palaci vió que era un familiar de la Inquisicion a quien se acordaba haber visto anteriormente.

No es este el que me instruyó de lo que he informado al tribunal, dijo Vivaldi, y los jueces a vista de esta delaracion se quedaron como en la incertidumbre. hasta que el inquisidor decano hizo seña de que se guardase circunspeccion, y se dirigió al preso en estos términos.

Ya habeis visto y examinado la persona que suponiais ser la que os informó de lo que habeis declarado.

Yo mismo lo he dicho, contesto Vivaldi.

¿En dónde y cuando la visteis?

En mi prision la noche pasada.

¿En vuestra prision? mejor diriais en vuestros sueños.

Algunos familiares digeron lo mismo, y dirigiéndose al tribunal, añadieron: reverendos padres, el preso esta abusando de vuestra paciencia y el miedo le ha trastornado el juicio. Estamos perdiendo el tiempo.

Es indispensable averiguar lo que dice, porque aquí hay alguna maquinacion. Si vos, Vicente Vivaldi, os habeis atrevido a aventurar alguna accion ó hecho falso, temblad, dijo uno de los jueces.

Despues de hablar entre sí los individuos del tribunal, el inquisidor decano mandó comparecer a los que estuvieron de guardia la noche anterior a la puerta de la prision de Vivaldi; se retiraron los demas y el tribunal suspendió la sesion hasta que aquellos se presentasen.

Llegaron, y preguntados declararon que hasta la hora del desayuno ninguno habia entrado en la prision de Vivaldi.

Se ratificaron en su dicho, apesar de haber mandado el tribunal que se les pusiese presos hasta averiguacion del suceso.

Las dudas que produjo la declaracion de los centinelas y la de Vivaldi pusieron al tribunal en una completa incertidumbre. El inquisidor

decano anunció al preso que si se averiguaba ó llegaba á descubrir que su intencion habia sido burlarse del tribunal tratando de sorprender la credulidad de los jueces, seria castigado severamente por su atrevimiento; pero que si por el contrario se hallaban razones para creer que los centinelas no habian cumplido con su deber dejando entrar á alguno en la prision, el tribunal procederia del modo que fuese conveniente.

Vivaldi conoció que para que le creyesen era necesario hacer una relacion circunstanciada del suceso, y en efecto, describió exactamente la persona, su fisonomia, el vestido del monge sin hacer mérito del puñal. Todos le oyeron con el mayor silencio y atencion, y esperaba que el monge al concluir la relacion le amenazaria: pero nada oyó hasta que el inquisidor decano prorumpió en un tono imponente.

Hemos oido con cuidado vuestra declaracion. y por ciertas particularidades que aparecen de ella es indispensable un examen escrupuloso. Entretanto retiraos y dormid esta noche sin temor, que pronto estareis instruido.

Al momento condujeron al preso á su encier-

ro, pero sin descubrirle el rostro hasta que entró en él, y advirtió que los conductores eran diferentes.

Cada vez que se acordaba de las últimas palabras que le dijo el inquisidor decano, se sorprendia porque eran las primeras que manifestaban algun buen deseo de consolarle.



CAPITULO XI.

A consecuencia de los informes que resultaron del último interrogatorio, se citó al penitenciario Ansaldo y al padre Schedoni a que comparecieran ante el tribunal del Santo Oficio.

Schedoni fue arrestado en el camino de Nápoles a Roma, a donde se dirigía con el fin de poner en libertad a Vivaldi en medio de las grandes dificultades que se presentaban. La persona con quien contaba, ó no tenía favor, ó no le quería emplear. La libertad interesaba tanto mas a Schedoni, cuanto recelaba que la familia de Vivaldi llegase a descubrir la situación en que se hallaba, apesar de excesivo cuidado que el Santo Oficio tenía en ocultar los nombres de los presos bajo un secreto impenetrable.

Vivaldi no volvió al tribunal hasta después que comparecieron Ansaldo y Schedoni, declararon separadamente cada uno de ellos. Nada se sabe de lo ocurrido en este primer interrogatorio en el que Ansaldo manifestó los hechos de la confesión para observar el efecto que producía esta narración en Schedoni y Vivaldi, é ilustrar a los jueces en los delitos imputados al primero, y en la verdad del segundo.

En esta sesión mandó el tribunal que se pasase lista de todas las personas que podían estar en la sala, y salieron hasta los dependientes que no eran necesarios. Hecha esta operación, entraron los presos y se mandó salir á sus conductores.

Después de algunos momentos de silencio y de haber hablado al oído el inquisidor decano á una persona que estaba á su lado, se levantó un juez y dijo:

Si hay aquí alguna persona conocida con el nombre del padre Schedoni, religioso dominico del convento del Espíritu-Santo de Nápoles, que se acerque.

Schedoni respondió, y obedeció con cierto

aire de entereza, habiendo antes hecho la señal de la cruz y una reverencia á los inquisidores: en cuyo estado esperó nuevas órdenes sin hablar una palabra.

El penitenciario Ansaldo tambien fué llamado; pero segun observó Vivaldi no se aproximó con tanta entereza y desembarazo, y la reverencia que hizo al tribunal fue mas humilde.

Le tocó su turno à Vivaldi y se presentó con un aire de dignidad, expresando en todas sus facciones sentimientos enérgicos y humildes, pero sin abatimiento.

Schedoni y Ansaldo se carearon la primera vez; el primero conservó bastante serenidad para disimular la impresion que produjo en él la presencia del penitenciario de la Piedad.

El inquisidor decano dió principio al interrogatorio en estos términos: vos padre Schedoni del Espiritu-Santo, responded y decid, ¿si conocéis a la persona que teneis delante con el título de primer penitenciario de los Penitentes Negros de Santa Maria del Pianto de Napoles?

Schedoni contestó negativamente.

¿No la habeis visto nunca hasta ahora? preguntó el inquisidor.

Nunca, contestó.

Prestad el juramento, le dijo el inquisidor; y lo hizo al momento.

Hecha la misma pregunta al padre Ansaldo con respecto á Schedoni, declaró con asombro de Vivaldi y cuantos se hallaban presentes que no le conocia. Pero esta declaracion la hizo de un modo poco terminante y decisivo, y así cuando se le mandó que se ratificase en ella con juramento lo rehusó.

Se llamó á Vivaldi para que reconociese á Schedoni; y en su declaracion dijo, que la persona que se le presentaba la habia conocido siempre con el nombre del padre Schedoni, religioso del convento del Espiritu-Santo de Napoles: pero añadió que nada mas sabia por su parte.

Evacuadas varias fórmulas indispensables dispuso el tribunal que el penitenciario Ansaldo refiriese la confesion que se le hizo y oyó la vispera de San Marcos, pero es de advertir que aquel era solo un interrogatorio particular y secreto.

Prestado el juramento ordinario de decir verdad se transcribió su declaracion poco mas ó menos en estos términos. El dia 25 de abril del

año de 1782 me hallaba segun costumbre en el confesonario de San Marcos, y á mi izquierda oí unos profundos gemidos que me llamaron la atencion.

Vivaldi observó que la fecha era precisamente la misma que le indicó el personaje desconocido; con lo cual se inclinó á dar crédito á cuanto le habia anunciado aquel hombre extraordinario.

Me sobresaltó tanto mas, continuó Ansaldo, cuanto me cojió de improviso porque suponía que no habia gente á confesar. La noche se acercaba y la iglesia no tenia mas luz que la de unos cirios de la capilla de San Antonio; pero muy confusa y opaca.

Procurad despachad pronto, dijo el inquisidor.

Los gemidos cesaban algunos momentos, continuó Ansaldo, y eran semejantes a los de una alma combatida por los remordimientos de un crimen y la vergüenza de confesarle. Procuré animar al penitente inspirándole confianza en la infinita misericordia de Dios; pero fueron infructuosos mis esfuerzos.

El pecado parecia muy grave para manifestarle, apesar de que el pecador no le podia ya

sairir mucho tiempo en su pecho, segun las señales.

Al hecho, replicó el inquisidor, porque todas esas son reflexiones.

Los hechos luego seguirán, repuso Ansaldo; y estoy seguro, reverendo padre, que cuando haga mérito de ellos os quedareis yertos como a mi me sucedió, aunque por otras razones. Principio la confesion y la interrumpió varias veces. Se retiró del confesonario y aduvo por la iglesia algunos mementos como precipitado, y procurando calmar la agitacion de su espíritu. Observé su figura en aquel momento y vi que estaba vestido de fraile con un habito blanco, y su estatura con corta diferencia era como la del religioso que llamais el padre Schedoni.

Al oir estas palabras el tribunal le miró con atencion, y advirtió que estaba inmóvil y con la vista baja.

No le ví el rostro, continuó el penitenciario, porque cuidó de ocultarle de suerte que no puedo indicar otra semejanza entre el padre Schedoni y el penitente sino la estatura: aun me parece que conservo el eco de la voz. y acaso le conoceria si hablase.

¿No la habeis notado desde que estais en la sala? dijo un inquisidor.

Despues hablaremos de eso, repitió otro: no separarnos de la cuestion.

El inquisidor decano dijo que esta particularidad era muy interesante, y por lo mismo que no se debia olvidar. El otro inquisidor convino en lo mismo; pero no creyó que era este el momento de detenerse a examinarla, y prosiguió Ansaldo: volvió el incògnito al confesonario y con una voz que enternecia me hizo la relacion siguiente:

El padre Ansaldo se detuvo un momento para calmar su agitacion y como para esforzarse a concluir la relacion. En esta pausa todos miraban al penitenciario y a Schedoni. Este necesitaba una fuerza sobrenatural para poder soportar el examen severo que hacian de su persona sospechosa, segun lo que aparecia; pero, ó por un efecto de su inocencia, ó por lo escandaloso del crimen, manifestó serenidad. Vivaldi, que no apartó la vista de él desde que principió la session, llegó a creer que no era el penitente del padre Ansaldo. Este continuó: toda mi vida, dijo el pecador, he sido esclavo de mis pasiones, de

modo que me han conducido a excesos terribles. Tenia yo un hermano.—Se detuvo aqui, y los profundos gemidos que despedazaban al parecer su corazon me manifestaron las agonias de su alma.—Continuó: este hermano tenia una mujer... padre mio, oid ahora y decidme si puedo esperar la absolucion de mis delitos. Era hermosa y yo la amaba: era virtuosa y me hacia perder las esperanzas,... padre mio, decia en un tono espantoso, ¿habeis experimentado alguna vez el furor de la desesperacion? La mia comunicó su influencia a todas las demas pasiones de mi alma, y me resolví a evitar el dolor por todos medios. Mi hermano murió... y se detuvo el penitente. El tono con que pronunció estas últimas palabras me estremeció. Mi lengua se anudó, hasta que por fin le dije que continuase. Mi hermano, prosiguió, murió lejos de su casa.... Y volvió a detenerse; pero en tal disposicion que me pareció conveniente preguntarle, de qué enfermedad habia muerto. A mis manos, padre mio. Yo he sido su asesino, dijo con un tono de voz que aun resuena en mis oidos, y que penetró en lo interior de mi corazon.

Ansaldo se conmovió, y descausó un momento.

Vivaldi al oír las últimas palabras de la relación miraba con más atención a Schedoni para observar los efectos que le producían, caso que fuese culpable, pero se mantuvo inalterable y siempre con la vista fija en la tierra.

Continuad, padre mío, dijo el inquisidor. ¿Qué conducta observasteis con el penitente? ¿Qué le dijisteis?

Que continuase, y en efecto lo hizo diciendo: me manejé de tal modo que mi hermano murió lejos de su casa, y después pinté el suceso de manera que la viuda ni aun llegó á sospechar la causa de su muerte. Apenas pasó el luto le pedí la mano de esposa: pero con la tierna memoria que aun conservaba por mi hermano, rehusó admitir mi propuesta. La saqué de su casa por la fuerza, y al fin resolvió casarse conmigo por salvar su honor y mi opinión. Buscaba mi felicidad en el crimen y en él solo hallaba.... Ni aun se dignó disimular su desprecio: irritado de su conducta, sospeché que otra inclinación era la causa de su indiferencia y desvío, hasta que por último los celos pusieron el colmo a mi desgracia, y exaltaron toda la furia de mis pasiones.

El penitente, dijo Ansaldo, estaba poseído al

parecer de la pasión frenética que acababa de pintar; los suspiros convulsivos que lanzaba le impedían pronunciar las palabras y continuar la confesión. Se reanimó algo y dijo: no tardé hallar un objeto que me excitase los celos. Una de las pocas personas que visitaban nuestra casa de campo era un noble a quien en mi concepto amaba mi mujer: le recibía con gusto, y manifestaba una satisfacción particular cuando le oía hablar, dándole cierta distinción y preferencia al parecer, y en algunas ocasiones a mí mismo me indicaba estas particularidades, como dándome a entender que había conseguido un triunfo, al mismo tiempo que me manifestaba su desprecio. Su conducta en esta parte acaso sería efecto del deseo que la animaba a castigar mis procedimientos con ella excitándome celos. ¡Acaso yo mismo habré juzgado que su resentimiento conmigo era amor que profesaba a mi enemigo: error en verdad, cuyas consecuencias debían serla tan funesta!

No seáis tan prolijo, padre mío, dijo un inquisidor, y Ansaldo continuó.

Una noche, dijo el penitente, que entraba

yo en mi casa sin que me esperasen me dijeron que el noble estaba en compañía de mi mujer. Al llegar a la habitación en donde estaban oí la voz lastimera y humilde de Sachi; escuché, y percibi lo bastante para inflamarme del deseo de venganza. Me contuve sin embargo, y me acerqué a una puerta vidriera desde donde se descubría la habitación: vi postrado a sus plantas al traidor. No sé si ella oyó mis pisadas, ó si me descubrió, ó en fin, si le despreció, porque la vi que se levanto de la silla. No me pude contener a vista de lo que acaba de observar, y sacando el puñal entré furioso y resuelto a atravesar el corazón de mi rival. Se escapó por el jardín, y no le volví a ver. ¿Y vuestra mujer? le pregunté, dijo Ansaldo: recibió el premio destinado al asesino de mi honor, respondió el penitente.

Al llegar á este paso se desmayó el penitenciarío y no pudo continuar. Se le mandó traer una silla, y despues de descansar un momento añadió: reflexionad reverendos inquisidores, cuáles serian mis sentimientos en esta ocasion. Yo era el amante de la muger, cuyo asesinato me acababa de confesar.

¿Estaba ella inocente? dijo uno que segun advirtió Vivaldi, era Schedoni, á quien miraba con atencion cuando Ansaldo concluia el discurso. Al eco de esta voz se vuelve el penitenciarío hácia Schedoni, y despues de algun silencio, con un tono imponente dijo; si, era inocente y virtuosa.

Despues de esta pregunta, que no pudo contener Schedoni, volvió á su anterior recogimiento. Se advirtió cierto murmullo en el tribunal, y mandó al notario que diese fé de la pregunta.

En este estado preguntó el inquisidor al padre Ansaldo, ¿la voz que acaba de hacer os la pregunta os parece la del penitente? Acordaos que hace muy poco que dijisteis que acaso la conoceriais.

Me parece la misma, contesto el penitenciarío, pero no lo juraria.

Qué debilidad! exclamó el inquisidor, que pocas veces se arredra por una duda sobre cualquier materia que fuese. Continúa.

Luego que me instruí del homicidio abandoné el confesonario, y perdí la razon sin lograr que se arrestase al asesino. Cuando volví en mi era ya tarde y habia huido: despues no le he

vuelto á ver; por lo mismo no me atreveré á asegurar que la persona que se halla delante sea la misma a quien confesé.

Un inquisidor iba a tomar la palabra a tiempo que el decano manifestó por una seña que se prestase atencion, y dirijiéndose a Ansaldo le dijo: aunque no conozcáis á Schedoni, religioso del convento del Espiritu-Santo, ¿conoceriais al conde Bruno á quien tratabais en otro tiempo?

Ansaldo volvió á mirar con atencion á Schedoni, el cual conservaba siempre la mayor serenidad.

No, contestó el penitenciario; no aseguraré bajo mi responsabilidad que sea este el conde Ferrando Bruno. Si lo es, esta enteramente desfigurado por la edad: sé muy bien que el penitente era el conde de Bruno. Cuando me dijo como se llamaba su rival, me llamó por mi nombre de *Sachi*, y en la confesion hizo mérito de ciertas circunstancias que solo él y yo sabiamos. Repito que no me atrevo a decir que el penitente fuese el padre Schedoni.

Yo si me atreveré, dijo otro, que a Vivaldi le pareció el estrangero que fué a visitar a la prision. Al mismo tiempo que se iba aproximan-

do con la cara descubierta, y un aire amenazador que aumentaba el horror de su fisionomia espantosa. Schedoni perdió la serenidad de las escenas anteriores, y mudó el semblante por la vez primera.

El tribunal con el mas profundo silencio esperaba impaciente como todos los demas. Vivaldi iba a principiar a dar gritos para decir aqui esta el hombre que vi, cuando toma la palabra el incógnito, y le pregunta a Schedoni en un tono terrible.

Me conoces?

No le contestó.

Me conoces? repitió.

Si, te conozco, contestó Schedoni en voz baja.

Conoces este? continuó el incógnito alzando mas la voz, y sacando un puñal de debajo del manto. Conoces estas manchas indelebles? presentó el puñal y alargando el brazo le acercó a la vista de Schedoni.

Volvió la cara, y se alteró.

Con este puñal fué asesinado tu hermano, dijo el desconocido.

Necesito manifestarme para que me conozca?

Ya no se podia sostener Schedoni, y le fué

preciso arrimarse a un pilar de la sala.

La aparición y conducta extraordinaria del incógnito produjo una consternación general, y el tribunal se aterrò. Algunos se levantaron de la silla, otros llamaron a los guardias para averiguar quién había permitido la entrada a este extranjero. El inquisidor decano y alguno otro cólega hablaban entre sí y en voz baja, mirando sin cesar a Schedoni y al desconocido, como objeto de su conversacion; y en medio de todo esto el fraile permanecía de pié con su puñal en la mano, la vista fija en Schedoni, y este volviendo la cara apoyado en el pilar.

Por último, el inquisidor decano mandò que los jueces volviesen a ocupar sus respectivos puestos y los familiares lo mismo.

Reverendos padres, os recomendamos el silencio y una prudente discusión en un asunto de tanta importancia como este. Sigamos el curso del interrogatorio, y despues examinaremos si se debe admitir al nuevo acusador; por ahora se le permite que hable, y al padre Schedoni que le responda.

Todos los individuos del tribunal asintieron a lo propuesto por el decano.

Vivaldi en la confusión pidió, aunque inútilmente, que se le oyese, y se aprovechó del silencio para tomar la palabra, y el inquisidor decano tuvo necesidad de reclamar el silencio para oír a Vivaldi. Esta persona, dijo señalando al desconocido, es la misma que estuvo en mi prisión a media noche, y el puñal que habeis visto es el mismo que entonces me manifestò; es el que me obligó a que citase ante el tribunal al primer penitenciario Ansaldo y al padre Schedoni: ya estoy libre de este cargo, y nada tengo que hacer en este negocio.

El tribunal seguía todavía ajitado y conferenciando en voz bajo.

Schedoni pudo al fin conseguir tranquilizarse y reanimar algo su espíritu; se levantó, y luego que observó que había cesado la inquietud dijo:

Reverendos inquisidores, el estragero que acabais de oír es un impostor: probaré que presentándose hoy con el carácter de mi acusador ha sido anteriormente amigo mio..... Penetraos de lo sensible que debe ser una perfidia semejante: las acusaciones que intenta contra mí son falsas y calumniosas.

Amigo tuyo anteriormente! replicó el extranjero; ¿pues quién me habrá convertido en tu enemigo? ¡Mira estas manchas de sangre! y presentó la hoja del puñal. ¿Son también calumniosas y falsas? ¿No las estás mirando en el espejo de tu conciencia?

No las conozco, contestó Schedoni; mi conciencia no está manchada.

Lo está, nada menos que con la sangre de un hermano, replicó el incognito.

Vivaldi que tenía fija toda su atención en Schedoni, advirtió que su semblante mudaba de color y que horrorizado apartaba la vista de aquella persona extraordinaria. Aunque se le hubiera aparecido el espectro de su hermano no podía haberle causado mayor alteración. Estuvo mucho rato sin poder hablar: pero al fin se dirigió al tribunal y dijo:

Reverendos inquisidores, permítaseme la defensa.

Reverendos inquisidores, dijo el acusador en tono imponente, prestad atención á lo que aun tengo que revelaros.

Schedoni necesitaba hacer ya esfuerzos para poder hablar; pero añadió. probaré que su

dicho no se debe admitir.

Yo, replicó el desconocido, yo presentaré pruebas incontestables de lo contrario, y sin salir de aquí: presente se halla Ansaldo, testigo irrefragable de que el conde de Bruno es el penitente que se confesó reo del homicidio.

El tribunal volvió á recomendar el silencio, y con la intimación hecha á Ansaldo le preguntó si conocía al extranjero que acababa de referirse á lo que él había dicho, pero respondió que nó.

Recordad vuestra memoria, dijo el inquisidor: es de la mayor importancia que seais exacto en este punto.

El penitenciario reconoció al extranjero con mas atención, y repitió que no le conocía.

No le habeis visto nunca?

En mi concepto, jamás.

Los inquisidores se miraron mutuamente, y el extranjero añadió: dice la verdad.

Este hecho extraordinario confesado por el acusador no pudo menos de llamar la atención del tribunal y asombrar á Vivaldi, que no adivinaba por qué medio había sabido los crímenes de Schedoni, suponiendo que á ninguno los ha-

bia comunicado sino al confesor, y este no solo estaba muy distante de haber revelado el secreto al acusador que se presentaba, sino que ni aun le conocia segun su declaracion. Por último, el tribunal prosiguiendo el interrogatorio intimó a Vivaldi que respondiese á las preguntas que se le iban á hacer, y fueron únicamente acerca de la persona que le visitó en la prision.

En sus respuestas aseguró constantemente que era la misma que acababa de acusar á Schedoni.

El acusador respondió terminantemente á las preguntas que se le hicieron: que Vivaldi decia la verdad, y preguntándole el motivo de aquella visita extraordinaria, contestó: que no tuvo otro que el de entregar el matador á la justicia.

Por medio de una acusacion clara y terminante, dijo el inquisidor decano, podiais conseguir el fin si tuviérais seguridad de que la acusacion estaba bien apoyada; probablemente hubiérais dirigido la delacion al tribunal, en vez de querer conseguir por medios insidiosos ningun reflujo en el ánimo de un preso, para obligarle á ser delator de un crimen que no puede probar.

Pero apesar de eso, replicó el estrangero, no he dejado de comparecer yo mismo y me he presentado voluntariamente.

Estas palabras incomodaron mas á Schedoni y se cubrió el rostro con la capucha.

Es cierto, dijo el inquisidor decano: pero aun no habeis dicho cómo os llamas, ni de dónde habeis venido:

El fraile no dió respuesta alguna, y Schedoni reanimado insistió en esta circunstancia, como para probar la perversidad y falsedad de su acusador.

Quieres obligarme á que presente las pruebas?

Qué motivo tengo yo para temerte? replicó Schedoni.

Pregunta á tu conciencia, contestó el desconocido en un tono terrible.

Schedoni calló a estas últimas palabras. Vivaldi observó que durante este diálogo el fraile no habia mirado al estrangero ni un solo momento, y al contrario procuraba apartar de él sus ojos porque no le podia sufrir. Esta circunstancia le inclinaba a creer que Schedoni era culpable; pero los remordimientos del crimen no le podian causar por sí solos el horror que

manifestaba al ver al desconocido, a no ser que este hubiese sido, no solo su cómplice, sino el asesino mismo. En este caso era natural que Schedoni, a pesar de su caracter y artificio, mostrase horror a la persona que le habia acompañado, y mas conservando en la mano el instrumento del asesinato.

Estas consideraciones produjeron infinitas conjeturas en la imaginacion de Vivaldi, respecto a la conducta singular del acusador, a su visita nocturna, al sueño que la precedió, a los medios extraordinarios de que este hombre se valió para entrar en la prision, y a la declaracion de los guardias; de modo que reunidas todas estas circunstancias particulares é inesplicables, y mirando la fisonomia extraordinaria del desconocido, casi llegaba a suponerle un ser de diferente naturaleza que la humana, un habitante del modo espiritual.

Luego que el tribunal acordó el método con que debia proceder, volvió á llamar a Schedoni y le preguntó las conexiones que tenia con su acusador.

Tomó la palabra el inquisidor que hizo el interrogatorio a Vivaldi en estos términos: vos pa-

dre Schedoni, y por otro nombre conde Ferrando de Bruno, responded a las preguntas que vais a oír.

¿Conocéis a este hombre que se presenta como vuestro acusador?

Yo no contesto por el nombre de conde de Bruno que me dais, dijo el confesor; pero declaro que conozco a este hombre y que se llama Nicolas de Zampari.

¿Cuál es su estado?

Es religioso dominico en el convento del Espíritu-Santo, respondió Schedoni: conozco poco a su familia.

¿En dónde le habeis conocido?

En Napoles, donde residí muchos años en la misma casa que yo, cuando estaba en el convento de San Angiolo, y despues en el Espiritu Santo.

¿Habeis vivido en el convento de San Angiolo? preguntó el inquisidor,

Si, contesto Schedoni, y allí es en donde vivimos juntos primero, dispensándonos mutuamente la confianza de una verdadera amistad.

Ahora conocereis cuanto os engañó aquella confianza, dijo el inquisidor, y sin duda debeis

estar arrepentido de vuestra imprudencia.

Schedoni estaba muy prevenido para dejarse sorprender de esta observacion insidiosa.

Compadezco su ingratitud; pero jamas le he confiado cosa alguna de que tuviese que arrepentirme.

¿Nicolas de Zampari os ha manifestado ingratitud? le habeis hecho algunos favores? dijo el inquisidor.

Esplicarè las causas de su enemistad, repuso Schedoni eludiendo la pregunta.

Esplicadlas, repuso el extranjero.

Schedoni se quedó suspenso.

En nombre de vuestro difunto hermano, dijo el acusador, os emplazo á que declaréis la causa de mi enemistad.

Mandó el inquisidor que Schedoni se explicase, y á pesar de su estado de agitacion, dijo:

Deseoso de contribuir al bien de Nicolas de Zampari le prometí emplear todo mi valimiento para colocarle. Lo hice de buena fé, y creyendo que podria cumplir mi promesa. Sus miras eran ambiciosas, y cuando las suponía satisfechas, la persona con cuyo favor contaba yo me engañó, y él perdió las esperanzas. Es un hombre de

carácter violento, y solo a su queja puedo atribuir la injusta acusacion presentada contra mí.

Schedoni calló manifestando en su fisonomia una inquietud notable y lo poco satisfecho que estaba de sus mismas respuestas, al paso que su acusador sin desplegar los labios anunciaba el triunfo con una sonrisa maliciosa.

Decid además los servicios que os hizo Nicolas de Zampari para que se creyese acreedor a vuestro agradecimiento, dijo el inquisidor.

Servicios inapreciables, contestó Schedoni, aunque no exijan grandes sacrificios por su parte; eran solo los consuelos y satisfacciones que proporciona la verdadera amistad, que son inapreciables.

¡Los consuelos de la amistad! dijo el inquisidor decano. ¿Cómo es posible que un hombre capaz de intentar una acusacion falsa de esta naturaleza, pueda estimar a ninguno ni dispensarle los consuelos de la amistad? Servicios de otra especie habran sido sin duda la causa de que procuráseis recompensarle. Vuestras respuestas no estan conformes, y la explicacion es poco natural para que pueda seducir ni un momento.

He dicho la verdad, repuso Schedoni con altivez.

¿En qué respuesta de cuantas habeis dado? dijo el inquisidor, porque todas ellas se contradicen.

Por vuestra declaracion, continuó el inquisidor, se infiere que la ingratitud no está de parte del acusador, sino del acusado; porque confesais en ella que os dispensaba el consuelo de la amistad. ¿Teneis algo mas que decir?

Schedoni guardò silencio.

Está reducida a esto toda vuestra declaracion? dijo el inquisidor.

Schedoni solo contestó con una reverencia. El inquisidor se dirigió al acusador, y le preguntó si tenia algo que añadir.

Nada, respondió con cierto aire de malignidad; el acusado ha hablado por mí.

Resulta que ha dicho la verdad cuando aseguró que sois religioso en el convento del Espiritu-Santo de Napoles.

A vos corresponde, dijo el extranjero al inquisidor, responder por mí.

Vivaldi estuvo escuchando con cierto desasosiego.

Se levantó el inquisidor y dijo: respondo que no sois religioso del convento del Espiritu-Santo de Napoles.

Por esa respuesta, dijo en voz baja el inquisidor decano al que acababa de hablar, advierto que miráis a Schedoni como culpable.

Vivaldi no oyó esta contestacion y por consiguiente no podia descifrar la respuesta que dió el inquisidor a la interpelacion del extranjero; por otra parte habia visto tantas veces a este hombre en Paluci vestido de fraile del Espiritu-Santo, que con dificultad podia dudar de la asercion de Schedoni.

El inquisidor dirigió a este la palabra y dijo; vuestra declaracion es falsa en nuestra opinion, porque el que os acusa no puede ser religioso del Espiritu-Santo, de Napoles, siendo familiar de la santa Inquisicion; de modo que atendida esta parte falsa, se puede inferir que el resto lo sea tambien.

Familiar de la santa Inquisicion! exclamó Schedoni sorprendido. Reverendo padre, vuestra asercion me confunde extraordinariamente. Me atrevo á aseguraros que os equivocais. Si no me creeis nada tengo que decir; pero pregun-

tad al señor Vivaldi si no ha visto muchas veces a mi acusador en Nápoles en traje de religioso?

Es cierto, le he visto en las ruinas de Paluci, cerca de Napoles, y vestido de religioso, pero en cambio haré algunas preguntas, dijo Vivaldi.

Cómo sabeis que he visto con frecuencia a este desconocido en Paluci?

Teneis algun interés respecto á la conducta que observò conmigo en aquel sitio?

Schedoni no quiso contestar á estas preguntas, y en su consecuencia declaró que por lo que aparecia de las declaraciones el acusador y el acusado eran cómplices.

Cómplices! dijo Schedoni; usad enhorabuena de esta esprecion; pero nosotros éramos amigos, y puesto que para mi seguridad es necesario hacer una relacion circunstanciada de las causas de nuestra amistad, declaro que me he valido de mi acusador para salvar el honor de la familia ilustre de Vivaldi en Nápoles, y á vuestra presencia teneis, señalando á Vicente, el hijo y único heredero de esta antigua casa, á quien he querido hacer este servicio tan importante.

Vivaldi se quedò turbado al oír esta confesion de Schedoni, aunque ya sospechaba alguna

parte de la verdad. Miraba al desconocido como calumniador de Elena y como vil instrumento de la política de la marquesa y de la ambicion de Schedoni. Tambien creia que Schedoni era su acusador secreto y el enemigo implacable que habia perseguido a Elena de Rosalba; y pedia al tribunal que examinase los fundamentos de esta acusacion y le permitiese declarar lo que sabia en el particular.

El inquisidor decano contestó que se tendria presente su solicitud; pero mandó continuar el interrogatorio.

Dirijióse el juez a Zampari, y le dijo: ¿qué pruebas teneis para asegurar que el conocido hoy con el nombre de Schedoni es el mismo Ferrando conde de Marinella, despues conde de Bruno, y que ha sido el asesino de su hermano y de su muger?

Respecto a vuestra primera pregunta, contestó Zampari, él mismo me confesó en cierta ocasion, que es inútil referir ahora, que era conde Ferrando de Bruno, a la segunda respondo presentando la confesion del asesino de quien se valió el conde, y el puñal con que ejecutó el crimen.

Estas pruebas, replicó el inquisidor, solo son simples aserciones, y la primera está en contradicción con la segunda.

Aquí las teneis, dijo Nicolas, sacando un papel que contenia la confesion del asesino firmada de su propia mano y de un sacerdote de Roma, que segun la fecha, hacia algunas semanas que se habia escrito. El sacerdote vive, y se le puede citar a que comparezca ante el tribunal para oírle.

Se despachó a continuacion la correspondiente orden para que se presentase y diese su declaracion al dia siguiente, y prosiguiendo el interrogatorio el inquisidor decano, preguntó:

Nicolas de Zampari, ¿para qué, teniendo pruebas tan claras como la confesion del mismo asesino, habeis citado á Ansaldo en apoyo del crimen del conde Ferrando de Bruno, puesto que la confesion del delincuente tiene mas fuerza que cualquier otro testimonio.

Le cité, contestó, para presentar medios de probar que Schedoni y el conde Ferrando de Bruno son una misma persona. La confesion del delincuente prueba hasta la evidencia que el conde ha cooperado á cometer el homicidio; pero

no la identidad del conde con Schedoni.

Esa identidad, dijo Ansaldo, es la que yo no me puedo obligar á probar. Sé que el conde Ferrando de Bruno se ha confesado conmigo; pero no que el padre Schedoni, que está presente, sea la persona que confesó en aquella época.

Esta observacion es muy justa, replico el inquisidor decano, interrumpiendo á Nicolás.

¿Cómo sabeis que Schedoni es el penitente que se confesó con el padre Ansaldo la víspera de San Marcos?

Eso era precisamente lo que iba á explicar, contestó Nicolás. Yo mismo acompañé á Schedoni aquel dia á la iglesia de Santa Maria del Pianto, poco mas ó menos á la misma hora en que el padre Ansaldo dice que le confesó, y antes ya me habia dicho Schedoni que se iba á confesar. Yo advertia en él una agitacion extraordinaria, cuya causa le pregunté, y por su respuesta juzgué que le atormentaban remordimientos de un gran crimen, además de manifestarlo tambien algunas palabras que pronunció involuntariamente en medio de su agitacion. Le acompañé hasta la puerta de la iglesia. En

aquella época era religioso de Santo Angiolo con hábito blanco, conforme ha dicho el padre Ansaldo. Algunas semanas despues de esta confesion dejó el convento por razones que no he sabido, y se fué á vivir á el Espíritu Santo, en donde nos reunimos los dos á poco tiempo.

¿Teneis que añadir alguna otra cosa, preguntó el juez, para probar que el padre Schedoni es el penitente que se confesó con Ansaldo?

Sí, contestò Nicolás. Cuando Schedoni entró en la iglesia me quedé fuera esperándole segun teniamos convenido. Tardó en volver mucho mas tiempo del que yo creia, y en extremo agitado pasó delante de mí muy de prisa, y no se paro á pesar de que le llamé. Oí mucho ruido en la iglesia y en el convento: procuré averiguar la causa; pero al ir á entrar cerraron las puertas. Despues se corrió la voz de que los religiosos habian buscado al penitente, creyendo que no habia salido: que una confesion muy siugular fué la causa de toda esta novedad, que el padre Ansaldo, primer penitenciario, despues de haber oido al penitente, salió del confesionario horrorizado, y le pareció necesario pren-

der al penitente, que era un fraile con hábito blanco. Todo esto escitó la curiosidad general: y por mi parte sabed, reverendos padres, que creia conocer al penitente. Al dia siguiente pregunté á Schedoni cuál habia sido la causa de su salida precipitada de la iglesia de los Penitentes Negros, y me respondió de un modo solapado y confuso, exigiéndome la palabra de no hablar jamas á persona alguna de su ida á la iglesia de Santa María del Pianto; y por lo mismo conocí que era el penitente.

¿Os lo declaró entonces? dijo el inquisidor.

No, padre; pero bien sabia yo que él era el penitente, orijen de tanto alboroto, aunque ni sospecha tenia de sus delitos hasta que los confesó el asesino: de modo que no me ha quedado duda alguna, y por esto he creido que no tuvo otros motivos para ofrecirme su amistad y proteccion.

Ahora mismo acabais de confesar, dijo el inquisidor decano, que entrasteis en el convento del Espíritu Santo de Nápoles y que estabais íntimamente unido al padre Schedoni, cuando no hace una hora que habeis negado todo esto. La adhesion que teniais á Schedoni no aparece tan

clara; pero habeis negado formalmente que erais religioso del convento del Espíritu Santo.

Lo que he negado, respondió Nicolás de Zampari, es que en la actualidad sea religioso del Espíritu Santo de Nápoles. El padre inquisidor ha dicho terminantemente que estoy al servicio de la Santa Inquisición.

El inquisidor presidente miró á su compañero como exigiendo de él una explicación; los demás cólegas hicieron lo mismo, y todos dieron á entender que sabían mas de lo que aparentaban. El inquisidor que debía manifestar su opinion lo hizo en estos términos.

Nicolás de Zampari ha dicho la verdad. Hace poco tiempo que fué nombrado individuo del tribunal del Santo Oficio; un certificado de su convento de Nápoles confirma lo mismo que yo digo.

Me admiro, dijo el inquisidor presidente, que no hayais manifestado este hecho hasta ahora.

Reverendo padre, le contestó, he tenido razones para proceder de este modo.

Ya os entiendo, repuso el presidente, pero de ningún modo apruebo que hayais favorecido el subterfugio de Nicolás de Zampari, respecto

á lo que ha dicho de su estado. De lo demás hablaremos particularmente.

Todo lo explicaré, le contestó.

Parece, continuó el inquisidor decano, que Nicolás de Zampari ha sido antes amigo y confidente del padre Schedoni á quien acusa en el día. La acusación es manifiestamente maliciosa: falta averiguar si es tambien falsa, ¿porqué no cuidó de intentarla antes?

A esto contestó Nicolás: reverendo padre, luego que tuve noticia del crimen me dispuse á perseguir á su autor. Hace poco tiempo que ha llegado á mí la confesión del enemigo. En este intervalo supe que el señor Vivaldi se hallaba preso, y á disposición del tribunal de la Inquisición, y en el mismo instante sospeché quien habria contribuido á ello. Conocia al acusador, y no dudaba cuál de los dos era inocente. En esta situación deseaba la libertad de este y el castigo del culpable, por cuyas razones cité á Schedoni para que compareciese ante el tribunal, y con esto satisfago tambien á la pregunta que se me hizo anteriormente á fin de

que manifestase la causa de nuestra enemistad. Nada me ha estimulado á decir cuanto habeis oido sino el amor á la justicia; pero de ningun modo el resentimiento ni la malignidad.

El inquisidor decano se sonrió, y suspendió el interrogatorio, quedando preso Schedoni hasta adquirir nuevas pruebas de su fratricidio, Respecto á la muerte violenta de su mujer no habia mas testimonio que su misma confesion, suficiente para condenar á un acusado. El inquisidor exijia ademas una prueba separada para cada uno de los artículos ó extremos de la acusacion, con el fin de que si Schedoni se justificaba de los cargos que se le hacian por el fratricidio, contestase despues á los que resultasen contra él por el asesinato de su mujer.

Schedoni saludò al tribunal al tiempo de retirarse, y fuese efecto de su inocencia en medio de lo que aparecia contra él, ó de un solapado disimulo, en su fisonomía no se descubria señal alguna de culpabilidad. Vivaldi, que le tuvo por criminal mientras duró el interrogatorio, despues se limitó únicamente á dudar de su inocencia. Le condujeron á su encierro, y se levantó la sesion.



CAPÍTULO XIII

El dia siguiente por la noche se continuó la causa contra Schedoni, y Vivaldi fue tambien llevado al tribunal. El interrogatorio se hizo con mas solemnidad y asistieron á él mas individuos de la Inquisicion: el salon estaba como siempre, colgado de negro, y todos los inquisidores, comisarios, testigos y reos vestidos de este mismo color. En fin, la luz sombría y triste de algunas lámparas pendientes de la bóveda y de alguuas antorchas distribuidas en varios sitios de aquel salon inmenso. daban á todo este aparato un carácter lúgubre y solemne que inspiraba horror.

Colocaron á Vivaldi en un sitio desde el cual descubria todo el tribunal y podia observar todo lo que pasaba en el salon: distinguia perfectamente el rostro de todos los asistentes, y el de los tres inquisidores principales, que estaban

sentados detras de la mesa colocada sobre la gradería, á cuyo pie se hallaban los demas individuos del tribunal y algunos erizados con hachas encendidas. El resplandor rojizo de las laces aumentaba la malignidad sombría y cruel de aquellas fisonomias que aterraban á Vivaldi.

Delante de la barandilla vió este á Schedoni, á su lado el penitenciario Ansaldo, al sacerdote romano, que debia ser el principal testigo, y al padre Nicolás de Zampari, á quien Vivaldi no podia mirar sin experimentar horror.

Empezaron á nombrar los testigos, y á Vivaldi como á uno de ellos: apenas habia respondido, cuando Pablo, que estaba al otro extremo del salon, atravesando precipitadamente se arrojó á los pies de su amo y comenzó á llorar y á manifestar el exceso de su alegría. Acudieron á separarle los que le custodiaban; pero no lo hubieran podido conseguir si despues de una larga disputa no se hubiera retirado á su puesto cediendo á las órdenes y ruegos de su amo.

Abrióse en fin la sesion: Ansaldo y el padre Nicolás comparecieron como testigos, lo mismo que el sacerdote romano que habia re-

cibido la declaracion del asesino moribundo: le habian interrogado aparte, y habia confirmado la autencidad del escrito presentado por el padre Nicolás. Otros testigos habian citado, que Schedoni no esperaba encontrar en aquel sitio.

Schedoni al entrar en el salon habia manifestado un semblante tranquilo y confiado que sostuvo al ver al sacerdote romano; pero parecia que perdía su valor al presentarse otro nuevo testigo. Leyeron primero la declaracion de asesino, que referia exactamente los principales hechos que vamos á esponer con mas detencion.

Parece que en el año de 1742 el difunto conde de Bruno, primojénico de su casa, habia hecho un viaje á Grecia, cuya ausencia habia esperado largo tiempo su hermano, llamado entonces conde Marinella, con el deseo de aprovecharse de ella: aunque una pasion desenfrenada y antigua sujeria al alma atroz de Marinella el proyecto de deshacerse de su hermano, otras muchas circunstancias le incitaban á apresurar la ejecucion. En una ocasion importante se habia opuesto el conde de Bruno á los proyectos desatinados de Marinella reprendien-

dole con aspereza; y desde entonces concibió este un odio profundo á su hermano.

Era segundo de la familia, y habia disipado desde muy temprano su corto patrimonio, y la disminucion de su fortuna, en vez de obligarle á la economía y á la moderacion, le hizo emplear recursos vergonzosos para olvidar su desgracia y continuar en los desórdenes que se la habian acarreado. El conde de Bruno, apesar de sus cortas rentas, le socorria muchas veces; pero desengañado al fin de que era incorregible, y viéndole disipar sin escrúpulo las cantidades que le daba de los ahorros de su familia, no quiso suministrarle en adelante sino lo preciso para atender á sus primeras necesidades.

Marinella llamaba avaricia é insensibilidad la prudente economía del conde de Bruno, que no queria arruinarse por sostener los vicios y el lujo de su hermano, y cada vez creia mas su aborrecimiento aumentado con la envidia, que es la mas baja y maligna de todas las pasiones humanas.

Envidiaba la felicidad de su hermano, que gozaba una fortuna decente y libre y el amor

de una esposa bella y virtuosa, y se aventuró á cometer un crimen que le hiciese dueño de estos beneficios. Conocia íntimamente á Spalatro y no temió confiarle la ejecucion de este horrible proyecto: compró una casa pequeña en las orillas del Adriático en un paraje solo y retirado, donde fue á establecerse Spalatro durante cierto tiempo, asalariado por Marinella junto era la misma casa á que habia sido conducida Elena.

Instruido del camino de su hermano se lo avisaba de tiempo en tiempo á Spalatro, y últimamente le previno que á su regreso debia atravesar el mar Adriático de Ragusa á Manfredonia y pasar por aquellas cercanías. Spalatro aguardó á Bruno, le alcanzó cuando entraba en el monte Gárgano, y ayudado de otro facineroso hizo fuego á Bruno y su comitiva, que consistía solo en un criado y un guia del pais. No habiendo acertado en la primera descarga, renovaron el fuego escondidos entre las malezas, y cayeron muertos el conde y su criado, y el guia logró escaparse huyendo.

Los desgraciados viajeros fueron enterrados en el mismo sitio por los asesinos; pero teme-

rose Spalatro de que su cómplice le descubriese en algun tiempo, volvió solo al monte, durante la noche, desenterró los cadáveres, los condujo á su casa, y los enterró en la pieza baja, evitando de este modo que pudiese indicar el sitio donde los habian sepultado.

Marinella inventó una historia bastante verosímil del naufragio y pérdida de su hermano; y como el guía y los habitantes de la aldea vecina ignoraban hasta el nombre mismo de Bruno, no quedó ningun indicio del asesinato. Lo creyeron generalmente y la misma viuda del conde de Bruno no lo dudó, y si despues del matrimonio á que la obligó su cuñado tuvo algunas sospechas fueron demasiado vagas para que tuviesen ningunas resultas.

Durante la lectura de la declaracion de Spalatro, que era el que la habia hecho, y particularmente al concluir, no pudo Schedoni disimular su sorpresa y sobresalto. Le admiraba sobre todo que Spalatro hubiera ido á Roma á hacer aquella declaracion, pero algunas reflexiones le aproximaron á la verdad.

La razon que habia dado Spalatro al sacerdote de su viaje á Roma era, que habiendo sa-

bido que se hallaba alli Schedoni le habia seguido con la resolucion de descargar su conciencia, confesando su delito y declarando los de Schedoni; pero no era esta la verdad exacta. El designio de Spalatro habia sido sacar á Schedoni algun dinero; pero este habia creído eludir semejante peticion engañando á su cómplice acerca del paraje á donde se dirijia, y le habia nombrado á Roma en vez de Nápoles, á donde iba, sin preveer que su mismo artificio se convertiria en daño suyo y suministraria á la justicia un medio de saber su crimen.

Spalatro habia seguido desde su casa á Schedoni hasta la aldea en donde este se detuvo la primera noche de su viaje, y habiéndose adelantado le esperó en las ruinas de Cambrusca para espiarle y seguirle. Schedoni viéndole huir y ocultarse, creyó que queria atentar contra su vida, y pensó haberse librado hiriendo al asesino. Sin embargo la herida que recibió no fue tan peligrosa que le impidiese continuar su viaje, y tomó el camino de Roma en donde se separaba del de Nápoles.

El cansancio de un largo viage á pie en el calor y con una herida causó á Spalatro á su llegada á Roma una enfermedad aguda que terminó su vida. Pocas horas antes quiso descargar su conciencia, é hizo una confesion general de sus delitos. El sacerdote que le oyò, convencido de la importancia de la declaracion de un crimen en que se hallaba implicada una persona que aun vivia, llamó á un amigo suyo para que en su compañía oyese la deposicion del moribundo. Este testigo era el padre Nicolás de Zampari, antiguo amigo de Schedoni, que se complacia en hallar algun medio de vengarse de un hombre que le habia engañado tantas veces con alzas promesas.

Schedoni conoció entonces que se habian malogrado todos sus proyectos contra Spalatro y habia formado algunos que ignoran nuestros lectores. Todavía se acordarán que al separarse del aldeano que le habia servido de guia le dió un puñal para que se defendiese de Spalatro si le encontraba en el camino. La punta de esta arma estaba envenenada, de suerte que la menor herida hubiera sido mor-

tal, y hacia muchos años que Schedoni la llevaba consigo. Esperaba que el aldeano si se veia acometido por Spalatro diese la muerte á este cómplice de su crimen, y de este modo quedaba libre de todo peligro, porque el otro facineroso habia fallecido habia ya muchos años. Esperaba tambien que el aldeano se hiriese guardando el puñal, y asi se libertaba de un hombre que parecia que no ignoraba muchas circunstancias de la muerte de Bruno y podia contribuir al descubrimiento del autor. Pero este proyecto se malogró en todas sus partes. El aldeano no encontró á Spalatro, y antes de llegar á su casa perdió felizmente el funesto puñal, que se le cayó en el camino.

Schedoni se habia sobresaltado mucho á la lectura de la confesion de Spalatro; pero lo fue mucho mas al presentarse un nuevo testigo, que era un criado antiguo de su casa. Este hombre atestiguó que Schedoni era Ferrando conde do Bruno, nombre que habia tomado despues del fallecimiento de su hermano, dejando el de Marinella, y que le habia servido desde entonces: declaró tambien que

había sido él uno de los criados que habían llevado á la condesa á su aposento despues de haberla herido su esposo, y que había asistido al entierro en la iglesia de la Santa del Milagro, convento inmediato á la habitacion de Bruno. Afirmó además que los médicos habían dicho que había muerto de la herida, y que el conde había huido inmediatamente despues del asesinato de su esposa y no había vuelto á parecer jamás.

Un inquisidor preguntó si los parientes de la condesa habían practicado algunas diligencias para perseguir al conde.

El testigo respondió que se habían practicado muchas sin fruto alguno; y que el conde se había ocultado con tal acierto que habían abandonado sus pesquisas. A esta respuesta manifestaron los asistentes algun descontento. El tribunal guardaba silencio y se mostraba indeciso, cuando el inquisidor general, dirigiéndose al testigo, le preguntó.

¿Cómo puedes estar cierto de que la persona que tienes delante con el nombre de padre Schononi es el conde Ferrando de Bruno, tu amo, llamado antes conde de Marine-

lla, despues de haber pasado tantos años sin verle?

Juan, que así se llamaba el criado, respondió sin vacilar, que aunque los años habían mudado mucho la fisonomía del conde le había conocido al momento de verle, y no solo al conde, sino al padre Ansaldo á quien había visto muchas veces de visita en casa de Bruno, apesar de la mudanza causada por la edad y el hábito religioso.

El inquisidor general manifestó todavía alguna duda, cuando preguntado el mismo Ansaldo, respondió que se acordaba en efecto de haber visto á aquel hombre de criado en casa del último conde de Bruno, aunque no podía acordarse que Schedoni fuese el mismo conde.

Habiendo observado el inquisidor que era muy singular que se acordase de la figura del criado y hubiera olvidado la del amo, con quien había tenido tanta intimidad, Ansaldo respondió que las pasiones violentas y el hábito de una vida agitada podían haber alterado las facciones del conde, mientras que el carácter y género de vida de Juan no le ha-

bian acarreado una mndanza tan notable.

No se habia aterrado sin motivo Schedoni al comparecer el criado, cuyo testimonio añadia tanta fuerza y claridad á las deposiciones de los demas testigos. El tribunal pronunció la sentencia de muerte contra Schedoni, conde Ferrando de Bruno, como asesino de su hermano: y como este primer crimen merecia la pena de muerte no se siguió el proceso por el asesinato de la condesa.

La emocion que manifestó Schedoni a vista del último testigo y durante su declaracion, cesó enteramente cuando se decidió su suerte. Escuchó la terrible sentencia sin mostrar ninguna alteracion en su rostro; y desde aquel momento no le abandonaron su altivez y su firmeza.

La pasion de la venganza, que era la que mas dominaba á Schedoni, le obligò al pasar junto á Vivaldi á decirle estas pocas palabras: «Habeis asesinado en mí al padre de Elena.» Quiso vengarse de este modo del influjo que habia tenido en su condenacion por sus declaraciones, y herir su corazon con el golpe mas cruel.

Vivaldi imaginó al pronto que era una mentira grosera y el último recurso de un hombre que pensaba poderse salvar uniéndose á él y aloir el nombre de Elena olvidó su prudencia, y pregunto en alta voz en donde estaba. Schedonini sonriéndose con desprecio, pasó sin responderle; pero Vivalde incapaz de soportar la incertedumbre, pidió permiso al tribunal para hablar un momento con el preso. Se le concedió con mucha dificultad y bajo la condicion de que la conservacion seria pública.

A las repetidas preguntas de Vivalde Schedoni no respondió otra cosa sino que Elena era hija suya; pero con un tono de seguridad que causó á Vivalde, aunque sin creerlo absolutamente todas las angustias de la incertidumbre y del temor. Schodine creyendo que convenia al interés de su familia comunicar á Vivaldi el sitio en que residia Elena le nonbró la santa de la Piedad, como el asilo á donde se habia retirado. La alegría de esta noticia calmó un momento en el alma de Vivaldi los demas sentimientos.

Los comisarios pusieron fin á este diálogo, Schodine fue llevado por sus guardas, y los de Vivalde condujeron á este á su prision.

Cuando quisieron conducir á Pablo volvió á resistir con la mayor violencia. Vivaldi pidió al tribunal que los pusiesen juntos: pero se le negó: al salir del salon rogó á sus guardas que tratasen á Pablo con indulgencia.

¿Que indulgencia merece un hombre como este? dijo uno de ellos. No tendrá otra que pan y agua y la libertad de pasearse por el encierro.

¡Ninguna otra! exclamó Vivaldi.

Ninguna, repuso el mismo. Ha querido seducir a uno de sus guardas, y ha logrado luz, papel y tinta, pero por fortuna se ha descubierto á tiempo.

¿e daria algun dinero, dijo Vivaldi.

Ni un ochavo, replicó el guarda: sino tiene dinero.

Pero su amo lo tiene, amigo mio, dijo Vivaldi en voz baja metiéndole un doblon en la mano y el guarda le traslado al bolsillo sin decir una palabra.

Vivaldi queria solo ganarse la voluntad de aquellas gentes para obligarlos á tratar bien á su criado, porque la situacion en que se hallaba no le dejaba entonees pensar en sí mismo.

CAPITULO XIV.

Mientras pasaban estos sucesos en las prisiones de la Inquisicion de Roma, Elena retirada en el asilo de su convento ignoraba la situacion de Vivaldi y la prision de Schedoni. Creia que el confesor se disponia á reconocerla por hija; pero extrañaba que no la escribiera dándola noticias de Vivaldi, como se lo habia prometido. Este silencio la causaba una inquietud mortal, ya temiendo la mudanza de su amante, la opresion que sufriria por sus padres, o tal vez su muerte.

Asi pasaba los dias enteros sin poder apartar de su imaginacion estos pensamientos tristes y melancólicos; pero en presencia de sus compañeras ocultaba cuidadosamente sus pe-

nas de tal modo, que sin manifestar una alegría que no disfrutaba, se presentaba siempre sosegada y tranquila. Las horas mas apacibles para ella eran aquellas que pasaba sola en el terrado que dominaba el convento, y desde el cual se descubria el golfo y las cercanías de Nápoles.

Una tarde que se habia quedado mas tiempo del que acostumbraba, á tiempo que el sol ocultaba sus últimos rayos, oyó de repente un ruido grande de personas, y percibió luces en el patio del convento. Bajó del terrado y al llegar al fin de una fila de castaños que iba á parar al patio vió una porcion de religiosas, y percibió una voz que la sorprendió agradablemente. Se acercó á ellas, y no se atrevia á creer á sus ojos cuando conoció á Olivia, la religiosa de San Estéban.

No hallaba palabras con que manifestar su alegría al ver la persona á quien debia su libertad, segura en aquel pacífico asilo. Olivia abrazada á su tierna amiga la ofreció que la contaria el feliz suceso que la habia traído á vivir en su compañía, y la hizo mil preguntas para saber lo que la habia acaecido despues de su fuga de San

Estéban. Elena la condujo á su celda, en donde Olivia sola con su amiga, la contó el motivo de su salida de aquel convento. Viéndose perseguida por la abadesa que sospechaba haber favorecido la huida de Elena, acudió al obispo diocesano pidiéndole permiso para pasar al convento de la Piedad. La abadesa no tenia ninguna prueba que la autorizase para castigarla como culpable de la evasion de una novicia, porque Gerónimo, que podia deponer contra ella, estaba demasiado complicado en aquel asunto para no comprometerse si lo hacia. Pero aunque la abadesa no tenia pruebas suficientes para castigar á Olivia. la sobrada potestad y deseo de hacerla desgraciada toda su vida.

Olivia elijio el convento de la Piedad por los buenos informes que tenia por Elena, á quien no habia intentado avisar temiendo que si se descubria su correspondencia, fuera un pretexto á la abadesa para formarla causa é impedir su salida. Habia ocultado con el mayor cuidado su peticion al obispo hasta que logró la órden de su traslacion que le costó mucho trabajo, y al punto que llegó al convento se puso en camino para librarse de la indignacion y cólera de la abadesa.

Elena no se olvidó de preguntar si Gerónimo y el religioso anciano habian sido maltratados por haber favorecido su fuga, y supo que solo habian sospechado en Olivia, y que el respetable anciano que habia abierto la última puerta, nada habia padecido por aquel acto de bondad.

El mudar de convento, dijo Olivia, es un partido que rara vez se toma y que no deja de tener inconvenientes; pero me he determinado á él por muchas razones. El mal trato á que me hallaba expuesta me parecia insoportable desde que me habiais pintado la vida apacible de esta casa, ademas de la esperanza que tenia de hallaros en ella. He preguntado al momento de llegar, y ya conoceréis la satisfaccion que disfruto en no haberme engañado. El buen acogimiento que me han hecho vuestras hermanas, y la amabilidad de la abadesa, me han reanimado: se ha disipado el color sombrío y triste con que veia todos los objetos, y despues de tantas borrascas percibo á lo lejos algunos dulces rayos de felicidad que alumbran el último término de mi vida.

Olivia se detuvo como reflexionando lo que acababa de decir. Esta era la vez primera que hablaba directamente de sus desgracias. Elena

observando el abatimiento que la causaban aquellos recuerdos, deseaba y tenia á un mismo tiempo que se explicase con mas claridad.

Olivia, esforzándose á desechar tan tristes ideas, la dijo sonriendo: ahora que os he contado la historia de mi salida de San Estéban y he hablado bastante de mí, decidme, amiga mia, lo que os ha sucedido desde nuestra triste despedida en el jardin de aquel convento.

Elena, que temia renovar la imágen de las tristes escenas que habia pasado, suplicó á Olivia que la escusase de contar algunos pormenores que la costarian una extrema repugnancia, y guardando escrupulosamente el silencio que la habia impuesto Schedoni, despues de referirla su separacion de Vivaldi á la orilla del lago de Celano, la habló en general de lo que la habia sucedido antes de refugiarse en el asilo de la Piedad.

Olivia consolò á Elena y siguieron conversando hasta que la campana las llamó á coro, y entonces se separaron.

El convento de la Piedad era para Olivia el mejor asilo que podia hallar, y decia muchas veces que era dichosa en haber venido á él; pero

se afligía y lloraba: y pocos días después de su llegada observó Elena con pesadumbre y admiración que la fisonomía de Olivia manifestaba una melancolía profunda.

Pero un interés más urgente todavía llamó la atención de Elena. Vió entrar en su celda á su criada Beatriz con un semblante que anunciaba algún suceso extraordinario y desgraciado. Al momento se aumentaron de tal modo sus temores por Vivaldi, que no tuvo valor para preguntarla el objeto de su venida. La anciana Beatriz, pálida y trémula, ya fuese por el cansancio del camino ó por el sentimiento de traer malas nuevas, se sentó sin hablar, y permaneció algún tiempo sin poder responder á las repetidas preguntas de Elena.

Conozco, dijo esta, que me traes malas nuevas, pero no te detengas, habla.

Si la noticia de un fallecimiento es una mala noticia, lo habeis adivinado, respondió Beatriz.

Cómo! qué vas á decir? replicó Elena casi sin aliento. Cuándo? en dónde?

No sé el día fijo, respondió Beatriz: pero me lo ha dicho un criado de la marquesa.

¿De la misma marquesa? Dios mío! Ha muerto... Vivaldi ha muerto... exclamó Elena. Habla, digo....

A eso voy, respondió Beatriz. El criado me dijo que hacia un mes que la marquesa estaba....

La marquesa? repitió Elena: ¿ha sido la marquesa?

Si señora, dijo Beatriz. Yo no he dicho que ha sido otro. Apostaría que habian creído que hablaba del señor Vivaldi.

Continua por Dios, le respondió Elena. Beatriz la refirió que al salir de una tertulia en el palacio Voglio se sintió indispuesta, que llamaron á los mejores médicos, y que apesar de los remedios habia fallecido pocos días después.

¿Y su hijo, la preguntó Elena, estaba con ella? No señora, respondió Beatriz: ni se sabia su paradero, segun me dijo el criado, ni el de Pablo Mendrico, su sirviente, aunque ha enviado el marqués á buscarlo por todo el reino. La marquesa preguntó muchas veces antes de morir por su hijo y envió á buscar á su confesor, que le llaman el padre Schedoni; pero no le halla-

ron. Parece que hubo alguna confusion en la casa: trajeron otro confesor y la marquesa mandó venir á su marido. Se encerraron los tres y desde afuera se oian voces, y particularmente la del marqués, que salió despues muy triste y colérico al mismo tiempo: pero el confesor se quedó solo con ella un largo rato. Vivió aquella noche y parte del dia siguiente, manifestando que tenia algun peso que la oprimia el corazon, porque sollozaba y gemia, que daba lástima. Llamó á su marido y le habló á solas muchas veces: mandó venir al confesor y tuvieron los tres otra conferencia secreta, de la cual salió el marqués al parecer mas tranquilo, y á poco tiempo falleció la enferma.

Elena, que habia escuchado con atencion estas noticias, iba á hacer nuevas preguntas á Beatriz, cuando entró Olivia. Viendo esta una muger estraña se volvia á salir: pero Elena la obligó á quedarse y á que se sentase. Preguntó á Beatriz si habia visto al que la trajo á Villa Altieri. No señora, la respondió, ni aunque le hubiera visto le conoceria, porque vos sola le acompañasteis hasta la puerta cuando se despidió, y me quedé con las ganas de verle la cara.

Mientras hablaba Beatriz, Olivia la estuvo observando con mucha atencion, y despues de algunos momentos, dijo conmovida. No hay duda: yo conozco bien las facciones. ¡Ella! se ¿Sois Beatriz Olea? Despues de tantos años....

Beatriz respondió sorprendida: es verdad que ese es mi nombre; pero ¿de dónde me conoceis?

Mientras hablaba de este modo miraba á Olivia y manifestaba asombro y espanto: Olivia mudaba de color y suspiraba sin poder hablar, y Elena estaba llena de admiracion. Al fin Beatriz exclamó: ¡Virgen santisima, como se parece! ¡Si me engañarán mis ojos!....

Sois tan parecida, pero adbierto también una diferencia....

Olivia, con la vista fija en Elena, dijo á Beatriz casi sin poder articular las palabras: ¿por Dios Beatriz, dime quién es?.... Y no pudo acabar.

Beatriz, en vez de responder á esta pregunta, exclamó: ¡Sí. es la señora condesa! ¿Señora, decidme por Dios, como os hallais aqui?... ¡Qué alegría habreis tenido al encontraros las

dos! Elena las rogaba inútilmente que la explicasen lo que veía: la religiosa, que había comprendido mejor que ella la repuesta de Beatriz, la tenía estrechamente abrazada, estaba trémula y derramaba abundantes lágrimas.

Después de algunos momentos renovó Elena sus preguntas, y Beatriz volvió á preguntar la causa de su emoción, porque ¿cómo es posible, añadió, que no os hayais reconocido las dos antes de ahora?

¿De qué reconocimiento habla? preguntó Elena á Olivia. Hace muy poco tiempo que he hallado á mi padre, decidme cuál es el tierno nombre que os debo dar.?

¡Vuestro padre! exclamó Olivia. ¡Vuestro padre! repitió Beatriz.

Elena, conociendo que en su agitación había descubierto el secreto de Schedoni, se quedó cortada y pensativa.

No, hija mía, la dijo Olivia estrechándola en su pecho, tu padre está en el sepulcro.

La sorpresa y la duda suspendieron las caricias de Elena, y fió en Olivia la vista, que mostraba su incertidumbre y confusión. Al fin

exclamó: ¡Con que sois mi madre! concluirán tan extraños descubrimientos....!

Sí, yo soy tu madre, la dijo Olivia con gravedad, y te echo mi bendición.

La religiosa procuró entonces calmar la agitación de Elena, aunque se hallaba casi en el mismo estado. Pasó mucho tiempo sin que pudiesen hablar, pero la alegría se manifestaba en su semblante, aunque con mas claridad en la madre que en la hija. Luego que esta pudo romper á llorar se fué tranquilizando y experimentó un sentimiento de felicidad que hasta entonces no había conocido.

Beatriz, asombrada y como temerosa, no manifestaba ninguna satisfacción al ver la alegría de Olivia y Elena, y las observaba con atención y seriedad.

Olivia, después de serenarse, la preguntó por la señora Bianchi. El silencio y las lágrimas de Elena la anunciaron la verdad. ¡Ay! señora, respondió Beatriz, está en donde yo creía que voz estábais también. Olivia dijo llorando que lo había sospechado por su largo silencio, y principalmente porque no había recibido respuesta á la carta en que la prevenía su próxi-

ma venida al convento de la Piedad.

¡Ay! dijo Beatriz, yo no sé como no os lo ha dicho la señora abadesa, porque bien lo sabe.... Y la carta la he traído aqui para que se la diesen á mi señorita.

La señora abadesa, dijo Olivia, no sabe nuestro parentesco, y tengo todabia motivos para ocultárselo algun tiempo. Tú misma, querida Elena, solo has de pasar por amiga mia, hasta que haga algunas averiguaciones que son necesarias á mi tranquilidad.

Olivia pidió despues á Elena que la esplicase lo que la habia dicho acerca del descubrimiento de su padre; pero al hacerla estas preguntas manifestaba sentimientos muy diferentes de los que inspiró la esperanza ó la alegría. Elena no se admiró de la incredulidad que advertia en su madre; pero se halló muy confusa para responderla. Ya se habia explicado demasiado para poder guardar el secreto de Schedoni, y aunque aterrada con la ídea de faltar á la promesa que la habia exijido, conocio que no podia negar á Olivia la esplicacion completa que deseaba. En fin, habiéndose retirado Beatriz, Elena volvió á repetir

que su padre vivía todavia. Olivia se opuso refiriéndola algunas circunstancias de la muerte del conde de Bruno, y la fecha en que ocurrió; pero como decia que no habia sido testigo de ella, Elena dudaba, y para convencerla contó entonces algunas de las ocurrencias con Schedoni, y ofreció presentar el retrato que aquel aseguró ser suyo. Olivia, con una extraordinaria agitacion, la pidió que se le mostrase y Elena fué á buscarle.

Cada momento que pásaba parecia un siglo á Olivia, se paseaba por la celda á largos pasos, esperaba con inquietud y procuraba inútilmente tranquilizarse: un extraño misterio parecia que se ocultaba en lo que acababa de oír, y cuando volvió Elena con el retrato, Olivia le tomó temblando, le miró precipitadamente, y cayó desmayada.

Elena, que no dudaba de lo que la habia dicho Schedoni, sintió no haber preparado mas á su padre antes de enseñarla el retrato para que hubiera podido soportar el esceso de la alagría: luego que Olivia volvió en sí, miró de nuevo el retrato, y Elena la aseguró otra vez, que no solamente el conde de Bru-

no, su marido, vivia, sino que estaba actualmente en Nápoles, y que le veria antes de la noche, porque cuando fué por el retrato habia enviado una persona con un billete pidiéndole que viniese al instante.

En esta ocasion olvidó Elena las reglas de la prudencia cediendo á los impulsos de su buen corazon, porque á pesar de que su billete á Schedoni no le descubria aunque se hallase en Nápoles, pues le habia dirigido al convento del Espíritu Santo, en lugar del sitio que la habia señalado el mismo Schedoni, podia sin embargo indicar antes de tiempo el retiro de Elena.

Al decir á Olivia que veria muy pronto á su padre, esperaba ver en su rostro toda la espresion de la alegría y la felicidad; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando advirtió la desolacion y el espanto, y manifestó el mayor despecho!

Si me ve, dijo Olivia, soy perdida sin remedio. ¡Ah desgraciada Elena! tu precipitacion causa mi ruina. El original de ese retrato no es el conde de Bruno; mi amado esposo y padre tuyo, sino su hermano Fernan-

do, el hombre cruel que....

Se detuvo temiendo haberse explicado demasiado; pero Elena, á quien el asombro habia hecho guardar silencio, la rogo eficazmente que la esplicase la causa de su desesperacion.

Ignoro cómo ha venido ese retrato á tus manos, la respondió; pero aseguro otra vez que es el de Fernando, hermano de mi esposo, y mi.... Quería decir: mi segundo marido; pero sus labios no quisieron honrarle con este nombre.

No puedo decirte mas ahora, porque me hallo cruelmente conmovida. Es preciso buscar un medio para evitar la entrevista que has preparado y para ocultarle, si es posible, que existo todavía.

Olivia se tranquilizó alguna cosa cuando Elena la aseguró que no la habia nombrado en su billete, y que solo le habia escrito que necesitaba verle al instante.

En este tiempo llego el criado con el billete diciendo que le habian respondido que el padre Schedoni estaba en peregrinacion, que era la respuesta que daban los frailes del Es-

piritu Santo para salvar el honor de su convento y ocultar su prision.

Olivia, libre ya del temor, contó á Elena lo que deseaba saber. La primera parte de su narracion convenia perfectamente con la declaracion del padre Ansaldo: lo demas lo sabia ella, la señora Bianchi, un médico y un criado de confianza que habia ayudado á Olivia en la ejecucion de su plan.

Ya hemos visto mas arriba que el conde Ferrando Marinella, conde de Bruno, por la muerte de su hermano, habia abandonado su casa al momento que dió de puñaladas á su muger, y que esta desgraciada fué conducida á su aposento sin dar señales de vida,

Las heridas sin embargo no fueron mortales; pero la atrocidad de su marido la obligó á valerse de la ocasion que la ofrecia su ausencia para librarse de su tiranía, sin denunciarle á la justicia y cubrir de infamia al hermano de su primer esposo. Dejó su casa para siempre, y ayudada de las tres personas indicadas, se retiró distante de Nápoles al convento de San Estéban al mismo tiempo en el sitio donde vivia se confirmaba

la noticia de su fallecimiento con la celebracion de fingidos funerales. Bianchi, despues de la huida de la condesa, habitó algun tiempo en las inmediaciones de Bruno con la hija de su hermana y del primer conde de Bruno [y otra niña del conde *Marinella*].

Despues mudó Bianchi de domicilio; pero no fué á Villa Altieri, ni quiso acercarse á San Estéban para evitar la esposicion de que se descubriese á su hermana; porque Ferrando, aunque creyese muerta á su esposa, podia llegar á sospechar la verdad espiando la conducta de Bianchi. En aquella época tenia Elena dos años de edad, y la hija de Ferrando solo algunos meses. Schedoni creyó que esta era Elena, porque obligado á ocultarse de Bianchi, habia ignorado la muerte de su hija, cuyo error confirmó Elena diciéndole que el retrato que llevaba consigo era el de su padre. Le halló en el gabinete de su tia despues de su fallecimiento, y como vió detras de la miniatura el nombre del conde de Bruno, le habia llevado desde entonces con todo el interés que inspira la ternura filial.

Bianchi cuando descubrió á Elena su origen, no tuvo por conveniente manifestarla que aun vivia su madre: quiso hacerlo antes de morir, pero se lo impidió la prontitud de su muerte. Este fué el motivo de que el reconocimiento de la madre y de la hija no se verificase hasta que Olivia encontró á Beatriz, la cual ignoraba que vivia la condesa, porque no estaba en el secreto de su fuga.

Cuando Bianchi se estableció en Villa Altieri no imaginó que Marinella, de quien no habia vuelto á saber desde el asesinato de su muger, vivia tan cerca. Salia tan poco de su casa, que no es de estrañar que no se hubieran encontrado nunca, no siendo fácil que aun que se hubiese verificado, se conociesen usando ella siempre del velo, y disfrazado él con los hábitos y capneha.

Parece que la intencion de Bianchi habia sido manifestar á Vivaldi el origen de Elena antes de que se casasen, porque en su última conversacion le habia insinuado que tenia muchas cosas que decirle, y las dejaba para el dia siguiente, cuyo cumplimiento im-

pidió su muerte casi repentina. Podrá estrañarse que no lo hubiese manifestados antes, atendiendo á que asi podia vencerse el obstáculo de la desigualdad del nacimiento; pero debemos considerar que 'la' pobreza de Elena y el crimen que manchaba el nombre del conde de Bruno, destruirian para la familia de Elena las consideraciones á su ilustre origen.

Ferrando, despues de la muerte de su hermano, habia aumentado los gastos de tal modo, que cuando se fugó acudieron los acreedores y se apoderaron de los pocos bienes que le restaban. Elena quedó entonces á espensas de su tia, cuya mediana fortuna se habia disminuido con los gastos que habia originado la entrada de su hermana en San Estéban, y despues por la compra de la casa de Villa Altieri.

Bianchi tenia ademas algunas habilidades que la suministraban auxilios con útiles y decentes ocupaciones: era sobresaliente en el dibujo y el bordado, y sus obras, que vendian las monjas de la Piedad, eran estimadas y buscadas por las personas de gusto.

Enseñó á Elena, cuyo talento aventajó muy pronto al de su tia, y desde entonces cuidó de su subsistencia.

Olibia habia consagrado su vida á las prácticas de la relijion en el convento de San Estéban, á donde se habia retirado á aliviar su dolor por la pérdida de su primer marido, y á olvidar la barbarie del segundo. Habia pasado los primeros años de su retiro con alguna tranquilidad, excepto cuando se acordaba de su hija, á quien no se atrevia á ver. Seguia correspondencia con Bianchi, y tenia á lo menos el consuelo de saber noticias del objeto de su cariño, hasta que empezó á sobresaltarse por el silencio no acostumbrado de su hermana.

Cuando Olivia vió á Elena en San Estéban advirtió en su fisonomía alguna semejanza con la de su primer marido, pero no podia sospechar que era su hija, á quien dió la libertad, y tal vez la vida, solo por sus virtudes y su amor á la humanidad.

CAPÍTULO XV.

Cuando la marquesa se vió á los últimos de su vida despedazada de remordimientos con el recuerdo del crimen que habia intentado, y aterrada con las penas que la esperaban, mandò buscar un confesor para descargar su conciencia. Este era un sugeto humano y entendido, que despues de haber oido la confesion de la marquesa, la declaró que el único medio que la quedaba para conseguir el perdón del delito que habia meditado y de los males que habia causado, era hacer felices á los que hasta entonces habia hecho desgraciados. Su conciencia se lo habia ya aconsejado, y en el momento de caer en el sepulcro que iguala á todos los hombres, ma-

nifestó tanta eficacia en favorecer el matrimonio de Vivaldi con Elena como habia empleado en impedirle. Envió á llamar al marqués, y habiéndole declarado los medios de que se habia valido para manchar la reputacion de Elena y hacerla infeliz, sin manifestarle la atrocidad de su crimen, le rogó que consintiese en la felicidad de su hijo.

El marques, aunque indignado al saber los artificios y crueldad de la marquesa, no queria consentir en un enlace tan desigual, hasta que la desesperacion que manifestaba la enferma en sus últimos momentos le obligó á ceder. Prometió solemnemente en presencia del confesor que no se opondría ya al matrimonio de Vivaldi si le duraba su cariño á Elena, y esta promesa sosegó á la marquesa, que murió con alguna tranquilidad.

No parecia muy probable que el marques tuviese que cumplir tan pronto su palabra, porque todas las diligencias que se habian practicado hasta entonces en busca de Vivaldi habian sido absolutamente inútiles. El marques lloraba ya la pérdida de su hijo, y toda su casa estaba sumerjida en la afliccion,

cuando una noche á deshora despertó asustada toda la familia á los fuertes y repetidos golpes con que llamaban á la puerta. Eran tan violentos, que antes que el portero se levantase á abrir, despertó el marques y envió un criado á saber que era.

Un momento despues oyó en su antesalana voz que gritaba: «es preciso que yo hable al señor marques ahora mismo:» y al mismo tiempo ve entrar en su cuarto al criado de su hijo, á Pablo, fuera de sí con los vestidos rotos y lleno de lodo. La palidez y el terror de su fisonomia, su vestido, sus miradas inquietas sobresaltaron de tal modo al marques, temiendo recibir alguna funesta noticia; que no tuvo valor para preguntarle. Pero Pablo no dió lugar á ello, porque sin prefacio ni circunloquios dijo al marques que su hijo estaba preso en la Inquisicion de Roma, á manos que aquellos malvades, añadió, no le hayan quitado la vida despues que yo salí. Si señor, no hay que perder un momento; porque cuando un pobre cae en las garras de los inquisidores; no se puede imaginar con qué prontitud y facilidad le hacen pedazos. ¿Voy á bus-

car los caballos de posta?

Una noticia de esta clase y tan inesperada afligió tanto al marques, que no pudo en algun tiempo tomar una resolucion, ni responder á las preguntas de Pablo. Pero luego que se tranquilizó un poco conoció la necesidad de marchar al instante á Roma y creyó muy oportuno consultar antes á algunos amigos, cuyas conexiones en aquella ciudad le proporcionarian medios para lograr su intento, y esto no podia hacerlo hasta el dia siguiente por la mañana. Sin embargo dió órdenes para prepararlo todo y salir al momento; preguntó á Pablo lo que le habia sucedido á su hijo y el estado en que le habia dejado, y le mandó que se fuese á descansar.

Pablo habia debido su libertad al mismo guardia que le facilitó la luz, papel y tinta favorecido del otro á quien Vivaldi dió la propina. El guardia queria abandonar á Roma, habia contraido una amistad íntima con Pablo, y le propuso la fuga. Pero el atolondramiento de este estuvo á pique de desconcertar su plan por querer libertar tambien á su amo. Intentó escalar la pared de la pri-

sion que caia á un patio y forzar á una reja; pero esto era imposible y espuesto á que perdiesen la vida. En fin, despues de haber salido de los pasillos subterráneos, empezó á gritar llamando á Vivaldi, á cuyas vocés hubieran acudido los demas guardias si el que le conducia no le hubiera arrastrado por fuerza fuera de la Inquisicion. Le puso en el camino de Nápoles, se despidió de él, y Pablo anduvo casi sin descansar ni tomar alimento hasta casa del marques. Sin embargo, aunque agoviado de fatiga, el amor que profesaba á su amo le animaba tanto, que apesar de su debilidad y del riesgo á que se esponia, marchó el dia siguiente á Roma con el marques.

Su calidad y su crédito en la córte de Nápoles eran circunstancias que le facilitaban en el Santo Oficio el buen éxito de sus solicitudes para la libertad de su hijo: y contaba ademas con el apoyo del conde Maro, su antiguo amigo, que tenia gran influjo en Roma.

Sin embargo, las dilijencias del marques no produjeron un efecto tan pronto como habia

creído, y pasaron quince días antes que pudiese ver á su hijo. En esta entrevista la ternura paternal y filial les hizo olvidar todo lo pasado: Vivaldi estaba débil todavía de resultas de la herida que recibió en Celano, y su situación actual en los calabozos de la Inquisición escitaron todo el efecto de su padre. Perdonó á su hijo y se manifestó propenso á consentir en su enlace si podía lograr ponerle en libertad.

Vivaldi al saber el fallecimiento de su madre derramó abundantes lágrimas, y olvidó su sinrazón y su justicia. Por fortuna ignoraba la atrocidad de sus proyectos, y cuando supo que al morir había deseado y querido su felicidad, el remordimiento de haberla causado pesadumbres le angustió de tal modo, que no pudo tranquilizarse sino acordándose del tratamiento y la violencia que habían querido hacer á Elena en San Estéban.

CAPÍTULO XVI.

Ya hacia tres semanas que el marques estaba en Roma, y no había recibido ninguna respuesta decisiva del Santo Oficio, cuando le mandó el tribunal que se presentase en la prisión de Schedoni. Sentía ver á un hombre que había causado tanto daño á su familia; pero no podía evitarlo, y á la hora indicada le condujeron á la habitación de su hijo y pasaron juntos á la de Schedoni acompañados de dos comisarios de la Inquisición.

El confesor estaba en la cama y saludó al marques inclinando la cabeza. Su rostro, iluminado por la escasa luz que entraba por la reja de la prisión, aparecía horrible: tenía los ojos hundidos; el color lívido, las facciones

desencajadas, y las señales de la muerte en toda su fisonomía. Vivaldi suspiró y apartó la vista, y el marques olvidando su resentimiento al verle en aquel estado, se acercó y le preguntó qué tenía que decirle.

¿En dónde está, dijo Schedoni, el Padre Nicolás? que le manden venir: y un comisario envió á uno de los guardias.

Llegó el padre Nicolás, y le preguntó qué quería. Que atestigüeis lo que voy á declarar, le respondió Schedoni.

Nicolas y el inquisidor que le acompañaba se colocaron á un lado de la cama, el marques á otro, y Vivaldi á los pies.

Schedoni despues de un corto silencio, continuó: lo que voy á declarar correspondiente á las calumnias que hemos supuesto contra una persona jóven é inocente, á quien el padre Nicolás, á instancias mias, ha perseguido infamemente. ¿Conoceis, preguntó al marques, á Elena Rosalba?

He oido hablar de ella, respondió el marques con frialdad.

Pues á esa, continuó Schedoni, la han calumniado..... ¿Conoceis á ese hombre? ¿os

acordais de su fisonomía?

El marques miró al padre Nicolás, y respondió: es una figura que no se olvida con facilidad: le he visto ea mi casa conducido por vos mismo.

Es cierto, dijo Schedoni. ¿Y cómo le acusais de calumniador, replicó el marques, siendo vos el que le enviò á mi casa?

¡Dios mio! exclamó Vivaldi; ese religioso, este padre Nicolás es, como yo sospechaba, el detractor y calumniador de Elena.

No hay duda, dijo Schedoni, y es por vengarse

¿Y vos confesais que habeis sido el autor de aquellas infames calumnias, interrumpió Vivaldi con vehemencia, vos que me habeis declarado que sois el padre de Elena?

Apenas Vivaldi pronunció estas palabras conoció su indiscrecion. El marques se quedó asombrado mirando alternativamente á Schedoni y á Vivaldi, y manifestando curiosidad y horror. Su hijo le rogó que suspendieae el juicio hasta que le hablara á solas acerca de este asunto.

Escuchad, exclamó Schedoni superando su

abatimiento por la fuerza de su carácter: he declarado y declaro de nuevo que Elena Rosalba, así llamada, tal vez para librarla de las pesquisas de un padre indigno, es hija mía.

Vivaldi guardó silencio; pero el marques incomodado, le dijo: creo que me habeis llamado solamente para oír la justificación de vuestra hija; pero á mi nada me importa que sea inocente o culpable.

Vivaldi se contuvo para no manifestar el sentimiento que le causaron las palabras de su padre: pero Schedoni ofendido respondió al marques: Elena pertenece á una casa ilustre, y estais viendo en mí el último de los condes de Bruno.

El marques se sonrió con desprecio, y Schedoni continuo: atestiguo con vos, Nicolás de Zampari, que asegurais haberme denunciado por solo el amor á la justicia: declarad en presencia de estos testigos la inocencia de Elena Rosalba, y que todo cuanto habeis dicho de ella al señor marques es un tejido de calumnias.

¡Malvado! gritó Vivaldi, confiesa tus impos-

turas. El marques interrumpió á su hijo, diciendo: concluyamos este asunto: yo me retiro, porque no he venido aquí á un negocio que no me pertenece.

Antes que Schedoni pudiera esponder hizo el marques ademán de salir; pero se detuvo advirtiendo la agitacion de su hijo. Schedoni le dijo que aunque culpable queria reparar el mal que habia hecho, y que tenia que decir todavia cosas de la mayor importancia para la tranquilidad de su familia.

El padre Nicolás á las repetidas instancias de Vivaldi declaró, echando toda la odiosidad sobre el confesor, que habia engañado al marques en los informes que le habia dado de Elena Rosalba. Hizo esta confesion bajo de juramento, y fueron tan circunstanciadas las preguntas de Schedoni y las respuestas del padre Nicolás, que no podia quedar la menor duda de la verdad al hombre mas obstinado.

Schedoni preguntó si estaban presentes el notario y dos comisarios que habia pedido para que fuesen testigos de lo que iba á declarar.

Trajeron una luz que mostró á Schedoni todos los personajes de aquella lúgubre escena, y á estos el rostro descarnado y pálido del confesor, en el cual estaban estampadas las señales de la muerte.

Estuvo algunos momentos sin hablar y casi inmóvil. Al fin se reanimó, contó por menor todos los artificios que había empleado contra Vivaldi, y confesó que él mismo era el acusador anónimo que le había denunciado al Santo Oficio, declarando que la acusacion de herejia que había hecho contra él era falsa y maliciosa.

En el momento que Vivaldi se confirmó en que Schedoni había sido su acusador, advirtió que aquella acusacion no era la misma que se había presentado en la capilla de San Sebastian, en la cual estaba comprendida Elena, y pidió Schedoni que le explicara esta circunstancia. Le respondió este que los que le habían preso allí no eran individuos del Santo Oficio, y que el decreto de arresto le había forjado él mismo.... ¡Y tuvisteis valor para incluir en él á vuestra hija! exclamó Vivaldi: y el confesor le contestó que en-

tonces no lo sabia, que lo había descubierto despues.

La declaracion de Schedoni estendida por el notario y firmada por el inquisidor y los dos comisarios del tribunal, manifestó la inocencia de Vivaldi confesada por el mismo que le había acusado; pero la esperanza próxima de recobrar su libertad no le causaba tanta alegría cuando se acordaba que Elena era hija de un asesino. Ajitado con esta idea instó de nuevo á Schedoni para que explicase de qué modo lo había descubierto.

El marques irritado prohibió á su hijo que hiciese mas averiguaciones en este asunto. *Mi presencia, añadió, ya no es aquí necesaria, puesto que la confesion del reo ha probado la inocencia de mi hijo; y yo le perdono la delacion y todas las resultas funestas que ha causado á mi familia. Pido al tribunal, dijo al inquisidor, que ponga en libertad á mi hijo inmediatamente, y pido ahora un testimonio de la declaracion del preso, firmada por el mismo notario y demas testigos.*

Mandó el inquisidor al notario que estendiese el testimonio; y mientras el marques le aguardaba, Vivaldi renovó á Schedoni sus preguntas sobre el nacimiento de Elena. El confesor le contó el descubrimiento del retrato, y apesar de su sagacidad dejó entrever alguna cosa de los funestos proyectos de la marquesa, cuyo fallecimiento ignoraba.

El padre Nicolás, que de tiempo en tiempo miraba á Schedoni con una complacencia horrible, llamó la atención de Vivaldi y le recordó los hábitos ensangrentados que halló en el subterráneo de Paluci, y el anuncio de la muerte de la señora Bianchi, Preguntó á Schedoni, el cual viéndose ya á los últimos de su vida, protestó con sinceridad que ni había tenido parte en la muerte de la señora Bianchi, ni lo había sabido.

¿De quién eran los hábitos? volvió á preguntar á Vivaldi. ¿Qué hábitos? replicó Schedoni sorprendido.

Parecian, dijo Vivaldi, de una persona muerta violentamente.

Eran los míos, contestó el padre Nicolás.

¿Cómo vuestros? replicó Vivaldi, si estaban llenos de sangre.

Repito que eran míos, dijo el padre Nicolás, y vos los pusisteis en aquel estado por haberme herido con el pistoletazo.

Yo no llevaba armas de fuego, repuso Vivaldi. Las llevaba vuestro compañero, contestó Nicolás. Vivaldi se acordó entonces de que Pablo había tirado un pistoletazo en la bóveda de Paluci: ¿pero cómo hallé añadió, los vestidos tan lejos del paraje en que se hizo fuego? ¿ni hoy quejarse?

Tuve valor para sufrir el dolor, dijo Nicolás, y me retiré al subterráneo; pero viendo que me seguiais dejé allí el hábito manchado, con el cual no podía entrar en mi convento, y me retiré por un paraje que no podiais descubrir. Las jentes que estaban en el fuerte para ayudarnos á deteneros, mientras se verificaba el robo de Elena en Villa Altieri, me curaron la herida y me trajeron otro hábito; y vos mismo me oísteis gemir en un cuarto inmediato á donde me retiré. Los mismos que me acompañaban oyeron á vuestro

criado cuando os lo advertía. ¿Estais ahora convencido?

Vivaldi se acordó en efecto de esta circunstancia, y salió de sus dudas. Las que le quedaban acerca de la muerte de la señora Bianchi se disiparon también; así por la declaración de Schedoni, como porque el padre Nicolás no podía tener ningún interés en ella; sino la recompensa que le hubiese prometido el confesor.

Durante esta conversacion, el marques, impaciente por salir de allí, instaba al notario para que concluyese el testimonio, y cuando le contestó que al punto se concluía, Vivaldi conoció por la voz que aquel hombre era el que había ido á su prision á ofrecerle sus servicios. Advirtiendo en su traje que era dependiente de la Inquisicion comprendió que el motivo de su visita había sido inclinarle á confesar algun delito de herejía, manifestándole una fingida compasion. Vivaldi había oido decir que esta especie de traicion era comun en el Santo Oficio; pero nunca hubiera creido tal maldad en el género humano sino la hubiera experimentado por sí mismo.

La visita de este hombre le recordó la de padre Nicolás, y le preguntó si los guardias le habían abierto la puerta, y si los habían castigado.

No han faltado á su obligacion, replicó Nicolás. Pues ¿por qué los han preso? pregunto Vivaldi.

Contentaos con lo que sabeis y no preguntéis mas, contestó Nicolás.

Schedoni, que hasta entences había guardado un profundo silencio, le dijo: sabed que en todos los encierros hay una puerta secreta por donde pueden entrar los ministros de la muerte, sin saberlo sus victimas; y Nicolás es ahora uno de esos mensajeros terribles, que conoce todos los caminos del crimen. Su ministerio en el tribunal será muy corto; porque en breve concluirá su carrera. Pronunció estas palabras con voz desfallecida; pero Nicolás, que las había oido, se acercó y le pidió que se las explicase. Schedoni, reanimando su fisionomia con una sonrisa horrible, le dijo: muy pronto tendrás esa explicacion.

Se fue aumentando la debilidad de Sche-

doni y la palidez de su rostro, hasta que las convulsiones y la respiracion laboriosa anunciaron que estaba próximo su fin.

Todos los presentes manifestaban alguna compasion, excepto el padre Nicolás, que le miraba como satisfaciéndose en sus angustias. Vivaldi, que le observaba con horror, advirtió en el rostro del padre Nicolás una contraccion repentina, y las señales de que sufría un dolor agudo. Volvió el fraile la cabeza y se apoyó en el hombro de uno que estaba á su lado. El padre Schedoni abrió los ojos, pronunció algunas palabras inarticuladas y el nombre de Nicolás. Al oírle levantó este la cabeza, fijó la vista en Schedoni, y á poco rato empezó á jemir, le atacó una convulsion violenta y cayó en los brazos de los que estaban cerca de él. Al momento de caer arrojó Schedoni un grito de alegría tan terrible, tan agudo y tan extraño, que todos los que se hallaban en el cuarto, excepto los que sostenian al padre Nicolás, sobrecojidos de terror echaron á huir; pero estaban cerradas las puertas, que no se abrieron hasta poco despues para que entrase el médico, á

quien habian ido á buscar. No es posible imaginarse la consternacion del marques y de Vivaldi, viéndose obligados á presenciaraquella escena de horror,

Schedoni, despues de haber arrojado aquel grito espantoso, volvió á caer en la convulsion. El médico le examinó y declaró que estaba envenenado, como tambien el padre Nicolás. Añadió que un veneno, tan violento en sus efectos, era demasiado activo para oponerle ningun antidoto eficaz; pero dispuso sin embargo que se administrasen á los enfermos los remedios comunes en semejantes casos.

Mientras recetaba se calmaron un poco las convulsiones de Schedoni; pero Nicolás llegó á los últimos: sus dolores eran continuos; no volvió en su acuerdo y espiró antes que trajesen los remedios que habian ido á buscar. Produjeron algun efecto en Schedoni, que recobró los sentidos y la voz, y la primera palabra que pronunció fué el nombre de Nicolás.

¿Vive todavía? preguntó; y habiendo adivinado la verdad en el silencio de los que le ro-

deaban, pareció que se reanimaban.

El inquisidor que estaba presente viendo que Schedoni podia responder, le hizo algunas preguntas relativas á él mismo y á la causa de la muerte de Nicolás.

Ha sido un veneno, respondió Schedoni sin vacilar. ¿Quién se le ha dado? preguntó el inquisidor. Acordaos que estais para morir.

No tengo motivo de ocultar la verdad, dijo Schedoni, y la satisfaccion.... La debilidad le obligó á pararse. Le he asesinado, continuó; porque me ha querido asesinar, y yo me he envenenado por librarme de una muerte ignominiosa.

El inquisidor mandó al notario que fuese escribiendo las palabras de Schedoni. ¿Confesais, continuó el inquisidor, que vos habeis envenenado al padre Nicolás y á vos mismo tambien? Lo confieso, respondió Schedoni.

Le preguntó cómo habia adquirido el veneno, y cuáles eran sus cómplices, y respondió, que no habia tenido ninguno, y que el veneno le traia siempre escondido, y era el mismo con que habia emponzoñado el puñal que llevaba para su defensa. Añadió que en-

tre el forro y el cuello de su manteo se hallaría todavía el resto del veneno que habia empleado, y en efecto asi era la verdad.

Le faltaba explicar cómo habia suministrado el veneno al padre Nicolás, que aunque habia pasado con él en la prision la mayor parte del dia, no podia tener suficiente confianza para haber tomado de su mano ninguna bebida ni alimento. Volvió á preguntárselo el inquisidor, pero Schedoni ya no estaba en estado de responder: la vida le abandonaba sensiblemente, se habia apagado el fuego de sus ojos, y en breve solo un cadáver insensible y espantoso era lo que quedaba del terrible Schedoni.

Finalmente, habiendo firmado los testigos la declaracion puesta por el notario, permitieron á todos retirarse. Vivaldi fué acompañado de su padre á la prision en donde debia permanecer hasta que el tribunal le declarase inocente. Estaba tan conmovido de la escena que habia presenciado, que no pudo hablar á su padre acerca de la familia de Elena, y el marques se volvió á casa del conde Maro, su amigo.

CAPÍTULO XVII.

A consecuencia de la declaracion de Schedoni, el tribunal del Santo Oficio pocos dias despues puso en libertad á Vivaldi, que fué á reunirse con su padre en casa del conde Maro.

Al tiempo que el marques y su hijo recibian las felicitaciones del conde y otros nobles, oyeron en la antesala gritos y exclamaciones y vieron entrar corriendo en el salon á Pablo, que sin reparar en los concurrentes atropelló á todos hasta que pudo echarse á los pies de Vivaldi.

Seria imposible pintar la alegría de este criado fiel, sus sollozos, sus lágrimas y demostraciones, y el agradecimiento de Vivaldi, que le alzó del suelo y le tenia estrechamente

abrazado. En fin le presentò al conde y á los demas como su mas fiel amigo y su principal libertador.

Pocas horas despues el marques y Vivaldi se despidieron de sus amigos y partieron para Nápoles, á donde llegaron al segundo dia; pero el viaje fue triste para Vivaldi; apesar de verse en libertad, porque el marques, habiéndole hablado de sus amores con Elena, le declaró que las circunstancias imprevistas que habian ocurrido creia que le dispensaban de cumplir la promesa que habia hecho á su mujer, y que Vivaldi debia abandonar á Elena si subsistian las pruebas de que realmente era hija del padre Schedoni.

Apenas llegaron á Nápoles, Vivaldi, con una impaciencia, que la mayor actividad no podia satisfacer, y con una alegría que disipaba los temores y la inquietud que le habia causado la última conversacion con su padre, voló al convento de la Santa de la Piedad.

Oyó Elena su voz en la reja del locutorio, preguntando por ella á una religiosa, y en el mismo instante se vieron.

La alegría que ambos experimentaron llegó á ser casi un delirio. Elena no pudo espresar al

pronto la suya sino derramando abundantes lágrimas, y pasaron algunos minutos antes que pudiese responder à las tiernas exclamaciones de su amante. Su estremada agitacion la impidió que advirtiese la mudanza que habia causado la prision en el semblante y robustez de Vivaldi.

Su fisonomía animada conservaba siempre la misma espresion; pero luego que desaparecieron los colores que le habian prestado la sorpresa y la alegría, observó Elena con pesadumbre su extraordinaria palidez, y conoció que habia estado preso en la Inquisicion.

En esta entrevista contó à Elena sus aventuras desde que se separaron en la capilla de San Sebastian; pero cuando llegó à hablar de Schedoni se halló muy embarazado por la dificultad de disimular el horror de que estaba poseido. No podia determinarse à contar à Elena los crímenes de Schedoni, ni la muerte de un hombre à quien ella conocia por padre, aunque ocultase las terribles circunstancias que la habian acompañado.

En fin, como era forzoso hablar de este asunto, al mismo tiempo que deseaba averiguarle enteramente, se aventuró à preguntar à Elena,

si era verdad, como habia oido decir, que habia hallado al autor de sus dias. Elena manifestando una satisfaccion que aumentó el embarazo de Vivaldi, le habló de la felicidad que gozaba con el hallazgo de una persona, cuya bondad y virtudes habian ganado y merecido su ternura, mucho antes de saber que los unian los vínculos de la sangre. Mucho trabajo costó à Vivaldi ocultar su admiracion al ver la ciega prevencion de Elena en favor de Schedoni, de quien creia que hablaba, porque le parecia imposible que aquel hombre hubiese inspirado à Elena los sentimientos que manifestaba. Pero su admiracion mudó de objeto cuando Olivia, que habia oido decir que Elena estaba hablando en el locutorio con un forastero, entró, y Elena le dijo que aquella era su madre.

Antes que Vivaldi saliese del convento le contaron menudamente todo cuanto pertenecia à la familia de Elena, y fué extraordinaria su alegría al saber que no era hija de Schedoni y Olivia supo que no tenia ya nada que temer de su mas cruel enemigo. Vivaldi ocultó sin embargo todas las circunstancias de la muerte de aquel malvado y los rasgos horribles de su ca-

rácter manifestados en el proceso.

Elena se retiró del locutorio, y Vivaldi habló á Olivia del tierno y constante cariño que profesaba á su hija, y la suplicó que consintiese en su matrimonio. Olivia le respondió, que aunque conocia su mutuo amor, experimentado con tantos contratiempos, no permitiría que su hija entrase en una familia cuyo jefe no conocia su merito, y que los deseos de Vivaldi no podian verificarse si el mismo marqués no la pedia para su hijo.

Esta condicion no espantó á Vivaldi, porque ya estaba probado que Elena no era hija de Schedoni, sino del primer conde de Bruno, tan respetable por su carácter como por su ilustre nacimiento, y no dudaba que su padre luego que lo supiese consentiría en cumplir la promesa que habia hecho á su esposa al tiempo de morir.

No se engañó en sus esperanzas: el marques instruido por su hijo del origen de Elena, prometió no oponerse ya á los deseos de Vivaldi.

Quiso tambien hacer averiguaciones para justificar si Olivia era la condesa de Bruno, y aunque le costó alguna dificultad, halló al médico

que habia favorecido al artificio de la condesa para huir de la crueldad de Ferrando, su segundo marido, y el testimonio del doctor junto con el de Beatriz no le dejaron ninguna duda.

Convencido enteramente el marques, pasó al convento de la Piedad y solicitó en forma el consentimiento de Olivia, que le dió con la mayor satisfaccion. Agradaron tanto al marques el tono y los modales de la condesa y los atractivos y dulzura de Elena, que él mismo hubiera tenido la eleccion que su hijo, despreció entonces los deseos de proporcionarle una alianza mas distinguida, persuadido de que Vivaldi gozaria con Elena la felicidad durable que le prometia la union de la hermosura y de la virtud.

El 20 de mayo, dia en que Elena cumplia los diez y ocho años, se celebró su matrimonio con Vivaldi en la iglesia de la Piedad. Al entrar en la iglesia se acordó de la otra ocasion semejante en que iba al altar con Vivaldi y de las ocurrencias en la capilla de San Sebastian, y el contraste de estas dos situaciones la hizo llorar de gozo. El recuerdo del momento terrible en que arrastrada fuera de la capilla la separaron de su amante, aumentó mucho mas la dicha

de su situación actual. Entonces incierta, desesperada, rodeada de extraños, presa en el lazo de sus enemigos, creyó ver á Vivaldi por la última vez. Ahora en presencia de una madre cariñosa y tierna, y con la aprobación de la persona que la había repelido con tanta dureza, iba á unirse con Vivaldi para no separarse jamás. Olivia aunque apesadumbrada con la idea de alejarse de su hija, se consolaba con la felicidad que disfrutaria, y porque la habitación de Vivaldi, inmediata al convento de la Piedad, las proporcionaba una frecuente comunicación.

Pablo, colocado en una tribuna de la iglesia, miraba absorto de alegría la ceremonia nupcial, observaba en la fisonomía de su amo la felicidad que disfrutaba, en la del marques la satisfacción el gozo apacible de la condesa, y la gracia y modestia de Elena; y no pudiendo expresar los sentimientos que aquel espectáculo escitaba en su corazón, empezó á gritar: ¡dichoso día! ¡dichoso día!

FIN DE LA OBRA.

